AMOR MÁS ALLÁ DEL TIEMPO



AUTOR SUPERVENTAS DE USA TODAY

BETHANY CLAIRE

UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJES EN EL TIEMPO

AMOR MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJES EN EL TIEMPO

EL LEGADO DE MORNA

LIBRO UNO



BETHANY CLAIRE

Copyright 2013 por Bethany Claire

Todos los derechos reservados.

Notas sobre la licencia

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no podrá ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la autora, excepto por el uso de citas breves en una reseña literaria.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Editor: Jonathan Baker

Diseño de portada por Wicked Smart Designs

Disponible en libro electrónico, encuadernación rústica, tapa dura, rústica en letra grande y audiolibro

ISBN del libro electrónico: 978-1-970110-97-5

http://www.bethanyclaire.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo
Adelanto De Amor Más Allá De La Razón (Libro 2)

* * *

Para Mims

CAPÍTULO 1



Austin, TX - Presente

EL SOL RESPLANDECÍA contra las ventanas mientras yo caminaba frente a la fila de caritas que me miraban hacia arriba. Me arrodillaba frente a cada uno, mostrándoles con los dedos un número entre el uno y el diez, observando cada cuerpecito para asegurarme de que las agujetas estuvieran atadas, las mochilas puestas y las loncheras en mano mientras esperaba su respuesta. A medida que cada uno gritaba el número correcto con una sonrisa orgullosa, les entregaba su calcomanía diaria y pasaba al siguiente estudiante.

Podía ver a Anthony tres alumnos más atrás, molestando al desafortunado Harrison, quien estaba parado frente a él; le soplaba en las orejas cada vez que este se giraba hacia el frente de la fila. Mientras Grace gritaba el número siete y pedía ayuda con sus agujetas, le lancé a Anthony mi mirada más severa de *ya basta*. El niño, travieso pero sumamente brillante, captó mi intención y me devolvió la mirada con una sonrisa de timidez mientras se alejaba de Harrison y se quedaba quieto como una estatua.

Dos estudiantes después, me detuve frente a Anthony. Recitó de inmediato el número nueve que yo sostenía ante él, antes de que siquiera tuviera oportunidad de revisarlo. Tenía ambas agujetas

desatadas y el cierre se le había zafado de tal modo que solo la parte media de su chaqueta estaba realmente cerrada.

—¡Buen trabajo, Anthony! Aquí tienes tu calcomanía. ¿Veo que todavía no dominas lo de las agujetas, eh?

—No, señorita Mothgomfrey. He estado trabajando y trabajando en eso, pero parece que no puedo hacer que ese conejo dé la vuelta al hoyo.

Reprimí un gesto de fastidio mientras me agachaba para atar sus zapatos. El habla de Anthony era mejor que la de todos los demás niños de su clase de jardín de niños, y sabía que podía decir mi nombre, señorita Montgomery, sin problemas, pero vivía para provocar las risas de los otros alumnos cada vez que me llamaba de esa manera.

—Bueno, esos conejos pueden ser complicados, pero tú sigue intentándolo. Lo lograrás pronto.

—¡Seguro que sí! ¡Lo prometo! La verdad es que ya estoy cansado de verla atar mis zapatos todos los días. Sabe, tengo cinco años, es humilly-ante.

—Vaya, Anthony. Esa sí que es una palabra grande. ¿Dónde la escuchaste?

—Eso fue lo que mi mamá le dijo a mi papá el otro día. Dijo que era humilly-ante estar casada con un hombre que pensaba que estaba bien ver la televisión todo el día los domingos mientras ella limpiaba, cocinaba y lavaba la ropa, y que él necesitaba mover su gordo y flojo tra...

El timbre sonó, interrumpiendo su discurso y salvando el día en lo que a mí respectaba. Debí haberlo visto venir. Debería haber sabido que no debía hacerle a Anthony una pregunta abierta.

Revisé rápidamente a los últimos de la fila y fui al frente del salón, haciéndole señas a la líder del día, Izzy, para que sujetara la puerta mientras todos salían. Una vez que todos estuvieron fuera del aula e Izzy hubo regresado a su lugar al frente, los guié por el pasillo, sonriendo al sonido de sus zapatitos chillones mientras caminaban en fila india detrás de mí.

* * *

Veinte minutos después, cuando el último niño fue recogido, cerré la puerta de mi salón y me desplomé sin gracia en mi escritorio. Presioné suavemente mis párpados con las yemas de los dedos en un esfuerzo por alejar el estrés del día. Pareció ayudar un poco, así que me puse de pie, estirándome ligeramente antes de acomodar detrás de mis orejas mi largo cabello oscuro, que ahora estaba encrespado por haber estado al viento.

Empujé mi silla y di una vuelta por el salón para hacer una limpieza rápida antes de irme a casa. Me agachaba cada pocos pasos para recoger los diversos crayones, trozos de Play-Doh y papel de colores esparcidos por la alfombra. Sabía que la persona de limpieza pasaría poco después de mí, pero no soportaba que viera el salón en ese estado de desorden. Mientras observaba el desastre repartido de un centro de trabajo a otro, pensé, y no por primera vez hoy, lo contenta que estaba de haber decidido no incluir la pintura con los dedos en los planes de clase del día.

Con los brazos llenos hasta el tope de diversos desperdicios de manualidades, deposité la carga en el bote de basura junto a mi escritorio. Con un vistazo rápido a la habitación, decidí que estaba lo suficientemente satisfecha como para dar por terminado el día.

Apilé los ejercicios de caligrafía de la letra "G" sobre mi escritorio para calificarlos a primera hora el lunes por la mañana, y estaba abotonando mi chaqueta cuando mi asistente de aula, Mitsy, abrió la puerta y entró.

—¿Estás lista para tu gran cita de esta noche? ¡Hablé con Brian y dijo que Daniel está superemocionado!

Giré rápidamente para mirarla, con el pánico instalándose en mi estómago. —¿Qué? ¡Ay, Mitsy, se me olvidó por completo! Mira. ¿Tal vez podrías llamarlo y ver si podemos hacerlo el próximo viernes? Sabes, estoy realmente saturada de trabajo ahora mismo. Los dos nos divertiríamos más si lo hiciéramos cuando yo no estuviera tan distraída.

Mitsy se puso las manos en las caderas y entornó los ojos mientras me hablaba de nuevo: —¡No haré tal cosa! Y si crees que te vas a librar de una cita más, bueno, déjame decirte, señorita "no-tengo-problema-con-morir-sola", ¡que no voy a dejar que te escabullas de esta! Es un gran tipo, Bri. En realidad no lo conozco en persona, pero Brian lo conoce de toda la vida. Su esposa murió hace dos años, y él necesita salir de casa casi tanto como tú. Solo tómalo como algo que los beneficiará a ambos.

Me aparté de ella mientras cerraba el armario de los abrigos y volvía a mi escritorio para tomar mi bolso. —No estoy tratando de escabullirme. Solo necesito trabajar de verdad en los planes de clase para la próxima semana, y creo que me estoy resfriando.

Mitsy bloqueó la puerta del salón y me tomó de la muñeca mientras me arrastraba de vuelta al archivador junto a mi escritorio. Sabía lo que iba a buscar antes de que abriera el gabinete.

—No te estás resfriando, ni te atrevas a intentar decirme que tienes planes de clase en los que trabajar. —Observé cómo se detenía brevemente para abrir de un tirón el primer cajón—. Veamos. ¿Qué tenemos aquí? ¿Todos los planes de clase del lunes en esta carpeta? Listos. ¿Martes? Listos. ¿Miércoles? Listos. ¿De verdad necesito seguir, Bri? Deberías hacértelo más fácil y decirme que vas a ir, porque vas a ir de todos modos. Lo único que te queda por decidir es qué tan pronto quieres que te deje de molestar. —Sonrió dulcemente y volvió a colocar mis carpetas en el gabinete, cerrando el cajón de golpe con inmensa satisfacción.

A regañadientes, sonreí y levanté las manos en señal de rendición. —Está bien. Está bien. Iré. Pero vas a dejarme elegir mi propio vestido de dama de honor para tu boda con Brian, ¿verdad?

Mitsy extendió su mano hacia mí: —Trato hecho.

* * *

Acababa de subir el cierre de mi vestido cuando el timbre sonó a las 7:30. *Al menos es puntual,* pensé mientras intentaba ponerme un

arete con una mano mientras intentaba deslizarme en mis tacones con la otra.

Dando un rápido vistazo al espejo, me puse un poco de brillo labial, puse mi mano frente a mi cara para revisar mi aliento y me dirigí a abrir la puerta principal.

Daniel sostenía un ramo de flores de modo que le cubrían la cara, y mientras las bajaba lentamente, tuve que tragarme el jadeo audible que subió por mi garganta. Logré articular un cortés: —Hola. Pase, por favor —mientras mis ojos recorrían el espeso cabello canoso que cubría su cabeza.

Mientras cruzaba el umbral, noté unos pocos pelos gruesos y tiesos que asomaban por la abertura de su oreja, y la nariz anormalmente grande que a algunos hombres se les pone con la edad era evidente en su perfil.

Era apuesto... para un hombre de sesenta y tantos años. Mientras cerraba la puerta principal, me encontré deseando haberme tomado esa copa de vino en la que había pensado al llegar del trabajo.

Armándome de valor, me giré hacia él. —Es un gusto conocerlo. Las flores son preciosas. Gracias. ¿Por qué no voy a ponerlas en agua y luego nos vamos?

Me las extendió y, al sonreír levemente, pude ver que sus ojos se veían sumamente amables. —Me doy cuenta de que no soy exactamente lo que usted esperaba. Supongo que Brian y Mitsy no le dijeron mucho.

Caminé rápido hacia la cocina, manteniéndome de espaldas a él para que no pudiera ver mi cara mientras hablaba. —No, no mucho. Sé que es dentista y que es pariente de Brian. Supuse que era un primo.

El hombre soltó una pequeña carcajada, y sus mejillas se enrojecieron cuando volví hacia él. —Mis hijos son sus primos. Yo soy su tío.

—Oh. —Me quedé mirando mi bolso con torpeza, deseando tener realmente algo que buscar dentro.

—Mire. No quiero que se sienta incómoda, pero ya que ambos nos hemos arreglado, ¿por qué no vamos a cenar y charlamos un

poco? Luego la traigo de regreso y olvidamos que todo esto pasó. Sin resentimientos. ¿Qué me dice?

Extendió una mano hacia mí, y una oleada de simpatía me recorrió al estirarme para tomarla. Obviamente, él no tenía más idea de en qué se estaba metiendo de la que tenía yo. —Buena comida, buena compañía. ¿Qué daño podría hacer? Vámonos de aquí.

Mientras él sostenía la puerta principal abierta, choqué de frente con la persona que caminaba de manera bastante decidida hacia mi puerta.

—¿Mamá? —dije.

* * *

Me repetí para estar segura mientras la incómoda sensación de asombro recorría mi espina dorsal por segunda vez. —¿Mamá? ¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar en D.C., ¿no?

Retrocedió para que pudiéramos mirarnos desde una distancia más apropiada: —Bueno, a mí también me da gusto verte, Bri. Me alegra haberte alcanzado antes de que te fueras. No tengo llave de tu nuevo lugar. Tenemos que hablar de inmediato. ¡Tengo noticias muy emocionantes!

Observé cómo daba saltitos, la misma niña de trece años atrapada en el cuerpo de una de cincuenta que siempre había sido. Supe el instante exacto en que vio a Daniel, quien seguía sosteniendo la puerta abierta de par en par, observando el espectáculo.

Cuando sus ojos se agrandaron, dejó de saltar e inmediatamente entró en modo coqueteo; otra de las cualidades clásicas de mi madre. —Vaya, hola, señor. ¿Y quién podría ser usted? —Lentamente extendió una mano hacia él.

—Me llamo Daniel. Ya me iba. —Se detuvo para darme una palmadita en la espalda y luego cruzó la puerta—. Fue un gusto conocerla, Bri. La veré en la boda.

Lo saludé cortésmente con la mano y acompañé a mi madre hacia adentro, cerrando la puerta tras de mí. Se volvió hacia mí

apenas cerré el pestillo.

—¿Quién era ese? Muy guapo, pero un poco mayor para ti, ¿no crees, cariño?

Me apoyé contra la puerta y exhalé sonoramente. —Es una historia muy larga, mamá. Pero recuérdame que debo tener una conversación con Mitsy sobre qué es exactamente lo que ella cree que son mis estándares.

Ella se rió, comprendiendo obviamente la situación. —Bueno, parece que ella entiende mis estándares perfectamente. ¿Tienes su número de teléfono?

Puse los ojos en blanco y me dirigí a la sala. —No, mamá, no lo tengo, pero estoy segura de que Mitsy te lo dará si quieres. Ahora, ¿qué sucede? ¿Está todo bien?

Nos sentamos en el sofá una frente a la otra, y mamá buscó mi mano emocionada mientras me contaba su noticia.

—¡Me dieron la subvención!

No pude evitar sonreír ante la expresión de entusiasmo en su rostro: —¿La subvención para retomar tu trabajo en el castillo de Conall? ¡Eso es genial, mamá!

Chilló mientras continuaba: —Sí, Bri, esa subvención. Han pasado casi veinte años, pero finalmente voy a poder regresar y descubrir qué fue lo que realmente pasó.

Mi madre, Adelle Montgomery como la mayoría la conocía, era una arqueóloga de renombre mundial. Su gran oportunidad había llegado mientras trabajaba en un proyecto de excavación cerca de los restos del castillo de Conall en Escocia.

La tragedia del castillo de Conall era una de las leyendas más conocidas en la historia de Escocia, y el misterio tras la destrucción del clan Conall había permanecido sin resolver durante más de cuatrocientos años.

A las pocas semanas de comenzar su primera excavación principal en las ruinas, mamá había descubierto una biblioteca subterránea que, debido a la sólida base de piedra del castillo, había sobrevivido al infame incendio. A mamá y a su equipo les tomó semanas abrirse camino excavando hacia la biblioteca, pero una vez dentro, encontraron innumerables tesoros arqueológicos que habían

llevado a Adelle a la vanguardia de la arqueología. Docenas de diarios, cientos de cartas e incontables documentos que detallaban el linaje familiar con certificados de nacimiento, defunción y matrimonio fueron hallados dentro de la biblioteca.

El hallazgo había impulsado su carrera a toda marcha. Si bien los documentos encontrados en el sótano arrojaron mucha luz sobre el misterioso clan, ninguno de los documentos había resuelto el misterio de quién había asesinado a los Conalls, quemando después el antiguo castillo hasta los cimientos.

Tras años de intentar resolver el misterio sin éxito, pasó de su trabajo en la excavación de Conall a otros proyectos que la enviaron por todo el mundo durante los últimos veinte años; todo el tiempo había estado esperando una razón para retomar su trabajo en el castillo de Conall.

—¡Y aún no te he dicho la mejor parte! —Me apretó la mano y saltó de arriba abajo como mis niños del jardín antes del recreo.

Me quedé sentada en silencio, esperando a que me lo dijera, sabiendo que eso la desesperaría.

Dejó de saltar. —¿No vas a decir "¿qué?"?

Me reí y le di el gusto. —¿Cuál es la mejor parte?

—¡Vas a ir a Escocia conmigo! Ya te registré como mi asistente en la excavación.

Me levanté de un salto del sofá, golpeando la mesa de centro y salpicando agua de la taza que estaba frente a mí. —¿Qué? Sabes que no puedo. Tengo clases. Les doy clases a niños de kínder. ¡Eso es como pedirle a un suplente que entre directo por las puertas del infierno!

—¡Oh, cállate! Exageras. No has tomado un día personal desde que empezaste a enseñar hace seis años. Sé que tienes un montón de días acumulados. Además, solo nos iremos un par de semanas. Y tienes a Mitsy. Tus alumnos estarán bien. Sabes que siempre has querido ir a Escocia.

Me llevé la mano a la cara y me apreté el puente de la nariz con los dedos. Los planes de viaje de último minuto no me atraían en absoluto, pero ella tenía razón en una cosa. —Siempre he querido ir a Escocia.

—¡Genial! Voy a reservar nuestros vuelos ahora mismo. Salimos el domingo.

Antes de que pudiera oponer resistencia, ella ya iba de camino a su auto para buscar su computadora. Reconociendo que me habían vencido, caminé de regreso a la entrada y me desplomé junto a la puerta principal, al lado de mi maleta de la escuela. Buscando dentro, saqué mi agenda e intenté imaginar qué le iba a decir a mi director.

CAPÍTULO 2



Escocia—1645

El mayor de los hermanos Conall caminaba de un lado a otro frente a los aposentos de su padre, reacio a apartarse de su lado, pero comprendiendo el deseo del laird de hablar a solas con su hijo menor. Después de lo que parecieron horas, Eoin oyó que la puerta empezaba a crujir y Arran Conall salió de la habitación de su padre.

Con una estatura de más de un metro noventa, Arran era todavía al menos cinco centímetros más bajo que Eoin. Con su cabello rubio que le caía hasta los hombros y sus vibrantes ojos azules, Arran era muy popular entre las muchachas de la torre de Conall.

Aunque Eoin sabía que su propio atractivo físico era un digno rival para el de su hermano, se cuidaba de no ganarse tal reputación de mujeriego. Su hermano menor, en cambio, aceptaba de buen grado su fama; era raro que su cama estuviera vacía por las noches, y aún más raro encontrar a la misma mujer allí dos veces.

La naturaleza despreocupada de Arran y su amor por la vida eran contagiosos, y pocas veces Eoin había visto a su hermano sin una sonrisa. Pero esta vez, al salir de la habitación de su padre, la sonrisa de Arran había desaparecido. La punta enrojecida de su nariz y la tensión en su mirada revelaban que Arran era demasiado orgulloso para dejar que las lágrimas fluyeran a raudales.

Sabiendo que cualquier intento de consuelo solo lo avergonzaría más, Eoin miró al suelo mientras entraba en el aposento de su padre. Eoin tenía solo cinco años cuando su madre falleció al dar a luz a Arran, y todo lo que Eoin recordaba de ella era pasar las tardes en su amado jardín, viéndola cuidar las plantas con exquisito esmero.

Su padre, por otro lado, había sido su compañero constante. Eoin era la viva imagen de su padre: el mismo cabello largo y oscuro y los mismos ojos de ébano; el mismo comportamiento reservado pero seguro, tan diferente del estilo de vida ruidoso y bullicioso de su hermano. De niños, Eoin y Arran dependían de su padre para todo, y aunque su padre había pasado los últimos treinta años preparándolo, Eoin nunca esperó ser laird del castillo de Conall tan pronto.

Habría hecho cualquier cosa por evitar el destino de su padre, pero al posar su mirada sobre el laird, Eoin supo que no había nada que hacer. Aunque se había caído de caballos muchas veces en su vida, la caída que su padre había sufrido esa mañana lanzó su cuerpo envejecido contra una ladera rocosa. El daño infligido era demasiado para que su cuerpo sanara. Su padre se estaba muriendo, y lo único que Eoin podía hacer ahora era sentarse a su lado y consolarlo en sus últimos minutos.

* * *

Alasdair se preparó para confiar su último deseo a su hijo mayor mientras lo veía entrar en la habitación. Intentó incorporarse cuando Eoin se acercó a su cama. La idea de que su heredero lo viera en semejante estado de debilidad le dolía casi tanto como las costillas aplastadas y el pulmón colapsado que obligaban a que su respiración fuera corta y jadeante. Era un guerrero, de complexión fuerte como la de sus dos hijos. Le resultaba difícil creer que fuera una criatura tan mansa como un caballo la que lo enviara a su lecho de muerte, pero suponía que era solo otra señal de que, mientras el cuerpo y la

mente envejecen, el alma a menudo permanece ajena a los huesos frágiles, las articulaciones crujientes y los momentos de olvido.

A pesar de su cabello encanecido y su cuerpo desfalleciente, Alasdair sabía en su corazón que seguía siendo aquel muchacho joven y apuesto que no deseaba nada más que robarle otro beso a su amada esposa. Habían pasado veinticinco años desde que Elspeth falleció, y todavía no podía pensar en ella sin que las lágrimas brotaran de sus ojos oscuros.

Apartó los pensamientos sobre ella, pues sabía que vería a su amada muy pronto. Mientras su hijo se sentaba a su lado, Alasdair dejó que sus pensamientos derivaran hacia la carga que sabía que debía depositar sobre los hombros de Eoin.

Alasdair no le diría a su hijo la verdadera razón de su insistencia en un matrimonio entre Eoin y Blaire MacChristy. Porque, aunque él conocía la verdadera naturaleza de las predicciones de Morna, Eoin nunca conoció a la bruja. Alasdair sabía que si su último deseo para su hijo se basaba en las predicciones de una tía loca fallecida hacía mucho tiempo, eso solo haría que Eoin se resistiera aún más al matrimonio.

Durante mucho tiempo se creyó que los esponsales de su hijo con Blaire eran para asegurar la protección del territorio MacChristy. Donal MacChristy era laird del castillo y territorio más pequeños de Escocia. Con gente pobre y pocos medios de seguridad, el clan MacChristy siempre necesitaba ayuda de los aliados vecinos. Había sido una gran suerte que Alasdair siempre hubiera sido buen amigo de Donal, ya que eso había facilitado que los esponsales fueran mucho más sencillos y creíbles.

Alasdair sabía que si las predicciones y el hechizo de Morna se cumplían, Blaire MacChristy pronto sería reemplazada por una muchacha del siglo veintiuno, y estaba seguro de que Eoin no permanecería ajeno a los extraños sucesos. Para ayudar a mitigar la conmoción de su hijo, Alasdair se había asegurado de que todos los diarios de Morna que detallaban su predicción, hechizo y deseo pudieran encontrarse en la querida habitación secreta de la bruja en el sótano del castillo, junto con la placa embrujada que mostraba el retrato de Blaire. También le había contado la predicción y la historia

a su querida ama de llaves, Mary, pero no estaba seguro de si ella le había creído su fantástico relato.

Tras la muerte de Morna, Alasdair había descubierto los diarios de ella, que daban detalles de la placa encantada y de cómo planeaba que se produjera el intercambio. El hechizo de identidad ya había sido conjurado antes de que Morna falleciera. Independientemente de lo que ocurriera, nacería una niña dentro de muchos años, de apariencia idéntica a Blaire MacChristy. El intercambio de las dos niñas dependía de la placa que Morna colocó en el centro de su santuario. Si tanto Blaire como la niña idéntica llegaran a ver y leer las palabras de la placa en voz alta en algún momento de sus vidas, sus caminos se unirían y cambiarían sus lugares en el tiempo. Esta parte del plan de Morna dependía enteramente del destino, y Alasdair dudaba seriamente de que tal suceso fantástico llegara a ocurrir alguna vez. A pesar de sus recelos, se negaba a traicionar la memoria de su hermana.

—Hijo —Alasdair sintió que el pecho se le oprimía, pidiéndole que no dijera más, pero él se negaba a dejar que su cuerpo fallara antes de haber dicho lo que debía—, no quiero que tú y Arran me lloren por mucho tiempo. He tenido una vida plena. Todo lo que he deseado, lo he poseído.

—No quiero oírte decir ni una palabra más sobre eso, padre. Solo descansa un poco y te sentirás mucho mejor por la mañana.

—Guarda tus mentiras, hijo. Mi cuerpo puede estar débil, pero mi mente está lúcida. Sabes tan bien como yo que me estoy muriendo. Necesito que tú también te resignes a ello. Pues espero que sigas adelante con los planes de la boda como si nada hubiera pasado. Serás el laird del castillo de Conall antes de que pase una hora. Te corresponde velar no solo por nuestro territorio, sino también por el de los MacChristy, al casarte con Blaire.

* * *

El pavor recorrió la espalda de Eoin ante la idea de seguir adelante con su matrimonio con Blaire, pero se negó a detenerse en tales

pensamientos en este momento. Nunca le había discutido ni negado nada a su padre, y ciertamente no iba a empezar esta noche.

—Quiero que envíes un mensaje al laird MacChristy en cuanto salga el sol. Sugiere que Blaire venga a residir aquí de inmediato, para que puedan hacer los preparativos juntos. Creo que la boda debería fijarse para dentro de tres semanas. Sé que ella pone a prueba tu paciencia, pero espero que la trates y la valores como yo hice con tu madre.

Eoin no se creía capaz de mostrar a nadie el tipo de adoración que su padre le había mostrado a su madre. Realmente no pensaba que nadie más que su padre fuera capaz de amar con tal profundidad, especialmente él mismo. A pesar de haber tenido significativamente menos parejas que Arran, no era menos talentoso en las artes amatorias. Pero nunca había conocido a una muchacha que le hiciera, ni por un momento, temer pasar el resto de su vida sin ella.

No le diría eso a su padre, así que en su lugar, justo cuando Alasdair Conall exhaló su último aliento y dejó este mundo para reunirse con su amada Elspeth una vez más, Eoin juró: —Lo prometo, padre. Prometo casarme con ella, y prometo intentarlo.

CAPÍTULO 3



Sobre el océano Atlántico — Época actual

—Bri, ya van a servir el desayuno. ¿Por qué no te despiertas y hablamos de nuestros planes para después de aterrizar?

Me sobresalté al oír la voz de mi madre a mi lado. Estaba profundamente dormida y, como solía ocurrirme cuando dormía sentada, resoplé un poco al despertar y levanté los brazos para estirarme, golpeando al hombre sentado junto a mí mientras lo hacía. Apenas semiconsciente, no me di cuenta de mi error hasta que capté la mirada furiosa del hombre por el rabillo del ojo.

—Lo siento muchísimo. Por reflejo, estiré la mano y toqué el brazo del hombre como si fuera uno de mis alumnos que se hubiera caído en el patio de juegos. —¿Está bien? Todavía estaba medio... —Me interrumpí cuando vi que la mirada del hombre se transformaba en una sonrisa persistente, lo que me obligó a retirar la mano con un poco más de fuerza de la que probablemente era necesaria.

—No te preocupes, preciosa. Los ojos del hombre me recorrieron mientras su sonrisa se ensanchaba.

Me giré rápidamente hacia mi madre y me alejé del hombre todo lo que me permitían los escasos centímetros que había a cada lado de mi asiento.

—Estaba teniendo el sueño más horrible. Soñé que Anthony, mi alumno más rebelde, lideraba una revuelta de la clase contra la suplente. La tenían atada a una silla y había pintura dactilar por todas partes —. Me estremecí ante las imágenes de deditos pegajosos y húmedos manchando la alfombra del salón y los estantes de libros.

Mamá se rió mientras tomaba una taza de café para cada una de nosotras de manos de la azafata. —Cariño, tienen cinco años. Ni siquiera saben atarse los cordones. No van a tomar de rehén a la suplente.

—Lo sé, pero lo de la pintura dactilar es ciertamente una posibilidad. Realmente debí haberla guardado bajo llave en el armario. Simplemente estoy agotada. Estuve en la escuela hasta la una de esta mañana planeando lecciones, organizando materiales y asegurándome de que Mitsy tuviera todo bajo control con los planes.

—Todo va a salir bien, Bri. ¿Qué dijo el director cuando le pediste los días libres?

—No estaba encantado, pero creo que más que nada estaba sorprendido. Los únicos días personales que me he tomado desde que empecé fueron cuando me dio neumonía el invierno pasado, e incluso entonces fue solo porque de verdad pensé que me iba a morir. Supo que debía ser importante. Solo pidió que intentara estar de vuelta para el lunes después de Acción de Gracias y que me asegurara de que la suplente tuviera planes adecuados.

—Bueno, eso es genial. ¿Ves? No tienes nada de qué preocuparte. Solo intenta sacar todo eso de tu cabeza, querida. Realmente necesito tu ayuda. No puedo dejar que estos fondos de la beca se desperdicien.

—Tienes razón. No volveré a mencionarlo. Estoy aquí para ayudar en todo lo que pueda. Sonreí al ver que los ojos de mi madre se fijaban en el carrito de comida que se dirigía hacia nosotras, y supe que nuestra conversación había terminado. Mamá era una de esas pocas personas bendecidas que podían comer todo lo que quisieran y nunca subir ni un kilo.

Observé cómo devoraba los huevos en polvo y el cruasán frío que reposaban intactos en mi propia bandeja e intenté concentrar

mi mente en algo que no fuera la lástima que sentía por la valiente suplente que ocupaba mi lugar.

Mientras intentaba estrujarme el cerebro buscando algo en qué reflexionar, me di cuenta de la triste realidad: tenía poco en mi vida fuera de lo común en lo que concentrarme. Mi drástico declive social desde que me mudé a Austin me tenía bien encaminada a convertirme en la Miss Havisham del estado de la estrella solitaria. Pasaba cada segundo libre trabajando en mi casa o en mi salón de clases. Aunque amaba a los pequeños de mi clase, me avergonzaba haber dejado que mi vida se volviera tan aburrida.

Estaba en un punto en el que ya había alcanzado muchas de las metas que me había propuesto. Me había costeado la universidad trabajando. Estaba contenta con mi trabajo, contenta conmigo misma y era dueña de mi propia casa. Pero estaba lista para que mi vida abarcara algo más que a mí misma.

Quería un amigo, un esposo, un amante. Quería niños en mi vida que me llamaran "mamá" en lugar de "maestra" o "señorita Mothgomfrey". Pero con un círculo social lleno de madres de la asociación de padres en lugar de solteros codiciables, mis posibilidades de encontrar a alguien eran bastante nefastas.

¿Quizás un apuesto escocés me cautive por completo? Porque eso es algo que les pasa a las maestras de Austin todos los días, y seguro que habrá muchos solteros codiciables en las ruinas del castillo... donde no ha vivido nadie en cuatrocientos años.

Sacudí la cabeza, avergonzada de mi pequeña fantasía, e intenté volver a la realidad. —Muy bien, mamá. ¿Cuál es el plan?

—Bueno... —Observé cómo hablaba entre bocado y bocado—. Cuando aterricemos en Edimburgo, recogeremos nuestro auto de alquiler y manejaremos hasta el National Museum of Scotland. Han estado custodiando todos los documentos que encontramos en el sitio. Ya tengo autorización, así que debería poder llevarme muchas cosas con nosotras. Empezaremos allí revisando los documentos que ya tenemos para ver si eso saca a la luz algo que hayamos pasado por alto durante la primera excavación.

—Bien, me parece perfecto. ¿Hiciste alguna reserva de hotel cuando compraste el vuelo?

—No. No quiero quedarme en Edimburgo; creo que deberíamos intentar llegar a las Tierras Altas, más cerca de las ruinas. Recuerdo un pequeño bed and breakfast por el que solíamos pasar, que estaba a un lado de la carretera que lleva al sitio. Se veía tan encantador por fuera. Siempre quise quedarme allí, pero nunca tuve la oportunidad. Siempre acampábamos en el terreno. No tengo idea de si todavía existe o no, pero me gustaría arriesgarme y ver.

—De acuerdo. ¿Algo más que deba saber? —Mi presión arterial subió ligeramente al enterarme de que nuestro alojamiento para la noche era de todo menos seguro, pero me tragué el pánico y me propuse dejarme llevar.

—Sí... vas a tener que manejar tú. El alquiler es estándar. La comisura de la boca de mamá se curvó hacia arriba mientras reprimía una sonrisa.

—Está bien, no hay problema. Me reí entre dientes. Mamá era una conductora infamemente mala, incluso con transmisión automática. Nunca había tenido la intención de dejar que ella manejara, para empezar.

Un timbre sobre nuestras cabezas nos advirtió que comenzábamos el descenso hacia Edimburgo, y el capitán habló por el sistema de altavoces para pedir a todos que regresaran a sus asientos.

—¿Estás lista para esto, cariño? Siempre quise traerte a Escocia, pero siempre estabas en la escuela o dando clases cuando yo venía. Sé que te va a encantar. Se levantó y me hizo señas para que cambiáramos de asiento—. Ten. Quiero que mires por la ventana. Es hermoso.

Obedientemente me deslicé hacia la ventana y subí la persiana de plástico para mirar hacia afuera. Contemplé el exuberante paisaje e inmediatamente comprendí el amor de mamá por este país. Era el lugar al que pertenecía. Sabía que si yo no viviera en los Estados Unidos, ella se habría mudado aquí permanentemente después de su divorcio.

Observé cómo el suelo se acercaba lentamente y, cuando las ruedas tocaron la pista, sentí un pequeño tirón en mi interior. Quizás

este también era el lugar al que yo pertenecía. La emoción creció mientras el avión se dirigía a la puerta de embarque.

Escocia iba a ser buena con nosotras. Podía sentirlo.

CAPÍTULO 4



Escocia–1645

EOIN ESCUCHÓ los pasos de su hermano antes de ver a Arran dejarse caer a su lado y balancear los pies sobre el borde del muro de piedra que rodeaba el exterior del castillo. La rocosa costa que cercaba su hogar lo calmaba, y Eoin solía escapar allí cuando algo lo perturbaba.

—Anímate, hermano. No hemos visto a Blaire en más de diez años. Solo porque ustedes dos estuvieran decididos a hacerse la vida imposible en aquel entonces, no significa que lo harán ahora. Después de todo, ciertamente ya no eres el muchacho tonto que eras hace una década.

Eoin se giró para mirar a su hermano. —Tal vez, pero no puedo dejar de pensar en la muchacha que me disparó una flecha en el trasero porque me negué a dejarle mi caballo. ¡Todavía tengo la cicatriz! No puedo imaginar que haya cambiado lo suficiente como para que yo sienta algo por ella.

Pasando el brazo por el hombro de su hermano, Arran sonrió mientras hablaba. —¿Quién dijo que tienes que sentir algo por ella? Todo lo que tienes que hacer es casarte con la muchacha y llevarla a tu cama. Blaire era toda una belleza y, por lo que he oído, solo se ha puesto más linda desde la última vez que la vimos. Estoy seguro de

que muchos muchachos ocuparían tu lugar con gusto. Considérate afortunado, hermano. Podrías estar prometido a la hija mayor de Laird Kinnaird. Lo estarías, si ese viejo sapo tuviera algo que decir al respecto. Si mal no recuerdo, ella era tan desagradable como Blaire, pero ni de cerca tan atractiva.

—Tienes razón, por supuesto —admitió Eoin—. No es que espere amor, pero preferiría no unirme a alguien a quien apenas conozco. Y en cuanto a llevarla a mi cama, si es remotamente tan difícil como lo era de joven, no creo que su belleza sea suficiente para seducirme.

Mientras Eoin escuchaba la risa de Arran ante su propio desdén por su prometida, el sonido de unos pasos hizo que ambos hombres giraran la cabeza hacia el sendero que conducía al castillo.

—Aquí viene. Vamos a descubrir si la prometida tiende a ser tan difícil de tratar como pareces creer que será. Yo, por mi parte, tengo ganas de que haya una muchacha por aquí. —Arran se puso en pie y esperó a que Eoin guiara el camino.

—Como si hubiera faltado alguna muchacha en el castillo con la forma en que las haces desfilar de entrada y salida cada noche. —Eoin puso la mano sobre el hombro de Arran—. Pero déjame dejarte una cosa clara, hermano. Independientemente de lo que yo sienta por ella, será mi esposa. Tú no debes tocarla, ¿entendido?

—¡Jamás lo haría! Puede que me encante la compañía de las mujeres, pero de verdad espero con ansias que tengas una muchacha propia. Anda. Será mejor que quites esa cara antes de que bajemos a recibirla, o predigo que empezarás las cosas con tu novia con el pie izquierdo, ¿no? No creo que a la mayoría de las muchachas les guste ser recibidas con una expresión de puro pavor y desdén.

—De acuerdo. —Eoin fingió la sonrisa más amplia que pudo mientras volvía a entrar por la ventana lateral por la que se había trepado al muro y se dirigía a la entrada del castillo. Acababa de entrar en el vestíbulo frente a la gran escalera cuando oyó la voz de Blaire resonando por los pasillos.

—No sirve de nada quedarse ahí parado mirándome todo el día. A menos que esperes que cargue yo sola todas mis cosas hasta mi habitación, y seguramente el laird tiene más educación que eso.

Pero claro, me cuesta recordar muchas cualidades buenas en él. Ni siquiera se molestó en recibirme a mi llegada. No sé qué te habrá ordenado, pero exijo que me instalen en la habitación que esté más alejada de la del laird. Aún no estamos casados. Solo compartiré habitación después de la boda, e incluso entonces, solo si me obligan.

Eoin se asomó a la escalera donde Blaire pudiera verlo y la interrumpió antes de que pudiera seguir reprendiendo al viejo maestro de caballerizas. —Hola, Blaire. Bienvenida al castillo de Conall. Me disculpo por no estar aquí cuando llegaste. Estaba sentado afuera, en el muro, cuando vi que te dirigías hacia aquí. —Al llegar al pie de la escalera, Eoin se plantó ante Blaire y tomó su mano entre las suyas. Mostrando una sonrisa capaz de derretir a la mujer más hermosa, besó suavemente el dorso de su mano, mientras sus ojos negros penetraban en los de ella.

—No me interesan tus encantos, Laird Conall. —Retirando su mano de un tirón, Blaire se inclinó y comenzó a apilar sus pertenencias en los brazos del maestro de caballerizas—. Créeme, esto será un matrimonio por contrato y nada más. Cualquier hombre que acepte un acuerdo así está obviamente trastornado. Si por mí fuera, yo sería la laird de la torre de los MacChristy tras el fallecimiento de mi padre. Haría un buen trabajo, muy probablemente mejor que él, pero parece que todo el mundo piensa que las mujeres solo sirven para procrear y complacer a un hombre, así que me están casando. ¿No crees que tú y mi padre podrían haber hecho una alianza de seguridad sin que yo fuera parte del trato?

Eoin observó cómo Blaire dejaba de juguetear con sus cosas, percatándose apenas de que el anciano ya sostenía más de lo que podía cargar. Él no se movió cuando ella caminó directamente hacia él y le clavó dos dedos justo en el centro del pecho, con los ojos encendidos de ira.

—Pero no. El gran Eoin es un hombre demasiado pequeño para encontrar una mujer por su cuenta. Se siente feliz de casarse con alguien que no lo ama, no se preocupa por él ni le agrada.

El temperamento de Eoin se encendió mientras los dedos de Blaire seguían clavándose en sus costillas. Hirviendo de rabia, la agarró por ambas muñecas. —Puedes dejar las pertenencias de la muchacha, Kip. Ve a asegurarte de que su caballo esté bien atado en los establos y acompaña a sus escoltas al comedor para que puedan tener una buena comida después de su viaje.

—En seguida, señor. —El anciano se esforzó por dejar el gran montón con cuidado y luego salió lo más rápido que pudo por las grandes puertas.

—En cuanto a ti —sujetando aún sus muñecas, Eoin empujó a Blaire contra una columna que flanqueaba la entrada. Con sus cuerpos tocándose y su rostro lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su aliento, Eoin continuó— ¿Se te ha ocurrido alguna vez que yo puedo estar tan reacio a este matrimonio como tú?

—No es posible —masculló Blaire entre dientes.

—Sí, es muy posible. Estos esponsales se acordaron entre mi padre y el tuyo. Se me informó de ello cuando era un muchacho y estuve tan desamparado en el asunto como tú. En cuanto a tus otras exigencias... —apretó el agarre y se acercó aún más, con los labios rozándole la oreja mientras susurraba con voz ronca—, tus pertenencias serán llevadas a la habitación que está justo frente a la mía, y en nuestra noche de bodas, te mudarás a mis aposentos de inmediato, de eso puedo asegurarte, Lady Blaire. Este será un matrimonio real en todos los sentidos de la palabra. Tendrás mis hijos y verás pronto qué tan capaz soy de cortejar a cualquier muchacha que elija.

—Ejem... —Arran se aclaró la garganta al entrar en la habitación —. Bueno, hola, Blaire. Si hubiera sabido que ustedes dos se iban a llevar bien tan rápido, les habría dado algo de privacidad y te habría dado la bienvenida por la mañana. Lamento la intrusión.

—No cometas el error de asumir que esto es lo que parece, hermano. —Eoin soltó las muñecas de Blaire y se enfrentó a su hermano—. Por favor, ayúdame a llevar las pertenencias de Lady MacChristy a la Habitación Lavanda.

—Pero si aún no he tenido la oportunidad de saludar adecuadamente a tu prometida. —Arran se adelantó para tomar la mano de Blaire, pero ella la retiró rápidamente.

—No te molestes. Estoy segura de que bajo tu fachada de bienvenida te faltan los modales tanto como a tu bruto hermano. —Ella arrugó el labio superior—. A menudo he oído decir que tú eras el más agraciado de los dos hermanos Conall, pero tendría que estar en desacuerdo. —Se volvió rápidamente hacia Eoin una vez más—: Ahora. He tenido suficiente de ambos legendarios hermanos Conall por una noche. Si simplemente pueden señalarme dónde está la comida, les aseguro que podré encontrar el camino yo sola.

Más que atónitos, ambos hermanos señalaron las puertas dobles a su derecha, mirando con los ojos muy abiertos mientras ella salía furiosa del vestíbulo y atravesaba las puertas que le habían indicado. Arran fue el primero en hablar. —¡Por todos los santos, hermano! Creo que tenías razón sobre la muchacha. Es toda una belleza, pero yo también tendría cuidado de llevarla a mi cama.

—Sí. Te lo dije. —Inclinándose, Eoin empezó a levantar las pertenencias de Blaire, dejando la mitad para su hermano, e hizo un gesto con la cabeza hacia la escalera para que Arran lo siguiera.

—Sé exactamente lo que necesitas, hermano. ¡Salgamos a cabalgar por la mañana y pasemos la quincena antes de tu boda disfrutando de tus últimos días de libertad! Te vendría bien emborracharte y montarte a una muchacha o dos antes de que quedes amarrado a la arpía que ahora duerme al otro lado del pasillo. Mary estará más que encantada de ayudar con los preparativos de la boda, y si lo que he visto hoy de tu futura novia sirve de indicio, ella no querrá tu ayuda aunque estés aquí.

—Nada suena mejor, pero dudo que eso sirva de algo para mejorar el humor de la muchacha. —Antes de que pudiera decir otra palabra, las puertas por las que Blaire se había ido se abrieron de golpe una vez más cuando Blaire regresó a la gran entrada.

—¡Si llaman "comida" a esa porquería que había en el comedor, moriré de hambre durante mi encarcelamiento aquí! Me niego a probar bocado. Espero algo mucho mejor para el desayuno. Ahora,

si no les importa, los seguiré hasta mis aposentos, donde pasaré el resto de la noche.

Mientras subían con dificultad por la escalera, equilibrando las cargas de sus pertenencias, Eoin se inclinó para hablarle al oído a su hermano. —Tienes razón. Es justo lo que necesito. Saldremos a cabalgar al despuntar el alba.

* * *

A MILLAS DE DISTANCIA, Ramsay Kinnaird estaba de pie ante su gran chimenea de piedra, apurando otra copa de whisky, cuando su mensajero personal entró en la habitación.

—Me temo que es verdad, señor. Blaire MacChristy se mudó al castillo de Conall esta misma tarde, y se casarán dentro de una quincena. Fue acordado entre el padre del laird y el mismo Donal MacChristy. Por lo que he oído, ni Eoin ni Blaire tienen ganas de que se celebre el matrimonio.

—¡Me importan un bledo sus sentimientos hacia el matrimonio! —rugió Ramsay, arrastrando las palabras al continuar—. ¿Cómo se atreve Alasdair a hacer semejante acuerdo? Donal MacChristy es el laird de la torre más pequeña de toda Escocia, mientras que mi territorio es, por mucho, el más grande. Teniendo tanto Donal como yo hijas de la misma edad, es un insulto de la mayor gravedad que Alasdair pasara por alto concertar un matrimonio con mi hija por elegir a Blaire MacChristy.

—Yo... creo, señor, que el acuerdo se hizo para que Alasdair pudiera asegurar protección para su buen amigo. Como sabe, los MacChristys llevan años enfrentando tiempos difíciles. Sus tierras son demasiado escasas y su gente demasiado pobre para proporcionar una protección adecuada en caso de que su territorio esté en peligro. No creo que Alasdair tuviera intención de faltarle al respeto, señor.

—¡Sé perfectamente cuáles eran las intenciones de Alasdair cuando hizo el trato, maldito idiota! —Lanzó la copa de metal a las

llamas, salpicando el contenido de su vaso y obligando a las llamas a alzarse y rugir al contacto con el alcohol.

—Yo... mis disculpas, señor. —El hombre retrocedió unos pasos, temiendo que el temperamento del laird estuviera a punto de descontrolarse por completo. Demasiados sirvientes habían desaparecido simplemente por haber estado en el lugar equivocado en el momento equivocado cuando al laird le daban sus violentos ataques de ira.

—Esto no quedará así, te lo aseguro. Este matrimonio no ofrecerá ninguna protección para el clan MacChristy, pues acabaré con todos los Conalls. Después, solo será cuestión de tiempo antes de que los MacChristys se marchiten y mueran por su cuenta. Una vez que su preciosa Blaire sea asesinada antes de que se instale cómodamente en su nuevo hogar, el viejo laird estará tan desconsolado que se preocupará por su territorio incluso menos que ahora. —Saliendo furioso de la habitación, Ramsay se detuvo brevemente, agarrando a su mensajero por la garganta—. Si te atreves siquiera a mencionar una palabra de mis intenciones a alguien, te borraré a ti y a toda tu familia de la faz de esta tierra.

Empujando al sirviente al suelo, Ramsay Kinnaird salió disparado de la habitación, mientras su plan asesino cobraba forma a su paso.

CAPÍTULO 5



Escocia – Época actual

Como de costumbre, todo tomó el doble de tiempo de lo previsto. A pesar de que nuestro avión había aterrizado temprano esa mañana, eran cerca de las seis de la tarde. El crepúsculo empezaba a caer mientras cargábamos los documentos del museo en el pequeño auto compacto de alquiler y salíamos de la ciudad.

Varias horas después, con hambre y agotadas, finalmente divisamos la pequeña posada que mamá recordaba. Estacioné frente a la encantadora casa de dos pisos y encendí las luces interiores del apretado vehículo mientras sacaba un mapa.

—¿Qué te parece? ¿Estamos lo suficientemente cerca de las ruinas como para detenernos a pasar la noche?

Bostezando, mamá se estiró y asintió.

—Sí. Estamos a solo unos treinta minutos, y siempre he querido probar este lugar. Se ve muy bien, ¿no crees?

—Sí, se ve bien. Vamos. Estoy totalmente agotada.

Descargamos nuestras maletas y nos dirigimos a la entrada de la posada. Al cruzar la vieja puerta de madera, sonreí cuando el calor de la chimenea a la izquierda me envolvió, eliminando la sensación gélida de mis dedos y mi rostro.

Me estaba aflojando la bufanda y desabrochando la chaqueta cuando escuché una voz que venía desde lo alto de la escalera.

—¡Jerry! Creo que hay alguien aquí. Ve a ver si van a querer una habitación y, por el amor de Dios, pregúntales si quieren algo de comer.

Mi estómago rugió de inmediato ante la mención de la comida. No había comido nada desde el avión, y el único bocado que probé de los huevos en polvo empapados no me había durado mucho. Me llevé la mano al estómago, esperando que dejara de rugir ante mi petición, justo cuando el hombre de aspecto más miserable que jamás había visto caminó hacia nosotras desde lo que parecía ser la cocina.

Encorvado, con la cabeza cubierta de canas, era demasiado delgado. Tenía el rostro de aspecto más severo, con una nariz larga y puntiaguda y un mentón muy prominente hacia afuera. No pude evitar pensar que se parecía, y no poco, a Ebenezer Scrooge.

—Bueno, hola, muchachas —dijo el hombre con una gran sonrisa —. Ustedes dos parecen estar a punto de morir congeladas, temblando en el umbral. Por favor, entren y les traeré algo caliente para comer, ya que asumo que se quedarán a pasar la noche. —Me dio una rápida palmadita en el hombro y luego caminó de regreso hacia la cocina, agitando la mano para que lo siguiéramos.

Estaba segura de que se me cayó la mandíbula visiblemente, y me tomó unos buenos segundos antes de poder seguirlo. Miré a mi madre, quien me devolvió la mirada con una expresión de pura satisfacción.

—Nunca juzgues a un libro por su portada, Bri —sonrió y finalmente me siguió.

Una vez dentro de la habitación, nos llevaron rápidamente a una pequeña mesa en la esquina. Colocaron dos tazones de sopa humeante frente a nosotras, y entonces comenzaron las preguntas del hombre.

—Estamos muy contentos de verlas a las dos. Son los primeros huéspedes que tenemos aquí en mucho tiempo. Estamos apartados del camino, como seguro sabrán. ¿De dónde son? ¿Y qué las trae a esta parte del mundo?

Mamá habló primero. —Somos de los Estados Unidos; yo vivo en todas partes. Bri es mi hija y es maestra en Austin, Texas. Estoy aquí para realizar un trabajo arqueológico en las ruinas del castillo de Conall. Convencí a Bri de que viniera a ayudarme.

—Ahh... ¿Texas, dices? —El hombre se giró y miró en mi dirección—. Conozco el lugar. Mi esposa Gwendolyn creció en San Antonio. Vino aquí a visitar a su tío cuando era una muchacha, creo que tenía unos dieciocho. Yo trabajaba para el viejo; desde el segundo en que la vi corriendo por el campo, tratando de atrapar a una de sus ovejas...

Comenzó a reír con una carcajada profunda que sacudía todo su cuerpo. No pude evitar sonreír también; el amor del hombre por su esposa era evidente con cada sacudida de sus hombros.

—Bueno... me enamoré de ella en ese mismo instante, y supe que no regresaría a los Estados Unidos.

—¿Qué es eso, Jerry? ¿Qué mentiras les estás contando a estas pobres mujeres? —Una mujer menuda, de impactantes ojos verdes, entró en la cocina y, tras plantar un beso en la mejilla de su marido, se dirigió hacia nosotras para saludarnos.

—Espero que no las esté aburriendo a muerte con sus cuentos chinos. Déjenme adivinar, ¿les estaba contando cómo me barrió los pies y me dejó tan aturdida que nunca volví a casa? Bueno, él sabe perfectamente bien que fue de este paisaje de lo que me enamoré, no de este viejo charlatán.

Ella le guiñó un ojo por encima del hombro, y por el brillo en los ojos de él, supe que no creía ni una palabra de sus burlas.

El resto de la velada pasó volando para ambas. La vieja pareja habló durante horas, y me encontré cautivada por las historias de sus años juntos.

Finalmente, a las once y media, llevamos la última carga de documentos a una pequeña habitación en lo alto de la escalera. Gwendolyn había intentado darnos una habitación a cada una, pero mamá pidió que compartiéramos, insistiendo en que sería más fácil investigar si estábamos en la misma habitación.

Mientras escuchaba a mamá desordenar las sábanas mientras daba vueltas en la cama antigua, me lavé la cara, me cepillé los

dientes y me puse mi pijama de franela favorito. Agotada, me metí en la cama y pegué mis pies helados contra el calor de los dedos de mi madre, protegidos por calcetines.

Suspiré y me di la vuelta en un esfuerzo por recuperar parte de las cobijas que estaban desproporcionadamente en el otro lado de la cama.

—Sé lo que estás pensando, cariño. Algún día lo tendrás.

—¿Qué cosa? —Me giré una vez más para mirarla.

—Quieres una relación como la de Jerry y Gwendolyn. Pude verlo en la forma en que los miraste toda la noche. Algún día lo tendrás. No todas las relaciones son como la mía con tu padre.

—Lo sé. Tienes razón. Solo que a veces me preocupa que nunca me vaya a suceder.

—Sucederá. Pero, cielo, quizás quieras dejar el retenedor y comprar unos pijamas más sexis primero.

* * *

Tres días después, me encontraba sentada rodeada de montones de pergamino amarillento y polvo.

Soplé un mechón rebelde que se había soltado de mi peinado y se me había metido en la cara. Hasta ahora, habíamos pasado nuestros días en Escocia revisando las cajas de documentos sin suerte.

Miré a mi madre, quien con cada día que pasaba se volvía más inquieta. —Creo que deberíamos tomarnos un descanso. Conduzcamos hasta las ruinas y echemos un vistazo por ahí. Simplemente empecemos la excavación. Tal vez tengamos más suerte de esa manera.

Estaba segura de que no había escuchado ni una palabra. Tenía el ceño fruncido por la concentración y su mente estaba claramente en otra parte mientras sus ojos recorrían frenéticamente el documento frente a ella. —Mamá. ¿Estás...?

—¡Oh, Dios mío! ¡Santa María, Moisés y José! ¡No puedo creerlo! —Saltó de su asiento, gritando y bailando torpemente por la

habitación.

—¿Qué pasa? —La miré, sobresaltada y un poco preocupada por su extraño arrebato.

—¡Bri! Ven a ver esto. Estoy tan cansada que no me extrañaría estar imaginándolo. ¡Rápido! ¡Ven a ver!

—¿Está todo bien ahí dentro? —La voz de Gwendolyn nos llamó desde el otro lado de la puerta, con una clara preocupación en su tono.

Mamá corrió hacia la puerta y, al abrirla, rodeó con sus brazos a la posadera. —¡Oh, sí! ¡Todo está fantástico!

—Está bien, entonces. Qué bueno. Ejem... hay algo de almuerzo para ambas en la estufa. Pero, por favor, tómense su tiempo. Estará allí para cuando estén listas. —Gwendolyn retrocedió lentamente de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, obviamente confundida.

—Mamá. ¿Qué te pasa? ¡La asustaste de muerte! —Me reí mientras tomaba el trozo de pergamino grueso y amarillento que me extendía.

—No sé cómo no lo noté antes. Debe haberse caído de uno de los diarios de Alasdair. Estoy segura de que es su letra.

Examiné el papel desmoronado, esforzándome por distinguir algunas de las letras borrosas. —¿Crees que sea verdad? ¿Podría haber realmente otra habitación, una habitación secreta en el sótano que nunca se encontró en una excavación anterior? Pensé que ya habían limpiado todo en ese sótano.

—No lo sé. Me sorprendería, simplemente porque pasamos mucho tiempo excavando el sótano, pero es lo más prometedor que hemos encontrado hasta ahora. Tenemos que ir a echar un vistazo.

—Por supuesto que sí. Vamos a asearnos, a almorzar y a ponernos en marcha.

—¡Sí, hagámoslo! Tú báñate. Yo me bañaré cuando regresemos esta noche. Solo voy a echarme un poco de agua en la cara.

Abrí la ducha y me alejé para agarrar una toalla y una muda de ropa mientras dejaba que el agua se calentara. Al darme la vuelta desde la tina, capté un vislumbre del reflejo sonriente de mamá en el espejo y por un momento pensé que era yo misma. Toda la vida

me habían dicho cuánto nos parecíamos, pero nunca había podido verlo hasta ese preciso instante.

Sus ojos brillaban de emoción y, con su amplia sonrisa, pude ver a la mujer joven que mi madre fue una vez, y el parecido entre nosotras era innegable.

Me apresuré en la ducha, sabiendo que mi madre estaba ansiosa por ir al sitio, pero aun así me sentí reconfortada y renovada cuando cerré el vaporoso chorro. Estiré el brazo tras la cortina para agarrar una toalla y vi a mi madre sentada en el borde de la cama, jugueteando con los pulgares y golpeando el suelo con los pies.

Siempre ha sido muy sutil, pensé para mis adentros mientras me apresuraba a alistarme lo más rápido posible. Su nerviosismo me recordaba al de mis alumnos de jardín de niños cuando han esperado demasiado para ir al baño.

Saqué mi par de jeans favoritos y una camiseta azul con cuello en V que combinaba con el color de mis ojos, poniéndomelos mientras volvía al baño para retocarme con algo de maquillaje.

Mirándome rápidamente en el espejo, me aparté el cabello de los ojos con un broche y regresé a la maleta para sacar mis tenis. Ni siquiera me había molestado en empacar otro par. Sabía que para el trabajo que estaríamos haciendo, la practicidad era clave.

Hice un gesto hacia mamá, indicándole la puerta para que supiera que estaba lista. Juntas bajamos las escaleras. Al entrar en la cocina, vi que los ojos de mi madre se agrandaban al notar la fuente humeante de lasaña en la estufa y a Jerry y Gwendolyn sentados a la mesa.

—Decidí sacar una de las recetas de mi madre de los Estados Unidos para nuestras invitadas americanas. Espero que la disfruten. Vengan a sentarse con nosotros. —Gwendolyn se hizo a un lado junto a su marido y señaló los dos asientos al otro lado de la mesa —. También les preparé una bolsa con sándwiches. Por el alboroto de antes, imaginé que ustedes, señoras, estarían fuera el resto del día.

—Gracias. —Serví mi propio plato y me senté frente a Jerry—. De verdad no tiene que cocinarnos en cada comida.

—Oh, no hagas drama, muchacha. Les estamos cobrando por cada bocado —rió Jerry mientras Gwendolyn le golpeaba el brazo.

—Oh, tú cállate. No es ningún problema. De todos modos, no podrían encontrar ninguna otra comida por aquí. Estamos prácticamente en medio de la nada.

—Bueno, gracias. Esta lasaña está deliciosa. —Me llevé una porción humeante a la boca, agradecida de que no nos estuviera esperando un haggis.

—Vaya, qué bien. Me alegra que les guste. No la he hecho en mucho tiempo. No es la favorita de Jerry, pero sin duda me trae muchos recuerdos de la comida casera de mi madre.

—Bri no tiene muchos recuerdos de eso, me temo. Yo misma no soy muy buena cocinera. Bri es muy buena, sin embargo. Supongo que aprendió a valerse por sí misma una vez que se cansó de comer macarrones con queso de caja todas las noches. —Mamá se rió mientras se levantaba para servirse una segunda porción de lasaña.

—No fue tan malo, mamá. Eras una experta navegando los menús de comida para llevar.

Gwendolyn se rió y se levantó para retirar su plato y el de Jerry. —Bueno, señoras, que tengan un buen resto del día. Jerry y yo nos vamos al pueblo a comprar algunos comestibles. Nos vemos mañana. Dejaré la llave junto a la puerta principal, si no les importa cerrarla y ponerla debajo del tapete al salir.

—¡Claro que sí! ¡Gracias de nuevo! —gritó mamá mientras veíamos a la pareja irse—. Bien, cielo. ¿Estás lista? Quiero que tengamos tiempo suficiente para buscar antes de que anochezca.

Observé cómo mamá me quitaba el plato y lo ponía en el fregadero, sin esperar mi respuesta. Obviamente, yo ya había terminado, quisiera o no. —Claro, mamá. Salgamos de aquí.

Podía sentir la emoción que emanaba de mi madre mientras cerraba la puerta principal de la posada y subía al auto de alquiler. Juntas trazamos la ruta hacia el castillo y partimos hacia las ruinas.

CAPÍTULO 6



Escocia—1645

Blaire bostezó y se estiró generosamente sobre la lujosa cama de plumas cubierta de un color lavanda que combinaba con casi todo lo demás en la habitación. Nunca había visto una alcoba decorada con tanta delicadeza para los gustos de una mujer, y sospechaba que había sido alguna vez el refugio de Elspeth Conall. Ciertamente lo había sido para ella desde que llegó al castillo. Al enterarse de la partida rápida de los hermanos después de su llegada, había estado tan furiosa que Blaire decidió no salir de la habitación hasta que regresaran al castillo.

Esta mañana habían llegado.

Y el fin de su vida, también conocido como su día de bodas, estaba fijado para dentro de tres días.

Eoin era ciertamente lo suficientemente guapo, pero incluso cuando la tuvo acorralada contra esa columna en la entrada, con su respiración entrecortada contra su oído y el lateral de su cuello, ni siquiera la más mínima emoción había recorrido su espalda.

Diferente de la mayoría de las mujeres con las que creció, la vida de Blaire no giraba en torno a los hombres, y su mayor preocupación no era encontrar un marido adecuado. Blaire MacChristy soñaba con independencia, con vivir sola, con abrirse camino en la vida. Como

resultado, Blaire había sido constantemente criticada cada vez que expresaba sus deseos, y su padre dejó muy claro desde temprana edad que sus deseos no importaban de todas formas. Blaire no quería casarse, y había decidido la primera vez que escuchó a un niño llorando que siempre preferiría un buen perro faldero a un bebé lactante en su pecho.

Nunca le gustó particularmente Eoin, pero en el momento en que se enteró de que se casaría con él, decidió dedicar todo su esfuerzo a resentir su propia existencia.

Arran, por otro lado, quería hacer las paces con él. Necesitaba un amigo en el castillo y uno con suficiente poder para inclinar las cosas a su favor si iba a residir aquí el resto de su miserable vida.

Con Arran como su tarea número uno del día, rápidamente se vistió y se recogió el cabello de modo que los rizos sueltos le cayeran alrededor de la cara. Vistiendo un vestido azul claro que enmarcaba hermosamente su generoso pecho y su cintura esbelta, se miró en el espejo y decidió que estaba lo suficientemente satisfecha como para abandonar sus aposentos.

Mientras vagaba por los muchos pasillos y corredores que se extendían a través del castillo, no pudo evitar sentirse impresionada por la gran belleza del castillo. Obviamente había sido construido por alguien con gran atención al detalle y habitado por personas que sentían un gran orgullo por su propiedad y sus tierras.

Al doblar una esquina mientras miraba distraídamente alrededor, chocó con una mujer mayor, de aspecto amable y rechoncha, que llevaba sábanas de lavanda fresca, obviamente en camino a refrescar su cama. La golpeó con tal impacto que la sirviente dejó caer la pila que llevaba e inmediatamente comenzó con una serie de disculpas.

—Le pido perdón, señorita. Las sábanas me bloqueaban la vista, o la habría visto venir doblando la esquina. No debería haber sido tan descuidada. ¿Está bien, señorita?

Impresionada por la disculpa de la mujer, Blaire inmediatamente se agachó y comenzó a ayudarle a recoger la carga. —No se disculpe. Yo fui quien estaba demasiado ocupada mirando hacia

arriba. Debería haber estado prestando más atención. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Mary, señorita. Me complace conocerla. En persona, es decir. Llevo días hablándole a través de la puerta.

—¡Oh! Le agradezco por traerme todas mis comidas. No me sentía muy bien. ¿Sabe dónde está Arran? Esperaba poder disculparme por la forma en que lo traté la noche que llegué. Además, creo que hay un maestro de caballerizas con el que también debería disculparme. No creo que haya causado la mejor impresión.

—Oh . . . el maestro de caballerizas es mi esposo, y su nombre es Kip. Pero no se preocupe por él, señorita. Necesita que alguien le ponga las cosas difíciles de vez en cuando. Dios sabe que él hace lo mismo con todos nosotros la mayoría del tiempo.

El vientre de la mujer se movió mientras se reía, y cuando las comisuras de sus ojos se arrugaron con su sonrisa, Blaire pudo ver la bondad de la mujer emanando de sus ojos.

—En cuanto a Arran, espero que lo encuentre en sus aposentos, señorita. Lo vi saliendo del establo hace unos momentos. Solo para que lo sepa, señorita, les dije que no era buena idea que salieran corriendo como lo hicieron, pero nunca parecen escuchar a nadie más que a sí mismos. Muchachos tercos y de cabeza dura, los dos. Pero no se preocupe, señorita. Mary les ha dado una conferencia como probablemente nunca han tenido en sus vidas. Sienten mucho la forma en que la han tratado, y no lo volverán a hacer, se lo prometo.

—Bueno, le agradezco, Mary, pero supongo que también tengo parte de la culpa. Ahora, ¿cuál es la habitación de Arran?

—Justo en la pared opuesta, una puerta abajo de la suya, señorita. Justo al lado de la del laird.

* * *

Blaire caminó de un lado a otro frente a la puerta esperando que Arran respondiera. Cuando no recibió respuesta, llamó más fuerte, y

reanudó su paseo una vez más.

Tocando por tercera vez, decidió intentar con el pestillo. No estaba cerrado, y se deslizó dentro de la puerta, cerrándola de golpe detrás de ella en un esfuerzo por atraer la atención hacia sí misma. Antes de que pudiera siquiera mirar alrededor de la habitación, su espalda fue lanzada contra la puerta detrás de ella, y gritó cuando la manija se clavó en su espalda baja.

Inmediatamente, la mano que le sujetaba los brazos se relajó mientras se desplomaba al suelo, aterrizando sobre su trasero. Miró hacia arriba, a Arran, observando cómo el reconocimiento cruzaba su rostro.

—¡Ay, muchacha! Lo siento mucho. Pensé que eras Eoin, viniendo a molestarme por dormir en medio del día. Pero supongo que está teniendo tanta dificultad como yo para mantenerse en pie. —Se balanceó ligeramente y, flotando sobre ella, apoyó ambas manos contra el marco de la puerta—. Pero ¿por qué demonios entrarías a mi alcoba?

—Yo . . . lo siento —logró decir—. Solo venía a disculparme contigo.

Arran rió ligeramente. —¿Por qué harías algo así? Estaba muy seguro de que estarías lista para azotarnos a ambos cuando nos vieras de nuevo.

—No eres tú con quien estoy enojada. Estoy segura de que te sentiste obligado a acompañar a Eoin cuando decidió andar por la campaña. Pero en cuanto a mi comportamiento la noche que llegué aquí, no tenía razón para hablarte de esa manera. Espero que puedas perdonarme.

—Muchacha . . . —extendió la mano hacia abajo para agarrarle los hombros y la ayudó a ponerse de pie. Una vez que estuvo de pie, reanudó su posición contra el marco de la puerta, dejándola atrapada entre sus brazos—. No deberías ser tan dura con Eoin. Fue mi idea que nos fuéramos. Lo convencí.

Lo interrumpió, sorprendiéndose a sí misma por el tono de su voz. —¿Qué hiciste qué? ¡Acababa de llegar! ¡Ni siquiera conocía el camino por aquí cuando ustedes dos se fueron! No que tu confesión

de ninguna manera excuse a Eoin, pero no puedo creer que ambos pudieran ser tan desconsiderados.

* * *

ARRAN la miró mientras ella seguía gritando. Era aún más hermosa cuando estaba enojada, con su rostro sonrojado en rosa y sus ojos azul vibrante. No es de extrañar que su hermano se hubiera empujado contra ella cuando gritó. No podía pensar en hacer otra cosa, y con la cabeza palpitante y sus pensamientos todavía confusos, no podía resistir la tentación de silenciarla aplastando su boca contra la suya.

* * *

SABÍA que se estaba haciendo una tonta, ni siquiera sabía qué estaba gritando. No fue hasta que los labios de Arran se movieron contra los suyos que fue sorprendida en silencio.

Su cuerpo reaccionó a su beso de maneras que ni siquiera sabía que eran posibles. Toda su ira se derritió, junto con cualquier otro pensamiento sensato en su cabeza. Sabía que debería detenerlo, pero cuando sus manos cayeron de la puerta para sostener ambos lados de su cara, se encontró inclinándose hacia él, desesperada por acercarse más.

Cuando la empujó contra la puerta con su cuerpo, se dio cuenta de que a pesar de la urgencia de su beso, estaba teniendo especial cuidado de no volver a lastimar su espalda. Mientras su lengua se deslizaba más profundamente en su boca, la sensación de sus labios de terciopelo la deshizo completamente. Rindiéndose, entrelazó sus dedos en su cabello, aferrándose a su cuerpo y rasguñando suavemente su cuero cabelludo. Él gimió en su boca mientras ella le tiraba del cabello, presionando sus caderas hacia ella.

No fue hasta que su mano cayó para cubrirle el pecho que Blaire volvió en sí. *Oh Dios. Esto debe parar.* Haciendo lo único que podía pensar para romper su beso, levantó la rodilla y la lanzó hacia su

entrepierna. En el segundo en que cayó de rodillas, salió corriendo por la puerta y regresó a su alcoba sin detenerse a mirar atrás.

Cerrando de golpe la puerta de su propia alcoba, Blaire se hundió en el borde de la cama y miró fijamente la pared hasta que su respiración volvió a la normalidad. Levantando la mano para pasar sus dedos sobre sus labios, la avalancha de emociones que había sentido hace solo segundos volvió a ella.

Blaire siempre se había enorgullecido de no estar impulsada por la necesidad sin sentido por los hombres como parecía estarlo la mayoría de las mujeres, pero quizá solo había estado besando a los hombres equivocados.

Antes de que el compromiso de Blaire con Eoin fuera anunciado, Blaire tuvo su parte justa de pretendientes en la casa de su padre. Muchos de ellos incluso la besaron, pero siempre había encontrado los besos solo tolerables, si no ligeramente agradables. El beso de Arran era mucho más que tolerable, y encendió el primer destello de esperanza que había tenido desde que llegó al castillo.

* * *

Arran no podía ni imaginar cómo había podido ser tan tonto. Ella estaba comprometida con su hermano. Era la única persona prohibida para él, y la había acorralado contra la pared y la había besado con tanta pasión que todavía no podía recuperar el aliento.

Si no hubiera sido por el rodillazo de ella en la entrepierna, sabía que la habría llevado a su cama. No podía recordar la última vez que había deseado tanto a una mujer. Podría culpar a la cerveza, pero sabía que no era lo que lo había hecho besarla.

Había sido cautivado desde el momento en que la vio en la entrada con su hermano y había sugerido que salieran de la ciudad tanto para su propio beneficio como para el de Eoin.

El calor entre ellos había sido innegable. En el momento en que sus labios se tocaron, ella se derritió en él. Brevemente se permitió imaginarse adónde conducía ese beso antes de sacudirse. Ella era de

Eoin. Nunca le contaría a su hermano lo que había ocurrido entre ellos, y se aseguraría de que Blaire tampoco lo hiciera.

No podía soportar la idea de lastimar a su hermano, y aunque le resultaba difícil creer que podría resistirse a ella, se juró a sí mismo que haría todo lo posible por evitar a Blaire MacChristy por completo.

CAPÍTULO 7



Solo un trago más y tendría el valor suficiente para tener la conversación que había estado posponiendo durante tres días. No lograba entender qué tenía esta muchacha, pero su consumo de whiskey se inclinaba hacia el exceso desde que ella había vuelto a entrar en su vida. Los planes de Arran para evitar a Blaire habían salido tan bien como su plan de llevarse a Eoin lejos hasta la boda.

No importaba cuántas excusas pusiera para evitar el edificio principal, terminaba con Blaire envuelta en sus brazos. Ya fuera trabajando con Kip en los establos, disparando flechas en el campo, o incluso ayudando a Mary en la cocina, parecía que siempre se cruzaban. Y sin falta, momentos después la tendría contra una pared o en un armario, intentando mostrarle con su beso lo mucho que su cuerpo la deseaba en su cama.

Y cada vez, ella correspondía a su pasión con total fuerza, suplicándole que se casara con ella en lugar de con Eoin. No podía creer cuánto deseaba poder hacer precisamente eso. Casarse con ella y tener hijos con ella, y despertar con ella a su lado cada día. Amaba su espíritu fogoso, la forma en que decía lo que pensaba sin dudar; nunca había conocido a una muchacha que fuera tan contundente con sus palabras.

Su belleza era otro asunto totalmente distinto. Ella hacía que su corazón se acelerara tanto que apenas podía respirar, pero era su

espíritu salvaje lo que él sabía que podía domar sus propios hábitos errantes. Ella encajaba perfectamente en sus brazos, en su corazón. Y el saber que debía rechazarla por el bien de su hermano hizo que buscara otra copa más, bebiéndosela rápidamente y poniéndose de pie para dirigirse a la habitación de Blaire, justo al final del pasillo.

* * *

Se sorprendió de lo rápido que ella abrió la puerta, o quizás solo le pareció así por la forma en que su cabeza daba vueltas. Sintió el calor de los labios de Blaire sobre los suyos. Mientras ella se presionaba contra él, tuvo que obligarse a apartarla, sosteniéndola firmemente de los brazos para que no pudiera acercarse más. La crueldad era la única forma en que ella aceptaría su rechazo y se casaría de buena gana con su hermano.

—Blaire, sabes que no podemos hacer esto, muchacha. Te vas a casar con Eoin esta noche. No puedo ser yo quien se case contigo. El contrato se redactó entre mi padre y el tuyo. No nos corresponde a nosotros cambiarlo, muchacha, por mucho que te gustaría que lo hiciera. Soltó el agarre de sus brazos cuando ella dejó de intentar acercarse. Se alejó mientras observaba cómo ella giraba lentamente el rostro para que no mostrara ninguna emoción. No esperaba menos de la fogosa y salvaje muchacha. Sabía que preferiría morir antes que mostrarle una debilidad.

—Pero no puedes decirme que no te gustaría. Tal vez saber eso sea suficiente para mantenerme contenta entre nuestros días juntos.

—Muchacha, puedo decirte que no querría casarme contigo. Eso es lo que he venido a decir. Eres hermosa, Blaire, y he disfrutado mi tiempo contigo tanto como con cualquier muchacha. Pero una vez que te hayas casado con mi hermano, ya no te querré más. Habrá otra muchacha en mis brazos esta noche. Es mi forma de ser. Su corazón latía fuera de ritmo en su pecho, desmintiendo dolorosamente sus mentiras. Esperaba que ella respondiera a sus hirientes palabras con algunas propias, pero al verla girarse en

silencio y salir por la puerta, supo cuán profunda era la herida que había causado.

Se aferró al poste de la cama de Blaire y se dejó caer al suelo. Apretándose el pecho, intentó detener el dolor que aumentaba con cada sollozo que contenía, mientras dejaba que las cicatrices de su pérdida se grabaran en su corazón.

* * *

Había sido todo lo que pudo hacer para no estallar en lágrimas. Jamás en su vida el habla la había abandonado de forma tan absoluta. Con cada palabra adicional que pronunciaba Arran, un invierno gélido se extendía por su interior, dejándola completamente indefensa ante él.

Lo odiaba. Odiaba cuánto se preocupaba por él. Cuán rápido se habían acumulado sus sentimientos, haciéndola dudar de todo lo que creía saber sobre sí misma.

Eoin no había sido más que amable y atento desde que había regresado de su viaje. Pero él nunca la haría sentir de la manera en que Arran lo hacía. En el fondo, sabía que era con Eoin con quien tendría que casarse, pero se había aferrado a la esperanza de tener también el afecto de Arran.

Sin eso, no se creía capaz de seguir adelante con su matrimonio con Eoin. Sería una tortura quedar atrapada en un matrimonio sin amor. Estar tan cerca de Arran, viéndolo con otras chicas, sería como arrojar su corazón a una pila de carbones encendidos.

Si las convenciones lo permitieran, Blaire sabía que sería más feliz abriéndose camino por su cuenta en el mundo, dependiendo de nadie más que de sí misma. Si fuera aceptable, le complacería tener amantes, permanecer soltera y recoger perros callejeros en lugar de criar hijos. Pero las cosas no eran distintas, y este matrimonio sería una prisión. Una prisión llena de las expectativas y las tareas rituales que se requerirían de la nueva señora del castillo.

La idea la asfixiaba. Cada minuto marcaba un minuto menos para su boda, y podía sentir su espíritu retirándose cada vez más hacia su

interior. Su corazón se estaba rompiendo.

Deteniéndose lo suficiente para limpiarse las lágrimas de los ojos, Blaire levantó la vista y se dio cuenta de que se había adentrado en una parte del castillo en la que nunca había estado. Sabía que estaba perdida, pero no le importaba, y continuó huyendo por los oscuros escalones, eligiendo su camino al azar.

Cuando las escaleras llegaron a un final abrupto, perdió el equilibrio, tropezó en el sótano principal del castillo y chocó contra la pared del lado opuesto. Cuando la pared cedió, aterrizó de cara con un golpe seco sobre el frío suelo de piedra.

La caída no le dolió, pero era el dolor en su corazón lo que le impedía levantarse del suelo. Se quedó allí tendida llorando hasta que sus ojos se secaron y le dolió la nariz, deseando todo el tiempo poder simplemente desaparecer. Preferiría estar muerta, preferiría evaporarse en la nada, antes que vivir su vida atrapada como un pájaro en una jaula obligada a cantar cada vez que se le ordenara.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció allí, pero cuando hubo llorado todas las lágrimas que tenía por llorar, decidió que era hora de levantarse y enfrentar la miserable vida que tenía por delante.

Al ponerse de pie, se sacudió la suciedad de un lado de la cara y giró la cabeza en dirección a la luz del sol que entraba por la pequeña ventana en el rincón más alejado. Mientras esperaba a que sus ojos se ajustaran a la iluminación, recorrió la habitación con la mirada y sintió que se mareaba. Confundida y asustada, se preguntó si se había golpeado la cabeza más fuerte de lo que pensaba mientras intentaba entender qué había en la cámara.

Cientos de libros viejos y polvorientos la rodeaban, todos rodeando un gran escritorio ovalado en el centro de la habitación. Los libros yacían esparcidos y abiertos sobre el escritorio, y cuando levantó la página sintió un escalofrío recorrer su columna al comenzar a leer las palabras.

Hechizos. Algunos para bendecir, otros para maldecir, algunos afirmaban tener la capacidad de mover el tiempo mismo. Fascinada, hurgó entre las páginas, encontrando instrucciones sobre cómo lanzar hechizos y curar diversas dolencias.

¿A quién podría pertenecer esto? No a Arran ni a Eoin. Levantó la vista de la página polvorienta y amarillenta. La luz que se reflejaba en algo brillante en la parte posterior de la mesa captó su atención, y su sangre se heló.

Allí, apoyado contra la pared del fondo, se encontraba un plato redondo y brillante con su imagen pintada en el frente.

Debajo había palabras garabateadas en algún idioma desconocido. Con dedos temblorosos, se inclinó hacia adelante para tocar la placa. Al pasar los dedos por la superficie brillante, un poco de pintura se desprendió en las yemas de sus dedos.

Se dio cuenta de que era demasiado antiguo para haber sido pintado por Arran o Eoin. *¿Quién podría haber hecho esto entonces? No Alasdair. Este retrato se parece a mí ahora, y yo era una niña pequeña la última vez que él me vio. No mi padre. ¿Quién?*

Tratando de encontrarle algún sentido, pronunció las palabras escritas debajo de su retrato. A medida que pronunciaba los sonidos, una energía extraña comenzó a acumularse en la habitación. Casi podía escuchar las paredes zumbando y, a pesar de que algo tiraba del borde de su cerebro diciéndole que se detuviera, la curiosidad despertó su interés y continuó pronunciando la inscripción.

Justo cuando terminó de pronunciar la última sílaba, un dolor insoportable le atravesó la cabeza. Agarrándose al borde de la mesa, gritó de agonía. El mundo entero se sentía como si estuviera temblando, pero cuando miró alrededor de la habitación, nada parecía moverse excepto ella.

Se dio la vuelta al sonido de la voz de alguien y encontró a la vieja Mary de pie en el umbral con una expresión horrorizada en el rostro.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Qué sucede? La hemos estado buscando por todas partes... —dejó de hablar cuando Blaire gritó una vez más.

Blaire intentó concentrarse en las palabras de Mary, pero los contornos alrededor de la mujer se estaban volviendo borrosos y vio el rostro de la sirvienta girar sobre sí mismo.

Era el dolor más insoportable y no podía detener los gritos agonizantes que escapaban de sus labios. Estaba segura de que se estaba rompiendo en un millón de pedazos.

Cuando miró hacia abajo, ya no podía ver el borde de su vestido y supo que se estaba muriendo.

Su último pensamiento consciente mientras desaparecía en el polvo fue que tal vez se cumpliría su deseo después de todo.

CAPÍTULO 8

Escocia — Actualidad

Nos tomó menos tiempo del que esperábamos llegar a las ruinas del castillo y, al doblar la última curva del camino, pude ver a mi madre agitada por la anticipación. Empezó a dar instrucciones en cuanto giré el pequeño auto de alquiler hacia el camino de piedras que llevaba al lugar.

—Está bien. Solo oríllate aquí. Caminaremos el resto del trayecto. Voy a adelantarme para explorar el área y decidir cómo quiero que manejemos esto. Nos vemos allá arriba después de que descargues todo.

Me orillé a un lado del camino y observé cómo mamá saltaba del auto para dirigirse a la base de las ruinas.

Está bien. Claro que sí, mamá. Tú adelántate. Yo me encargo. En serio. No tendré ningún problema cargando estas dos mochilas. Solo están llenas con suficientes suministros para que nos duren una semana o dos. Puse los ojos en blanco y continué mi conversación mental y unilateral con ella mientras salía del auto y caminaba hacia la cajuela.

Saqué las dos mochilas pesadas del auto y, equilibrándome lo mejor que pude, colgué una sobre mi hombro derecho y otra sobre

el izquierdo, tambaleándome hasta la cima de la colina para reunirme con mamá.

Al contemplar la vasta extensión, no podía imaginar cómo alguien podía distinguir una zona de las ruinas de la otra, pero al acercarme a mamá por detrás, noté que ya estaba trazando el mapa del sitio.

Señaló la esquina del extremo derecho de las ruinas. —Mira allá, cariño, esos eran los aposentos del laird, con vista al mar. A la derecha estaba el gran comedor, y donde estamos paradas ahora habría sido la entrada principal. ¿No ves lo hermoso que era?

—Seguro que lo era, pero no tengo idea de cómo eres capaz de distinguir qué habitación era cuál mirando ese montón de rocas.

—He estado estudiando esto por años. Estoy tan familiarizada con estas rocas como tú con tu salón de clases, pero espero no estar tan familiarizada como creo; de lo contrario, no hay forma de que realmente exista otra habitación en el sótano. Creo que deberíamos bajar directamente al sótano y empezar a hurgar allí.

—Te sigo los pasos. Pero primero, tienes que llevarte tu mochila. —Me quité la pesada mochila del hombro y la dejé caer a sus pies.

—Empecemos. —Ella recogió rápidamente la mochila y, tras colgársela a la espalda, partió hacia las ruinas, haciéndome señas para que la siguiera.

Me mantuve cerca mientras la seguía hasta un punto en el lado izquierdo de las ruinas.

—¿Aquí es donde está el sótano?

—Sí, está justo aquí arriba. Ha estado cerrado para mantener alejados a los visitantes. No es del todo seguro, ya ves, pero yo tengo la llave.

—No parece que se haya abierto en mucho tiempo. —Me quedé mirando la puerta de metal en el suelo, cerrada con un candado cubierto de óxido.

—No me imagino que nadie haya entrado desde que detuvimos nuestra excavación en el sitio. Ningún otro arqueólogo ha trabajado aquí, y ahora son principalmente turistas los que vienen a ver las ruinas.

Al unísono, nos pusimos de rodillas. Agarré el costado del pesado candado, sosteniéndolo en dirección a mamá para que ella pudiera

insertar la llave.

—Está muy rígido. Espero que la llave no se rompa cuando la gire. —Hizo una pausa nerviosa antes de girar la llave hacia la izquierda.

Por suerte, se abrió con facilidad. Levantar la puerta de metal fue un asunto completamente distinto.

La hierba había crecido alrededor de los bordes de la puerta, casi enterrándola en el suelo. Mamá ya se me había adelantado, poniéndose sus guantes amarillos y agarrando su pala antes de que yo tuviera oportunidad de quitarme la mochila de los hombros.

Media hora después, con suficiente tierra removida alrededor de los bordes de la puerta, pudimos agarrar la gran manija y sacarla de su lugar, volteándola sobre su otro lado en el suelo.

Arrugué la nariz ante el olor a humedad que emanaba del agujero y le hice una seña a mamá para que guiara el camino.

Cuando llegamos al fondo de la escalera, observé cómo mamá empujaba la chirriante puerta de madera que debió ser originalmente la entrada al sótano. Sus bisagras estaban gastadas y en descomposición, pero mientras se abría con un chirrido, nos adentramos en el interior.

La primera habitación estaba vacía; todo el contenido había sido retirado durante la excavación original del sitio. A primera vista, parecía imposible que hubiera algún tipo de habitación secreta. ¿Cómo pudieron haberla pasado por alto cuando se llevó a cabo una búsqueda y limpieza tan exhaustiva del espacio la primera vez? Pero al entrar, nuestras dos linternas captaron el destello de la misma grieta que bajaba por la esquina posterior derecha del espacio.

Observé cómo mamá avanzaba titubeante, obviamente haciendo todo lo posible por no hacerse ilusiones. Al acercarse a la grieta, buscó a sus espaldas para sacar un cincel y un martillo del costado de su mochila. Con cautela, colocó el borde delgado contra la grieta y golpeó el extremo con el martillo. Polvo y pequeños trozos de escombros flotaron en el aire. Ganando confianza en sus sospechas, fue bajando por la grieta, golpeando cada pocos centímetros. Hacia la mitad de la pared, golpeó un pestillo y, con un golpe fuerte, la puerta se abrió de golpe.

Mamá salió a explorar la habitación con su linterna, y yo me quedé atrás para recorrer el lugar con la mía. Pilas de libros nos rodeaban, y una mitad de la habitación se había derrumbado sobre sí misma, bloqueando cualquier fuente de luz natural. Me aventuré lentamente más adentro, subiendo el cuello en V de mi camiseta hasta que cubrió mi boca para bloquear el polvo que invadía mis pulmones.

Moví la luz de arriba abajo por la habitación, casi dejando caer mi linterna cuando el haz de luz se reflejó en un objeto metálico que estaba en medio de la estancia y me dio en los ojos. Parpadeé para adaptarme al repentino destello de luz y di un paso adelante para ver mejor. Cuando vi lo que estaba apoyado en el centro de la mesa, de hecho, sí dejé caer la linterna y grité mientras esta rebotaba en el suelo.

Chocó contra la piedra dura con un golpe seco, y quedé sumergida de inmediato en la oscuridad hasta que mamá dirigió su propia luz hacia mí.

—¿Qué demonios pasa? ¡Me diste un susto de muerte! ¿Viste una rata?

Mis rodillas temblaban y parecía que no podía responder mientras los pensamientos corrían por mi mente. *¡Seguro que vi mal! ¡No había una pintura mía en esa placa!*

Alargué la mano para apoyarme en el escritorio que tenía delante y mis manos aterrizaron en un montón de polvo y telarañas que cubrían cada superficie.

—¿Puedes pasarme mi linterna, mamá? Creo que rodó cerca de tus pies.

Tan pronto como mamá la localizó y volvió a estar en mis manos, golpeé el extremo donde se conectaban las pilas y logré que la luz volviera a encenderse. Poniéndome de pie lentamente, iluminé de nuevo el centro de la mesa y un escalofrío me recorrió la espalda al mirar mi propia imagen devolviéndome la mirada.

Mis dedos temblaban mientras me estiraba para agarrar el objeto. *¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?* Un millón de preguntas se arremolinaban en mi mente mientras intentaba comprender lo que estaba viendo. La placa era obviamente de hace siglos. El metal

estaba empañado, la imagen desvaída y parte de ella se había astillado, como si alguien hubiera desprendido accidentalmente un trozo muchos años después de haber sido pintada.

El miedo me atenazó el vientre mientras me encaraba con mi madre.

—¿Qué es esto? ¿Es algún tipo de broma, mamá? ¿Has estado aquí abajo antes?

—¿De qué estás hablando? —Se adelantó y me arrebató la placa de las manos, dejando escapar un grito ahogado al mirar la imagen.

—¿Qué está pasando, mamá?

—Umm... esto es solo una coincidencia, querida. No, no he estado aquí antes. Creo que ha pasado mucho tiempo desde que alguien estuvo aquí. Tenemos antepasados escoceses, ¿sabes? Simplemente te pareces mucho a la mujer de la pintura.

Continuó murmurando palabras reconfortantes, pero pude ver el miedo extenderse por su rostro. Le arrebaté la placa de las manos y soplé el polvo de la parte superior, revelando grabados debajo de mi retrato.

No reconocí el idioma, pero lentamente empecé a pronunciar las palabras. Desde el momento en que comencé a proferir las extrañas sílabas, sentí que la habitación cambiaba.

El miedo que había comenzado en mi vientre subió hasta paralizarme por completo. Los vellos de mi nuca se erizaron.

Algo me empujaba hacia las palabras, obligándome a pronunciarlas incluso mientras intentaba tragarme los sonidos que salían de mi boca.

Al terminar la cadena de sonidos, sentí que mi cuerpo se desgarraba por las costuras, sumergiéndome en un dolor agonizante. Grité al mismo tiempo que escuchaba el grito horrorizado de mi madre frente a mí.

Caí de rodillas mientras la habitación temblaba a mi alrededor. Mi piel estaba en llamas y sentía como si alguien me estuviera apuñalando repetidamente.

—¡Bri! ¡Bri! ¡Oh, Dios mío, Bri!

Deseé poder ver a mi mamá. Podía escuchar sus gritos aterrorizados no muy lejos de mí, pero mi visión se nubló mientras el

dolor continuaba recorriendo mi cuerpo.

Justo cuando pensé que no podía soportar más dolor, escuché lo que creí que era mi columna vertebral rompiéndose y acepté con gusto la inconsciencia.

CAPÍTULO 9



Escocia—1645

La visión me fue regresando poco a poco mientras esperaba que las imágenes borrosas se aclararan. Extendí la mano para sujetarme del borde de la mesa y luché por ponerme de pie. Al llevarme las manos a la cabeza, apenas registré que, al levantarlos de la mesa, no estaban cubiertos de polvo. Podía escuchar la sangre martilleando en mi cabeza y no lograba recuperar el aliento. Una voz detrás de mí comenzó a penetrar en mi cerebro nublado.

Sobre pies inestables me giré hacia el umbral, esforzándome por distinguir la figura que estaba frente a mí. Sabía que debía de ser mi madre, pero no se le parecía. Esta era una mujer baja y rechoncha, mientras que mi madre era alta y delgada.

Cerré los ojos brevemente y los abrí una vez más, esperando que eso me ayudara a aclarar la vista. No sirvió de nada para mejorar mi visión, pero ahora podía distinguir las palabras de la mujer.

¿Por qué mamá habla así? No entiendo lo que dice. ¿Estoy herida? Ciertamente mi cabeza se siente así. ¿Se derrumbó parte del techo? ¿Qué está pasando? Los pensamientos corrían por mi mente mientras escuchaba los desvaríos de la mujer.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, querida y dulce Madre de Dios! El viejo laird tenía razón. ¿Qué va a hacer la vieja Mary ahora? ¡Y con la

muchacha a solo unas horas de su boda! ¡Las jovencitas eligieron un momento magnífico para andar jugando con magia, sí que lo hicieron!

Definitivamente esa no es mamá. ¿Estoy en el hospital o algo así? ¡Espera! ¿Boda? ¿Qué demonios está pasando?

Luché por procesar lo que me rodeaba mientras sentía las manos de la mujer sujetar mis hombros y sacudirlos.

—¡Muchacha! ¿Estás bien? La vieja Mary necesita que hables.

—¡Por favor, deja de sacudirme! ¡Me está matando la cabeza! —jadeé y me llevé las manos a la cabeza una vez más, dándome cuenta de que finalmente podía ver a la mujer con claridad. El dolor que casi me había partido por la mitad hacía solo unos instantes se había mitigado lentamente hasta convertirse en una migraña.

—¡Oh, cielos, muchacha! ¿Dónde aprendiste a hablar de esa manera? Debes de ser de muy lejos, cielo. La vieja Mary jamás ha escuchado un habla semejante en su vida.

Sentí que el zarandeo se detenía y miré a los ojos grises que me estudiaban con fiereza.

—¡Oh, por los Santos, muchacha! Nunca creí en sus historias, pero te ves notablemente similar; excepto que Lady Blaire nunca vestiría un atuendo tan inapropiado. ¡Vaya, pareces la peor clase de moza de taberna! ¡Puedo ver la forma de tus piernas, muchacha! Por no mencionar...

Mi cabeza palpitaba con demasiada insistencia como para concentrarme. Recorrí la habitación con la mirada, mientras deseaba en silencio que la mujer dejara de hablar.

Sabía que no estaba en un hospital. El espacio se veía antiguo y, de alguna manera, familiar. Lentamente, volví la cabeza hacia la mesa en la que me apoyaba y vi el retrato de mí misma.

Los recuerdos de lo que había estado haciendo solo unos momentos antes regresaron de golpe, y el pánico estalló mientras me alejaba de un salto del alcance de la mujer.

—¿Dónde está mi madre? ¿Qué pasó? ¿Qué? ¿Qué es eso? —mi voz y mis dedos temblaban mientras señalaba el retrato y miraba fijamente a la anciana.

—Oh, pobrecita. Pareces muerta de miedo.

Observé cómo la mujer se acercaba a mí una vez más y me conducía hacia un taburete en la esquina de la habitación.

La mujer tenía razón. Estaba asustada. Intentando sofocar mi pánico, le hice caso y me desplomé sobre el asiento de madera lisa.

—¿Estás bien ahora, muchacha? Permíteme explicarte, cielo.

Simplemente asentí mientras el entumecimiento reemplazaba la sensación de pánico, y me giré para observar a la mujer mientras hablaba.

—No estoy segura de dónde ni cuándo vienes, cielo, pero puedo decir por tu manera de hablar y vestir que no es de ningún lugar que haya visto o del que haya oído hablar. No es que la vieja Mary haya estado en muchos lugares o visto muchos sitios.

Observé cómo la mujer hacía una pausa y se reía entre dientes. Luego, al ver mi confusión, dejó de reír y volvió a poner una expresión de seriedad en su rostro.

—Pero puedo decirte que hoy es el tercer día de noviembre del año mil seiscientos cuarenta y cinco. Y es el día de tu boda.

Comencé a refutar las afirmaciones de la mujer, solo para descubrir que tenía la boca seca y las rodillas me temblaban. En su lugar, me quedé sentada en silencio.

—Estás en el castillo de Conall, muchacha, y aunque la vieja Mary sabe que tú no eres Lady Blaire, el resto del castillo no podrá notar la diferencia, y a menos que quieras que te encierren, te sugiero que no dejes que descubran la verdad.

Mientras escuchaba a la mujer hablar sobre mi próximo matrimonio con el laird del castillo, las carcajadas amenazaron con brotar de mi garganta.

Definitivamente me golpeé la cabeza. La habitación se derrumbó y estoy en coma. Estoy en coma y estoy soñando que regresé en el tiempo para casarme con un laird escocés. Eso es lo que pasa por soñar despierta con tonterías, Bri.

—¿Y cuál era tu nombre antes de llegar aquí, muchacha? No podrás ser conocida por él de ahora en adelante, pero me gustaría saber tu verdadero nombre de todos modos.

La pregunta de la mujer pareció sacarme de mis pensamientos y me encontré respondiendo automáticamente.

—Soy Brielle Montgomery. Pero llámame Bri para abreviar.

—Bueno, Brielleparaabreviar, la vieja Mary nunca ha escuchado un nombre así antes. Me place conocerte, muchacha, pero de ahora en adelante, tendrás que responder al nombre de Blaire, ¿entiendes?

—Sí.

—Bien. Ahora, yo soy Mary, y pasarás mucho tiempo conmigo. Soy la persona que hay que conocer por aquí, créeme. Ahora, ¿cuál es tu nombre otra vez?

Me relajé un poco al notar que mis rodillas ya no temblaban y que mi respiración había vuelto a la normalidad. Le sonreí a Mary mientras respondía:

—Blaire.

—¡Muy bien, muchacha! Por tu aspecto supe que aprenderías rápido. Ahora, vamos a llevarte a tu alcoba antes de que alguien más te vea vestida de esa manera.

Mary se paró a mi lado y sacudió el dobladillo de su sencillo vestido gris.

Si estoy en coma, bien podría intentar divertirme un poco. Probablemente sea una buena señal que esté soñando, supongo que eso significa que no tengo muerte cerebral. Quizás este sueño le dé a mi cerebro tiempo para sanar. Mientras tanto, supongo que simplemente me casaré con el laird escocés que deseaba.

Me reí para mis adentros, decidiendo disfrutar del sueño mientras durara. Al ponerme de pie para seguir a Mary, tuve que detenerme y apoyarme en la pared para evitar que la cabeza me diera vueltas.

Si tan solo no me doliera tanto la cabeza. Pero supongo que probablemente debería doler, ya que un techo de piedra sólida de 400 años se me cayó encima. ¡Espera! ¡Oh, Dios mío! ¡El techo se derrumbó! ¿Qué hay de mamá? ¿Está herida?

Traté de calmar mi respiración una vez más y me senté de nuevo en el taburete de madera. *No. La vi cuando todo empezó a temblar. El techo sobre ella no se movía en absoluto y ella estaba cerca de la entrada. Ella está bien. Está bien. Tiene que estar bien.*

Continué tranquilizándome hasta que las manos de Mary tocaron mis hombros de nuevo.

—Vamos, muchacha. Debemos empezar a prepararte para la boda. Trataré de explicarte un poco más mientras te aseamos. Sígueme.

La anciana salió disparada hacia un pasillo del castillo, dejándome con pocas opciones más que seguirla.

Mientras caminaba detrás de Mary, alejé mis preocupaciones racionalizándolas al concentrarme en dos piezas de información que destacaban en mi mente.

Primero, si tanto mi madre como yo hubiéramos resultado heridas en el derrumbe, supuse que no habría habido nadie allí para conseguir ayuda. Si mamá no hubiera podido conseguir ayuda, yo estaría muerta en lugar de estar sentada en la cama de un hospital en el coma onírico en el que me encontraba ahora. Lo más probable era que mamá estuviera bien. Supuse que simplemente aún no había decidido dejarla entrar en mi sueño.

Segundo, independientemente de lo que hubiera sucedido, no había nada que yo pudiera hacer al respecto ahora.

El estrés innecesario no era bueno para el proceso de curación, así que hasta que despertara y supiera con certeza lo que había ocurrido, iba a disfrutar de la experiencia surrealista que estaba teniendo en este momento.

Levanté la vista cuando Mary se detuvo frente a mí y me di cuenta al instante de que había prestado poca atención a la ruta que habíamos tomado hasta la puerta ante la cual me encontraba ahora.

Era una puerta magnífica. Fuerte pero femenina, la puerta estaba tallada con detalles precisos que se arremolinaban dentro y alrededor de la madera con gran artesanía. Me pareció extraño que estuviera soñando con tanto detalle, pero Mary me interrumpió antes de que pudiera explorar más el pensamiento.

—Esta es tu alcoba, muchacha. Bueno, al menos por unas pocas horas. Después de la boda, te mudarás a la alcoba del laird para la noche de bodas. —Hizo una pausa para abrir la puerta y gesticuló, empujándome hacia adentro—. Creo que la habitación te parecerá muy agradable. La madre del laird usaba esto como su propio santuario especial mientras vivía. Entra, cielo. La vieja Mary volverá pronto. Haré que te traigan un baño caliente.

Antes de que pudiera articular una respuesta, Mary se había ido.

Sola, entré en la habitación. Mi primer pensamiento fue que era demasiado grande. Toda mi sala y cocina podrían caber fácilmente en esta sola estancia. ¿Por qué alguien necesitaba tanto espacio para dormir? Pero a medida que continuaba avanzando por el espacio, me di cuenta de que el exceso de espacio hacía que fuera fácil respirar.

La habitación exudaba calma, y me permití caer sobre la cama en el centro de ella. La cama estaba cubierta con los mismos tonos de púrpura que se reflejaban en el resto de la habitación. Me estaba acurrucando profundamente entre las lujosas telas cuando la puerta de la alcoba se abrió de golpe y Mary entró apresuradamente.

—Vamos, muchacha. Arriba y a la tina. —Me agarró del brazo, sacándome de la cama.

La cabeza me dio vueltas una vez más al ponerme de pie, y me aferré al poste de madera de la cama para sostenerme mientras observaba a varios hombres jóvenes pasar por la puerta cargando una gran tina de forma ovalada. Se vertieron varios cubos de agua humeante en la tina y los sirvientes se retiraron, cerrando la puerta tras de ellos.

Tan pronto como todos se hubieron ido, Mary se acercó, forcejeando con mi ropa.

—¿Qué estás haciendo? —Aparté las manos de la anciana.

—¿Qué parece que estoy haciendo, muchacha? No tenemos mucho tiempo. ¡Debes estar en tu boda puntualmente! Métete en esa tina, cielo. —La voz de Mary era aguda y exigente mientras ponía las manos en sus caderas y me miraba fijamente.

—Está bien. De acuerdo. —Le hice una señal con la mano a Mary y me desvestí cohibida, saltando al agua lo más rápido que pude. El calor del agua ciertamente se sentía real y se me ocurrió brevemente que no recordaba haber tenido nunca un sueño tan cargado de sensaciones.

El rostro de Mary pareció suavizarse al verme sisear al contacto con el agua humeante. —Muchacha, lamento que todo esté sucediendo tan rápido para ti. Esperaba tener tiempo para explicarte, pero me temo que eso tendrá que esperar.

Me pregunté qué habría que explicar en un sueño. Los sueños a menudo no tenían sentido. Pero como se estaba volviendo costumbre, no tuve tiempo de responder antes de que Mary continuara hablando.

—Esto es lo que necesitarás saber hoy. —Mary se dejó caer en el borde de la cama y se cruzó de brazos con una mirada de exasperación—. Tu nombre es Blaire MacChristy. El nombre de tu padre es Donal, y es tu deber casarte con el laird, Eoin Conall, para ayudar a brindar protección al territorio de tu padre.

Me eché agua en la cara, frotando mi cuerpo con las manos mientras escuchaba las instrucciones de Mary. Sí, el agua definitivamente estaba caliente. Mi piel se puso rosada mientras sacaba el brazo para lavarme.

—Te ves idéntica a Blaire, así que una vez que te pongamos el vestido y te recojamos el cabello, no habrá un alma en toda Escocia que pueda decir lo contrario. Eso será hasta que hables, cielo. Nunca he oído a nadie hablar de forma tan extraña. La vieja Mary no está muy segura de qué hacer al respecto.

Mary se puso de pie y caminó de un lado a otro por la habitación. El agua parecía ayudar a mi cabeza dolorida y, al inclinarme sobre el borde de la tina para agarrar un paño y secarme, noté que la cabeza no me daba vueltas con el esfuerzo.

—Tal vez pueda intentar imitar tu acento. —Comencé a secarme, sintiéndome renovada y mucho más como yo misma.

—¿Acento? ¿A qué te refieres, muchacha? —Mary dejó de caminar y giró para mirarme.

—Quiero decir que no tienes que preocuparte tanto. Puedo intentar imitar la forma en que hablas. —Sonreí mientras intentaba darles a mis palabras el mejor acento escocés que pude reunir. Menos mal por todos los libros que les había leído en voz alta a mis alumnos de jardín de niños. Siempre les encantaba cuando usaba diferentes voces, así que a lo largo de los años había desarrollado un repertorio de acentos bastante amplio.

—¡Ah! ¡Eso no está mal, muchacha! Quizás sí puedas hacerlo después de todo. Eso es lo que siempre decía el difunto Laird

Alasdair: que serías una bendición para todos nosotros. Pero nunca creí sus historias hasta este día.

—¿Qué historias? —Como ya no me dolía la cabeza, me encontré bastante interesada en lo que Mary decía.

—Oh, no tengo tiempo para hablarte de eso hoy, querida. Perdón. Debería haber dicho: no tengo tiempo para hablarte de eso hoy, señorita. La vieja Mary tiene que empezar a llamarte señorita, si vas a ser la señora del castillo. —Mary hizo una pausa y se rió entre dientes—. Nunca habría creído que este día resultaría como ha sido, muchacha. Oh, vaya, ha sido un día de locos para Mary. Sin mencionarte a ti, cielo. ¡Uf! Quiero decir, señorita. Ha sido un día difícil para ti también.

Me reí y escuché a Mary parlotear mientras me ponía el vestido azul pálido que ella sostenía hacia mí.

—¡Oh, Mary, es impresionante! —miré hacia el corpiño, cautivada por la imagen ante mí. Era la prenda de vestir más elegante que jamás me había puesto, y me pregunté por qué las mujeres no usaban vestidos con más frecuencia. Ni siquiera podía verme todavía, por la forma en que Mary me tenía de espaldas al espejo, pero me sentía hermosa dentro de la tela vaporosa.

—Sí que lo es, muchacha. Pero todavía no puedes mirar. Solo podrás mirar cuando haya terminado con tu cabello y estés lista para tu boda.

Sonreí, decidiendo disfrutar de mi coma. —¿Cómo es el laird, Mary?

Mary se rió entre dientes: —Bueno, esa es una buena pregunta, señorita. ¡Mira, lo dije! ¡Te llamé «señorita», señorita! —Se detuvo para reír—. No creo que pudieras tener más suerte con un esposo, señorita. Amo a esos dos muchachos como si fueran mis propios hijos, por muy traviesos que sean.

—¿Dos? —interrumpí por reflejo y miré hacia atrás a Mary, quien estaba sujetando mechones de mi cabello en su lugar.

—Oh, sí. Hay dos hermanos Conall. Pero tú te casas con el hermano mayor, Eoin. El hermano menor es Arran. La mayoría de las muchachas estarían de acuerdo en que no hay dos muchachos más

apuestos en toda Escocia. Incluso yo tendría que estar de acuerdo, y soy demasiado vieja para desatarme el corsé por tales cosas.

Solté un pequeño chillido cuando Mary tiró con especial fuerza de un mechón de mi cabello.

—Oh, perdón, cielo. Quiero decir, señorita. ¡Oh! La vieja Mary terminará acostumbrándose. No te preocupes. —Continuó arreglándome el cabello mientras hablaba—. Ambos muchachos son apuestos, pero en mi humilde opinión, creo que te encontrarás compartiendo la cama con el mejor de los hermanos.

Eso espero. Después de todo, es mi coma. ¿Por qué iba a decidir soñar con un matrimonio con algún viejo feo?

—¡Maravilloso! —respondí y recibí un golpe en la cabeza como recompensa.

—Sigues cayendo en tu extraña forma de hablar, muchacha. Es muy importante que no hagas más eso. Si la vieja Mary puede recordar llamarte «señorita», una muchacha joven como tú puede recordar hablar con propiedad. —Mary me dio la vuelta para que quedara frente al espejo—. Listo. Todo terminado, señorita.

Miré mi reflejo, incapaz de recordar un momento en el que me hubiera sentido más radiante. El azul del vestido hacía que mis ojos azules brillaran, y el corte del vestido me quedaba perfecto. —Gracias, Mary. Me encanta.

—Me alegra oírlo, señorita. Pareces aceptar la boda un poco más que Blaire, así que me alegro de que estés aquí. Solo espero que a Blaire le esté yendo bien en... de donde sea que vengas.

—¿A qué te refieres?

—Oh. Debo dejar de hablar de eso. Ya te dije que no puedo explicártelo hoy. Hablaré contigo en unos días, después de que el laird y tú hayan tenido algo de tiempo a solas.

—Entiendo. —No entendía para nada, pero decidí dejarlo pasar. Fuera lo que fuese, no podía ser tan importante. Todo esto era solo un sueño.

—Ahora. —Mary me empujó suavemente hacia la puerta—. Es hora de tu boda.

Sonreí emocionada y seguí a Mary por la puerta, esperando no despertarme antes de tener la oportunidad de ver a mi futuro

esposo y descubrir por qué necesitaba cambiar mi nombre por el de otra persona para casarme con el hombre que había soñado.

CAPÍTULO 10



En la actualidad

ADELLE MONTGOMERY GRITÓ y estiró el brazo hacia atrás, aferrándose a cualquier superficie firme para recordar que estaba en la realidad mientras el contenido de la habitación se arremolinaba alrededor de su hija; en un minuto la elevaba en medio del caos, y al siguiente la barría hacia la nada. Sus piernas temblaban y le dolían los oídos por el sonido de sus propios gritos aterrorizados. Levantó la mano y se dio una fuerte bofetada en la mejilla, intentando despertar de aquella pesadilla retorcida. Al ver que nada cambiaba, cerró los ojos a la fuerza y sacudió la cabeza violentamente, con la esperanza de que el movimiento le quitara la locura de la cabeza.

Cuando reunió el valor para abrir los ojos, se relajó instantáneamente contra la pared trasera y respiró hondo, saboreando el olor a polvo y humedad que llenó sus pulmones. Bri estaba allí, a salvo, y justo donde se encontraba hacía unos momentos. Era su propia cabeza lo que le preocupaba. Pediría una cita con un médico en cuanto llegara a casa.

—Bri. ¿Me desmayé? ¿Me caí y me golpeé la cabeza al cruzar la puerta? Estaba tan segura... —Se interrumpió al notar la expresión de horror en el rostro de su hija. Un hormigueo le recorrió la espalda

mientras sus ojos captaban el vestido largo que cubría el cuerpo de su hija—. ¿Qué? ¿Qué está pasando, Bri? Yo..., no me siento bien.

Adelle observó cómo la cabeza de su hija giraba rápidamente, escaneando de un lado a otro la habitación.

—¿Dónde estoy? ¿Y mi nombre no es Bri? ¿Quién te piensas que eres tú?

—Bri. ¿Qué crees que estás haciendo? En serio. Tu acento es increíble, ¿pero de dónde sacaste ese vestido? ¿Es algún tipo de broma extraña que no entiendo? ¿Crees que la lasaña estaba mala? —Adelle se despegó de la pared y se acercó a su hija, agarrando la falda de su vestido para examinarlo mejor—. En realidad es asombroso. No parece un disfraz, pero tampoco es una antigüedad. Creo que es hora de que me expliques qué sucede, cariño.

—¿Cariño? ¿Por qué te dirigirías así a una desconocida? ¿Y por qué sigues llamándome «Bri»? Mi nombre es Blaire, y no comprendo por qué pareces tan fascinada con mi vestido. ¿Has visto lo que llevas puesto tú? ¿Acaso trabajas para Mary? ¿Te envió ella aquí a buscarme?

Adelle se llevó la mano a la frente, con una frustración creciente ante su falta de entendimiento. —Bri, ¿de qué diablos estás hablando? No tiene gracia. En serio creo que he perdido la cabeza. Tenemos que volver a la posada, tal vez manejar hasta Edimburgo e internarme en el hospital. Deja de hablar así y vámonos. Agarra tu ropa de verdad antes de salir. —Estiró el brazo para tomar a Bri por el brazo, pero el agarre se rompió cuando su hija se zafó rápidamente.

—Por favor, no me pongas las manos encima. No me casaré con Eoin. Tendrás que enviarme de vuelta a casa.

—Bri. —Alcanzó a agarrar a su hija una vez más—. Aún nos quedan doce días antes de volver a casa. ¿Seguro que ya estás lista para regresar a Texas?

—¿Texas? —Las cejas de la mujer se juntaron con tanta rapidez que casi chocaron sobre su nariz.

—Sí, Bri. Texas. Donde vives y enseñas. Creo que las dos necesitamos que nos examinen la cabeza. Tal vez inhalamos algún tipo de droga alucinógena cuando abrimos esa puerta.

—Desconozco ese «Texas» del que hablas, señorita. Vivo en la torre de los MacChristy, con mi padre, Donal. Es un viaje de tres días desde aquí.

Adelle dejó de intentar tirar del brazo de su hija y se giró para mirarla de frente. *Tenía* que ser Bri. No había ninguna duda de que aquella era su hija. ¿Pero el acento? ¿Y la ropa? Sabía que había intentado enseñarle a Bri algo de la historia del castillo, pero le sorprendía que Bri fuera capaz de recordar tales nombres. Adelle se quedó allí inmóvil, intentando pensar en alguna forma segura de confirmar que estaba mirando a su hija, y que ambas estaban bajo los efectos de alguna droga potente que alteraba la mente. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, algo andaba muy mal.

Una picazón repentina en la parte baja de la espalda hizo que girara el brazo para rascarse, e instantáneamente supo lo que necesitaba buscar.

Por instinto, se agachó y comenzó a levantar el vestido de la joven, abriéndose paso entre las capas de tela hasta que agarró la capa inferior. La chica se retorció y protestó, pero Adelle mantuvo el agarre y, dando un fuerte tirón, giró a Bri para que quedara de espaldas y pudiera levantar el vestido por encima de su trasero.

—¿Qué crees que estás haciendo? Suéltame. Puedo desvestirme yo sola si insistes en que me cambie de ropa.

—Solo quédate quieta. Necesito comprobar algo. —Subió la parte inferior del vestido hasta que la piel de la zona lumbar quedó claramente visible—. ¡Dulce Virgen María, Moisés y José! No tienes el tatuaje. No eres Bri, ¿verdad?

La chica se alejó para que la tela se soltara del agarre de Adelle y, con frustración, la encaró. —¿No es eso lo que he estado tratando de decirte? No, no soy esa tal Bri. ¿Y qué es un «tatuaje»?

—Es esto. —Adelle se giró a medias y se subió la parte trasera de su propia camisa, donde las palabras *nunca nos separaremos* estaban delicadamente tatuadas en su espalda baja—. Bri tiene uno igual. Nos los hicimos poco después de que cumpliera dieciocho años.

Adelle observó cómo la desconocida, cuyo rostro se parecía tanto al de su hija, se ponía pálida lentamente, recordando obviamente

algo en lo que no había pensado antes.

—¿Cuál es tu nombre, señorita?

—Adelle Montgomery. Soy arqueóloga y trabajo en las ruinas del castillo de Conall. ¿Cómo dijiste que te llamabas? Porque aunque no tengo idea de qué diablos está pasando, sé que no eres Bri.

—Puedes llamarme Blaire. ¿Las ruinas del castillo de Conall? ¿En qué año estamos?

—¿En qué año estamos? ¿De verdad no sabes la respuesta? Pues es el 2013.

Blaire retrocedió lentamente hasta que se apoyó contra la pared detrás de ella. —No puedo creerlo. Sabía que decían que ella era una bruja, pero nunca creí que fuera cierto. Ella dejó el retrato. Fueron sus palabras las que leí.

Ante la mención que hizo Blaire de una bruja, un vago recuerdo de su investigación previa sobre los Conalls asomó en su mente, pero se mantuvo fuera de su alcance mientras el miedo la recorría.

—Tranquila, cielo. Creo que sería mejor si saliéramos. ¿Tomar un poco de aire fresco, tal vez? Creo que ambas necesitamos entender qué está ocurriendo.

El rostro de Blaire se encendió mientras el tono de su voz subía. —Yo ya lo sé. Fue la tía de los Conalls, Morna. Ella era una bruja, y me topé con su sala de hechizos por casualidad. La encontré hace solo unos momentos, aunque no entendía lo que estaba viendo. Leí las palabras en la placa, y luego terminé frente a ti.

—Está bien. —Adelle asintió condescendiente. Era mejor estar de acuerdo si quería que la mujer la ayudara a encontrar a Bri, hasta que pudiera recordar lo que tan desesperadamente necesitaba evocar—. Bueno, ¿por qué no me hablas de dónde estabas antes de terminar aquí?

—Estaba en esta misma habitación. Pero era diferente, ¿entiendes? Se suponía que debía casarme con el laird del castillo de Conall, Eoin, y hui hacia aquí abajo. No podía casarme con él. Justo deseaba poder desaparecer cuando vi el retrato y pronuncié las palabras.

Los ojos de Adelle se agrandaron, incrédulos pero fascinados. —¿Eoin? ¿Te refieres a Eoin Conall, hijo de Alasdair Conall? ¿El laird

que asumió tras la muerte de su padre en 1645, por apenas unos pocos meses hasta la infame masacre? —La investigación volvió a ella en fragmentos. Su mente comenzó a captar los hechos uno por uno a medida que se presentaban.

El rostro de Blaire perdió el color una vez más. —¿Masacre?

—Sí. Todo el clan Conall fue asesinado a finales de diciembre de 1645. En cuanto al porqué, o quién fue el responsable, nadie ha podido descubrirlo jamás. Por eso mi hija y yo estábamos aquí, en realidad. Buscábamos documentos o pruebas que pudieran ayudar a resolver el misterio.

—Por eso ella lo hizo, ¿no lo ves? —Blaire avanzó de repente, agarrando los brazos de Adelle y sacudiéndolos.

—¿Quién? ¿Hizo qué?

—Morna. Alasdair y mi padre contaban historias sobre ella cuando crecíamos. Podía ver cosas que aún no habían sucedido. Debió saber que yo tropezaría con su sala de hechizos. Hizo todo lo posible por salvarlos antes de su muerte. Mi destino es detenerlo, y tú puedes ayudarme.

Algo encajó en el cerebro de Adelle, y los pinchazos helados volvieron a recorrerle la espalda. —¿Me estás diciendo que esto es real? ¿La vieja leyenda sobre la bruja era cierta? ¿Esperas que crea que realmente viniste desde 1645?

—Sí. Supongo que allí es donde está tu hija ahora. Dijiste que nos parecemos, ¿verdad? ¿Y dónde más esperas que esté ella? Hemos intercambiado lugares. ¿Ella también leyó las palabras debajo del retrato?

—¡Santa madre de Freddie! Tienes razón. Lo hizo. ¡Oh, Dios mío! Tenemos que recuperar a Bri antes de la masacre... —A Adelle se le revolvió el estómago mientras el mismo agarre gélido que había bajado por su columna la atenazaba por la cintura; no quería nada más que saltar a través de cualquier vacío invisible que se hubiera llevado a su hija y estar allí a su lado.

Su cerebro lógico no tenía consejos sobre qué pasos debía seguir a continuación, pero sabía que se condenaría antes que dejar que su hija muriera, como sabía que morirían los Conalls en solo unos meses. La adrenalina se activó, desplazando toda duda y lógica,

reemplazándolas con una sensación de determinación extrañamente tranquila. —Blaire. Sé que probablemente tienes tanto miedo como Bri, dondequiera que esté, pero tenemos que ayudarnos mutuamente si vamos a devolverlas a ambas a donde pertenecen. Vamos al auto a buscar las cajas y las carretillas. Necesitamos recoger cada libro y cada pergamino de este lugar, y luego llevarte de vuelta a la posada mientras Jerry y Gwendolyn no están para ponerte algo de la ropa de Bri.

Adelle se giró, sin esperar una respuesta, y solo registró brevemente la pregunta de Blaire mientras salía de la habitación del sótano.

—Sí, pero ¿podría hacerte una pregunta? ¿Qué es un «auto»?

CAPÍTULO 11



Escocia — 1645

EOIN ESTABA de pie al borde de la colina rocosa que dominaba el océano en la parte trasera del castillo, esperando a su futura novia. Observó a la multitud de pueblerinos, todos vestidos con sus mejores galas, esperando con entusiasmo a que comenzara la boda.

Con gusto se cambiaría por cualquiera de ellos.

En cualquier momento Blaire llegaría al extremo del pasillo, con el pavor bullendo en sus ojos mientras lo miraba con furia durante su larga marcha.

Él la tomaría por esposa como su padre ordenó, pero viviría cada día cargado de culpa por ser la fuente de tan gran infelicidad para cualquier muchacha, incluso para una tan miserable como Blaire.

Miró hacia su hermano, que estaba de pie a su lado izquierdo. Arran parecía tener dificultades para mantenerse en pie. Tenía el rostro ruborizado y los ojos inyectados en sangre.

Había estado bebiendo otra vez.

A Eoin no se le había escapado que Arran no había dejado de beber desde su regreso al castillo. ¿Qué le preocupaba? ¿Acaso Arran se había tomado la muerte de su padre con más dureza de lo que él creía? Fuera lo que fuese, se juró que hablaría con su hermano tan pronto como dejaran atrás esta boda.

Una brusca inspiración de Arran hizo que Eoin girara la cabeza en la dirección hacia la que Arran miraba fijamente.

Su corazón martilleó salvajemente dentro de su pecho y el aliento se le atascó en la garganta al cruzar la mirada con Blaire.

De pie al final del pasillo, ella le devolvía una sonrisa tan amplia y brillante que él no pudo evitar sonreír a su vez. Era la primera sonrisa genuina que veía en ella y eso lo inquietó.

¿Habrá estado bebiendo la muchacha también? Se ve complacida. No la habría culpado si lo hubiera hecho. Pero no, la muchacha estaba demasiado segura en sus pasos para estar borracha, y sus ojos brillaban con claridad mientras se acercaba a él.

Él dio un paso adelante para tomar sus manos entre las suyas cuando comenzó la ceremonia.

* * *

TODA LA CEREMONIA había sido borrosa. Sentada junto a mi nuevo esposo, observaba a las hordas de alegres aldeanos bailando en la explanada de hierba detrás del castillo. Sabía que estaba soñando; simplemente no había otra explicación para la vorágine de confusión que habían sido las últimas dos horas de mi vida.

Los remolinos de color y las risas estruendosas —combinados con una música que me impresionaba mucho haber soñado— hacían que mi cabeza diera vueltas una vez más. Intenté detener el martilleo en mis sienes recordando lo que podía rememorar.

Conocer a Mary; tener no uno, sino dos ataques de pánico en toda regla; ser arrojada a una tina y vestida como un pavo de Acción de Gracias; caminar por la parte trasera del castillo; poner los ojos en el galán que ahora estaba sentado a mi lado; caminar por el pasillo, sonriendo como una idiota. Me parecía que podía recordar todo lo que había sucedido desde que desperté en coma. Es decir, hasta que llegué al final del pasillo. En ese momento, el Esposo del Coma se tomó la libertad de agarrar mis manos y mi cerebro sufrió un cortocircuito.

No era de extrañar, de verdad. Mi cerebro obviamente estaba trabajando horas extras solo para soñar al laird Eoin, sin mencionar que estaba tratando de curarse a sí mismo de un coma.

Después de que él tomara mis manos entre las suyas, solo podía recordar otras dos cosas de la ceremonia.

La primera fueron sus ojos. Me hipnotizaron de inmediato. Me recordaban a una piedra negra que solía estar en un cuenco en casa de mi abuela. Cuando era más joven, me encantaba sostenerla a la luz y examinar todas las diferentes motas marrones y doradas que bailaban entre los remolinos de oscuridad. Sus ojos eran como esa piedra. Quería examinar cada mota de color que me había mirado fijamente durante la ceremonia.

La segunda cosa que recordaba era el beso al final de la boda. Se pensaría que, puesto que estaba mirando sus ojos tan intensamente, lo habría visto venir. No fue así.

El impacto de sus labios sobre los míos me sobresaltó tanto que intenté apartarme de él por instinto, pero me lo impidió su mano, que tocó la parte baja de mi espalda y me atrajo hacia su pecho. Su mano derecha acunó el lado izquierdo de mi cara mientras movía sus labios con confianza contra los míos.

Parte de mí sentía que debería haber detenido el beso; después de todo, estaba besando a un completo desconocido. Pero este era *mi* desconocido, a quien yo había creado, y mi cuerpo me traicionó mientras el fuego corría por mi interior, enviando calor hasta la punta de mis dedos y de mis pies.

No podía respirar y abrí la boca para intentar tomar aire, pero su lengua se deslizó hábilmente dentro y, en lugar de oxígeno, lo respiré a él.

Si no hubiera sido por el rugido de los invitados, creo que el beso habría durado mucho más, pero el ruido de la multitud hizo que el laird se apartara bruscamente. Al hacerlo, una expresión de total frustración, casi de ira, cruzó su rostro. Me confundió aún más de lo que ya estaba. Su rostro difícilmente parecía coincidir con el beso que acababa de darme.

Pensar en el beso hizo que mi temperatura subiera y mis mejillas se encendieron mientras el repentino calor del recuerdo recorría mi

cuerpo. Me dispuse a poner mis dedos contra mi mejilla, con la esperanza de enfriarla, cuando una voz a mi izquierda hizo que diera un salto.

—Te ves hermosa, Blaire.

Estuve a punto de corregirlo, pero rápidamente recordé que mi nombre mientras estaba en coma era Blaire, no Bri. En su lugar, me volví hacia él mientras él ponía suavemente su mano sobre mi muslo y sonreí con toda la dulzura que pude.

Esperaba una sonrisa de vuelta, pero en su lugar fui recompensada con la misma expresión irritada que había visto justo después de la boda. Me miró brevemente, lanzando hielo con la mirada, y luego se levantó abruptamente, tirando de mí para que me levantara con él.

—¿Estás lista para retirarte, muchacha? Sé que debes estar cansada.

Asentí mientras él me alejaba rápidamente de la multitud que bailaba.

Intenté mantener el ritmo de su zancada, pero el borde del vestido no dejaba de estorbar y, en su lugar, caminaba a trompicones, tropezando a cada paso. Cada vez que casi caía al suelo, me veía levantada por sus rápidas manos. *¿Acaso una chica no podía hacerse graciosa en su propio coma?* No es que fuera sorprendente, no tenía mucha experiencia en la vida real en lo que respecta a la gracia, así que estaba segura de que a mi cerebro le resultaba difícil soñarla.

Había ira en la forma en que me sujetaba, lo cual no podía entender. ¿Qué podría haber hecho yo para molestarlo? Seguramente esta no era la mejor manera de comenzar un matrimonio. Quizá esta Blaire había hecho algo antes de que yo llegara por lo cual estaba a punto de recibir el castigo.

Él continuó con su ritmo implacable y, mientras yo avanzaba torpemente detrás de él, me di cuenta de que esto no parecía algo que yo soñaría. Castillo escocés, sí. Boda escocesa, sí. Marido guapísimo, sí. Bruto escocés furioso... no tanto.

La constatación me asustó y, una vez que supe que estábamos lo suficientemente lejos de la multitud para no ser notados, retiré mi

mano con toda la fuerza que pude reunir, haciendo que él soltara su agarre.

—¿Qué estás haciendo? —Dejé de caminar y sacudí mi mano mientras lo miraba con furia, olvidando por completo hablar con acento escocés. No me importaba. Me dolía la muñeca y estaba asustada por la mirada en sus ojos.

Sentí mi espalda presionarse contra el muro de piedra del castillo detrás de mí y él se me echó encima antes de que tuviera oportunidad de protestar. Sus manos agarraron mis hombros, inmovilizándome eficazmente contra la pared, y su nariz estaba a apenas el ancho de un cabello de la mía mientras me gruñía a la cara.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Qué hay de ti, Blaire? Has estado quejándote por todo este castillo desde que llegaste, sin ocultar cuánto me detestas, ¡y ahora te apareces en nuestra boda, sonriendo como una tontuela! ¿Crees que puedes amarme fuera de casa y luego rechazarme cuando estamos solos? Ya te lo dije una vez, Blaire, cumpliré contigo, pero no dejaré que juegues conmigo. ¿Entiendes, muchacha?

Mi cabeza martilleaba mientras lo veía desahogarse. Estaba furioso, pero había algo más que ira en sus ojos. ¿Confusión? ¿Frustración? No podía saberlo.

No entendía mucho de lo que decía, y la historia de Mary, lo poco que me había explicado, no me venía a la mente mientras estaba allí parada con los músculos bajo su ropa presionados contra mi pecho. Su aliento era dulce y cálido contra mi cara, y cuando dejó de hablar, sin pensar, me incliné hacia adelante y presioné mis labios contra los suyos.

Su respuesta fue inmediata. Sus manos pasaron de mis hombros a los lados de mi cara mientras acunaba mis mejillas en un esfuerzo por acercarse más. Gruñó contra mi boca mientras su lengua buscaba entrada y yo me abrí voluntariamente ante él. Sus dientes rozaron mis labios y tuve la sensación de que estaba luchando por controlar su ira.

El tirón dolorosamente exquisito de sus dientes en mi labio inferior hizo que mis piernas se volvieran gelatina mientras me

derretía contra él, moviendo mis labios contra los suyos en un furioso baile de toma y daca. Me oí gemir mientras empujaba mi cuerpo con más fuerza contra el suyo.

Abruptamente, se apartó, dejándome deseosa y confundida. Deslizó sus manos hasta mis hombros, inmovilizándome eficazmente contra el muro de piedra y manteniéndome a la distancia de sus brazos extendidos.

—No hagas eso de nuevo, muchacha. —Hizo una pausa para recuperar el aliento y retiró su mano izquierda para pasársela por el cabello—. La próxima vez que me hagas algo así, no voy a detenerme, y ya has dejado claro que no quieres tener nada que ver conmigo.

Las palabras escaparon de mi boca antes de que tuviera tiempo de refrenarlas. Al fin y al cabo, era mi sueño. Podía hacer lo que quisiera. —Entonces no lo hagas.

Él extendió más sus brazos, bloqueando sus codos, y me devolvió la mirada. —¿Qué acabas de decir, muchacha?

La sangre subió a mis mejillas al aparecer la vergüenza. Bajé la mirada e intenté recordar el acento antes de continuar. Era demasiado tarde para retractarse ahora. —Entonces, no te detengas. —Las palabras salieron sin aliento y, en un despliegue de valor impropio de mí, estiré la mano para quitar la suya de mi hombro y colocarla sobre mi pecho. Lo miré con timidez—. Por favor.

Él gimió y se estiró para agarrar mi mano, tirando de mí rápidamente detrás de él una vez más.

* * *

El extraño dejó lentamente su copa, se disculpó con los aldeanos que lo rodeaban y caminó hacia el costado del castillo, observando hasta estar seguro de que el laird y su nueva esposa se habían dirigido a su alcoba.

Solo le habían dado dos órdenes al salir del alojamiento de Ramsay: no ser descubierto como un extraño en la boda y esperar hasta el momento oportuno para provocar el incendio.

Girando la cabeza, el extraño se aseguró de que todos los ojos a su alrededor estuvieran desviados hacia otra parte mientras quitaba una de las antorchas encendidas de su poste y giraba la llama de modo que quedara sobre el suelo, chamuscando y prendiendo fuego lentamente sobre la hierba que descansaba bajo su luz.

Una vez que el suelo se encendió lentamente, el extraño dio media vuelta y se alejó, montando el caballo que había amarrado lejos de la vista de todos, y cabalgó tan rápido como pudo alejándose del castillo de Conall.

CAPÍTULO 12



Tropecé mientras entrábamos por las puertas principales del castillo, maldiciendo el largo de mi vestido a cada paso. Él se movía con la misma rapidez que antes, y subir las escaleras a ese ritmo resultó imposible. Resbalé y por poco me golpeo el labio contra los fríos escalones de piedra.

Solté un grito, pero antes del impacto sus manos rodearon mi cintura, levantándome del suelo.

—Perdona, muchacha —dijo él, inclinando la cabeza para plantar un rápido beso en mis labios mientras me subía por la escalera.

Sonrojándome una vez más, dejé caer la cabeza contra su pecho. *Dios, qué bien huele. Tengo que acordarme de escribir cada segundo de esto en cuanto despierte. Podría vivir de este sueño durante años.*

—No te me duermas todavía, muchacha.

Abrí los ojos de golpe y chillé cuando me dio un juguetón pellizco en el trasero. Era imposible seguirle el ritmo a este hombre. Sus estados de ánimo parecían cambiar rápidamente, y esa tal Blaire obviamente había hecho algo que lo disgustó sobremanera.

—Ya llegamos, muchacha —me llevó al interior de la alcoba, y no pude evitar reír para mis adentros ante el hecho de que ahora estaba viviendo una de las portadas de las diversas novelas románticas que adornaban los estantes de mi casa. Mi subconsciente claramente estaba echando mano de fantasías previas.

El Esposo del Coma me puso suavemente sobre mis pies mientras se giraba para cerrar la puerta de la alcoba.

Me alejé de él para observar la habitación. Estaba rodeada de madera, piedra y pieles, todo fundiéndose para crear la habitación más sexy y masculina que jamás hubiera visto. Cerré los ojos para inhalar el delicioso aroma de los exquisitos materiales del cuarto justo cuando Eoin se pegó a mi espalda, rodeando mi cintura con sus brazos.

Frotó su boca contra mi cuello y pude sentir su aliento caliente sobre la piel expuesta en la parte superior de mi vestido. Mi corazón latía con fuerza por la anticipación mientras rozaba mi cuello con los labios, dejando un rastro de besos desde la clavícula hasta mi oreja. La mordisqueó suavemente y yo llevé la mano hacia atrás para hundir los dedos en su cabello.

Sus manos abandonaron mi cintura y recorrieron el largo de mis brazos con toques tiernos y ligeros que enviaron temblores por mi columna e hicieron que mis pezones se endurecieran bajo el vestido.

Debió de haber sabido el efecto que tendría, pues de inmediato bajó las manos para cubrir mis pechos, y yo jadeé ante la sensación.

Gimiendo, relajé la cabeza contra su pecho, hundiendo mis pechos más profundamente en sus manos, animándolo a que me tocara con sus hábiles dedos.

Rápidamente desató los cordones de la espalda de mi vestido y sacó mis brazos por las mangas de modo que mis pechos quedaron al descubierto, y el vestido quedó colgando en la curva de mis caderas.

Su respiración era agitada contra mi nuca mientras llenaba sus manos con mi piel desnuda. Al instante mi propia respiración se aceleró; el roce de sus manos ásperas y callosas contra mis tiernos pezones me hizo perder el control.

—Eres hermosa, Blaire, y me disculpo por haberme marchado después de que llegaste.

—¿Qué? —comencé a interceder por impulso pero fui silenciada por un mordisco agudo en el cuello.

—Shhh... Sé que hice mal en irme, pero por Dios, Blaire, me has dado solo pesares desde que llegaste, y tengo la intención de hacer

que pagues por ello ahora.

Me retorcí bajo su firme agarre, sin disfrutar la manera en que su voz cambió de nuevo, pero él tiró con fuerza de mis pezones y rozó mi nuca con los dientes, y no pude evitar el gemido de placer que escapó de mis labios.

—No tengo idea de qué ha causado tal cambio en ti, pero pienso asegurarme de que no vuelvas a decidir que soy tan desagradable.

¿Quién podría encontrar desagradable a este hombre? Intenté dar sentido a sus palabras. *¿A qué se refiere con castigarme? ¿Qué va a hacer, amarme hasta la muerte? Si voy a morir en un sueño, esa parece ser la mejor forma de irse.*

Deslizó sus manos arriba y abajo por mi cintura; sus manos frescas enviaban descargas calientes por mi cuerpo. —Quiero sentirte retorcerte bajo mi tacto, Blaire, y que grites mi nombre como respuesta. Seré el único hombre que te toque, muchacha, y cuando te tome como mía, será porque me lo ruegas.

Te lo rogaría ahora mismo, si creyera que puedo articular una frase coherente.

No tuve oportunidad de considerar más el pensamiento mientras él deslizaba sus manos hacia el vestido amontonado en mis caderas. Miré cómo caía al suelo y se juntaba a mis pies mientras lo hacía pasar por mis curvas.

—Tienes la piel más suave y tersa, Blaire. Quiero llenar mis manos contigo mientras tiemblas bajo mi cuerpo.

Santa Madre de Dios. Dejé caer la cabeza contra su pecho, perdiendo cualquier fuerza que tuviera para mantenerme en pie mientras me perdía en la sensación de sus manos acariciando mis pezones. Gemí cuando una de sus manos se deslizó entre mis muslos.

—Dios, Blaire. Te quiero. Y tú también me quieres a mí, muchacha —me apretó con firmeza entre las piernas como para enfatizar ese punto.

Su aliento caliente y entrecortado contra mi oído envió deliciosos escalofríos por mi espalda. Apreté mi agarre alrededor de su cuello en un esfuerzo por sostenerme mientras él comenzaba a mover los dedos entre mis piernas.

El aire abandonó mi cuerpo en un repentino torrente cuando uno de sus brazos se tensó bajo mis pechos, levantando mis pies de modo que se arrastraban por el suelo mientras él retrocedía contra la puerta. Me sostuvo allí, impidiéndome apoyar peso alguno en el suelo, con la espalda firmemente presionada contra su pecho.

Continuó moviendo los dedos con rapidez. Cada roce enviaba ondas de choque, haciendo que yo buscara aire y arqueara la espalda. Me resultó imposible hacer cualquiera de las dos cosas, ya que su brazo bajo mis pechos me sujetaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. La falta de oxígeno pareció intensificar el sentimiento que crecía en lo profundo de mi vientre mientras él continuaba el ritmo implacable que me empujaba más y más cerca de estallar en sus manos.

La habitación se convirtió en un torbellino de colores y el calor me inundó mientras esperaba brevemente no estar haciendo estos ruidos en sueños. Me costaba pensar, todo era desplazado por la exquisita sensación que crecía entre mis muslos.

La falta de oxígeno era excesiva y, tal como temía, justo cuando sentí que no podía más o perdería el conocimiento otra vez, exploté alrededor de sus hábiles dedos. Cada músculo de mi cuerpo se relajó y me quedé lacia en sus brazos, temblando mientras las réplicas sacudían mi interior.

Me hizo girar para que quedara frente a él y me tambaleé sobre mis pies cuando me soltó. Por instinto, alargué las manos para estabilizarme, apoyándolas en su pecho firme.

Él se inclinó hacia delante entonces, sorprendiéndome con su beso gentil. La dulzura de aquel gesto parecía extraña tras la forma agresiva en que acababa de explorar mi cuerpo, pero una vez más no tuve tiempo de reflexionar sobre ello porque empezó a hablar.

—¿Todavía piensas que soy tan desagradable?

Me miró fijamente, con un brillo de diversión burlona en los ojos.

Aún parecía incapaz de articular una respuesta inteligible, así que simplemente logré una sonrisa pícara mientras luchaba por regular mi respiración. Cualesquiera que fueran los fármacos que el hospital me estaba inyectando en las venas, quería seguir con ellos de por vida.

—Vamos, muchacha, vayamos a la cama. Parece que te vas a caer.

Le seguí mientras tiraba suavemente de mis manos, llevándome a la cama que estaba al otro lado de la alcoba.

—Ven, Blaire. Quiero tener a mi nueva esposa en mis brazos, satisfecho al saber que no me encuentra tan aborrecible como trató de aparentar.

Se metió en la cama bajo las mantas y yo lo miré mientras sonreía. *Esa sonrisa probablemente ha puesto a docenas de otras mujeres exactamente donde yo estoy ahora.* Aquello me sorprendió y me disgustó a la vez, provocándome una oleada desagradable en el estómago. Después de todo, este hombre no existía en realidad.

Me hizo un gesto para que lo acompañara y subí lentamente a la cama. Miré hacia abajo, vi mis pechos balanceándose y me apresuré a cubrirme.

—Yo... olvidé que estaba desnuda —tartamudeé mientras agitaba los brazos frenéticamente, intentando cubrir mis partes más íntimas.

Las manos de Eoin atraparon las mías y pude oírlo reír mientras luchaba por quitarme las mantas.

—Ya te he visto, Blaire. Tienes los pechos más hermosos que he visto nunca y no tienes motivos para preocuparte. No volveré a tocarte esta noche. No tenemos prisa, muchacha, y me encargaré de cortejarte adecuadamente.

Detuve mi lucha sin sentido mientras sus palabras calaban en mí. El momento de sentirse avergonzada había pasado hacía mucho. Me reí de mí misma mientras me unía a él bajo las sábanas y me acurrucaba en sus brazos.

* * *

Momentos después, unos golpes violentos en la puerta hicieron que ambos nos incorporáramos de golpe en la cama. Al borde del sueño, me sentí desorientada mientras recorría el cuarto con la mirada para orientarme, intentando recordar dónde estaba y qué hacía.

Una mano en mi espalda desnuda me hizo girar hacia mi izquierda, y la visión de Eoin junto a mí me recordó que seguía en coma. No lograba entender por qué parecía quedarme dormida mientras ya dormía; la única respuesta que se me ocurrió fue que diferentes medicamentos debían de estar causando una reacción distinta. *Al menos mi sueño parece ser el mismo.*

La voz de Eoin gritando hacia la puerta me hizo sobresaltar, y él me frotó la espalda suavemente en respuesta. —¿Quién anda ahí? Más les vale tener una maldita buena razón para despertar a mi esposa.

—¡Mi señor! Debe venir rápido. Han provocado un incendio fuera. Es pequeño, pero debemos contenerlo antes de que llegue a los establos.

—¿Qué? Ya voy, Kip. Ve tú delante y ayuda en las labores.

Observé cómo Eoin, maldiciendo, se vestía rápidamente y se dirigía a la puerta.

—Siento dejarte, muchacha, pero debo irme. Solo vuelve a dormirte, regresaré pronto. Estoy seguro de que no es nada por lo que debas preocuparte.

Con eso, se fue. Me levanté y me acerqué a la ventana para observar la escena de abajo. El fuego era pequeño, seguramente no había heridos, pero a los hombres les llevaría un tiempo apagarlo adecuadamente y limpiar el desastre. Me parecía absurdo quedarme y no ofrecer ayuda, pero algo me decía que el ofrecimiento no sería bien recibido. No me preocupé por Eoin. Era mi sueño. Seguramente, no permitiría que algo como un fuego me arrebatara a mi Esposo del Coma.

En su lugar, tomé una de las mantas de la cama y envolví mi cuerpo desnudo mientras me acurrucaba en el asiento de piedra de la ventana que daba a los jardines traseros del castillo y al mar.

CAPÍTULO 13



Apenas había empezado a quedarme dormida, y podía sentir mis párpados caer más con cada segundo que pasaba, cuando la manija de la puerta a mi derecha comenzó a moverse con torpeza. Sobresaltada, me incorporé de golpe y me envolví los hombros con la manta con más fuerza.

Miré hacia el cerrojo, que traqueteaba ruidosamente mientras la persona al otro lado de la puerta luchaba por entrar en la habitación. Al principio supuse que debía ser Eoin, pero un rápido vistazo por la ventana lo mostró todavía ocupado con los pequeños restos del fuego. Busqué mi vestido por la habitación y lo vi aún arrugado frente a la puerta, donde había sido retirado tan expertamente.

Me deslicé fuera del asiento de la ventana y, dejando atrás la manta, observé cómo se me ponía la piel de gallina cuando mis pies tocaron la piedra fría de abajo. Caminé de puntillas tan rápido como pude hacia mi vestido y me lo puse lo mejor que pude. Ni siquiera intenté atar la parte trasera; la complejidad de los cordones era imposible de manejar por mi cuenta.

Girando y retorciéndome, acomodé el vestido en su lugar para que se ajustara ceñidamente al frente. Quizás ahora, al menos, no sería tan obvio que estaba completamente abierto por detrás si abría la puerta. Mientras mantuviera los brazos a los costados, pensé que se quedaría en su sitio mientras atendía a quienquiera que necesitara mi atención.

El ruido en la puerta había cesado para cuando fui a abrirla, pero aun así hice un esfuerzo por acomodarme el cabello en algo parecido al orden antes de alcanzar la manija y abrir.

En una serie de movimientos que ocurrieron demasiado rápido para que pudiera procesarlos, me encontré derribada sobre mis nalgas con un hombre tumbado entre mis piernas.

—¡Ooomph! —Le clavé un pie en las costillas a mi compañero de regazo y lo empujé mientras luchaba por ponerme de pie y mantener mi vestido en su lugar—. ¿Y tú quién eres?

—¡Dios, muchacha! ¿Qué haces tú en mi alcoba? Eoin no estaría nada complacido de encontrarte aquí. —El hombre se puso de pie con gran esfuerzo, y pude notar por la expresión vidriosa de sus ojos que había estado inconsciente o cerca de estarlo cuando abrí la puerta.

—Sé que no he estado aquí mucho tiempo, pero tú eres el que está en la habitación equivocada. ¿Tú debes de ser su hermano? —Empecé a extender mi mano, pero cambié de opinión al sentir que el hombro de mi vestido comenzaba a resbalar.

—¿De qué diablos estás hablando, Blaire? Tú sabes que soy su hermano. ¡Tú me conoces tan bien como a cualquier otro por aquí! Dios, Blaire, sabía que podías ser cruel, ¡pero no entiendo por qué me castigarías así! ¡Tienes que saber lo difícil que fue para mí verte casar con él! ¿Y por qué, en nombre de Dios, estás hablando así? Sé que he bebido demasiado, ¡pero tú no suenas para nada como tú misma!

Se tambaleó ligeramente y se apoyó contra la pared. Tenía los ojos rojos, y me di cuenta de que era más el dolor que la bebida lo que los ponía así. Había un sufrimiento tras sus ojos enrojecidos que iba más allá de su embriaguez.

Algo de lo que había dicho lo había alterado. Esta Blaire lo había lastimado, y una vez más me había olvidado por completo de ella. También había olvidado el acento en el que Mary había insistido tanto. Con razón pensaba que Blaire sonaba extraña. Estaba inventando todo esto sobre la marcha. No podía ser bueno para mi cerebro estar imaginando algo tan complicado.

Mientras mi estado de coma actual cruzaba por mi mente, un incómodo destello de pensamiento tiró de mí, pero estaba demasiado ocupada con la situación frente a mí para darle mucha importancia.

Caminé hacia él e intenté recordar el acento una vez más.—Lo siento. No quise disgustarte. Pareces como si estuvieras a punto de colapsar. Vamos a llevarte a tu habitación. ¿Sí?

Él asintió sombríamente antes de responder.—Sí. Ahí es donde pensé que estaba cuando me caí fuera de la puerta. Soy un desastre, ¿no? Lo siento, muchacha. No me gusta que me veas así.

—Oh, shhh. Te ayudaré por el pasillo y nos olvidaremos de todo.

—Gracias, Blaire, pero puedo llegar solo. Solo me equivoqué por una puerta. Soy un borracho más grande de lo que pensaba si no puedo llegar tan lejos.

Se apartó de la pared y tropezó con su primer paso, pero se sostuvo colocando su mano sobre mi hombro.

Solté una risita y le pasé el brazo por la espalda, usando su costado para mantener mi vestido en su lugar mientras él me rodeaba el hombro con el brazo. No veía cómo iba a llevarlo a su habitación sin que mi vestido cayera a mis pies, pero estaba claro que él no pasaría por la puerta sin mi ayuda.

—Bueno, parece que eres un borracho más grande de lo que pensabas, ¿no? Vamos. Puedes usarme para equilibrarte. Pero no te caigas sobre mí, o estaré atrapada debajo de ti durante una semana.

—Esa es una idea, muchacha, y del tipo que debería guardarme para mí ahora que te has casado con mi hermano.

Lanzó su brazo torpemente alrededor de mí mientras yo me dirigía hacia la puerta.

—Vamos.

Caminamos torpemente por el pasillo, haciendo todo lo posible por ayudarnos mutuamente. Él se apoyaba en mí para mantenerse erguido, y yo me apoyaba en él para no quedar expuesta en el pasillo. Este acto era exactamente el tipo de comedia de autodesprecio que podía imaginarme soñando, y cualquier pensamiento inconsciente que me hubiera estado molestando pareció retroceder.

Con cada paso, mi vestido se deslizaba cada vez más del hombro que estaba bajo su mano, y yo aumentaba la presión de mi lado derecho contra sus costillas.

Era una distancia corta hasta su habitación, pero parecía una milla, cada uno de nosotros luchando con cada paso. Cuando llegamos a su puerta, retiró su brazo de mi hombro y se apartó de mi lado.

Rápidamente hice el ademán de apretar mis brazos contra mis propios costados, pero no antes de que su primer paso lejos aterrizara en el bajo de mi vestido, iniciando su descenso hacia el suelo.

Incapaz de atrapar la prenda antes de que se deslizara por mis hombros, me arrojé contra él para evitar que mi pecho quedara al descubierto.

Lo miré para intentar explicarme, pero me detuve cuando él me acorraló contra la pared junto a la puerta de su alcoba.

—¿Qué crees que estás haciendo, Blaire? ¡No podemos hacer esto! No debimos hacerlo en primer lugar, ¡pero ahora te has casado con él! Debemos detenernos.

—Yo... yo —no tenía idea de cómo responder. Obviamente, Blaire había estado involucrada con ambos hermanos. No es que pudiera culparla, Arran era tan guapo como su hermano. No podía imaginar cómo debían de haber sido sus padres para tener dos hijos que parecían tan diferentes pero que eran ambos igualmente impresionantes. Él interrumpió mis pensamientos antes de que yo pudiera responder.

—¡Que Dios me ayude, Blaire! He intentado mantenerme lejos de ti. Sentí como si me estuvieras arrancando el corazón al verte casarte con Eoin. Pensé que por lo menos no parecerías tan complacida de hacerlo. Tienes que saber que no dije en serio ni una palabra de lo que te dije esta mañana.

Se inclinó entonces, con las manos en mis caderas para mantenerse estable. Con su mejilla presionada contra la mía, continuó su súplica.

—Si estoy siendo un tonto, Blaire, sácame de mi miseria y dímelo. Si no lo soy, no creo que pueda mantenerme lejos de ti por

más tiempo.

Me apresuré a buscar una respuesta. No quería herirlo más de lo que obviamente ya estaba, pero temía que en su estado de embriaguez cualquier cosa que dijera serviría de poco para desanimarlo.

Una parte de mí esperaba que, si esperaba para responder, él simplemente se desmayaría sobre mi hombro, y yo podría dejarlo roncando en el pasillo y escapar rápidamente de regreso a mi habitación.

En cambio, pareció tomar mi silencio como una rendición.

—¡Dios, Blaire! Sabía que no solo me pasaba a mí. Te deseo tanto. Arderé en el infierno por ello, lo sé, pero no puedo contenerme por más tiempo.

Sus labios se encontraron con los míos con una desesperación desgarradora. Había un anhelo tan ardiente en la forma en que se movía contra mí que no pude decidirme a detenerlo. Parecía demasiado cruel empujarlo. No me estaba agrediendo. Pensaba que yo era otra persona, alguien a quien amaba. Y obviamente creía que Blaire habría correspondido a su fervor con el suyo propio.

Me encontré rindiéndome ante él, respondiendo y correspondiendo a su afecto con una especie de desapego de mente y cuerpo que se sentía más onírico que el sueño que estaba teniendo ahora.

Un rugido a mi derecha me trajo de vuelta, justo cuando un puñetazo apartó los labios de Arran de los míos y lo envió volando al suelo, inconsciente.

Aturdida, dejé que mi vestido resbalara por debajo de mis pechos antes de apresurarme a ponérmelo de nuevo.

Viendo que su hermano no se levantaría por un buen tiempo, Eoin se volvió hacia mí, agarrándome por la cintura mientras me echaba al hombro con demasiado poco esfuerzo.

Supuse que me estaba devolviendo a su alcoba, pero salió disparado en la otra dirección. No dijo una palabra mientras mi cabeza rebotaba arriba y abajo contra su espalda, y mientras bajaba dos tramos diferentes de escaleras, el pavor se asentó en mi estómago.

Podía notar que estaba furioso. Su rostro estaba rojo como la sangre cuando se volvió contra mí, y podía sentir su ira emanando en forma de calor desde su espalda.

No podía imaginar qué diría o haría. Lo había visto enojado una vez antes y eso no había sido nada comparado con esto. ¿Y qué podía decir en mi defensa? *No era a mí a quien estaba besando.* Estaba segura de que eso no funcionaría.

El pavor se convirtió en miedo cuando el olor húmedo y sucio de algún lugar muy bajo tierra llegó a mis fosas nasales. Giré la cabeza para ver una hilera de celdas oscuras, tan vacías y premonitorias como la mirada en el rostro de mi marido. Me llevó hasta la última celda en el rincón más alejado de la estancia, que solo podía describirse como una mazmorra, y me arrojó bruscamente sobre un asiento de piedra que formaba parte de la pared trasera. Mi espalda golpeó con una fuerza que envió un dolor punzante hacia mi cabeza, y las lágrimas llenaron mis ojos involuntariamente.

—¡No te atrevas a llorar, pequeña perra! No tienes a nadie a quien culpar sino a ti misma. ¿Qué esperas que haga? ¡Dejas que te lleve desnuda a mi cama, y luego la misma noche te encuentro en los brazos de mi hermano! ¡Eres una mentirosa y una ramera, Blaire! ¡Seguiré protegiendo el territorio de tu padre por la memoria de mi propio padre, pero no volveré a ponerte los ojos encima! ¡No tendré a una miserable como tú como señora de mi fortaleza!

Sus manos temblaban y su rostro estaba de un rojo intenso mientras tomaba un respiro profundo y tembloroso y se daba la vuelta. Cerró la puerta de golpe y le echó la llave, dejándome temblando y jadeando mientras intentaba dejar de sollozar.

* * *

Se pasaron las horas y se convirtieron en días, y empecé a temer que mi estancia aquí no fuera un arreglo temporal por su ira inicial al encontrarme en brazos de Arran. Según mis cálculos, habían pasado al menos cuatro días. Me habían traído un total de ocho comidas, dos al día, además de muchas mantas. Alguien había venido a vaciar

mi bacinilla tres veces al día, y siempre tenía abundante agua para beber.

Podría haber sido mucho peor, y estaba segura de que para cualquier otra persona que hubiera estado aquí, lo había sido. Aun así, yo estaba acostumbrada a la calefacción central y al aire acondicionado, a al menos tres comidas al día y a duchas regulares. Por no hablar de una dosis diaria de televisión... y papel higiénico. Por lo que a mí respectaba, mi agradable y fantástico sueño de coma se había convertido en la peor de las pesadillas. Una pesadilla que ahora creía firmemente que no era un sueño en absoluto, sino un estado de realidad que no alcanzaba a comprender.

Como siempre le daba demasiadas vueltas a todo, había aprendido con los años que lo mejor era mantenerme ocupada. Limitar el tiempo que pasaba analizando y pensando demasiado en las cosas me ayudaba a mantenerme satisfecha con el trabajo y una vida doméstica pasada enteramente en soledad.

Una vez que el impacto inicial de ser arrojada a la mazmorra se disipó y me di cuenta de que Eoin no iba a volver por mí, no me quedó nada más que hacer que pensar. Los vertiginosos altibajos emocionales, las esquivas menciones a Blaire que yo no entendía; todo era demasiado complicado para que yo lo soñara por mi cuenta.

Estas rarezas por sí solas deberían haber sido suficientes, pero fueron los eventos que llevaron a mi encarcelamiento los que finalmente me obligaron a enfrentar la verdad. Más de una vez, me había despertado de un sueño ligero, lo que significa que había estado durmiendo. La primera vez se lo atribuí a la medicación, pero parecía imposible que entrara en algún tipo de sueño de coma, soñando lo mismo una y otra vez.

Realmente estaba en la Escocia de 1645. Realmente en el castillo y rodeada de la gente que mi madre había pasado toda su vida estudiando. Cada vez que había sentido que el pánico empezaba a apoderarse de mí, cada vez que algún pensamiento desagradable había tirado de la parte posterior de mi cerebro, era esta comprensión intentando abrirse paso. Había hecho mi mayor

esfuerzo para alejarla. Incluso los escenarios imaginarios más descabellados parecían más favorables que esta alarmante realidad.

Si creía que estaba en coma, había esperanza de escapar. Esperanza de volver a mi vida, a mi hogar, a mis estudiantes. Esperanza de volver a ver a mi madre. Sin esa esperanza, no podía empezar a comprender qué estaba pasando, cómo había terminado aquí y qué apariencia tendría el resto de mi vida.

Por irracional que fuera, me negaba por completo a abandonar esa esperanza. Coma o no coma, escaparía de esta prisión y encontraría la manera de volver a casa. Sabía que tenía algo que ver con el retrato que había encontrado cuando mamá y yo estábamos excavando la habitación oculta en el sótano. Había sido mi retrato, y las palabras debajo de él debían de ser algún tipo de hechizo. Si el contenido de esa habitación era lo suficientemente poderoso como para arrastrarme hacia atrás a través del tiempo, seguramente había algo que pudiera enviarme hacia adelante.

Pero primero, tenía que encontrar una salida de esta celda.

CAPÍTULO 14

—Déjalo en la puerta, Mary. Lo mismo que te he estado pidiendo que hagas durante días.

Los golpes cesaron, pero la voz que llegó a través de la entrada puso a Eoin de pie en un instante, con los puños temblando por la ira que había estado luchando por contener durante días.

—¡Eoin! Sabes que debemos hablar —exigió Arran—. ¿Qué le estás haciendo? No puedes mantenerla cautiva en tu alcoba para siempre, y tampoco puedes seguir ignorándome.

—Vete. Ya no tengo uso para ninguno de los dos. A menos que quieras que te muela la cabeza a golpes, mejor aléjate de la puerta.

—¿Qué le has hecho, Eoin? ¡Te juro que si la lastimaste te mataré yo mismo, aunque seas mi hermano! ¡Abre la puerta!

Habían pasado cuatro días. Cuatro días encerrado en su alcoba, rumiando su ira y decepción, tratando de hacer creer a todos en el castillo que estaba de luna de miel con su nueva novia. Cuatro días imaginando a su hermano tocando y acariciando a Blaire, mientras ella se hundía en él, gimiendo y moviéndose en respuesta.

Los golpes se convirtieron en estruendos cuando un objeto grande hizo contacto con el otro lado de la puerta. Si Eoin no lo detenía, estaba seguro de que atraería la atención de otras partes del castillo, que era lo último que quería mientras su nueva esposa estaba bajo llave.

—¡Detente, tonto! —Abrió la puerta de un tirón y se apartó mientras la vara que Arran sostenía pasaba zumbando junto a su cabeza.

Arran soltó la vara y se abrió paso en la habitación.—¿Dónde está ella, Eoin? Nadie ha visto a ninguno de los dos desde la boda, lo cual estaría bien si yo no supiera lo enojado que estás. —Caminó rápidamente por la habitación, mirando detrás de las cortinas, volcando mesas, buscando a Blaire—. ¿Qué has hecho con ella?

—No está aquí, Arran. —Eoin se quedó quieto en el umbral, observando cómo su hermano destrozaba su habitación—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Es mi esposa, y una ramera infiel además, ¿y te atreves a preguntarme qué he hecho con ella?

—¿Dónde está? —Arran golpeó la pared con el puño y se giró hacia Eoin—. Fue culpa mía. Estaba ebrio, Eoin. Pensé que estaba entrando en mi propia habitación, y resultó ser la tuya. Ella me oyó fuera de la puerta y me ayudó a volver a mi habitación. Apenas podía mantenerme en pie.

—¿Apenas podías estar en pie? Dios, Arran, estabas a punto de tomarla en medio del pasillo. No me importa de quién sea la culpa. No tendré nada que ver con ninguno de los dos. ¡Ahora fuera de mis aposentos! —Eoin se movió para poner sus manos sobre los hombros de Arran, pero Arran se apartó rápidamente de su camino.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que me digas adónde se ha ido. ¿La enviaste de vuelta a casa, Eoin? ¿A deshonrar a su padre y a su territorio? Seguramente no podrías ser tan cruel. Ya te has casado con ella.

—Eso no les impidió a los dos traicionarme, ¿verdad? No te escucharé decir esto. ¡Tienes que madurar, Arran, y dejar de tomar todo lo que quieres!

—No estaba tratando de tomarla, Eoin. Fue un error, y lo siento. Ella tuvo poco que decir en lo que pasó.

—No me importa lo que tengas que decir, Arran, la pequeña perra se quedará donde la puse, y no volverás a verla.

—¡Ni hablar! No volveré a tocar a Blaire. Es tu esposa, y lamento lo sucedido. Pero la veré y me aseguraré de que no le hayas hecho daño.

—¿Realmente crees que la lastimaría? Ni siquiera te he lastimado a ti, y tú mereces una paliza mucho más que ella. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡La única persona que te estaba prohibida!

—Fue un accidente. Ella tuvo la amabilidad de ayudarme a llegar a mi habitación, y yo me aproveché de ella. ¡Pero para responderte, no sé qué serías capaz de hacer ahora mismo, hermano! Nunca te había visto tan enojado. Si no la lastimaste ni la enviaste lejos, ¿entonces dónde está? —Arran dio un paso al frente y puso vacilante una mano en el hombro de su hermano.

Eoin se estremeció ante el contacto y apretó los puños para evitar golpear a su hermano.—Está allá abajo, donde pertenece. ¡Donde tú perteneces también! —Se apartó para poder ver mejor la cara de Arran y evaluar su reacción. Estaba buscando una excusa para golpearlo, y esperaba que su hermano le diera la oportunidad.

—¿Allá abajo? ¡Dime que no la pusiste en la mazmorra! Nadie ha estado encerrado allí desde antes de que naciéramos.

—Ahí es donde la puse, y ahí es donde se quedará. Si quieres acompañarla, eres más que bienvenido.

En un instante, el puño de Arran golpeó el lado de su cara. Empujó su cuerpo hacia un lado, pero Eoin se recuperó rápidamente, cargando contra su hermano mientras Arran le gritaba entre golpes.

—¿Qué demonios te pasa? Yo no dejaría ni a un perro allá abajo. No permitiré que la dejes ahí para que se pudra.

La rabia acumulada estalló cuando Eoin arremetió contra su hermano, enviando a ambos al suelo en un torbellino de piernas pateando y puños enérgicos.

—No creo que tengas mucho que decir en el asunto, hermano. Podrás estar acostándote con ella, pero yo soy el laird. Ella es mi esposa. Haré con la muchacha lo que me plazca.

El repentino sonido de la voz de Mary en la puerta hizo que ambos hombres se congelaran en su enredo caótico.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué les pasa a ustedes dos? ¡Vaya, ambos son hombres adultos y se están comportando como un par de rapaces, y frente a la nueva señora también! ¡Vaya, me avergüenzo de los dos! ¡Y su padre también lo estaría!

Ambos hombres se desenredaron con culpabilidad y enfrentaron a Mary, que estaba parada en el umbral con las manos en las caderas, no menos formidable para ellos de lo que había sido cuando eran niños.

El silencio pendía en el aire, y ambos hermanos sabían que Mary no se movería hasta que se diera una explicación.

Arran rompió el silencio primero.—No estábamos peleando frente a Blaire. Ella no está aquí. Eoin la tiene encerrada en la mazmorra.

Eoin y Arran observaron cómo el rostro de Mary se volvía de un blanco fantasmal, solo para ser seguido por un tono escarlata que subía por sus mejillas.

—¿Perdón? Sé que la vieja Mary está oyendo cosas ahora. ¿Dónde dijiste que está la muchacha?

Arran se volvió hacia Eoin, quien seguía mirando fijamente a Mary, con la ira ardiendo en sus ojos.

—No, Mary. Oíste bien. El bastardo la ha encerrado. Allí es donde ha estado desde la noche de la boda.

Mary se recostó contra el umbral, abanicándose dramáticamente —. Oh, Dios mío. ¡Ustedes, muchachos, van a acabar conmigo! ¿De qué demonios está hablando, Eoin?

—Los sorprendí a los dos besándose solo unas horas después de la boda. No podía estar cerca de ella, y no quería que todo el castillo se enterara de lo que había hecho.

—Ay, Eoin, si no midieras tanto más que yo, te estaría hundiendo esa linda nariz tuya de un golpe en el cráneo.

Eoin levantó las cejas y Arran sonrió levemente mientras Mary continuaba.

—No me importa si encontraste a la muchacha levantándose las faldas para todo el pueblo. Sabes muy bien que es inaceptable que la dejes allá abajo. —Entornó los ojos hacia Eoin, con cada círculo gris diciendo más de lo que su lengua podría expresar, y dio un paso a la derecha para quedar frente a Arran.

—¡Y en cuanto a ti, muchacho! ¡Más vale que le expliques esta situación a Mary bien rápido antes de que me desplome ante la estupidez de ambos!

Arran se aclaró la garganta y se removió incómodo antes de responder.—Bueno, a decir verdad, no puedo decir con certeza qué pasó. Me avergüenza decir que estaba demasiado ebrio para distinguir arriba de abajo, y terminé en la puerta de la alcoba de Eoin, pensando que era la mía.

—Ejem... —Mary se aclaró la garganta con desaprobación y le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Blaire debió oírme fuera de la puerta. La abrió y me caí encima de ella. Pudo ver que yo no llegaría a mi habitación sin ayuda. Ella me ayudó y yo la besé, no estoy muy seguro de los detalles.

Mary puso los ojos en blanco brevemente antes de lanzar a Arran otra mirada de desaprobación, luego se deslizó de nuevo para pararse frente a Eoin una vez más.

—No dejaré que esa pobre chica se quede allá abajo, Eoin. No me importa si nunca duermen en la misma habitación, o si nunca se les ve juntos excepto en público por el resto de su vida. ¡Tienes que saber que ella no puede quedarse ahí!

Debidamente derrotado y avergonzado, Eoin asintió lentamente, tratando de tragarse su ira por la situación.

—Tampoco dejaré que seas tú quien la saque de la mazmorra, Eoin. Estoy segura de que la pobre muchacha está muerta de miedo de ti después de estar allí durante días. Quiero que te vayas. Ahora mismo. Sal a cabalgar, despeja tu cabeza, y solo vuelve cuando estés listo para disculparte y hacer las paces que quieras con la muchacha. Pero habrá paz, ¿entiendes? No permitiré gritos día tras día solo porque tu padre no está aquí para mantenerlos a raya. —Rápidamente rodeó a Eoin y le dio un fuerte empujón en la espalda —. Vete de una vez. Ahora. Podrás encontrar a la muchacha en la Habitación Lavanda, más tarde.

—¿Y qué hay de él? —Eoin señaló con los codos en dirección a Arran, sintiéndose de repente como si tuviera ocho años otra vez, sin entender por qué su castigo difería del de su hermano.

Mary desvió la mirada de un hermano al otro antes de continuar —. No veo por qué sea asunto tuyo, pero solo para que ambos queden satisfechos, Arran se marchará por unos días. Cabalgará con

Kip para recoger unos cuantos caballos más para las caballerizas. Se va ahora mismo, ¿verdad, Arran?

Arran bajó la cabeza y se dirigió a la puerta, deteniéndose solo para dirigirse a Mary y a Eoin—. Sí, Mary. Iré. Y Eoin, lo siento, hermano. No te desquites con Blaire. La culpa es mía.

Eoin se giró, con la intención de llegar a las caballerizas antes de que su hermano se fuera a encontrarse con Kip—. Sí. Estoy seguro de que pusiste a la muchacha en una posición difícil, pero no debió comportarse como lo hizo. Hablaré contigo cuando regreses, Arran. Buen viaje.

Dicho esto, se dio la vuelta y se fue. Arran y Mary lo siguieron en silencio.

* * *

Una voz familiar hizo que despertara del sueño inquieto y —afortunadamente— sin sueños en el que había caído después de horas de intentar sin éxito encontrar una forma de salir de este agujero infernal.

Agotada, sucia y, sobre todo, asustada, tardé un momento en darme cuenta de que la voz pertenecía a Mary. Tragué un nudo amargo que subió por mi garganta, trayendo consigo lágrimas de alegría, que brotaban del conocimiento casi seguro de que ella no permitiría que me dejaran aquí abajo.

—¡Ay, muchacha! Seguro que has logrado alterar a los hombres por aquí. Uno te anhela tanto que no ha estado sobrio en días, ¡y el otro te llama ramera, y eso es lo más amable! ¡Ahora, levántate! He enviado a ambos muchachos lejos un rato. Te llevaré arriba y te instalaré en los aposentos de su difunta madre, y podrás asearte. Espero que tengas un tiempo a solas. Les tomará un poco de tiempo a los muchachos calmarse y darse cuenta de lo tontos que han sido ambos.

Me puse de pie con un poco más de temblor de lo normal. Físicamente, estaba bien. Mentalmente, estaba tan confundida y furiosa que el esfuerzo que me costó levantarme pareció casi

demasiado. Mi voz se quebró cuando hablé.—Mary, necesito saber exactamente qué está pasando aquí. Tienes que decirme lo que sepas.

—¿Qué dijiste, querida? Espera hasta que te acomodemos en tu nueva habitación, y las dos tendremos una charla larga y agradable. —Mary hizo una señal al guardia que estaba al final del pasadizo, quien obviamente sabía que no debía cuestionarla. Recuperó la llave de la celda de su cinturón antes de dirigirse a la puerta y abrir obedientemente la cerradura.

Ahora liberada de mi celda, la seguí con gusto hasta un hermoso dormitorio directamente frente al de Eoin. Mary se fue después de dejarme en la habitación, pero a los pocos minutos regresó con una hilera de sirvientes que llevaban jarras humeantes de agua para llenar la tina. Después de preparar algo de ropa limpia, se sentó en el borde de la cama y cruzó los brazos, apoyándolos sobre la redondez de su estómago. Esperó hasta que la tina se llenó con agua humeante y los sirvientes se retiraron antes de hablar.

—Muy bien, querida. Sé que debes estar muerta de miedo después de los últimos días que has pasado aquí. Me disculpo por no explicarte lo que sabía antes de la boda, pero simplemente no hubo tiempo. Y créeme, linda, yo no sabía dónde te había puesto Eoin. Si lo hubiera sabido, te habría sacado inmediatamente.

Sonreí suavemente y me quedé observándola con atención.—Lo sé, Mary. Gracias. Pero, por favor, dime qué está pasando. ¿Cómo terminé aquí?

Mary cruzó los brazos con incomodidad, solo para volver a cruzarlos mientras yo la observaba luchar por encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno, la verdad es que, querida, yo no sé gran cosa. Antes de la muerte de Alasdair, me contó una larga historia, pero en ese momento se lo atribuí mayormente a sus heridas. Pero luego te vi, tan extraña como podías ser, y tan ignorante como un corderito, y supe que todo lo que él había dicho era verdad.

—¿Qué dijo él?

—Dijo que su hermana —era una bruja, ya ves— lanzó un hechizo y que algún día pronto una muchacha con la apariencia de

Blaire llegaría a nuestras vidas. Me suplicó que te cuidara y que te ayudara en todo lo que pudiera. Dijo que nos salvarías a todos de algo horrible. Lo que quiso decir con eso, nunca lo sabré. Supongo que se podrían encontrar más respuestas en el sótano de Morna, pero yo no sé leer y nunca se me ocurrió mirar.

—¿El sótano de Morna? ¿Dónde está eso, Mary? Necesito ir a mirar de inmediato. Tengo que encontrar una forma de volver a casa.

—Ay, querida. No espero que encuentres nada que te ayude a hacer eso. Había una razón por la que Morna te quería aquí. Dudo que te pusiera fácil el marcharte. Si quieres mirar, te ayudaré en lo que pueda. Pero no esta noche, muchacha. Ahora mismo, te meterás en esa tina inmediatamente y te relajarás hasta que la vieja Mary te traiga algo de comer, ¿entiendes? Por la mañana, te mostraré la habitación de Morna.

No me dio oportunidad de discutir, y mientras observaba el vapor subir de la tina, me sentí con menos ansias de explorar la sala de hechizos de Morna. Podía oler mi propio rastro incluso estando quieta, y sabía que necesitaba desesperadamente un baño.

Una vez desvestida, me hundí agradecida en la tina, doblando las rodillas para que el agua me llegara hasta la barbilla y solo mi cabeza y mis rótulas rompieran la superficie del agua. Claramente el agua acababa de ser retirada del fuego. Estaba casi demasiado caliente, pero yo estaba demasiado cansada y sucia para que me importara.

Parecía extraño pasar de ser una prisionera vigilada a la soledad completa tan rápido. Se me ocurrió brevemente que debería saltar de la tina y huir del castillo de inmediato, pero sabía que no había ningún lugar mejor para ir. No era probable que encontrara respuestas fuera de estos muros, y al menos Mary parecía saber dónde podría encontrarlas, aunque hiciera un trabajo pésimo explicándolo.

No me había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que el calor del agua fue abriéndose paso lentamente por mi cuerpo, obligando a mis músculos a abandonar su agarre tenso. Respiré

profundamente, disfrutando la sensación de mis uñas contra mi piel mientras fregaba la suciedad de mis tobillos y brazos.

Con las yemas de los dedos de manos y pies arrugadas como pasas y mi piel enrojecida tanto por el calor del agua como por el minucioso lavado que me acababa de dar, apoyé la cabeza contra el respaldo de la tina y eché mi cabello por el borde, dejando que se secara.

El vapor del agua se disipó rápidamente, y mientras mi piel se tensaba en respuesta al agua que se enfriaba, volví la cabeza hacia la chimenea y miré las llamas. Los brillantes rayos ambarinos danzaban sobre la madera, y mientras seguía su movimiento, el agua fría pareció cálida una vez más.

La tina estaba lo suficientemente cerca de la chimenea como para que parte del calor de las llamas calentara mi brazo izquierdo, que colgaba por el costado. La luz que emanaba de la chimenea se mezclaba con la oscuridad, que había inundado lentamente la habitación mientras el sol caía más bajo en el horizonte. La combinación de luz y sombra era relajante, y mi mente se acercaba más al sueño con cada destello de las llamas.

Justo cuando estaba al borde del sueño, la puerta del dormitorio se abrió y se cerró, haciéndome casi saltar fuera del agua. Ser sacada repentinamente de mi letargo me hizo darme cuenta de lo fría que me había quedado en realidad. Todo mi cuerpo estaba arrugado por estar demasiado tiempo en el agua, y mis pezones se habían erizado en puntas duras. Supuse que era Mary con algo de comida, pero entonces escuché la voz profunda. Me moví rápidamente para cruzar las piernas y cubrir mi pecho con los brazos al escuchar los pasos de Eoin detrás de mí.

—No estoy seguro de qué decirte, muchacha. Me comporté mal al encerrarte, pero estaba tan enojado que fue lo único que se me ocurrió.

Se detuvo justo al lado de la tina, pero su cabeza y ojos estaban apartados de mi cuerpo mientras se inclinaba y tocaba la superficie del agua con la punta de los dedos, retirándolos rápidamente.

—¡Ay, muchacha! Te enfermarás sentada en agua tan fría. ¿Cuánto tiempo has estado ahí?

—Yo... no lo sé. Desde que Mary me trajo aquí arriba. Puede que me haya quedado dormida. —Subí las rodillas hacia el pecho y envolví mis piernas con los brazos. Era más cálido, y parecía cubrir un poco más de mis partes íntimas.

Observé cómo Eoin se estiraba hacia la cama para agarrar una manta de la parte superior. La extendió y la sostuvo abierta para mí, todavía mirando hacia otro lado—. Ten, muchacha, levántate y ve a sentarte junto al fuego.

Él podía sentir mi vacilación, y pude ver cómo la comisura de su ceja izquierda se fruncía con frustración—. No te estoy mirando, muchacha. Solo quiero hablar contigo, pero si no sales de esa tina, yo mismo te sacaré.

Incluso en el poco tiempo que había pasado con él, sabía que no haría una amenaza en vano. Me estiré y arrebaté la manta, envolviéndome en ella mientras salía de la gran tina.

Caminé en silencio hacia el fuego, sentándome lo más cerca posible de las llamas en el suelo de piedra. Manteniendo mis manos, brazos y piernas dentro de la manta, me abracé a mí misma, disfrutando de la sensación de esconder cada parte excepto mi cabeza bajo la manta. Ayudó a ocultar el hecho de que mis piernas temblaban. Estaba tan nerviosa por lo que fuera que él iba a decir que sentía que podía vomitar. Afortunadamente, no me obligó a esperar demasiado antes de hablar.

—Blaire. No puedo fingir que no estoy igual de enojado contigo que antes. Sé que Arran se echa la culpa a sí mismo, pero por lo que vi, tú también eres culpable. Sé que debo permitirte vivir en el castillo y actuar como mi esposa en ciertas ocasiones, pero en lo que a mí respecta, nuestro matrimonio es inválido. No seré descortés contigo, pero tampoco te trataré como lo haría con una compañera amada.

Hizo una pausa, obviamente esperando una respuesta, que yo no tenía. Después de esperar unos momentos, desistió y continuó.

—Nadie fuera del castillo sabrá la verdad sobre nuestro matrimonio, pero viviremos en su mayor parte separados, uniéndonos solo cuando sea el momento de engendrar un heredero. De cualquier manera, no volverás a estar a solas con Arran jamás. Y

pasaremos bastante tiempo juntos por el bien de las apariencias, ¿entendido? Espero que ambos podamos aprender a vivir en paz el uno con el otro.

Miró fijamente, con sus ojos oscuros más negros que de costumbre, mientras esperaba mi respuesta. Estaba tan llena de alivio al saber que me quedaría en una habitación separada y viviría de forma independiente que no estaba segura de qué decir. En cuanto a engendrar un heredero, no tenía intención de quedarme lo suficiente como para que eso fuera un problema.

Podía notar que aún estaba furioso y que hacía todo lo posible por hablarme con cortesía. Si le mostraba lo feliz que estaba de escuchar cada palabra que acababa de decir, sabía que podría quebrar su fachada de calma. El remordimiento era la mejor manera de calmar el ego herido de un hombre.

—Siento lo que pasó, Eoin. No tengo una buena explicación. Entiendo las razones de tus peticiones y, sí, las acepto. Tienes mi palabra de que no volveré a cometer el mismo error. Gracias por no dejarme en esa prisión. —Traté de parecer lo más arrepentida posible. Realmente lamentaba haberlo alterado, pero sabía que la situación fue causada en realidad por alguien ajeno a mí.

Los ojos de Eoin se suavizaron ante mis palabras y caminó hacia mí, poniendo suavemente una mano sobre mi cabeza—. Sí. Sé que lo sientes, muchacha. Lamento que tenga que ser así también. Te dejaré descansar ahora. Todos nos reunimos para desayunar en el gran comedor cada mañana. Se esperará que estés a mi lado.

Lo miré y él retiró su mano de un tirón, con los ojos endureciéndose mientras se giraba y se marchaba, dejándome sola en la habitación una vez más.

CAPÍTULO 15



—No te preocupes tanto, querida. Lo has hecho bien hasta ahora, y es poco probable que Eoin te presione con una pregunta así, pero es importante que lo sepas si vas a estar aquí el tiempo suficiente como para tener que conocer al padre de Blaire. Ahora, ¿de qué oído no puede oír?

—Es de su oído izquierdo. Nació así y no puede oír nada a menos que le hables fuerte o al oído derecho.

—Sí, cielo. Así que no te alarmes si te grita. Es solo que no puede saber qué tan fuerte puede llegar a ser a veces.

Observé cómo Mary se reía, con todo su vientre moviéndose con cada carcajada, lo que me hizo sonreír a mi vez.

Habían pasado dos semanas desde que me liberaron de la mazmorra y, aunque los primeros días después de mi encierro me encontré bajo la vigilancia constante de Eoin, Mary rápidamente notó el problema y sugirió que le preguntara a Eoin si podía pasar mis tardes con ella para que pudiera enseñarme a cocinar. Aunque era sumamente inusual que la esposa del laird pasara su tiempo en la cocina, yo sabía que él ya estaba cansado de cuidarme, y accedió fácilmente. Desde entonces, pasaba una gran parte de cada día entrenando con Mary para aprender la historia familiar y las costumbres culturales, o hurgando en las montañas de libros de la sala de hechizos de Morna.

Aunque estaba disfrutando inmensamente de mis lecciones con Mary, la búsqueda de un hechizo que me llevara a casa era una historia completamente distinta. La pequeña habitación estaba atestada de libros, diarios y registros, la mayoría de los cuales no tenían absolutamente nada que ver con hechizos. Podía leer los registros y diarios de Morna, pero la mayoría de sus libros de hechizos estaban en gaélico, idioma que yo no conocía. Poco a poco estaba teniendo que buscar primero entre todo lo escrito en inglés, mientras separaba las cosas en gaélico que parecían relevantes para lidiar con ellas más tarde.

Estaba ocupada pensando en mi plan de acción para las próximas horas, las cuales pasaría revisando el contenido de la habitación, cuando Mary dejó de reír y habló una vez más.

—Has notado que ya no parece tan enojado, ¿verdad? Se está encariñando contigo, un poco más cada día.

Sus palabras me sorprendieron. Claro, Eoin ya no parecía enojado en su forma de comportarse cuando estaba cerca de mí, y sus ojos no se veían tan oscuros, ¿pero «encariñando»? Yo no había visto nada que me hiciera pensar eso. —¿A qué te refieres con «encariñando»? Yo no diría eso exactamente.

—Oh, eso es porque no lo conoces como yo, querida. Él no se encariña con la gente tan fácilmente como su hermano. Se protege mucho, sabe que tienes el poder de romperle el corazón. Pero la vieja Mary lo conoce de toda la vida, y veo la forma en que te mira. Se preocupa por ti, aunque no quiera admitirlo ante sí mismo.

—Creo que te equivocas, Mary. Nunca ha hecho nada que me haga pensar que siente algo más que repulsión por mí. Pero aunque tengas razón, es mejor que no se permita empezar a sentir afecto. Me habré ido de aquí dentro de no mucho tiempo.

Sabiendo que la lección de historia familiar de hoy había terminado, entré por la puerta y me dirigí hacia la pila de mi ropa moderna, que había escondido para ponérmela solo mientras trabajaba en la sala de hechizos. Anhelaba esas horas cada día, para poder ponerme un sostén que mantuviera a las chicas en su lugar y ponerme mis jeans favoritos. Era el cielo, o lo más parecido a eso que iba a conseguir aquí.

Al ver que me preparaba para trabajar con los libros, Mary se puso de pie para irse. —Bueno, querida, veo que estás a punto de ponerte esos horribles jirones de tela que tanto parecen importarte, así que te dejaré con tu trabajo y volveré a buscarte antes de la cena. Pero no te voy a mentir, Eoin ya se ha permitido sentir afecto. Si abres los ojos, tú también podrás verlo.

Dicho eso, se dio la vuelta y salió del sótano, y yo me senté a trabajar.

* * *

Eoin se dirigió al comedor para la cena y se detuvo abruptamente al vislumbrar su reflejo en una pieza de armadura que colgaba de la pared. Se sorprendió al ver que las comisuras de su boca estaban elevadas, de modo que se asemejaban a algo parecido a una sonrisa. Intentó relajar el rostro para que su boca volviera a su posición habitual, pero descubrió que sus labios no querían quedarse quietos.

Confundido, se apartó del reflejo y continuó por el pasillo, preguntándose todo el tiempo por qué estaba tan complacido y emocionado ante la idea de comer. Lo comprendió al entrar al comedor y ver a Blaire sentada en su lugar de siempre.

No era la perspectiva de la comida lo que lo entusiasmaba. Después de pasar toda la tarde solo, iba a poder ver a Blaire.

Había hecho todo lo posible por seguir enojado con ella y resignarse al hecho de que su matrimonio siempre sería uno de conveniencia, pero sabía que no podría estar enojado con ella para siempre. Cada día le resultaba más difícil ignorar sus sentimientos.

Cuando sorprendió a Arran besándola en el pasillo, pensó que había visto a dos amantes robando un momento precioso a solas cuando él no estaba presente. Pero después de pasar una quincena observándolos a los dos, pensó que tal vez Arran le había dicho la verdad. En cada comida, observaba cómo los dos se sentaban uno frente al otro, pero no había miradas cómplices ni una tensión

palpable que pudiera percibir. De hecho, nunca se hablaban. Todas las conversaciones ocurrían enteramente entre Blaire y él mismo.

¡Y qué grandes conversaciones eran! Nunca había estado cerca de una muchacha que pareciera tan interesada en sus historias. Ella hacía preguntas y escuchaba con avidez, como si saboreara cada cosa nueva que aprendía sobre él. A menudo, él decía algo y una expresión de pura sorpresa o ligera confusión cruzaba el rostro de ella, y de inmediato veía un destello de la niña traviesa que había conocido durante su crecimiento.

Pero ella ya no era esa niña. Era una mujer, no había duda de eso, y le parecía más hermosa cada vez que la veía.

Le encantaba la forma extraña en que hablaba. A veces decía palabras raras, y su acento a menudo se deslizaba hacia una mezcla extraña de escocés y algo que él nunca había oído. Se preguntaba si habría pasado mucho tiempo con alguna nodriza extranjera en su infancia, cuya influencia hubiera moldeado su forma de hablar. Le encantaba ese sonido inconexo y se descubría deseando escucharlo todo el día.

Al sentarse en diagonal a ella en la gran mesa y mirar su sonrisa brillante con hoyuelos, decidió que no tenía sentido seguir enojado por causa de su orgullo herido. Esta noche, llevaría a la muchacha a algún lugar especial. Tal vez ambos podrían dar un paso para convertir su matrimonio en lo que un matrimonio debería ser.

CAPÍTULO 16



Quizás Mary tenía razón. El pensamiento me cruzó la mente varias veces durante la cena. A mitad de comer lo que fuera que era esa carne extraña que tenía enfrente —había dejado de preguntar después de aproximadamente tres días— levanté la vista para verlo mirándome de una forma que envió un escalofrío desconocido por la parte posterior de mi cuello. En un momento, incluso me apretó la mano en medio de una de sus historias. El contacto fue tan inesperado que casi escupí la comida.

Parecía estar de un humor especialmente bueno, y no fue hasta que dejó de hablar, como si esperara que respondiera una pregunta, que me di cuenta de que no había estado escuchando en absoluto.

—Lo siento. ¿Qué me preguntaste? —Mis mejillas se calentaron de repente.

—¿Me permitirías llevarme a un lugar esta noche? Me gustaría mostrarte algo. —Sonrió amablemente, y me sorprendió ver cómo sus ojos cambiaban dependiendo de su estado de ánimo. Sonreí, sin poder ocultar lo halagada que me sentía por la pregunta. Independientemente de cuánto quisiera llegar a casa, me encantaba hablar con él, y no pude reprimir el zumbido placentero que se instaló en mi estómago al pensar en estar a solas con él. —Me encantaría.

—¿De verdad? —Hizo la pregunta como si estuviera sorprendido por mi respuesta, pero sonrió mientras se ponía de pie y me ofrecía

la mano.

—De verdad. —Extendí mi mano en su dirección, y cuando la tomó vi que Arran se levantaba del otro lado de la mesa y rápidamente salía del comedor.

* * *

NO IMPORTABA QUE ESTUVIERA BORRACHO. Arran había permanecido así durante semanas. Aun así sabía que algo extraño estaba sucediendo con Blaire. Algo había cambiado entre ellos, y no tenía nada que ver con el hecho de que Eoin los hubiera atrapado en el pasillo.

Arran sabía que ella no lo estaba evitando por culpa o remordimiento. De hecho, parecía como si ella no lo estuviera evitando intencionalmente en absoluto. Se estaba comportando como si nada hubiera pasado nunca entre ellos, como si ningún amor hubiera sido compartido, ninguna palabra amable hubiera sido intercambiada.

Podía decir que Eoin estaba comenzando a enamorarse de Blaire, y no podía culparlo. Era su esposa, después de todo, y desde la noche en que la había liberado de la mazmorra, no había sido nada menos que amable, entusiasta y vital a su alrededor.

Si Arran no estuviera completamente seguro de que sabía exactamente quién era realmente Blaire, se hubiera encontrado cautivado por esta nueva 'Blaire' él mismo y hubiera estado feliz de que su hermano hubiera encontrado una esposa tan maravillosa. Pero lo que su hermano no podía ver era cuán diferente era esta Blaire de la que se había casado hace apenas pocas semanas.

La personalidad de Blaire parecía haber cambiado de la noche a la mañana. Era más tranquila, menos combativa, y completamente agradable. Una de las cosas que Arran más amaba de Blaire era que no todos la encontraban agradable. Pero no podía gustarle más.

Incluso su voz era diferente. Decía palabras que no tenían significado y pronunciaba mal otras que la había escuchado decir correctamente muchas veces antes. Miraba cada comida como si

tuviera miedo de comerla, y nunca había visto tales manjares delante de ella antes.

Pero todas esas cosas no eran nada comparadas con lo que realmente le molestaba de su comportamiento últimamente. Sabía que le había roto el corazón la mañana de la boda. Lo vio en sus ojos en el momento en que sucedió, y sintió su dolor en cada parte de su propio corazón.

Su comportamiento no era el de alguien que acababa de sufrir un corazón roto. Era exactamente lo opuesto. Sonreía y reía y hacía preguntas como alguien que apenas estaba en el comienzo emocionante de un amor recién descubierto.

Quizás todo era un acto. Debía serlo. Arran estaba seguro de ello. Porque, ¿cómo podría haberse recuperado tan rápidamente del dolor que lo dejaba sin sentido? Quizás pensaba construir las esperanzas de Eoin, solo para herirlo como alguna forma de venganza por el dolor que él mismo le había causado.

Si ese era el caso, Arran no permitiría que su hermano fuera lastimado por el dolor que él había causado. Cualquier cosa que estuviera sucediendo con Blaire, tenía la intención de descubrirlo lo más rápido posible.

* * *

Nos abrimos paso hacia una esquina del castillo que aún no había visto en las pocas semanas que había estado aquí. Se detuvo frente a una puerta pequeña y extendió la mano para tomar una linterna antes de abrir la puerta y llevarnos a una pequeña escalera de caracol.

Estaba completamente oscuro excepto por la pequeña llama que parpadeaba cada vez que subíamos los escalones juntos. Eoin no soltó mi mano mientras nos movíamos, y con cada paso hacia arriba nuestros cuerpos se tocaban, dispersando deliciosas descargas sobre mi piel.

No podía ver el descanso superior, así que cuando Eoin se detuvo y se giró hacia mí, continué tratando de subir el siguiente escalón.

Mientras subía, golpeé nuestros pechos juntos y me golpeé la parte superior de la cabeza fuertemente contra la parte inferior de su barbilla. Grité por el impacto y casi me tambaleé fuera del descanso superior, pero fui sostenida por las manos rápidas de Eoin.

—¡Ay, muchacha! Tienes una cabeza dura. ¿Ves alguno de mis dientes por aquí? Creo que podrías haber aflojado algunos.

Retiró su mano izquierda de la parte baja de mi espalda y extendió la mano para frotar su barbilla. Reí y bajé la cabeza avergonzada, mi frente tocando delicadamente su pecho. Me sorprendió al atraerme más cerca de él y rodearme con ambos brazos. Suavemente besó la parte superior de mi cabeza, justo en el lugar donde había golpeado su barbilla.

—Pero me temo que mi barbilla no fue una sensación tan agradable en la parte superior de tu cabeza, ¿verdad? Ven, muchacha. Cúbrete y sal conmigo al muro.

Levantó un panel de madera en la parte superior del descanso, revelando un pequeño vano de la ventana a través del cual se deslizó. Una vez al otro lado, extendió su mano a través de la abertura para ayudarme. Agarré su mano y, con la otra, levanté la parte posterior de mi vestido e hice mi camino bastante sin gracia hacia el muro.

—Ven y siéntate en la cornisa, no te dejaré caer. —Observé cómo se dirigía al borde del muro que rodeaba la parte trasera del castillo. Con destreza, saltó sobre el muro de piedra y se sentó, dejando las piernas colgando libremente del borde.

Viendo que sus ojos se apartaban mientras miraba hacia el océano, rápidamente levanté la parte inferior de mi vestido para poder saltar sobre el borde y sentarme a su lado antes de que se girara para ver cuán poco femenina realmente era.

—Bueno, tenía la intención de que vieras las estrellas, muchacha, pero como puedes ver, no hay mucho que mirar esta noche. Parece que se acerca una tormenta.

El cielo era negro y había nubes de tormenta rodando, como si siguieran las olas que se estrellaban en la orilla debajo de nosotros.

El viento soplaba fuertemente, y el sonido del viento mezclado con el sonido áspero del agua golpeando contra las rocas era

extrañamente hermoso.

Nos sentamos allí en silencio durante algún tiempo. El viento me enfrió de tal manera que tiritaba bajo el vestido grueso que cubría todo mi cuerpo, pero no estaba dispuesta a decir nada, sin querer romper el momento. Una cercanía entre nosotros pendía pesadamente mientras compartíamos el largo silencio, escuchando el agua chocar contra las rocas y el sonido distante del trueno sobre el horizonte. Sentía como si lo hubiera conocido durante mucho tiempo, en lugar de las pocas semanas cortas que había pasado aquí en el castillo.

El toque de sus dedos mientras entrelazaba los suyos con los míos me hizo lanzar una mirada cautelosa hacia él por el rabillo del ojo. Sostenía mi mano suavemente, haciendo pequeños círculos a lo largo de la base de mi pulgar con la suya, pero no miró en mi dirección mientras mantenía su mirada hacia adelante, aparentemente distraído por el agua debajo.

Cerré los ojos brevemente e inhalé el aire frío y húmedo, saboreando la sensación de sus dedos ásperos contra mi mano. Un fuerte trueno trajo grandes gotas de agua, empapándonos a ambos en segundos.

Me encogí interiormente cuando la lluvia golpeó mi cabello. Tenía suficientes problemas manteniendo mi melena domada sin el uso de un alisador.

Eoin saltó de la cornisa, extendiendo ambas manos hacia mí. —Ven, muchacha. Vas a coger un resfriado si sigues bajo esta lluvia. Entremos.

Se apartó, permitiéndome arrastrarme a través del vano de la ventana primero. Mientras estaba de pie en la escalera oscura una vez más, me aparté los mechones de cabello mojado de la cara, lanzando gotas de agua en todas direcciones.

Sabía que Eoin había regresado a la escalera, pero la vela en nuestra linterna se había apagado mientras estábamos en la cornisa. Una vez que cerró la trampilla que cubría la ventana, la escalera se sumió en la oscuridad total.

—No te preocupes, muchacha. Sé bien mis caminos por estos escalones. Nos abriremos camino juntos, ¿verdad?

A ciegas extendí la mano hacia adelante, palpando el aire, esperando hacer contacto con su mano. En cambio, mi palma descansó en su pecho mientras se acercaba. Lentamente, me empujó contra la pared y mi respiración se aceleró cuando las patillas de la tarde de su mejilla rasguñaron el lado de mi cara.

Sus manos se movieron de modo que sostuvo ambas manos mientras gentilmente colocaba sus labios contra los míos.

Fue sorprendentemente suave y dulce, y terminó demasiado rápido cuando movió sus labios justo al lado de mi oído y susurró: —¡Ay, muchacha! Si te parece bien, no creo que pueda seguir enojado contigo más tiempo.

Y con eso, se giró y me guió hacia abajo por la escalera oscura, el fuerte latido de mi corazón latiendo en mis oídos.

CAPÍTULO 17



Eoin acariciaba la crin de la yegua mientras trabajaba para prepararla para su cabalgata hacia la aldea. Su propio caballo estaba listo, atado al final de los establos, mirando con impaciencia en dirección a Eoin.

Eoin le sonrió al viejo semental gris, su caballo de confianza y compañero desde la infancia. —Ah, Griffin, no me mires así. Nos iremos pronto. Pero ya ves, Sheila nos acompañará hoy. Blaire la montará, y espero que te portes lo mejor posible. ¿Entiendes?

El viejo caballo relinchó mientras Eoin caminaba hacia él, ofreciéndole una manzana para aplacarlo hasta que partieran hacia la aldea.

Unos pasos detrás de él hicieron que Eoin se diera la vuelta hacia la entrada oeste de los establos. Esperando ver a Blaire, no pudo reprimir el gesto de decepción en su rostro al ver a Kip acercarse a Sheila.

—Parece que hiciste un buen trabajo con Sheila. Su pelaje no ha brillado tanto en años. Pero sigo sin entender por qué no dejas que Blaire monte a Angus. Ella es buena con los caballos; pensará que Sheila es demasiado dócil. —El viejo sacudió la cabeza mientras aflojaba las riendas de Sheila y se disponía a atarla junto a Griffin.

—Angus solo sirve para galopar por el campo, no para un viaje a la aldea, y lo sabes, Kip. Ahora, sé que Blaire no te trató bien en su

primera noche aquí, pero desearía que fueras más blando con la muchacha.

—No permitiré que me digas qué debo hacer, muchacho, seas el laird de este torreón o no. Pero no importan mis pensamientos sobre ella. Es tu esposa. Tú eres el que tiene que meterse en la cama con esa malagradecida... —Fue interrumpido por un alegre «hola» al final de los establos.

Eoin se volvió para ver a Blaire acercándose a él. Se veía hermosa con sus ojos brillantes y su sonrisa, y con su cabello recogido en un delicado moño en la base del cuello.

Observó cómo saludaba a Kip dándole los buenos días y fue recompensada con un resoplido mientras él se retiraba de los establos.

—No dejes que te moleste, muchacha. Solo es duro por fuera.

—Oh, está bien. ¿A dónde me llevas? —Ella extendió la mano y tocó su hombro, y él tuvo que contenerse para no atraerla contra sí.

—A la aldea. Solo hay unas pocas cosas que requieren atención. —Se acercó a donde ambos caballos estaban atados y señaló a Sheila con la cabeza—. Tú puedes llevar la castaña. Se llama Sheila. No tendrás problemas con ella, estoy seguro.

Blaire se acercó con cautela a la yegua, extendiendo la mano con vacilación para tocar la garganta del animal. Eoin observaba, curioso por saber por qué parecía tan insegura. Siempre la había conocido como una excelente jinete.

—¿Qué pasa, muchacha? Tiene más brío de lo que parece. Será una buena montura para ti.

—¿Cómo me subo a ella?

La pregunta lo sorprendió, pero la ignoró mientras se inclinaba para ofrecerle su ayuda para montar el caballo. Tan pronto como Blaire se acomodó sobre la yegua, esta comenzó a relinchar y a tratar de tirar de las riendas que la mantenían sujeta al borde de los establos.

—¿Qué hago con ella, Eoin?

—Solo acarícíala, inclínate hacia adelante y susúrrale al oído, cálmala como harías con tu propio caballo. —Él se dio la vuelta y

montó a Griffin, inclinándose para desatar las riendas de ambos caballos para poder partir hacia la aldea.

Avanzó una corta distancia, esperando que Blaire y la yegua se le unieran, pero al no escuchar cascos se volvió para ver a Blaire y a la yegua paradas a un lado de los establos donde las había dejado.

Haciendo un chasquido con la lengua, guio a Griffin de regreso hacia los establos. —¿Qué te pasa, muchacha? ¿Ya no quieres ir?

—No, sí quiero ir. Solo que no sé cómo hacer esto.

Eoin frunció el ceño mientras tiraba de las riendas de Griffin, deteniéndolo junto a Sheila. Él sabía que Blaire sabía cabalgar. La había visto hacerlo muchas veces, con muchos caballos diferentes. ¿Por qué fingía ignorancia ahora? Quizás temía que él se enojara con ella por no querer acompañarlo. O tal vez quería una razón para cabalgar con él en el mismo caballo.

Aunque no estaba seguro de la razón, disfrutaba mucho más de la segunda posibilidad. —¿Te gustaría cabalgar conmigo, muchacha? Griffin podrá ser viejo, pero nos puede llevar a ti y a mí juntos, fácilmente.

—Sí, creo que eso sería lo mejor.

Ah, así que sí quería ir junto a él. Sonrió para sus adentros, complacido con la idea, mientras la levantaba del lomo de Sheila y la colocaba cómodamente entre sus piernas a horcajadas sobre Griffin.

* * *

CABALGUÉ con mi trasero firmemente presionado contra él mientras bajábamos hacia la aldea. Aquello casi había sido un desastre inimaginable. Nunca en mi vida me había subido a un caballo, y no tenía idea de en qué estaba pensando cuando Eoin me preguntó si me gustaría ir con él y que nos viéramos en los establos.

Ingenuamente me había imaginado alguna elegante carroza tirada por caballos que nos llevaría al pueblo, como una escena de *Orgullo y prejuicio*; obviamente no estaba tomando en cuenta que las cosas de esa naturaleza eran de un siglo totalmente diferente que aún estaba por llegar.

Aun así, prefería mucho más este método de transporte que cualquier tipo de carro tirado, y disfrutaba la sensación de sus músculos cincelados presionando contra mi espalda. Él cabalgaba con sus manos alrededor de mi cintura, y la fuerza de sus piernas y brazos mientras me rodeaban me hizo desear que faltaran horas para llegar a la aldea.

En cambio, nos tomó menos de una hora antes de que Eoin detuviera al caballo y desmontara, extendiendo rápidamente sus brazos hacia mí para ayudarme a bajar. Me sonrió mientras yo me tocaba por detrás para frotar mi adolorido trasero. Me hizo un gesto para que lo siguiera mientras se dirigía a un pequeño grupo de cabañas frente a nosotros.

Eoin giró la cabeza para decirme algo, pero fue interrumpido por una voz fuerte que venía de una de las puertas.

—¡Vaya, pero si es el Laird Conall! ¡Si es que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te vimos por aquí, hijo!

El rostro de Eoin se iluminó mientras se apartaba de mí y abrazaba al hombre grande y de cara roja. —¡Sí, así es, Bran! ¿Cómo están tu esposa y tus hijos?

—Bien. Bien. Dona está en cama, amamantando a nuestra sexta criatura. Dio a luz hace apenas dos noches. —Los ojos del hombre brillaban de orgullo mientras hablaba de su familia.

—¡Seis, Dios mío, hombre! ¿Es que nunca dejas descansar a la muchacha? ¿Cómo te las has arreglado con los otros tú solo estos últimos días?

—No me las he arreglado. —El hombre soltó una carcajada fuerte y profunda antes de continuar—. Han tenido el control total de la casa mientras su madre ha estado en cama. Estoy seguro de que no estará muy contenta conmigo una vez que se levante. Entra. Tomemos un trago por los viejos tiempos, ¿sí?

Eoin extendió su mano detrás de él, y yo la tomé por instinto.

—Déjame presentarte a mi esposa, Bran. Ella es Blaire.

Sonreí mientras el hombre me miraba rápidamente de arriba abajo. —¿Cómo hizo este viejo borracho para que una muchacha tan hermosa como tú se casara con él? Oh, no importa. Lo hecho, hecho

está, ¿no? No debería intentar convencerte de lo contrario ahora. Ven. Tú también tomarás un trago con nosotros.

Seguí a los dos hombres a través de la pequeña entrada hacia una primera planta de una sola habitación donde los cinco niños, sin incluir al recién nacido, corrían de un lado a otro creando un caos. Todos los niños tenían menos de siete años, y unos días sin la estructura estricta de su madre los habían sumido en un torbellino.

Sabía que el nivel de ruido en el hogar no podía ser de ninguna manera propicio para el descanso de su madre, y mi instinto de maestra se activó de inmediato.

—¡Muy bien, deténganse donde están! —Rápidamente levanté las manos mientras los miraba fijamente—. —Mi nombre es Blaire, y todos me van a seguir afuera para que podamos dejar que su madre descanse un rato. ¿Sí?

Observé cómo los tres niños mayores alzaban la vista para captar la expresión de asombro en el rostro de su padre. Cuando él permaneció en silencio, me miraron y parecieron acceder, marchando lentamente hacia la puerta principal juntos. Cargué a los dos más pequeños —niños gemelos de un año y medio— y los coloqué uno en cada cadera.

Me di la vuelta para dirigirme a los dos hombres antes de seguir a los niños afuera. —Adelante, disfruten de su trago. Mantendré a los niños ocupados para que ustedes dos puedan visitarse y tu esposa pueda descansar con el bebé.

Dejándolos a ambos con la boca abierta, salí con los dos niños pequeños que se retorcían.

CAPÍTULO 18



Escocia—1645—Kinnaird Castle

—¡El fuego no sirvió de nada! El muchacho es demasiado tonto para darse cuenta de cuándo se le ha advertido y para sentir miedo. Cree que el incendio ocurrió por casualidad, provocado por un borracho en la boda. —Ramsay Kinnaird estaba sentado al extremo de una mesa larga, mirando con fijeza a los dos sirvientes que tuvieron la mala suerte de ser llamados a su servicio.

—¿Qué hará usted, señor? ¿Atacarlos de una vez?

Las palabras del sirviente fueron recompensadas con un fuerte golpe cuando Ramsay descargó el puño sobre la mesa con fuerza. —¡No, estúpido! ¡Atacar por sorpresa sería demasiado fácil! Quiero que Eoin y su hermano Arran sientan que la oscuridad se les viene encima. Quiero que sientan miedo por su hogar y por sus seres queridos, y que sepan que no hay nada que puedan hacer para evitar perderlo todo. —Se levantó de la mesa y caminó hacia los sirvientes hasta que su propio rostro quedó a escasos centímetros de los de ellos—. El primer ataque fue demasiado simple. Debemos tomar algo que sea preciado para ellos.

—¿Qué sería lo mejor? ¿Le gustaría que matáramos a sus ovejas?

Ramsay contempló la sugerencia del sirviente. Una sonrisa malvada contorsionó su rostro mientras su siguiente plan se revelaba

por completo en su mente. —No, los Conalls no tienen una conexión real con sus ovejas, pero siempre han amado a sus caballos. El castillo de Conall es conocido por ellos, todos cuidados por ese patético maestro de caballerizas. La pérdida de los caballos les dolerá. Mañana al mediodía, envíen a los dos muchachos que trabajan en las caballerizas. Tomen a su madre, si necesitan motivación. Díganles que les corten la cabeza a todos y cada uno de los caballos, y dejen los restos para que los encuentren.

* * *

—No, Arran. Te estoy diciendo la verdad. Yo no le pedí que sacara a los niños de la casa. Ella se ofreció a hacerlo por su cuenta. Yo también me sorprendí, y deberías haber visto la cara de Bran.

Arran se pasó las manos por el cabello mientras caminaba de un lado a otro frente a su hermano. Había pasado días intentando encontrarle sentido al extraño comportamiento de Blaire, y la única conclusión a la que llegaba era que esta muchacha no era en realidad Blaire. Esa conclusión no le parecía lógica en absoluto.

—Es que no tiene sentido, Eoin. Blaire odia a los niños. Si la dejaras sola en una habitación con ellos, sería más probable que se los comiera a que se ofreciera a cuidarlos.

—Sí, sé que la Blaire que conocimos de niños era así, pero tal vez ha cambiado.

—No lo ha hecho. Porque la muchacha con la que te has casado no es Blaire. —Arran pudo sentir cómo el temperamento de Eoin se encendía al terminar la frase, y se plantó frente a su hermano para impedir que siguiera caminando de un lado a otro.

—¿De qué demonios estás hablando, Arran? No estás diciendo nada que tenga sentido, y llevas tiempo así. Sé que todavía estás de duelo por nuestro padre, pero tienes que dejar de beber tanto. Está empezando a trastornar tus pensamientos.

—Hoy no he bebido, Eoin. Sé que lo que digo suena a locura y yo mismo no puedo explicarlo, pero esta muchacha no es Blaire.

—Solo porque pasó parte de un día rodeada de niños no significa que una extraña haya reemplazado a Blaire. Por Dios, escucha lo que estás diciendo, Arran. Has perdido el juicio.

—No lo he perdido. Kip también me contó que ni siquiera terminaste llevando a Sheila al pueblo, porque Blaire no podía montarla. Sabes que Blaire monta bien, Eoin.

—Sí, la dejamos en las caballerizas, pero solo porque ella quería compartir el caballo conmigo.

Arran puso los ojos en blanco mientras cruzaba los brazos y se apoyaba contra la pared detrás de él. —¿Ella te dijo eso?

—No, pero tú no eres el único que puede percibir lo que una muchacha quiere, Arran. No vuelvas a mencionarme esta conversación, ¿de acuerdo? Estoy preocupado por ti, hermano. Tal vez necesites marcharte unos días. Creo que Kip está a punto de hacer otro viaje para traer uno o dos caballos más para las caballerizas. Ve con él, y no bebas mientras estés fuera.

—Está bien, iré. No soporto estar cerca de ti cuando te niegas a ver lo que tienes justo delante. Lo único que te pido es que la observes. Tampoco habla como Blaire. ¡Si tan solo sacaras la cabeza del trasero! Ponla a prueba. Llévala a hacer algo que sepas que se le daba bien a Blaire cuando era niña, y mira si lo logra.

Con eso se dio la vuelta y se marchó, dejando a Eoin pensando en todo lo que había dicho.

CAPÍTULO 19



Iba a vomitar. No cabía la menor duda. Estaban por pedirme que le pusiera la cuerda, o lo que sea que se suponga que se hace, a un arco y que disparara una flecha justo al centro del blanco.

Cuando Eoin llamó a mi puerta esta mañana poco después del desayuno, me sentí emocionada. Era inusual verlo después del desayuno y, como el progreso en la sala de hechizos era tan lento, me alegraba cualquier excusa que me alejara de mi trabajo. Al menos hasta que me pidió que fuera a practicar tiro con él y procedió a decirme una y otra vez lo maravillosa que había sido de niña, y cómo él y Arran nunca querían ir a tirar conmigo porque sabían que les ganaría sin piedad.

El juego se había acabado. Todo se había ido al diablo. Y estaba absolutamente segura de que para esta noche me encontraría encerrada de nuevo donde había estado hace unas semanas.

No es que estuviera en mala forma. Intentaba arrastrarme al gimnasio una, a veces hasta dos veces a la semana. Pero trotar una milla no tenía nada que ver con maniobrar este enorme armatoste de madera de tal manera que enviara una flecha volando por el aire. Dudaba seriamente de que pudiera siquiera levantarlo del suelo.

—Bueno, ese fue un tiro bastante bueno, pero no tengo duda de que tú puedes superarlo.

Me dedicó una de esas sonrisas que hacían que mis músculos se sintieran débiles —exactamente lo que no necesitaba en ese momento— mientras se hacía a un lado para dejarme ocupar mi lugar frente al blanco—. Aquí tienes, Blaire.

Sujeté el arco con inseguridad, suspirando de alivio al descubrir que no era tan pesado como había esperado en un principio. Me temblaban las manos mientras forcejeaba con la flecha, intentando por todos los medios imitar con exactitud los movimientos de Eoin.

Tirando hacia atrás, solté la flecha hacia lo alto. Dos segundos después, aterrizó sin ceremonias a un metro de mí. Cerré los ojos derrotada, solo para escuchar la risa de Eoin detrás de mí.

—Ah, muchacha. ¿Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que practicaste? —Se acercó por detrás y me dio un suave apretón en los hombros—. Quizás mis recuerdos estén equivocados sobre lo buena que solías ser en esto.

—Supongo que probablemente lo estaban. Será mejor que solo te vea tirar a ti. —Intenté retroceder, pero sus manos en mis hombros me mantuvieron en el lugar.

—No, muchacha, no me equivocaba. Solo son nervios. Inténtalo de nuevo, ¿sí?

A regañadientes y con la expresión más desagradable que pude poner, tomé otra flecha y me dispuse a dispararla una vez más.

Dio justo en el centro del blanco.

—¿Qué? ¡Sí! ¡No puede ser! —Salté, lanzando el arco a un lado mientras alzaba las manos al aire, dándome cuenta demasiado tarde de que se me había escapado una expresión inapropiada y de que debía parecer una tonta saltando de alegría.

Eoin ladeó la cabeza y me miró con expresión confundida—. ¿Qué acabas de decir, muchacha? ¿«No puede ser»?

Busqué torpemente una explicación—. No, solo hice un ruido, un ruido de alegría por haberle dado al blanco. Es que estoy sorprendida.

—¿Por qué habrías de estarlo, muchacha? Siempre has sido buena en esto. Vamos, turnémonos para disparar unas cuantas más. ¿Te parece?

* * *

Siguieron turnándose para disparar flechas hasta que todas las que habían traído quedaron clavadas en el blanco. Después de la primera, Blaire le había dado a cada una justo en el centro.

Eoin esperaba que ella destacara. Por eso le había pedido que fuera a tirar, para demostrar que la ridícula teoría de Arran estaba equivocada. Pero, ¿por qué se sentía tan sorprendido?

Él sabía que todo lo que Arran sugería era imposible, pero solo por seguirle la corriente, ¿no debería ponerla a prueba de alguna otra forma también? Un buen número de muchachas en las Tierras Altas podían disparar un arco y una flecha decentemente, y sabía que siempre había algunas personas que podían tener éxito en cualquier cosa al primer intento. ¿Quizás Blaire era una de esas personas con un talento natural?

Mientras recogían todo y comenzaban la caminata de media milla de regreso a los terrenos del castillo, Eoin pensó en unas cuantas preguntas que sabía que le ayudarían a tranquilizar su propia mente y, con suerte, pondrían fin a las absurdas ideas de su hermano.

—Blaire, ¿recuerdas la vez que me disparaste en el trasero? ¿De verdad pensaste que era necesario? Todo lo que hice fue decirte que no podías bajar a la aldea conmigo y con Arran. —Se giró para observarla de cerca, esperando que ella lo corrigiera. Él sabía por qué le había disparado realmente. Su padre se había pasado lo que pareció medio día explicándole por qué nunca debía volver a hablarle a una dama de una manera tan hiriente.

—No, Eoin. No fue por eso por lo que te disparé aquel día. Te disparé porque me dijiste que era la muchacha más fea que habías visto en tu vida, y que preferirías besarle el trasero a Griffin antes que casarte conmigo algún día. Fue el verano en que escuchamos a escondidas a nuestros padres discutir nuestros esponsales.

—Sí. Es cierto. Te pido disculpas, Blaire. Era joven y tonto. A esa edad, preferiría haber besado el trasero de Griffin que el de cualquier muchacha. —Se rió, considerándose tonto por haberle dado el más mínimo crédito a la idea de Arran.

Al llegar a los terrenos del castillo y mientras Eoin guardaba el equipo, pensó en una última pregunta mientras Bri se daba la vuelta para dirigirse a su habitación en el castillo—. No recuerdo de qué oído no oye tu padre. ¿Cuál es?

—Es el derecho.

Mientras ella se giraba y entraba al castillo, Eoin sintió que el corazón se le hundía hasta lo más profundo del estómago.

Sabía que siempre había sido el oído izquierdo de su padre.

CAPÍTULO 20



Escocia — 1645

¿Era su oreja derecha o la izquierda? ¡Maldición! No podía recordarlo, y dudé de mí misma mil veces mientras regresaba a mi alcoba. ¿Por qué Eoin hizo esa pregunta en primer lugar? ¿Realmente era que no podía recordarlo, o sospechaba algo?

Tenía que ser lo primero. ¿Qué demonios podría sospechar? Seguramente, incluso si encontraba mi comportamiento diferente al de Blaire, no saltaría de inmediato a la conclusión de que yo era otra persona. Por todo lo que Mary me había contado, me veía exactamente igual a ella.

A estas alturas no importaba. Si él preguntaba, seguramente no sabría si lo que yo le decía era verdad o no. No me estaba poniendo a prueba; aunque, por la forma en que seguía hablando sobre lo buena que era Blaire con el arco y la flecha, sí que lo parecía un poco. Por suerte, yo tenía un don para ello. ¿Quién lo diría? Nunca había tenido coordinación para nada y, de repente, era una arquera experta. Toda la situación era demasiado extraña para expresarla con palabras, y me hizo sentir aún más ansiosa por volver al trabajo en la sala de hechizos. Había pasado demasiado tiempo aquí, y cada día que pasaba me sentía más reacia a pasar horas buscando en libros de hechizos. Preferiría mil veces pasar el tiempo explorando el

castillo, visitando a Eoin, o cocinando de verdad con Mary como Eoin pensaba que hacía.

Y aunque extrañaba a mi madre, la nostalgia no se estaba instalando como creía que debería haberlo hecho. Me encantaba estar aquí: la falta de autos y tecnología moderna, el hecho de no escuchar bocinas ni sirenas cada vez que salía, la forma en que todo era más silencioso y, como resultado, también más simple. La gente tenía que esforzarse tanto por todo que había un sentido de orgullo y una ética de trabajo abrumadores que simplemente irradiaban de cada persona que había conocido aquí.

También estaba empezando a querer a todos en el castillo: Mary, Eoin, incluso Kip y Arran, quienes parecían empeñados en no conocerme. Estaba bien. Aun así me sentía más en casa aquí que en mi antiguo departamento de soltera recién remodelado, donde había pasado tantas noches sola. Era reconfortante saber que había personas al final del pasillo. De alguna manera hacía que cada segundo se sintiera menos solitario.

Sí, definitivamente era hora de volver al trabajo en la sala de hechizos. Por muy agradable que fuera escapar de la realidad aquí durante unas semanas, este no era el lugar donde debía estar. Si ese fuera el caso, habría nacido aquí, hace cientos de años. Yo era una impostora antinatural, y era vital que encontrara el hechizo que me devolviera a casa.

Estimando que aún me quedaban un par de horas antes de que todos se reunieran para la cena, bajé a las cocinas para avisarle a Mary dónde estaría. Sus manos estaban ocupadas, despresando a algún animal sin nombre que estaba segura de que me miraría fijamente desde un plato a la hora de cenar, y mientras ella asentía reconociendo que me había oído, me dirigí a la sala de hechizos secreta en la parte trasera del sótano.

Caminando hacia un lado, pasé a hurtadillas junto a una pila de libros que ya había revisado, que ahora servían como un escondite secreto para mi amada ropa normal. Convertida ya en una experta en cordones, me deshice rápidamente del pesado vestido que llevaba puesto y me puse de prisa mis jeans, sostén, camiseta,

calcetines y tenis, sonriendo al sentirme instantáneamente más como yo misma.

Había clasificado metódicamente cada libro en la sala de hechizos y los había separado en pilas según el idioma, la antigüedad y la probable relevancia. Ahora estaba con mi última pila de libros escritos en inglés, y esperaba con todo mi ser que lo que necesitaba estuviera en este grupo. Si no aparecía nada, me vería obligada a reclutar a alguien que pudiera leer gaélico para que me ayudara con el resto del libro. Sabía que hacer eso aumentaría significativamente el riesgo de que Eoin descubriera la verdad.

Dejé caer la cabeza suavemente hacia el pecho y la giré en ambas direcciones, tratando de liberar algo de tensión y ponerme en modo de trabajo. Subiéndome al viejo banco de madera que estaba frente al escritorio, encogí ambas piernas hacia mí, doblándolas de modo que quedé sentada con las piernas cruzadas sobre el banco.

La capacidad de mover mis piernas libremente después de estar atrapada bajo pesadas capas de tela era tan refrescante que me encontraba sentada en posiciones extrañas cada vez que bajaba a trabajar a la sala de hechizos. Lanzando mis brazos por encima de mí para estirarme antes de alcanzar el primer libro de la gran pila, sentí que la parte trasera de mi camiseta se subía con el movimiento de mis brazos, dejando al descubierto la parte inferior de mi espalda. Se quedó amontonada allí mientras alcanzaba el libro superior y lo abría sobre el escritorio, inclinándome para comenzar mi examen de sus contenidos.

Sabía que Mary se habría desmayado al ver tanta piel expuesta, pero el fresco de la habitación se sentía bien en mi espalda, ¿y qué me importaba de todos modos?

Estaba sola en la habitación; y lo estaría hasta la cena.

* * *

ÉL ESTABA seguro de que ella no lo había visto asomarse por detrás de su propia puerta cuando ella salió de la suya y se dirigió a las cocinas. Sabía que estaba cometiendo un error al seguirla. ¿Qué

esperaba encontrarla haciendo? Estaba de camino a ayudar a Mary en las cocinas; lo mismo que hacía todos los días a esta hora.

Aun así, ella se había equivocado sobre la oreja de su padre, y eso hizo que una sensación de pavor e inquietud creciera en su estómago. Eoin no podía hacer nada, ni pensar en nada más, con las últimas tres palabras que ella le había dicho dando vueltas en su mente.

Sabía que Arran estaba equivocado. Él estaba casado con Blaire, no con una muchacha diferente aunque de aspecto similar. Pero ahora sí veía lo que Arran había estado tratando de decirle el otro día: algo era diferente en ella. Ella le estaba ocultando algo a él y a todos los demás en el castillo.

Se detuvo y se sentó en el pequeño pasillo fuera de la entrada de la cocina, conforme con escuchar sus conversaciones mientras Mary y Blaire trabajaban codo a codo. Quizás ella había sido más abierta con Mary, y escucharlas hablar le daría una mejor idea de lo que estaba pasando con ella.

Pero la muchacha no entró del todo en la cocina y, cuando la oyó detenerse en el umbral para decirle a Mary que bajaría a trabajar, se le heló la sangre.

El tardío —Sí, muchacha. Iré a avisarte cuando la comida esté casi lista— de Mary no hizo nada para calmar su creciente sensación de malestar.

Esperó hasta estar seguro de que ella estaba lo suficientemente adelantada para no oír sus pasos. Por la dirección en la que iba Blaire, sabía que solo había un tramo de escaleras que conducía bajo el castillo.

Dudando, se adentró en el sótano de una sola habitación. Esperaba verla trabajando en alguna tarea para Mary, pero cuando vio la luz parpadeando desde la puerta al fondo de la estancia, supo que no encontraría nada bueno detrás de esa puerta.

No podía haber una buena explicación de por qué Blaire estaba en la sala de hechizos de su difunta tía. Ella ni siquiera debería haber sabido que la habitación existía. Aparte de su difunto padre, Arran, Mary y él mismo, nadie más en los terrenos del castillo había visto jamás el interior de esa habitación.

Se acercó lentamente a la puerta, tirando apenas de la rendija para que se abriera solo un poco, permitiéndole ver el interior. La confusión llenó su mente mientras su mirada recorría a la muchacha sentada, de forma bastante retorcida, frente al viejo escritorio de su tía. La ropa que la mujer llevaba puesta no tenía ningún sentido. ¡Vaya, la muchacha tenía tela que subía entre el largo de sus piernas! Por un momento, asumió que la muchacha no era Blaire sino una loca que se había abierto paso por los túneles del castillo.

Entonces vislumbró algo negro y extraño extendido sobre un espacio desnudo en la espalda de la muchacha. Con formas arremolinadas y oscuras, las figuras parecían deletrear algo, grabadas permanentemente en su piel. Seguramente algo así solo podía lograrse con brujería.

Cuando escuchó a la extraña muchacha hablar, como si tratara de pronunciar algo escrito dentro del libro en el que miraba tan intensamente, no pudo evitar abrir la puerta de golpe con un estruendo, con la conmoción de todo lo que había visto reverberando por sus venas.

—¡Cristo, Blaire! ¡Tú eres una maldita bruja!

CAPÍTULO 21



El primer libro que saqué de la parte superior de la pila era uno de los viejos diarios de Alasdair, y aunque la mayoría de las entradas no tenían ninguna relevancia importante, había una al final del volumen que me hizo inclinarme mucho sobre el escritorio con anticipación.

En ella, Alasdair hacía referencia a su última conversación con Morna. Y aunque omitía la mayor parte de los detalles de sus charlas, sí decía que era vital asegurar que Eoin se casara con Blaire. Escribió sobre el hechizo que su hermana había lanzado y cómo Blaire y, solo podía suponer que yo, intercambiaríamos lugares en el tiempo, y que yo ayudaría a salvarlos.

De qué exactamente, no estaba segura. Y aunque podía sentir una idea que me rondaba por alguna parte del cerebro, no podía pensar en ninguna razón real para mi presencia aquí. Además, no planeaba quedarme lo suficiente para averiguarlo y, cuanto más avanzaba en la lectura de la entrada, más me emocionaba. Al final de la entrada del diario, había deletreado el título de un libro, tres palabras escritas en gaélico, precedidas por las palabras: «Morna dijo que recordara esto, si llegaba el momento en que fuera necesario».

Tenía que ser el nombre de uno de los libros en gaélico apilados al otro lado de la habitación, y tenía que tener algo que ver con el hechizo. Simplemente lo sabía. Me quedé mirando las tres palabras.

Me resultaban completamente extrañas mientras me esforzaba por pronunciarlas lo mejor que podía.

Estaba terminando la última palabra cuando un estruendo detrás de mí hizo que me diera la vuelta para ver la presencia furiosa de Eoin en el umbral, con su voz estruendosa, gritándome que era una bruja.

Antes de que pudiera pronunciar una palabra de protesta, me levantó bruscamente de ambos brazos y me arrastró con rudeza fuera de la pequeña habitación. Temblaba de ira. Podía sentirlo en la fuerza con la que me sujetaba los brazos. Sin duda alguna, mañana tendría moretones. Mientras me arrastraba escaleras arriba hacia su alcoba, gritando en gaélico a cada paso, me encontré esperando que Mary lo escuchara. Tal vez, al menos ella podría ayudarme a explicar la situación. No es que fuera muy optimista respecto a que él me diera la oportunidad de hacerlo.

Abrió la puerta de golpe y casi me lanzó a través de su habitación al soltarme y cerrar la puerta de un golpe tras de sí.

Se acercó a mí, pareciendo más grande de lo que realmente era, y se detuvo frente a mi figura encogida. Me puse de pie temblorosamente, negándome a dejar que me intimidara hasta haberle contado todo lo que sabía.

—Deja que te explique, Eoin. No soy una bruja. Yo...

Me interrumpió de inmediato con más palabras en gaélico que no entendí antes de darse la vuelta y caminar hacia el asiento de la ventana para mirar hacia afuera.

—¿Qué esperas que haga contigo ahora, muchacha? Debería haberte dejado allá abajo en la mazmorra para que te pudrieras, pero supongo que me lanzaste un hechizo para que cediera y te liberara, ¿verdad? ¿Qué planeabas hacer, Blaire? ¿Lanzarnos hechizos para que cumpliéramos tus órdenes y torturarme por haberme casado contigo? ¡No puedo creer que Arran tuviera razón! ¡Qué perra malvada eres!

La ira estalló en mi interior y no hice ningún esfuerzo por mantener el acento que tanto me había esforzado por usar durante las últimas semanas. —¿Estás loco? ¿He hecho o dicho algo a alguien desde que estoy aquí que te haga pensar que quería

lastimarte? Si tan solo dejaras todo tu desvarío demente y me escucharas, podría explicarte qué estaba haciendo en la sala de hechizos.

—¿Cómo sabías siquiera de esa habitación, Blaire? ¡No tenías nada que hacer en esa parte del castillo!

—Mary me la mostró. Es donde me encontró cuando aparecí aquí.

—¡Eres una maldita mentirosa, Blaire! ¿Es que no recuerdas el día que llegaste? ¡Insultaste a casi todos en el castillo y casi le rompes la espalda al pobre Kip con la carga desconsiderada que le amontonaste!

—¡No! —Ya no tenía miedo, pero estaba tan enojada que estaba al borde de las lágrimas. Cada respiración me resultaba dolorosa en el pecho—. ¡No recuerdo el día que llegó Blaire porque no soy Blaire! No entiendo por qué ni cómo llegué aquí, pero he pasado casi cada minuto desde que aparecí en este lugar olvidado de Dios intentando volver a casa, a Texas.

—¿No eres Blaire? ¿Texas? ¡Dios, Arran tenía razón! ¿Cómo pude estar tan ciego? Bueno, ya no me dejaré engañar por ti, y no permitiré que sigas causando estragos aquí.

Hizo un movimiento como para agarrarme del brazo, pero lo esquivé, saltando rápidamente hacia la izquierda y lanzándole a la cabeza el objeto más cercano que alcancé. Le dio de lleno en la nariz. Con un gruñido feroz, saltó en mi dirección una vez más.

Si Mary no subía pronto, estaba en serios problemas.

* * *

El crepúsculo descendió sobre el castillo, cubriendo lentamente cada centímetro de los terrenos, creando la sombra perfecta para que los dos sirvientes pudieran ocultarse. Detuvieron sus caballos a casi una milla de distancia de las caballerizas, atándolos con fuerza a los árboles lo suficientemente lejos para que no oyeran los sonidos de los caballos muriendo. No convendría que se asustaran los suyos. Los necesitaban para regresar rápidamente al Kinnaird Castle.

—Pensé que habías dicho que habría más de una docena aquí. Solo hay nueve. Los tres establos del final están vacíos.

—Sí. Debería haberlos, pero solo tomamos lo que hay. No hagas que perdamos el tiempo, no tenemos mucho para empezar. Debemos hacerlo rápido, ¿entiendes? No estarán sin nadie en las caballerizas por mucho tiempo. Debemos venir mientras todos están en la cena. El viejo maestro de caballerizas come con su esposa en las cocinas, mientras que el laird, su esposa y su hermano cenan en el gran salón. Solo tendremos unos breves momentos para cumplir la tarea.

El sirviente más joven, un muchacho de no más de dieciséis años, se estiró para limpiarse el sudor de la frente. Era una noche fría, pero se sentía asfixiado por el calor que emanaba de su propio cuerpo y respiró profundamente para tratar de calmar el golpeteo frenético de su corazón. Era el peor tipo de crimen del que estaba a punto de ser responsable. Los animales no serían utilizados como alimento. No los estaban matando por piedad. Estos caballos eran de los mejores que había visto jamás, sanos y fuertes. Le rompía el corazón saber que terminarían con las vidas de los caballos sin un gran propósito.

Mientras veía a su hermano mayor levantar su hoja por encima de la cabeza del primer caballo, se adelantó para detener el golpe descendente, aferrándose a la mano de su hermano. —Golpea con precisión y fuerza. No dejes que la hoja se detenga a mitad de camino. Sé que debemos hacer esto para salvar a madre, pero no soportaré que sufran más de lo debido.

Cuando su hermano asintió, el menor lo soltó y se dio la vuelta rápidamente para cubrirse los ojos, tragándose la bilis que le subía por la garganta mientras una ráfaga de sangre caliente salpicaba su espalda.

Con lágrimas rodando por los rostros de ambos, los hermanos se movieron rápido, intentando terminar su horrenda tarea con tanta misericordia como les fue posible.

Cuando la cabeza del último caballo hubo sido cercenada, y los suelos de las caballerizas quedaron cubiertos por una viscosidad nauseabunda, y las paredes chorreaban sangre fresca, los dos

muchachos huyeron en la noche con el alma y la mente agobiadas y sus corazones llenos de odio hacia Ramsay Kinnaird.

CAPÍTULO 22



El viaje para buscar los caballos había sido más corto de lo esperado, pero Eoin tenía razón. Necesitaba calmarse, y alejarse del castillo por un día más o menos con Kip ayudó enormemente. Había estado bebiendo demasiado, y estaba seguro de que eso había influido en sus sentimientos hacia Blaire. Ella no era otra persona, alguien tratando de dañar a su hermano. Simplemente estaba tan perdida como él, tratando de lidiar con su nuevo matrimonio de la mejor manera que sabía.

Era hora de que él hiciera lo mismo, y con la mente puesta en lograrlo, sonrió y señaló para que Kip mirara hacia el horizonte, donde podían ver el castillo de Conall a lo lejos, bañado por la luz de la luna.

Se sentía mejor de lo que se había sentido en años, y sabía que la última vez que estuvo así de bien fue antes de la trágica muerte de su padre. Quizás el dominio de Blaire sobre él no era tan fuerte como pensaba. Solo necesitaba tiempo para sanar de los cambios de los últimos meses.

Las caballerizas estaban a corta distancia, y lo sobresaltó que, en lugar de acelerar el paso por la anticipación de llegar a casa, ambos caballos se encabritaran sobre sus patas traseras e intentaran girar en la otra dirección. Ambos hombres controlaron a sus caballos, y Arran se inclinó para calmar a Sheila mientras Kip hacía lo mismo con Griffin.

Arran escudriñó la distancia entre ellos y las caballerizas, buscando algo que pudiera haber asustado a los caballos. De repente, por el rabillo del ojo, vio a quien solo podía ser Angus, cargando en su dirección.

—¡Ach, Angus! Ya no sé de qué otra forma mantenerlo en las caballerizas. Si sabe que hemos sacado a otros caballos, no se quedará quieto. Me imagino que ha estado suelto desde que nos fuimos.

—Kip, parece asustado. Sé que es salvaje, pero nunca lo he visto comportarse así.

Angus no disminuyó el paso al llegar a los dos hombres; al contrario, cargó en amplios círculos alrededor de ellos, relinchando y haciendo ruido.

—No falta mucho para las caballerizas desde aquí. Dejemos a los caballos aquí y echemos un vistazo primero. ¿Te parece?

Kip ya estaba desmontando de Griffin y llevándolo hacia el árbol más cercano para asegurarlo, mientras Arran asentía, bajándose ágilmente de Sheila mientras le daba palmaditas en el cuello. —Todo está bien, preciosa. Quédate aquí con Griffin y Angus, y volveré por ti en un momento.

El miedo se instaló firmemente en las entrañas de Arran. Con cada paso más cerca, su temor crecía. —Algo no está bien, Kip. Temo que alguien haya estado en las caballerizas. —Se giró para ver al anciano frenar el paso, con el rostro rígido y pálido.

—Sí, creo que tienes razón, hijo. Huelo a sangre, mucha. No sé si puedo obligarme a mirar. ¿Te molestaría ir tú solo? Me quedaré justo aquí.

Las palabras de Kip no hicieron nada para calmar el miedo de Arran. Nunca había visto al anciano retroceder ante nada, pero al ver la expresión angustiada en el rostro de su viejo amigo, supo que lo que estaba a punto de ver era terrible. Kip no amaba nada en el mundo más que a sus caballos, excepto quizás a Mary, y Arran podía sentir en sus huesos que sería mejor ahorrarle a Kip lo que fuera que le esperaba tras las puertas de la caballeriza. Extendió la mano y puso ambas sobre los hombros de Kip.

—Sí. Por supuesto. Estoy seguro de que todo está bien, pero iré a ver yo mismo. Tú quédate aquí y vigila a los otros. —Inclinó la cabeza hacia la cima de la colina donde Sheila, Griffin y Angus, junto con los otros cuatro caballos que habían traído, permanecían atados al tronco de un árbol.

Se giró y se dirigió a la entrada lateral de la caballeriza. Con cada paso, el olor a sangre se volvía más fuerte, haciendo que su estómago se revolviera con incomodidad.

Arran entró en el oscuro pasillo central de las caballerizas, tomando la antorcha encendida de fuera de la entrada para encender el primer farol de una larga fila que colgaba frente a la puerta de cada establo. Un espantoso sonido de chapoteo resonó cuando sus pies hicieron contacto con el líquido frío y húmedo que cubría el suelo. Con vacilación, caminó de farol en farol, iluminando lentamente el horror que llenaba cada establo.

Todos los caballos estaban muertos. Lo supo incluso antes de reunir el valor para asomarse a uno de los establos. Había demasiado silencio y demasiada sangre para que no fuera así. Una vez que miró, tuvo que agarrarse al poste empapado de sangre que tenía a su derecha solo para mantenerse estable. La visión del caballo decapitado, con su cabeza yaciendo separada pero cerca del resto de su cuerpo, hizo que el contenido de su estómago saliera expulsado por las náuseas sobre el suelo de madera.

No necesitaba ver a los demás en ese momento. Sabía que todo era igual, y se vería obligado a presenciar la masacre más tarde, cuando limpiara los restos. Lo haría él mismo para asegurarse de que Kip no entrara en la caballeriza. Ya sería bastante difícil para el viejo maestro de caballerizas lidiar con la muerte de sus caballos. No había razón para que tuviera que ver jamás en lo que se habían convertido sus amados animales.

Sombrío, regresó con Kip, con un rostro que mostraba lo que apenas podía articular con la voz. —Lo lamento muchísimo, Kip.

—No puede ser cierto. ¿Qué les pasó? Necesito ver, Arran. Quizás te equivoques. —El anciano se tambaleó hacia adelante, intentando obligarse a caminar hacia las caballerizas.

—No, no me equivoco. Los masacraron, Kip. A todos. Ahora, debemos limpiar el desastre y luego encontrar a quien lo hizo. Pero no permitiré que pongas los ojos en nada de esto.

Kip sollozó mientras daba otro paso hacia las caballerizas. —No quiero verlo, Arran, pero debo hacerlo. He cuidado de todos esos caballos desde que nacieron, y no les faltaré al respeto dejando que otra persona se ocupe del desastre de su muerte. —Las lágrimas rodaron por las mejillas del anciano mientras arrastraba los pies hacia la entrada lateral de las caballerizas.

Arran se movió rápidamente para impedir que Kip diera un paso más y, haciendo lo único que se le ocurrió para detenerlo, le propinó un puñetazo directo en la cara. —Sí, Kip, puedes dejar que alguien más se encargue de ellos. Yo seré quien lo haga ahora. —Cargándose al inconsciente maestro de caballerizas sobre los hombros, se giró para dirigirse al castillo.

* * *

No tenía idea de cuánto tiempo llevábamos gritándonos el uno al otro. No entendía la mitad de las palabras que él me chillaba, y estaba igualmente segura de que se podía decir lo mismo de las cosas que yo le decía a él.

Ya no me guardaba nada, gritando con mi acento normal, usando palabras modernas para las que sabía que él no tenía contexto. Hice todo lo que pude por hablar y hablar, esperando que finalmente dejara de gritar el tiempo suficiente para escuchar lo que tenía que decir.

No funcionó.

Y mientras seguíamos gritándonos, él seguía intentando sacarme de la habitación a la fuerza. Jugábamos a una extraña suerte del gato y el ratón: yo esquivando el paso de sus manos que intentaban alcanzarme, él agachándose para que cualquier objeto que yo le lanzara no lo golpeara en el ojo.

Ahora él estaba frente a la puerta, bloqueando mi paso a cualquier salida, mientras yo estaba de pie sobre su cama

alcanzando algún tipo de objeto metálico que estaba al lado y lo arrojaba al otro lado de la habitación. Él se apartó rápidamente justo cuando la puerta se abría. El proyectil voló a través de la puerta abierta justo por encima de la cabeza de Mary.

—¿Qué en nombre de Dios creen que están haciendo los dos? Bri, ¡bájate de esa cama ahora mismo y, por el amor de Dios, deja de tirar cosas! Eoin, deja de despotricar en gaélico. La muchacha no tiene idea de lo que estás diciendo. Es hora de que hablemos, los tres, pero no participaré en esto mientras ustedes dos actúen como si hubieran perdido el juicio. —Mary nos fulminó con la mirada desde el umbral, y un silencio incómodo se apoderó de la habitación.

Avergonzada, me deslicé desde lo alto de la cama y me moví para ponerme a su lado. —Lo siento, Mary. Me interrumpió mientras estaba trabajando en la sala de hechizos. Estaba tratando de pronunciar el nombre de uno de los libros y me vio con mi ropa normal. Estoy casi segura de que también vio mi tatuaje. Luego me levantó bruscamente y me acusó de ser una bruja. No quiere escucharme.

Eoin salió de detrás de la puerta y, con ambos puños en las caderas, nos miró a Mary y a mí. —¿Tatuaje? La marca del diablo, querrás decir. Pues nunca he visto tales marcas en mi vida. Y Mary, ¿acabas de llamarla Bri? ¿Me estás diciendo que sabías que esta bruja nos estaba engañando?

Mary se apartó de mi lado, se puso frente a Eoin y le dio una bofetada justo en la cara. No pude evitar que una sonrisa se extendiera por la mía, y una risita escapó de mis labios al ver su rostro enrojecido.

—¿Has olvidado con quién estás hablando, Eoin? Sí, la llamé Bri, porque ese es el nombre de la pobre muchacha. Pero no es ninguna bruja. ¡Y el único tonto aquí eres tú, pedazo de animal testarudo y cabeza dura! Ahora te vas a sentar y no vas a decir ni una palabra hasta que la muchacha haya terminado de contarte todo lo que sabe. ¿Entendido?

En silencio, él asintió y se sentó en el borde de su cama revuelta. Definitivamente iba a tener que tomar lecciones de Mary. Habría sido una maestra increíble.

Una voz sin aliento gritando «Mary» desde el pasillo hizo que todos saliéramos de la alcoba. Arran avanzaba con dificultad por el pasillo, cargando a un Kip aparentemente inconsciente sobre sus hombros.

—¿Qué ha pasado? —Mary corrió hacia Arran, agarrando el brazo de su esposo mientras colgaba inerte sobre la espalda de Arran.

—Está bien, Mary. Está bien. Lo golpeé para evitar que entrara en las caballerizas. Lo acostaré en mi habitación. Quédate con él hasta que yo regrese. No importa lo que te diga, no lo dejes salir de la habitación. No necesita ver lo que hay allá abajo, no importa cuánto crea que debe hacerlo.

Eoin habló entonces. —¿Qué ha pasado en las caballerizas?

—Los caballos. Están muertos, hermano. Todos menos Griffin, Sheila y Angus. Alguien los decapitó poco antes de que regresáramos al torreón.

—Iré contigo.

Todos se dispersaron muy rápido. Arran y Eoin se movieron juntos para dejar a Kip en la habitación de Arran, con Mary siguiéndolos. Una vez que lo hubieron acostado en la cama para que descansara, partieron rápidamente hacia las caballerizas, dejándome sola en el pasillo.

Sentía la piel húmeda y fría, y extendí una mano para abanicarme mientras comprendía plenamente la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Recordé a mamá señalando un sitio especial para entierros de caballos lejos de las ruinas, donde dijo que los Conalls habían enterrado a un grupo de sus animales que habían sido masacrados. Ella creía que se había hecho para servir de advertencia ante el problema más oscuro que aún estaba por llegar al clan Conall.

Por eso me encontraba en la Escocia del siglo diecisiete. Había pasado todo este tiempo rodeada de las personas sobre las que mi madre había dedicado años tratando de aprender, y no se me había pasado por la cabeza hasta este preciso instante que yo sabía cómo terminaría todo para ellos.

El incendio en la boda había sido la primera advertencia; los caballos, la segunda.

Había sido enviada atrás en el tiempo para ayudar a cambiar su destino, y si la investigación de mamá era correcta, todos los que me importaban aquí estaban destinados a morir en menos de un mes.

CAPÍTULO 23



Me había quedado dormida en una silla mullida situada cerca de la chimenea en la alcoba de Eoin, y solo desperté cuando oí que la puerta se abría y se cerraba, y su voz hablaba detrás de mí.

—Está bien, muchacha, estoy demasiado cansado para gritarte. Tal vez ahora sería un buen momento para que me digas qué está pasando.

Me incorporé y estiré el brazo hacia atrás para apretarme el cuello, dolorido y rígido por haber dormido en una posición extraña durante demasiado tiempo. Debían haber pasado toda la noche limpiando los establos y enterrando a los caballos, pues la luz ya empezaba a filtrarse por la ventana al otro lado de la habitación.

—¿Está todo bien?

—Sí, al menos por ahora. Esto será una pérdida importante para Kip, pero Mary lo ayudará a superarlo. Si tan solo pudiera ver alguna razón para tal acto, pero no se me ocurre nada que haga que alguien se ensañe así con animales inocentes.

—Creo que sé por qué ocurrió —dije con cautela, esperando a medias otro estallido como el que había presenciado antes. Pero él estaba demasiado cansado para eso ahora. Podía notar por sus ojos que hacía todo lo posible solo para mantenerse sentado derecho.

—¿Ah, sí, muchacha? ¿Acaso usaste uno de tus hechizos para obtener la respuesta?

Puse los ojos en blanco mientras me inclinaba hacia adelante en mi asiento, mirándolo de frente. La puerta se abrió de nuevo y Arran entró para sentarse en el suelo al lado de Eoin.

—Si no te importa, muchacha, a mí también me gustaría escuchar lo que tienes que decir. Mary intentó explicar un poco, pero no logré sacarle sentido a lo que dijo.

—Está bien, Arran. Ya se lo dije a él. No soy una bruja. Pero fue uno de los hechizos de tu difunta tía lo que me trajo aquí.

—¿Y cómo exactamente esperas que ella pudiera haber hecho eso? Lleva muerta casi treinta años.

—No tengo idea de cómo lo hizo. Todo lo que sé es que lo hizo. Ahora, por favor, solo escúchenme. Les garantizo que estoy tan confundida como ustedes van a estarlo, así que déjenme explicar lo mejor que pueda.

—Sí. Continúa. —Se recostó en la silla frente a la mía, aparentemente acomodándose para lo que esperaba que fuera una explicación larga. La verdad era que yo sabía mucho menos de lo que él suponía.

—No soy Blaire. Nunca la he conocido ni visto en mi vida, pero por lo que me dice Mary, nos parecemos mucho.

—Eso sí, muchacha. Exactamente.

—Bien. Bueno, como sea. Mi nombre es Brielle Montgomery. Casi todos los que conozco me llaman Bri. Nací en el año mil novecientos ochenta y cinco. Soy maestra de jardín de niños en Austin, Texas. Mi madre es arqueóloga, alguien que estudia e intenta encontrar objetos de sitios históricos. Ella me pidió que la acompañara a Escocia para ayudarla con una excavación en las ruinas de este castillo hace casi tres semanas, a mediados de octubre de 2013. ¿Me siguen?

—No, muchacha. No puedo entender ni la mitad de lo que dices. ¿Qué es «jardín de niños» y «Texas»?

—El jardín de niños es solo una escuela para niños muy pequeños. Les enseño a niños de cinco años a leer, contar y escribir. Texas es el nombre de un estado en Norteamérica. Todavía no existe.

—¿Ah, sí? —Eoin se rascó brevemente la frente antes de exhalar ruidosamente e inclinarse en su asiento de modo que nuestras posiciones corporales se imitaban.

Miré rápidamente a Arran, que no había dicho nada desde que entró en la habitación y parecía mucho más confundido que Eoin. Me vio mirando e hizo un gesto con la cabeza hacia adelante como queriendo que continuara.

—Sí. Así que, de todos modos, estábamos excavando en las ruinas y encontramos acceso a la antigua sala de hechizos. Contenía todos sus contenidos originales, intactos por el fuego y sin descubrir durante excavaciones previas. Entramos en la habitación y vi un retrato de mí misma, el mismo que está sobre la mesa hoy. Me asustó terriblemente, y cuando empecé a pronunciar la inscripción escrita debajo, algo empezó a suceder. Sentí como si me estuvieran desgarrando y luego todo se volvió negro. Poco después, desperté aquí, con Mary mirándome como si yo fuera un alienígena del espacio exterior. No dio ninguna explicación real en ese momento, y rápidamente me llevó arriba para prepararme para nuestra boda. Hasta que me arrojaste a la mazmorra, pensé que quizás estaba soñando.

Ambos hombres permanecieron inmóviles, mirándome como si me hubieran brotado tres cabezas. —Eso es todo lo que sé. Me he estado escapando a la sala de hechizos para intentar encontrar un hechizo que pudiera devolverme a casa. Y traer a Blaire de vuelta aquí.

Eoin fue el primero en hablar. —Si Mary no pareciera creerte, pensaría que eres la muchacha más loca que he visto en mi vida. Aun así, ella parece segura de que te vio aparecer aquí, y hablas de forma muy extraña.

—Sí, bueno, no puedo evitarlo. Lo siento.

—Ah, muchacha. Yo también lo siento. No debí haberte gritado así. Sigo sin entender, pero quizás ahora podamos trabajar juntos para llevarte a casa.

—Por favor. Y tal vez yo pueda ayudarlos también.

—¿A qué te referías cuando dijiste que sabías por qué mataron a los caballos?

—¿Recuerdas que dije que mi madre estudia cosas que sucedieron en el pasado? Ella trabaja para encontrar objetos que ayuden a la gente a entender lo que ha ocurrido. Ha pasado años trabajando en las ruinas de este castillo, intentando encontrar respuestas sobre quién los mató a todos ustedes. —Las palabras se me atascaron en la garganta y apenas pude terminarlas. Me alarmó cuánto me dolía por dentro el solo pensamiento de que eso sucediera y cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Matado, muchacha? —Eoin levantó la barbilla de la palma de su mano y se enderezó para mirarme con más atención—. ¿El castillo en ruinas?

—Sí. Todo su clan fue destruido a finales de diciembre de este año. Creo que tu tía lo sabía y por eso lanzó el hechizo. Tal vez podamos evitar que suceda. Todo lo que tenemos que hacer es averiguar quién lo va a hacer. No dejaron pistas. Sigue siendo un misterio incluso en mi propio tiempo.

—Te aseguro que haremos todo lo que podamos para evitarlo. ¿Pero qué tienen que ver los caballos con esto?

—Creo que fueron una advertencia o un presagio de lo que vendrá. Por terrible que sea, no es nada comparado con lo que les pasará a todos los demás, a menos que los detengamos. El fuego en la boda fue la primera advertencia, los caballos la segunda; no sé si habrá una tercera.

Eoin se puso de pie y me agarró de los antebrazos, levantándome de modo que quedé frente a él. Me rodeó suavemente con los brazos a modo de disculpa. —Gracias por contarme todo lo que sabes, muchacha. No veo que tenga otra opción más que creerte, y me alegra que no seas una bruja. Trabajaremos juntos para encontrar a quien sea que represente una amenaza, ¿está bien? Y una vez que nuestra seguridad esté garantizada, buscaremos la forma de enviarte de regreso a tu propio tiempo. Aunque, debo decir, voy a echar de menos... —No dijo más, dejando que sus palabras abarcaran la distancia que ahora crecía entre nosotros.

Me permití recostarme en él, dejando que mi cabeza descansara firmemente contra su pecho mientras lo rodeaba con mis brazos por

la cintura. —Trato hecho. Siento no habértelo dicho antes. Me había olvidado de las ruinas, me había olvidado de todo excepto de intentar volver a casa.

Colocó una de sus grandes manos sobre mi cabeza, calmándome como lo harías con un niño pequeño. —Silencio, muchacha. No creo que te hubiera creído, a menos que te hubiera sorprendido con esos trapos espantosos. La verdad ha salido a la luz como debía ser. Ahora, no tenemos otra opción que sacar lo mejor de esto. Todos estamos demasiado cansados para hablar más de esto ahora. Busquemos cada uno nuestras propias camas y durmamos un rato. Podremos discutir esto más a fondo en la cena. Hoy será un día de poca actividad en el castillo, supongo. Todos hemos tenido un día difícil. ¿No es así?

Asentí contra su pecho y me separé de su abrazo mientras Arran se levantaba de su lugar en el suelo, cobrando vida por primera vez desde que dejé de hablar.

—¿Significa esto que Blaire está en el tiempo y lugar de donde tú vienes? —El dolor y el miedo en su rostro eran evidentes, y finalmente comprendí por qué Arran parecía tan disgustado conmigo durante las últimas semanas. Amaba a Blaire, y le había dolido verme tan complacida en compañía de Eoin cuando pensaba que el corazón de ella le pertenecía.

—Supongo que sí. Imagino que está con mi madre. Si ese es el caso, no tienes por qué preocuparte por ella. Estará trabajando tan duro como nosotros para que seamos intercambiados de nuevo. Estoy segura de que mi madre también estará encantada de hablar con alguien sobre quien ha dedicado su vida a aprender.

—Perdóname, muchacha, si eso no hace nada para tranquilizarme. —Mientras se daba la vuelta y salía de la habitación, elevé una oración silenciosa para que Blaire estuviera a salvo y en los agobiantes brazos de mi madre.

* * *

ÉPOCA actual

—¿Es realmente cierto lo que dices sobre que las mujeres pueden leer y escribir en esta época? ¿Casi todas pueden hacerlo de verdad? Yo puedo, pero solo porque le supliqué a mi padre hasta que aceptó dejarme aprender. A muy pocas mujeres se les permite hacerlo.

Adelle sonrió ante lo que debió ser al menos la pregunta número mil del día de Blaire. Durante las últimas semanas, habían pasado cada día revisando el contenido de la antigua sala de hechizos, y aunque habían aprendido que un hechizo había causado el intercambio, aún no habían encontrado uno para que fueran intercambiados de nuevo. —Sí, ahora a todos los niños se les enseña a leer, y todos van a la escuela desde los cinco hasta los dieciocho años. Una mujer no tiene que estar casada para tener éxito en estos tiempos. Yo me divorcié de mi esposo hace casi veinticinco años y no he estado casada ni un solo día desde entonces, y creo que me va muy bien.

—Sí, creo que así es.

—¡Creo que a las dos nos va a ir aún mejor, Blaire! Me parece que este podría ser el hechizo correcto. —Adelle miró fijamente la página descolorida y envejecida, verificando dos veces para asegurarse de que estaba traduciendo correctamente las inscripciones en gaélico.

—¿Eso crees? ¿Qué tendremos que hacer?

—Sí, es este. Incluso escribió notas en los márgenes sobre para qué pretendía usar el hechizo. Es asombroso, de verdad. Sabía que Bri nacería y que ustedes dos se verían idénticas. Esperaba que, al intercambiarlas a las dos, Bri pudiera ayudar a detener la tragedia que les ocurrió a todos en el castillo de Conall hace tantos años.

—¿Crees que ella podrá?

—No lo sé. Espero que me haya escuchado hablar de esto lo suficiente como para saber que se está acercando a la fecha de la tragedia. Pero no pretendo esperar a ver si ella la detiene. Vamos a intercambiarlas de nuevo tan pronto como podamos reunir los materiales. —Adelle no pasó por alto cómo la sonrisa de Blaire se tornó en una posición bastante incómoda al mencionar el regreso a casa. El corazón de la muchacha sufría por algo reciente, y aunque Adelle no sabía la causa de su dolor, había visto la misma expresión

en el rostro de su propia hija las suficientes veces como para reconocerla.

—¿Qué necesitamos? —Blaire se movió por la pequeña habitación, tratando de parecer lo más útil posible.

—La mayoría de los artículos no deberían ser difíciles de encontrar. Hierbas y cosas que crecen localmente, con las que estoy segura de que Gwendolyn no tendrá problema en ayudarnos a localizar. También necesitamos el retrato, que ya tenemos. Lo único que no tenemos es el anillo de Alasdair. Morna dice aquí que se lo dio a él, y que él se lo habría pasado a Eoin. No encontramos ningún objeto así en nuestra excavación original, así que más vale que esperemos que esté aquí en esta habitación en alguna parte, o podríamos tener un problema.

—Oh, no te preocupes todavía. Hemos dedicado nuestro tiempo a revisar los libros que podrían contener la ubicación del anillo.

Adelle se inclinó a la izquierda mientras Blaire se acercaba por su lado derecho, dándole a la muchacha una mejor vista del hechizo.

—Adelle, ¿viste esto? Parece que el hechizo solo podría funcionar durante un corto tiempo.

—¿Qué? —Adelle se inclinó hacia adelante para mirar la página una vez más, con las venas inundadas de pronto por el pánico. Efectivamente, garabateado en pequeñas letras en gaélico, el papel declaraba que una vez que el hechizo original se había puesto en marcha, solo podía revertirse hasta la medianoche de la víspera del aniversario de la masacre.

A un mes de hoy.

* * *

1645

Simplemente de paso en su camino de regreso a Kinnaird Castle, el extraño se sentó en silencio en el fondo de la taberna. Observó cómo Arran Conall apuraba una copa de whisky tras otra, hasta que

no lograba comprender cómo el muchacho seguía consciente, y mucho menos divagando como lo estaba haciendo.

—No creo que deba darte otra, muchacho. Ya se te subió bastante a la cabeza, ¿no crees?

El extraño escuchó mientras el tabernero intentaba disuadir al muchacho de seguir bebiendo.

—No, ni mucho menos lo suficiente —discutió Arran—. Estaremos todos muertos en un mes, según la esposa de mi hermano, y me atrevo a decir que no he bebido ni de lejos lo suficiente para que eso se me olvide.

El extraño se levantó y salió sigilosamente a la fría noche. Era hora de terminar su viaje con premura.

Tenía noticias muy interesantes para compartir con su señor.

CAPÍTULO 24



La mañana trajo un éxito particular allá abajo, en la sala de hechizos, y solo llevábamos trabajando un poco de tiempo. Por fin habíamos encontrado el libro de hechizos con el título que coincidía con el que yo había estado intentando deletrear cuando Eoin me sorprendió unos días antes.

El proceso de buscar entre los libros en gaélico en la sala de hechizos avanzó mucho más rápido una vez que Eoin supo la verdad. Desde nuestra íntima conversación de hacía unos días, pasábamos las jornadas ya fuera en la sala de hechizos revisando libros o reuniéndonos con Arran para discutir la mejor manera de descubrir quién sería el responsable de la tragedia que se avecinaba.

Era agradable vivir abiertamente entre ellos y poder comportarme con normalidad al fin. Me parecía que la amistad que compartía con Eoin se fortalecía cada día que pasaba. Disfrutaba cada momento que pasaba con él, y darme cuenta de ello me hacía sentir aún más ansiosa por volver a casa antes de entregar mi corazón por completo.

Deambulaba incómoda por la sala de hechizos mientras Eoin leía cada página, buscando cualquier hechizo que pudiera ser útil. No estaba segura de cómo ayudar, pues la mayoría de los libros ya habían sido revisados, y me sorprendí a mí misma mirándolo fijamente mientras él trabajaba.

Dios, realmente era hermoso. Nunca en mis veintiocho años en el siglo veintiuno había visto a un hombre que pareciera tan hombre. Emanaba masculinidad, pero no de una forma que pareciera disminuir su inteligencia. Era astuto como nadie, sin duda, y sus ojos mostraban una especie de bondad oculta; esa clase que, aunque difícil de alcanzar, cambiaría tu mundo si lograbas que se abriera y te mostrara su verdadero ser.

Debió de sentir mi mirada, porque se giró para atraparme con el rostro encendido mientras yo me apresuraba a aparentar que hacía algo productivo.

—Ven aquí, muchacha. Es este.

Caminé hacia su lado, sorprendida cuando se giró hacia mí, abriendo sus brazos e incitándome a sentarme en su rodilla. Con vacilación, me senté, tratando de pensar en pintura de dedos derramada, narices mocosas y dedos pegajosos; cualquier cosa que evitara que me concentrara en el cuerpo firme y cincelado que ahora sentía envuelto alrededor del mío.

—¿Qué dice?

—Este es el hechizo que ella usó. Mira, sus propias notas están escritas por aquí —tomó mi mano de mi regazo y, usando la suya, guio mis dedos por el borde de la página. Un hormigueo recorrió cada centímetro de mi cuerpo. *Cheetos en la alfombra, mocos en los respaldos de las sillas, brote de conjuntivitis*. Ningún pensamiento ayudaba.

—Ya veo. ¿Funcionará para regresarnos?

—Sí. Creo que sí —no soltó mi mano mientras continuaba—. Necesitamos algunos artículos. Mary puede localizar la mayoría. Pero habla del anillo de su padre, y no sé dónde está. Creo que él siempre tuvo la intención de dejármelo, pero su muerte fue repentina y no creo que se le pasara por la mente.

—Bueno, podemos encontrarlo, ¿verdad?

—Ah, muchacha. Supongo que tendremos que hacerlo. Pero también dice algo más.

Lo miré a los ojos, esperando a que continuara.

—El hechizo solo funcionará hasta la medianoche del veintiocho de diciembre, después de eso no podrás volver a casa.

—Bueno, tenemos que encontrarlo para entonces de todos modos. Es justo por la fecha en que creen que ocurre la masacre.

—Sí, así lo haremos. No te preocupes. El conocimiento es la mejor defensa que podríamos tener. No se llegará a eso.

Su mano izquierda descansaba casualmente sobre mi rodilla mientras la derecha rodeaba mi espalda, con la palma apoyada justo por encima de mi cadera, en la curva de mi cintura. Me atrajo más hacia él, subiendo su mano derecha hacia mi hombro para acercar el lado de mi rostro a sus labios.

—Sé que no te he dado más que problemas, muchacha, pero me pesará verte partir —con eso se inclinó como para besarme la mejilla, y casi nos tiré a ambos al suelo con mi rápido salto fuera de su regazo.

—Sí. Yo también estaré un poco triste. Te considero a ti, a Mary y a Arran como amigos, y será extraño no volver a verlos —le di una palmadita torpe en el hombro y me di la vuelta abruptamente para salir de la sala de hechizos, maldiciendo mis mejillas encendidas con cada paso. Sabía que me habían delatado.

* * *

Castillo de Kinnaird

—¿Por qué la muchacha le habría dicho tal cosa? No tiene forma de saber que serán atacados.

—No lo sé, señor. Solo le digo lo que escuché. Arran dijo que la nueva esposa de Eoin creía que estarían muertos antes de que terminara el mes.

—Quizás tiene más sesos de lo que esperaba, siendo la hija de Donal. Ese viejo borracho es el tonto más grande de la comarca. Ella debió saber que el fuego y los caballos servirían de advertencia.

—Sí. Supongo que sí, aunque Arran no parecía saber a qué se refería la muchacha. Estaba bastante ebrio. No podía entender cómo seguía consciente.

—¿Ah, sí? Bueno, hiciste bien en apresurarte a venir a contármelo. Ahora vete, y ten presente lo que les pasará a ti y a tu familia si se corre la voz de nuestra conversación.

Ramsay observó cómo el hombre se daba la vuelta y salía de la habitación. Había tenido la intención de advertirles, de hacerles temer lo que vendría, pero ahora que sabía que los Conalls sospechaban, se sentía menos cómodo con la idea de un ataque directo.

—¡Gregory, entra aquí de inmediato!

Rápidamente, el hombre irrumpió por la puerta y se detuvo ante Ramsay, esperando sus instrucciones.

—Eres el muchacho más astuto que tengo bajo mi mando. Sabes cómo sorprender a un enemigo, cómo desviarlo del curso de tu plan. Necesito que me asesores en un asunto.

—Por supuesto, señor.

—Pronto estaremos planeando un ataque contra el castillo de Conall. Es mi intención destruir a todos los que residen bajo la protección del castillo. Parece que Eoin y su hermano han oído noticias de un posible ataque, y no quiero que sospechen de nosotros de ninguna manera.

Ramsay observó cómo el joven asimilaba la noticia con una mirada de asombro. Un ataque al castillo de Conall sería una sorpresa para todos los que le servían. Los dos clanes habían sido aliados durante décadas.

—Dales motivos para sospechar de otro clan. Envíeme al castillo de Conall, pero vístame con el tartán de un clan lejano. Diré que soy un criminal fugitivo, que busca refugio en el clan por la información que les traigo. Les diré que mi laird planea atacarlos.

Ramsay sujetó al chico por los hombros. —Sí, perfecto. Parte mañana al amanecer.

CAPÍTULO 25



—¿Dónde está Arran? No lo he visto en todo el día. —Me senté en mi lugar habitual mientras nos reuníamos para la cena. Había pasado el día con Mary, recolectando las hierbas necesarias para el hechizo, mientras Eoin buscaba entre las cosas de Alasdair intentando encontrar el anillo. Aunque yo había terminado el día con un brazado de las hierbas necesarias, la búsqueda de Eoin había sido menos exitosa.

—Lo envié a la aldea para ver si algún viajero o habitante del pueblo podría haber oído algo sobre un posible ataque. También iba a reunirse con algunos hombres para discutir nuestras defensas. Será importante hacérselo saber a los aldeanos para que podamos estar lo más preparados posible.

—Buena idea, pero descubriremos quién planea el ataque y lo detendremos antes de que llegue a ese punto. —Le dediqué una sonrisa tranquilizadora al otro lado de la mesa, apartando la mirada rápidamente cuando su sonrisa se acentuó en la comisura de sus labios y sus ojos me miraron con coquetería.

Simplemente no podía permitirme encariñarme más con él de lo que ya estaba. Si alguien me hubiera dicho hace seis meses que estaría haciendo todo lo posible por poner en la zona de amigos a un hombre tan apuesto, habría pensado que estaba loco; pero eso era exactamente lo que estaba decidida a hacer hasta que regresara a casa. Él me lo estaba poniendo increíblemente difícil.

Justo cuando Mary salía de la cocina para servir la cena, Arran irrumpió por las puertas traseras, arrastrando bruscamente a otro hombre tras él.

—Lo encontré intentando trepar por la puerta del castillo. Iba a lanzarlo a la mazmorra antes de venir a buscarte, pero jura que tiene noticias que ambos querremos oír. —Soltó su agarre sobre el hombre, quien se enderezó y se sacudió el brazo donde Arran lo había sujetado con la mano.

El hombre lanzó una mirada de mucho desagrado en dirección a Arran. —Sí, señor. Vengo ante usted buscando refugio a cambio de noticias.

Eoin se levantó de su lugar en el establo, levantando brevemente una palma en mi dirección como si me pidiera que me quedara sentada. Naturalmente, eso no hizo más que animarme a levantarme y unirme a él frente a Arran y el extraño.

—¿Refugio de qué? ¿Eres un criminal? No hallarás refugio aquí si ese es el caso.

—No, señor. Me tenían por criminal, pero el único crimen del que fui culpable fue de amar a la hija del laird. Nos atrapó encamándonos en su alcoba y me encerró.

—Como debió hacer.

—¡Ah, Eoin! No seas tan noble. ¡Si encamarse fuera un crimen, no habría un muchacho mayor de quince años que no estuviera encerrado! —Arran se rió entre dientes antes de detenerse al ver el rostro de Eoin.

—Sí, señor. Yo quería casarme con ella, pero él no consintió. Yo era demasiado humilde para ese viejo bastardo. —El extraño se llevó la mano al corazón como si sintiera dolor.

—Ah, bueno, puede que tu crimen no haya sido tan grave, pero aún no he oído la noticia que crees que te hace merecedor de un lugar aquí.

—Sí, señor. El Laird MacLyrron está preparando un ataque contra usted.

Tanto el rostro de Arran como el de Eoin cambiaron a una expresión de asombro, y estoy segura de que el mío no fue diferente.

—Ni siquiera he conocido al Laird MacLyrron. Su territorio está muy al sur de aquí. ¿Por qué nos atacaría? —Eoin miró al hombre con sospecha.

—Es un bastardo insensato. Quiere expandir sus tierras, y la suya es una de las partes más hermosas del país.

—¿Cómo podemos saber si nos dices la verdad?

El extraño sacudió la cabeza mientras miraba hacia el suelo. —No pueden saberlo. No puedo darles más que mi palabra. Permítanme quedarme aquí y quizás con el tiempo verán que lo que les he dicho es verdad.

Un largo silencio se prolongó mientras el extraño, Arran y yo observábamos y esperábamos a que Eoin tomara su decisión. Podía ver con cada movimiento nervioso de su mano o el fruncir de su ceja que se esforzaba por tomar la mejor decisión posible. Sabía que, de ser cierta, la información que el hombre acababa de darle era vital. De ser falsa, el hombre era demasiado peligroso para tenerlo en la aldea. Finalmente, se aclaró la garganta antes de hablar.

—Te quedarás en los terrenos del castillo y trabajarás con Kip con los caballos nuevos hasta que te hayas ganado nuestra confianza. Luego podrás elegir mudarte a la aldea si lo deseas. Si Kip no está satisfecho contigo o con tu trabajo, serás devuelto a MacLyrron de inmediato. ¿Aceptas?

—Sí. Gracias. No puedo empezar a expresar mi gratitud por su amabilidad.

Eoin le lanzó una mirada dura al hombre, con los ojos gélidos. —No hagas que me arrepienta de mi decisión, muchacho. No terminará bien para ti. —Hizo una pausa y se volvió hacia Arran—. Preséntaselo a Kip, ¿quieres? Y acomódalo en la choza cerca de los establos.

Arran asintió y agarró de nuevo el brazo del hombre mientras comenzaban a salir del comedor.

—Y Arran —Eoin levantó la voz para que lo oyera antes de que saliera por la puerta—, ¿te reunirías conmigo en mis aposentos después de que lo hayas dejado instalado para pasar la noche?

—Sí. Por supuesto. —Mientras Arran se marchaba con el hombre que aún no tenía nombre, Eoin nos indicó que volviéramos a

nuestros lugares en la mesa.

Pasamos la cena en silencio, solo mirándonos de vez en cuando por accidente.

Podía ver lo distraído que estaba Eoin, y era evidente en la forma en que sus expresiones faciales parecían cambiar continuamente durante la comida que seguía luchando con su decisión.

Aunque comprendía su decisión, no estaba segura de si yo habría tomado la misma. Es cierto que era la información más prometedora que habíamos recibido, y sería mucho más fácil pedir ayuda para preparar una defensa si sabíamos de dónde vendría el ataque.

Pero había algo en aquel extraño que me inquietaba. Algo extraño en la forma en que contó su historia plantó semillas de duda en lo profundo de mi estómago, semillas que estaban empezando a echar raíces.

* * *

Eoin apartó la mirada del fuego al oír a su hermano entrar en su alcoba. —¿Qué dijo Kip sobre el muchacho?

—Bueno, no estuvo muy complacido de que le encargaran la tarea de guardián, pero supongo que le vendrá bien mantenerse ocupado. Todavía le afecta mucho la pérdida de los caballos.

—Sí, no lo culpo. Arran, ¿crees que el muchacho nos estaba diciendo la verdad? —Observó el rostro de Arran, intentando leer sus expresiones mientras su hermano se sentaba en el asiento frente a él.

—No lo sé, hermano, pero yo habría tomado la misma decisión. ¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

—No podemos confrontar a MacLyrron. Porque si no han planeado ningún ataque, esa es una excelente forma de empezar una guerra, ¿no? Creo que debemos contactar a nuestros aliados más confiables, pedirles que traigan sus fuerzas aquí para ayudarnos a montar una defensa unos días antes del ataque previsto. De ese modo, independientemente de quién lo esté planeando, seremos más que nosotros solos para defendernos.

—Creo que tienes razón. ¿A qué clanes llamarás?

—Al padre de Blaire, por supuesto. Y aunque es un viejo idiota despreciable, a Ramsay Kinnaird. Nuestro padre lo consideraba un amigo y aliado, y sé que ambos estarían dispuestos a venir en nuestra ayuda. —Eoin esperó con cautela la reacción de su hermano, todavía inseguro de su lugar como laird.

—Sí, es la mejor oportunidad que tenemos. ¿Quieres que haga un viaje para ver tanto a Donal como a Ramsay?

Eoin sacudió la cabeza. —No, necesito que te quedes aquí y entrenes a los hombres en la aldea, refuerces nuestras defensas y trabajes con Mary para ayudar a preparar el castillo para tantos invitados. Bri y yo viajaremos a ambos territorios. Donal estará ansioso por ver a su hija, y es posible que Ramsay aún no sepa que estoy casado.

—¡Pero si no tienes a la hija de Donal! ¡Él podrá notar la diferencia!

—No creo que lo haga. Bri pudo engañar a todo el castillo durante semanas, seguramente podrá engañar al padre de Blaire por solo unos días. Las dos muchachas son idénticas.

—No son tan idénticas como pareces creer, hermano, pero haz lo que debas. Estoy feliz de quedarme y trabajar aquí. También vigilaré al fugitivo.

—Sí, por favor hazlo. No estoy muy seguro de si tomé la decisión correcta, pero me alegra que tú lo creas. Bri y yo partiremos por la mañana.

Eoin observó cómo Arran se ponía en pie para marcharse. —Sí, hermano, lo creo. Pero deberías decírselo a Bri esta noche. A las muchachas les gusta saber las cosas con antelación.

Eoin se rió entre dientes y se levantó para estirarse mientras su hermano salía por la puerta. —Tienes razón, por supuesto. Iré a decírselo ahora.

CAPÍTULO 26



Mi destreza con los caballos no había mejorado desde nuestro último jueguito fuera del castillo, así que, sin otra alternativa, cabalgamos juntos sobre Griffin para nuestro viaje hacia la MacChristy y el Kinnaird Castle.

La proximidad de nuestros cuerpos no ayudaba en nada a mantenerlo en la zona de amigos. De hecho, él se estaba volviendo cada vez más atrevido con las manos. Con cada hora que avanzaba nuestro trayecto, las riendas parecían acercarse más al punto entre mis piernas.

Los nervios causados por mi constante hormigueo interno, el dolor en mi trasero de tanto cabalgar todo el día y el miedo de no poder hacerme pasar por Blaire frente a Donal MacChristy me tenían al borde de un colapso nervioso.

Casi asusto al caballo con mi sacudida errática al oír la voz de Eoin en mi oído. —¿Qué te pasa, muchacha?

—No me pasa nada. ¿Por qué pensarías que pasa algo? —exhalé con bastante fuerza.

—Porque llevo un rato escuchándote respirar así. Pareces Griffin.

—Está bien. Lo siento.

—No tienes que sentirlo. Lo que tienes que hacer es decirme qué es lo que tanto te molesta. Me gustaría ayudar si puedo.

—No puedes ayudar. Tengo el trasero adolorido de cabalgar y estoy a punto de tener un maldito ataque de pánico ante la idea de

engañar a un hombre que ha conocido a Blaire toda su vida para que crea que soy ella.

Él no hizo nada para mejorar mi humor mientras se reía de mí. —Muchacha, dices «trasero» de una forma muy rara. No es que no digas muchas cosas de forma rara. Pero no tienes que preocuparte por Donal. No oye bien y tú eres idéntica a Blaire. Él no podrá notar la diferencia.

—Espero que tengas razón —exhalé ruidosamente una vez más solo para enfatizar.

—La tengo, muchacha, así que no te angusties por eso. Y en cuanto a tu trasero adolorido, estaría más que encantado de ayudarte con eso. —Movió las riendas de modo que las sostuvo con una sola mano y hábilmente deslizó la otra por debajo de mi muslo para apretar la parte interna de mi pierna y mi nalga.

Solté un grito y sacudí mi trasero hacia arriba, esta vez logrando asustar a Griffin. Mientras el caballo se encabritaba sobre sus patas traseras, Eoin se vio obligado a soltar mi muslo para volver a controlar al animal.

—¡No, gracias! —chillé—. Mi trasero está perfectamente bien por sí solo.

Se rió con ganas en mi oído. —Lo que desees, muchacha. Pero no dudo que te sentirías mucho mejor después de un buen masaje.

—Me lo frotaré yo misma cuando lleguemos al castillo.

Por alguna razón, esto hizo que se riera más fuerte, y yo crucé los brazos en señal de molestia mientras continuábamos nuestro viaje hacia el MacChristy.

* * *

Era justo después del anochecer cuando Eoin divisó el MacChristy a lo lejos. Con suerte, llegarían justo a tiempo para cenar con el viejo amigo de su padre.

No veía la hora de desmontar de Griffin y estirar sus músculos cansados y doloridos. No dudaba de que la muchacha tuviera el trasero adolorido; el suyo también lo estaba, y él estaba mucho más

acostumbrado a cabalgar. Lo más probable era que tuviera que ayudar a la pobre muchacha a salir de la cama por la mañana, una tarea tortuosa de la que estaría a cargo, estaba seguro. Sonrió ante la idea mientras apretaba rápidamente sus brazos alrededor de la muchacha para llamar su atención.

—¿Ves eso justo al otro lado de la colina? Ya casi llegamos. ¿Te gustaría parar un momento para que podamos aliviarnos y prepararnos?

Su respuesta fue inmediata. No esperaba menos. —Sí, por favor. Estoy a punto de orinarme encima.

Él sonrió ampliamente hacia su cabello. La muchacha decía las cosas más peculiares y maravillosas. Llevó a Griffin hasta la base de un árbol grande y desmontó antes de ayudar a Bri a bajar también. Se acercó a Griffin más de lo que era realmente necesario, de modo que el frente del cuerpo de Bri se deslizó por su pecho mientras la bajaba del caballo.

Ella lo recompensó con una mirada de complicidad, y él dejó escapar una pequeña risa antes de alejarse para buscar su propio árbol detrás del cual aliviarse.

Él estaba de vuelta al lado de Griffin antes que Bri, y después de unos momentos de esperar a que ella apareciera de detrás de un árbol, le gritó. —¡Bri! ¿Dónde estás, muchacha? ¿Estás bien?

Un fuerte —¡Mierda! ¡Maldita sea! ¡Ay! —surgió de detrás del árbol.

—Muchacha, ¿qué diablos ha pasado? ¿Estás herida? ¡Voy para allá!

—¡No! ¡No lo hagas! Yo solo... me limpié con la primera hoja que encontré, ¡pero tenía espinas y ahora hay una púa clavada en mi trasero!

El sonido de su propia carcajada resonó entre los árboles que los rodeaban. —Sal ya, muchacha. ¿Necesitas mi ayuda?

Hizo todo lo posible por mantener la compostura mientras Bri salía de detrás del árbol. Sosteniendo la parte trasera de su vestido con ambas manos, caminó cojeando lentamente hasta quedarse frente a él.

—No puedo alcanzarla. Creo que está bastante profunda. Necesito que la saques.

Él no pudo evitar que las comisuras de su boca se curvaran hacia arriba.

—Pero te lo juro por Dios, Eoin. Si miras cualquier otra cosa que no sea esa púa, te voy a dar una patada rápida en las bolas. ¿Me entiendes?

—Sí, muchacha. ¡Te doy mi palabra! Ahora date la vuelta y inclínate.

Tan pronto como ella se dio la vuelta, él soltó las riendas con las que intentaba contener sus labios y con gusto dejó que se curvaran en una sonrisa ante su trasero blanco, que resplandecía bajo la luz de la luna.

La púa era fácilmente visible y, con un tirón rápido, la extrajo y la arrojó al suelo.

—Muy bien, muchacha, ya puedes bajar tu vestido, aunque lamentaré que lo hagas. ¡Ahora, volvamos a subir a Griffin y vayamos a ver a tu padre!

* * *

NUNCA ME HABÍA SENTIDO MÁS humillada en toda mi vida. No solo se me clavó una púa gigante en la raya del trasero mientras orinaba en medio de un bosque, sino que el hombre más guapo que había visto en mi vida tuvo que sacármela.

Al menos, ahora sería más fácil mantenerlo en la zona de amigos.

Acabábamos de llegar al castillo y Eoin le estaba entregando a Griffin al maestro de caballerizas, cuando lo que supuse que era mi «papá» salió de golpe por las grandes puertas principales del castillo.

—¡Blaire! ¡Ah, qué gusto me da verte, muchacha! No me gusta no tenerte aquí a mi lado. —Mary tenía razón sobre sus gritos, y cuando me levantó por la cintura y me hizo dar vueltas en círculos, estuve segura de que mis tímpanos estallarían.

Cuando me bajó y se acercó a Eoin, casi me atraganto con mi propia saliva al verle bien la cara. No era de extrañar que Blaire y yo nos pareciéramos tanto. Él era idéntico a mi propio padre. El mismo cabello oscuro, los mismos ojos azules, el mismo pequeño mechón circular de canas que destacaba entre su cabello, por lo demás de color ébano.

Tuve que parpadear rápido, tragando saliva para contener las lágrimas que amenazaban con brotar ante la sensación de abrumadora nostalgia. Aunque mis padres se habían divorciado cuando yo era joven, me mantuve increíblemente unida a mi papá hasta su muerte, hace apenas tres años.

Resultó que no tenía ninguna razón real para preocuparme por engañar a Donal. Me dio poco tiempo para hablar o responderle de cualquier forma, entablando inmediatamente una conversación con Eoin y guiándonos al interior para cenar.

Mientras nos sentábamos a la gran mesa del comedor, me quedé bebiendo el vaso de cerveza que me habían dado y escuchando la conversación de los dos hombres.

* * *

Como él esperaba, Donal había aceptado inmediatamente traer a todos sus hombres al castillo de Conall para ayudar con la defensa el veintiséis de diciembre, dos días antes del ataque previsto. De hecho, el acuerdo se había cerrado antes de que sirvieran el primer plato, y el resto de la velada transcurrió tranquilamente mientras los dos hombres recordaban a su padre y años pasados.

Eoin sabía que Bri no tenía motivos para preocuparse. Donal no conversaba fácilmente con las mujeres, y tendría poco que decirle a su hija, a pesar de sus afirmaciones sobre cuánto la había extrañado.

La preocupación por Bri lo invadía. Mientras Eoin la miraba de reojo, intentó dirigirle el ceño fruncido al sirviente que estaba rellenando silenciosamente su copa por sexta vez al menos. Los ojos de Bri estaban visiblemente vidriosos y se veía inestable mientras

apoyaba la barbilla en la mano que tenía sobre la mesa. No había dicho nada durante toda la comida y, con la cantidad que ahora había bebido, él esperaba fervientemente que siguiera en silencio por el momento.

Nunca la había visto beber más de una copa llena durante las comidas, pero, por otra parte, Mary nunca permitía que ninguno de ellos tomara más de eso. Mary siempre decía que Arran ya se las arreglaba bastante bien para encontrar bebida por su cuenta. Ella no iba a ayudarlo en su tarea.

Un fuerte eructo proveniente del extremo de la mesa donde estaba Bri fue suficiente para asegurarle que era hora de presentar sus excusas y llevarla a su alcoba compartida. Solo podía esperar que nadie más hubiera oído de dónde provenía aquel sonido tan poco caballeroso.

Elevando la voz para que Donal lo oyera, Eoin se levantó de la mesa. —Me encuentro agotado tras el largo día de viaje, Donal. Si te parece bien, creo que llevaré a mi esposa arriba para que podamos retirarnos a descansar por la noche.

Su viejo amigo se levantó y lo tomó por los hombros. —¡Sí, por supuesto! No estuvo bien de mi parte retenerlos hasta tan tarde después de la larga cabalgata. Hablaremos más mañana. ¿Me acompañarías a cazar?

Eoin sonrió y asintió mientras caminaba hacia el lado de Bri. —¡Sí! Lo espero con ansias.

Se inclinó para colocar la mano bajo el brazo de ella y ayudar a sostenerla mientras la levantaba de su asiento.

—Buenas noches, hija. Me alegra tenerte en casa, aunque sea por poco tiempo. —Donal se quedó esperando la respuesta de Bri, y Eoin se inclinó para susurrarle al oído.

—Dile buenas noches. No digas nada más.

—Buenas noches. —Ella sonrió con torpeza, y Eoin se alegró de que la vista del viejo no fuera mucho mejor que su oído mientras lo veía darse la vuelta y salir de la habitación.

—¡Dios, muchacha! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Yo no he bebido tanto desde que era un muchachito. —Dio un paso

alejándose de ella, pero rápidamente volvió a sujetarla cuando ella se tambaleó.

—¿De qué estás hablan...?

Ella dejó la frase a medias, pero Eoin entendió bien su significado. —Estás muy borracha, Bri. ¡No has dejado de beber desde que nos sentamos a comer!

—¡No lo estoy! Solo he estado bebiendo a sorbitos. ¿Qué se suponía que hiciera mientras ustedes dos estaban de visita?

—Bueno, ¡no bebértelo todo, Bri! Si no estás borracha, ¿por qué no das unos pasos y me lo demuestras, eh? —Se quitó de su camino mientras ella se aferraba al borde de la mesa para sostenerse.

—Está bien.

Él la observó dar tres o cuatro pasos tambaleantes en su dirección antes de oscilar bruscamente y caer contra su costado. —¿Dices que no estás borracha?

—Vale, está bien. Pero no fue mi intención. Simplemente seguían rellenándola una y otra vez, y este no ha sido precisamente mi día favorito.

—Sí, ya los vi, muchacha, y supongo que no lo ha sido. —Se inclinó para cargarla por debajo de las rodillas, acunándola contra su pecho mientras subían las escaleras hacia la alcoba de invitados.

Ella ya estaba dormida para cuando la dejó sobre la cama y, arropándola con cuidado, se movió para buscarse un lugar en el suelo.

Por mucho que quisiera acunarla entre sus brazos toda la noche, no compartiría su cama hasta que ella se lo pidiera.

CAPÍTULO 27



Dejando de lado mi monumental resaca, el viaje para visitar a Donal MacChristy fue un éxito indiscutible. Durante los dos días que pasamos allí, Eoin mantuvo a Donal tan ocupado que casi nunca vi a ninguno de los dos. Pasé mi tiempo descansando en el castillo, cuidando con ternura mi terrible dolor de cabeza.

Ahora estábamos en nuestro último día de cabalgata para visitar a Ramsay Kinnaird, un aliado según Eoin, pero un hombre del que yo sabía muy poco, ya fuera por Mary o por la historia. Era un viaje más largo desde lo de MacChristy hasta lo de Kinnaird, y nos habíamos visto obligados a acampar dos noches en el camino.

Eoin estaba, lenta pero firmemente, derribando la fortaleza de piedra de mi zona de amigos. La primera noche el clima había sido lo suficientemente cálido para que durmiéramos en lados opuestos de una fogata que él había encendido en un pequeño claro.

En la segunda noche, el viento soplaba demasiado fuerte a través de los árboles como para encender un fuego, y nos vimos obligados a acurrucarnos juntos para mantener el calor. Había comenzado como una necesidad, ambos cubiertos por las mismas mantas y yo enroscada en el hueco de su brazo con mi cabeza contra su pecho. Pero a medida que avanzaba la noche, él giró su cuerpo para que nuestros frentes estuvieran al ras, su aliento cálido rozando mi cara, su respiración agitada mientras se presionaba contra mí, duro y listo, invitándome a aceptarlo.

Yo había fingido estar dormida, negándome a abrir los ojos y delatarme. Siempre un caballero, solo lo intentó un momento antes de rendirse y besarme ligeramente en la frente, girando rápidamente sobre su espalda y acomodándome de nuevo en el hueco de su brazo.

Dormí tal vez media hora en toda la noche.

* * *

Al día siguiente, no podía dejar de retorcerme en la silla de montar. Eoin parecía preocupado.

—Ya casi llegamos, muchacha. ¿Necesitas que me detenga?

—Si te parece bien, preferiría que no. No quiero arriesgarme a que se me clave otra espina en el trasero.

—Sí, está bien. Yo también estoy ansioso por terminar el recorrido.

Cuando llegamos a Kinnaird Castle, no nos recibió Ramsay en la entrada como lo hizo Donal. En su lugar, nos escoltaron a un largo estudio, y se esperaba que esperáramos hasta que Ramsay decidiera bendecirnos con su presencia. Nunca había conocido al hombre, pero ya estaba segura de que no me agradaría.

Después de casi dos horas, irrumpió por las puertas.

—¡Ah, Eoin! Qué sorpresa inesperada. Lamenté mucho enterarme de la muerte de tu padre, pero estoy seguro de que tú mismo serás un gran laird.

Eoin se paró casi protectoramente frente a mí, y eso no ayudó en nada a que el hombre me agradara más.

—Gracias, Ramsay. Ha pasado demasiado tiempo. Me gustaría que conocieras a mi esposa. Ella es Blaire, la hija de Donal MacChristy.

—Sí, había oído que te habías casado, pero nunca imaginé que fuera tan hermosa. Apuesto a que es encantador tenerla para calentar tu cama por la noche. ¿Te importaría si te la pido prestada por una noche, mientras están aquí?

Sorprendiéndome, Eoin extendió la mano y entrelazó la suya con la mía. Si hubiera tenido al alcance algo pesado y sólido, se lo habría arrojado a la cabeza a ese feo bastardo.

—Ah, Eoin, no te preocupes, solo estoy bromeando contigo. Ven, acompáñame a comer y beber, y podrás contarme qué te ha traído por aquí. Sylva aquí escoltará a Blaire hasta su alcoba y hará que le lleven comida. Ramsay no le dio a Eoin la oportunidad de responder antes de salir disparado por las puertas por las que había venido.

Me volví hacia él, soltando mi mano bruscamente.

—¿Qué? ¿No esperarás en serio que cene en mi habitación como una niña castigada, verdad?

Él se acercó y tomó mis dos manos para llevarlas a sus labios.

—Lo siento, muchacha. Ramsay es un imbécil, pero somos invitados. Debemos hacer lo que él mande. Necesito a sus hombres si queremos tener una protección adecuada contra el ataque.

—Bien. —Solté mis manos de su agarre y comencé a caminar hacia la puerta—. Llévame a mi habitación, por favor. Soy mujer. Estoy segura de que me resultará demasiado difícil encontrarla sola.

Él se rió y puso los ojos en blanco mientras pasaba a mi lado para guiarme escaleras arriba.

* * *

Al principio, Ramsay asumió que Eoin lo había descubierto. Quizás el hombre que había enviado para engañarlos lo había traicionado, revelando la verdad de su plan asesino a Eoin y a su hermano. Pero no, mientras se sentaba frente a Eoin durante su cena escuchando lo que este le pedía, supo que su secreto estaba a salvo.

En realidad, no podría haber sido mejor. Que Eoin lo invitara a venir y ayudar a protegerlos de un ataque externo hacía que su propio plan fuera aún más fácil de cumplir. No tendría que ganarse la entrada al castillo; ya la tendría. Y sería mucho más gratificante ver la expresión de asombro ante su traición mientras hundía su espada en el corazón de Eoin.

—Sí, ya sabes que no hace falta que lo pidas. Los Conalls y los Kinnairds han sido aliados por años. Tienes mi palabra de que marcharemos para ayudar a defenderte.

El joven e ingenuo laird acababa de sellar su propio destino.

* * *

Por suerte, la conversación entre Eoin y Ramsay fue mucho más corta que la de Eoin y Donal, y yo apenas acababa de terminar mi propia comida cuando oí abrirse y cerrarse la puerta de la alcoba al entrar Eoin.

—¿Cómo fue? ¿Vendrá?

Eoin se acercó por detrás de mí mientras yo estaba sentada en una silla cerca de la chimenea de la habitación y puso ambas manos sobre mis hombros apretando suavemente.

—Sí. Vendrá, pero no me alegra tanto que tengamos que pedírselo. Es un hombre despreciable. Y nunca entenderé por qué mi padre lo mantuvo tan cerca. Continuó masajeando mis hombros, subiendo y bajando por mi espalda, mientras yo relajaba mi cuello y dejaba que mi cabeza cayera hacia adelante, disfrutando de la sensación de sus manos fuertes sobre mis músculos doloridos y cansados. Viajar en este siglo era un trabajo duro.

Sin querer dejé escapar un pequeño gemido de deleite, y noté mi desliz cuando sus manos se detuvieron en la base de mi garganta.

Tomándolo como una señal de mi placer, deslizó sus manos más abajo hasta hundirse en el escote de mi vestido. Solo las dejó allí un momento, subiéndolas rápidamente, recorriendo con sus manos el contorno de mi cuello con toques ligeros que enviaron temblores por todo mi cuerpo e hicieron que mi respiración se acelerara.

Ya no había posibilidad de fingir que estaba dormida, y estaba perdiendo rápidamente cualquier fuerza de voluntad que tuviera para mantenerlo alejado.

—¿Te gusta eso, muchacha? Me encanta cómo se siente tu piel.

No le respondí. En su lugar, incliné la cabeza hacia atrás para estirar el cuello, dándole más espacio para mover sus dedos.

Se detuvo bruscamente y rodeó el asiento para arrodillarse frente a mí, tomando mis dos manos entre las suyas.

—Sé que debes volver a casa una vez que encontremos el anillo, Bri. Pero ¿te importaría tanto si nos comportáramos como marido y mujer solo por ahora? No podré pedírtelo de nuevo, pero ha pasado demasiado tiempo desde que tuve la compañía de una mujer, muchacha, y te deseo intensamente.

Era mucho más fácil ser valiente con él cuando pensaba que estaba soñando. Ahora, mientras sus palabras hacían que mi corazón se acelerara, me costaba articular cualquier tipo de respuesta.

—Está bien.

No tuve que decir más cuando sus labios encontraron los míos al instante, y sus brazos rodearon mi cintura, levantándome de la silla con facilidad.

Nos dirigimos a la cama hasta que él se sentó en el borde, sosteniéndome frente a él mientras contemplaba el frente de mi vestido.

—Date la vuelta.

Obedecí, y sus manos se movieron instantáneamente contra los cordones, aflojándolos con solo unos pocos movimientos rápidos. Mientras el vestido caía a mis pies, me giré hacia él, solo para ser atraída contra su cuerpo una vez más mientras acercaba mi pecho hacia él, succionando uno de mis pezones profundamente en su boca.

Gemí con fuerza mientras la sensación hacía que mis rodillas flaquearan y la entrada entre mis piernas se humedeciera.

Mientras continuaba besando y succionando mis pechos, una mano se movió a mi espalda baja, manteniéndome en su lugar mientras los dedos de su otra mano buscaban entrada entre mis piernas.

Jadeé cuando deslizó dos dedos dentro de mí, mi humedad delatando lo mucho que lo deseaba, y él gruñó mientras sus dedos se deslizaban fácilmente dentro y fuera de mi centro.

—¡Ah, Bri! ¿Estás lista para mí, muchacha? Porque no creo que pueda mantenerme fuera de ti mucho más tiempo.

—Sí. Me aparté de él para subirme a la cama, tumbándome boca arriba y abriendo las piernas para darle la bienvenida.

Él sonrió y rápidamente se quitó su propia ropa, y estoy segura de que mis ojos se agrandaron al verlo. Mis piernas se cerraron involuntariamente, y él soltó una carcajada profunda.

—No hagas caso al miedo, muchacha. Seré gentil contigo.

Se extendió sobre mí, su boca encontrándose con la mía con un hambre desesperada que yo correspondí. Colocó sus dedos entre mis piernas una vez más, preparándome lentamente para la entrada con sus dedos.

Justo cuando estaba al borde de desmoronarme bajo él, él ralentizaba su ritmo, aliviando el tortuoso anhelo entre mis muslos mordisqueándome suavemente en la base del cuello o pasando su lengua desde mi ombligo hasta mi pecho.

Continuó su tortura juguetona, llevándome al borde del clímax y luego deteniéndose hasta que no pude más. Finalmente, extendí la mano para detener su mano que subía y le supliqué sin aliento al oído:

—Por favor. Por favor, no te detengas.

Me besó con rudeza y movió sus dedos una vez más.

—Como desees, muchacha. Y salí volando por el precipicio, gimiendo y retorciéndome bajo sus manos mientras temblaba por la sensación.

Justo cuando las ondas de placer disminuyeron, él se retiró y se posicionó para entrar, hundiéndose en mí ante mi gesto de aprobación.

Grité cuando me llenó, mis entrañas acomodándose y estirándose para hacerle lugar mientras comenzaba otro asalto devastador a mis sentidos. Con cada embestida, luchaba por atraerlo más hacia mí, sintiéndome vacía cada vez que se deslizaba parcialmente fuera de mí. Era un amante generoso, y a medida que cada vaivén de sus caderas lo acercaba a su propio clímax, se esforzaba por asegurar que yo escalara la cima junto con él.

Fue instantáneo, la embestida que nos envió a ambos en espiral de regreso a la tierra juntos, y mientras nos estremecíamos en los

brazos del otro, nuestros labios se encontraron una vez más, adorándonos en silencio.

CAPÍTULO 28



Necesitaba encontrar el anillo. Era su única oportunidad de recuperar a Blaire, y no iba a permitir que se cerrara la ventana de tiempo antes de que intentaran el hechizo.

Arran sabía que Bri había estado buscando el anillo desde que supieron que era necesario para el hechizo. Y aunque Eoin afirmaba estar ayudando en la búsqueda, Arran sabía que una parte de su hermano esperaba que nunca lo encontraran.

Si el hechizo funcionaba y Blaire regresaba a él, no iba a renunciar a ella de nuevo. Ella no estaba realmente casada con Eoin. Había sido Bri quien pronunció los votos, y se condenaría antes de dejarla ir otra vez.

Si localizaba el anillo antes de que Eoin y Bri regresaran de su viaje, tal vez ella no tendría motivos para quedarse más tiempo.

Había buscado por todas partes: puso patas arriba cada alcoba, cada estudio, incluso la sala de hechizos de Morna en su desesperada búsqueda del anillo.

El anillo estaba enterrado con su padre. Lo había sabido todo el tiempo, pero había deseado fervientemente estar equivocado, que tal vez su padre se hubiera quitado el anillo del dedo antes de morir.

No podía hacer esto solo. Sabía que no era tan fuerte. Incluso ir al cementerio le parecía imposible, pero el anillo tenía que ser encontrado.

Con el estómago revolviéndosele de forma incómoda, se dirigió a las caballerizas para solicitar la ayuda del fugitivo, ahora bajo el mando de Kip. No se había molestado en aprender el nombre del muchacho. Algo en el tipo no le inspiraba confianza y no esperaba que se quedara lo suficiente como para que valiera la pena aprenderlo.

Cuando Arran entró en las caballerizas, Kip estaba apoyado contra el marco de la puerta, con aspecto satisfecho mientras observaba a su nuevo trabajador palear el estiércol.

—Kip, ¿puedo hablar contigo un momento? —Arran no se acercó al establo. No estaba listo para entrar después del espantoso desastre que se había visto obligado a limpiar.

—Sí, por supuesto que puedes —. El anciano se separó de la puerta y se dirigió hacia Arran.

—Kip, ¿te importa si tomo prestado al muchacho del establo por el resto del día? Tengo una tarea desagradable que preferiría no hacer yo mismo si puedo conseguir que alguien la haga por mí.

—Sí, de todos modos no hay mucho que el muchacho pueda hacer aquí. Ahora tenemos menos caballos, y yo me las arreglaba bien solo. Puedes usarlo todo el tiempo que quieras.

—Gracias, Kip. Envíalo al cementerio.

Arran se dio la vuelta antes de poder ver la mirada inquisitiva en el rostro de Kip mientras marchaba solemnemente hacia la tumba de su padre.

Cavaron durante horas; cada palada de tierra abría la herida de dolor mal cerrada que atravesaba justo el centro del corazón de Arran. Cuando finalmente golpearon la caja de madera situada a gran profundidad bajo el suelo, Arran soltó la pala y se enfrentó al hombre que estaba a su lado.

—Debes entrar en la caja y tomar el anillo de su mano derecha. No hagas nada más de lo que encuentres dentro del ataúd. Una vez que lo tengas, asegúrate de que la caja esté cerrada antes de que me pidas que venga a ayudarte a llenar el agujero. No quiero ver nada de lo que hay dentro.

—¿Qué le hace pensar que yo sí? No quiero perturbar el lugar de descanso de un hombre.

Arran agarró al hombre con brusquedad, empujándolo contra la pared del profundo hoyo. —No me importa lo que tú quieras hacer. O haces lo que te he pedido, o podemos enviarte de vuelta de donde viniste.

Arran no esperó la respuesta del hombre mientras salía del agujero y se sentaba en el trozo de hierba junto a la tumba de su madre, cubriéndose los ojos para apartar los recuerdos que cada golpe de su pala había desenterrado.

* * *

Ni siquiera el Laird Kinnaird le habría pedido que desenterrara a un hombre una vez sepultado. Era una suerte malísima.

Pero mientras apartaba la pesada tapa de la caja, vio una oportunidad que disipó toda su culpa. Pues sobre los restos en descomposición de la mano derecha de Alasdair Conall había dos anillos.

El primero era una banda delgada coronada por un óvalo ancho. Al notar el aspecto femenino de su montura, determinó que este era con toda seguridad el anillo que Arran buscaba. El segundo era más grande y tenía el sello del clan Conall, un sello que Alasdair probablemente usaba para lacrar y firmar cartas. Fue este anillo el que captó el interés del hombre. Un objeto así sería de gran utilidad para el Laird Kinnaird, una forma de inclinar las probabilidades de la próxima batalla aún más a favor de su señor.

Volviendo la cabeza, alargó la mano y retiró los anillos lo más rápido posible, guardando el primero en la palma de su mano y deslizando silenciosamente el segundo, fuera de la vista.

CAPÍTULO 29



En la actualidad

—No sé dónde más buscar, pero tenemos que encontrar ese maldito anillo. Faltan solo dos semanas para el aniversario, y no dejaré que se quede allí —Adelle se sentó. Sucia, agotada y al borde del pánico, apoyó la cabeza en las manos para llorar.

Se sorprendió al sentir el brazo de Blaire rodeándole los hombros para ofrecerle consuelo. —No te preocupes, lo encontraremos.

—Sí, lo haremos. No puedo permitirme considerar que no será así. Es mi única hija, Blaire. Es todo lo que tengo, todo lo que he tenido siempre. Es la única persona que he conocido capaz de aguantar mi informalidad y seguir amándome. Nunca fui la madre que debí haber sido para ella, y ahora no le fallaré.

—Oh, no deberías decir tales cosas. No creo que Bri piense que fuiste una madre terrible. Vaya, me has tratado con más amabilidad y me has permitido más libertad que nadie que haya conocido.

Adelle levantó la cabeza y le dio unas palmaditas a Blaire en la rodilla. —Gracias por eso. Me alegra tanto que hayas estado aquí para ayudar. Y has manejado todo de maravilla. Eres una muchacha estupenda. Ahora, tenemos que pensar en qué otro lugar podría estar el anillo. Todo lo demás del sitio ya ha sido excavado y está en

el museo de Edimburgo, y la colección de artículos no incluye el anillo.

—Sabemos que el libro de hechizos es poderoso. Es lo que me trajo aquí y envió a Bri de vuelta en mi lugar. ¿Crees que es posible que podamos enviarle un mensaje a tu hija a través de él?

Adelle se puso de pie negando con la cabeza. —Lo dudo. No leí ningún hechizo para algo así.

—Creo que deberías intentarlo, de todos modos. ¿Por qué no le escribes una nota en los márgenes del hechizo en el que estamos trabajando? Tal vez ella la vea cuando lo mire.

Era demasiado esperar, y Adelle no quería ilusionarse con una posibilidad tan ridícula. Blaire intentaba ayudar y no costaba nada complacer a la muchacha, por inútil que fuera el acto.

—Está bien, ¿por qué no probar? Solo le diré que estamos trabajando en el hechizo, pero que no hemos podido encontrar el anillo —Adelle abrió el libro de hechizos y, condescendiente, buscó la página correspondiente.

* * *

Blaire no creía que su propia sugerencia fuera a funcionar más de lo que lo creía Adelle, pero le molestaba ver a su nueva amiga tan angustiada. No podía imaginar el dolor que la mujer debía sentir tras haberle arrebatado a su hija de forma tan inexplicable.

Deseaba desesperadamente que Adelle recuperara a su hija. Pero —con la misma desesperación— ella no quería volver nunca a su hogar. No podía soportar la idea: estar casada con Eoin y vivir en el mismo lugar que Arran. Cada vez que lo viera, se le rompería el corazón de nuevo.

Si Arran no quería estar con ella, prefería quedarse aquí, en este tiempo extraño y extranjero, donde al menos era aceptable vivir de forma independiente. Sería libre de vivir su vida sin poner su corazón en manos de nadie más. Podría vivir una vida reservada y sencilla, completamente sola. Y, con el corazón y el alma destrozados, no se le ocurría nada que deseara más.

Incluso si encontraban el anillo, ella no iba a volver. Simplemente tendrían que encontrar la manera de traer a Bri hacia el presente sin hacer un intercambio.

* * *

1645

ESTABA DELICIOSAMENTE adolorida y tan feliz como nunca antes cuando emprendimos el viaje de regreso temprano a la mañana siguiente. Me había quedado dormida envuelta en sus brazos, solo para ser despertada unas horas después por sus labios besando el costado de mi mejilla y bajando por mi cuello.

Sonreí contra sus labios y me giré hacia él, rodeándole el cuello con mis brazos. —No tengo energía para hacerlo de nuevo esta noche, Eoin. Estoy un poco fuera de práctica.

Él me besó la punta de la nariz antes de retroceder para apoyarse en un codo. —Sí, puede que sea así. Pero no eras virgen, ¿verdad?

Al principio me desconcertó un poco su pregunta. A mi edad, parecía extraño que él asumiera que lo fuera. Al pensarlo mejor, me di cuenta de lo sorprendente que debió ser para él descubrir que no lo era. Mientras que la mayoría de los hombres de esta época se metían en la cama de otra mucho antes del matrimonio, cualquier mujer respetable nunca se habría permitido ser «arruinada» antes de llegar al lecho nupcial.

—No. No lo era. De donde vengo es diferente. La gente suele tener relaciones sexuales antes del matrimonio.

Él frunció el ceño ante mi respuesta. —Ya veo, muchacha.

—¿Te molesta que no lo fuera?

—No, no puedo culparte por la vida que viviste antes de entrar en la mía. Pero no diré que me agrada. Pensar en otro hombre abrazándote y tocándote como yo acabo de hacerlo despierta un sentimiento bastante espantoso en mi pecho. Me gustaría aporrear al muchacho que lo hizo.

Sonreí, complacida por sus celos. —¿A los tres?

Él se incorporó por completo en la cama. —¡Tres! ¡Por Dios, Bri! Dime, muchacha, ¿eras una ramera en el tiempo de donde vienes?

Fue mi turno de fruncir el ceño. —¡No, no lo era! ¡Puedo asegurarte que para alguien de mi edad ese es un número muy respetable! ¡Pregúntale a Mitsy! ¡Ella me gana seguro!

—¿Qué es una Mitsy, muchacha?

—Mitsy es una persona. Una amiga. Que, ahora que lo pienso, probablemente esté muerta de preocupación por mí.

Él volvió a recostarse y me pasó un brazo por encima mientras se acurrucaba cerca de mí. —Lo siento, muchacha. Sospecho que hay muchísimas cosas que no sé de ti que me sorprenderían.

—Sí, estoy segura de que las hay. Somos de mundos diferentes, Eoin.

—Sí, muchacha. Pero por ahora, son el mismo mundo, y eso es lo único que puedo soportar pensar ahora.

* * *

Pensé en esas palabras mientras cabalgaba delante de él, ahora a poca distancia de llegar de regreso al castillo de Conall, que ya se divisaba a lo lejos. Me sorprendió cuánto podía identificarme con lo que él había dicho. A mí también me resultaba difícil pensar en la separación de nuestros mundos.

Afortunadamente, Eoin tiró de las riendas de Griffin, frenándolo antes de que pudiera dejar que mis pensamientos se volvieran tan negativos. No dijo nada mientras desmontaba, girándose para bajarme del caballo.

Me arrastró hasta que mi espalda quedó contra el tronco de un árbol y su boca estuvo sobre la mía.

Después de besarme despiadadamente, se apartó con los ojos ávidos. —Cuando regresemos al castillo, todos estaremos ocupados con los preparativos. No quiero terminar este constante compañerismo contigo, y debo tomarte una vez más antes de que lleguemos al castillo.

Me estiré hacia adelante para atraerlo hacia mí, cumpliendo con gusto su deseo.

* * *

Dios, deseaba poder pasar su vida enterrado profundamente dentro de ella. Se inclinó hacia adelante, inhalando profundamente el aroma de su cabello mientras la brisa lo elevaba ligeramente hacia él. Cada vez que le hacía el amor, se encontraba deseando ir más profundo, reclamar cada centímetro de ella, fundirse con ella para que fuera suya para siempre.

En experiencias pasadas había descubierto que una vez que se acostaba con una muchacha su fascinación desaparecía, que tenerla por una noche era suficiente. No con Bri. Ella había capturado una parte de él que nunca le había entregado a nadie, y si la dejaba ir, sabía que ella se llevaría esa parte consigo cuando regresara a su hogar.

La apretó con fuerza por la cintura mientras tiraban de las riendas en los establos donde Kip los esperaba, listo para ocuparse del fatigado Griffin.

Mientras se dirigían al castillo, tomados de la mano, Eoin divisó a Mary esperando en la entrada. Mary lo fulminó con la mirada al verlo y rápidamente llamó a Bri para que se uniera a ella, pues había algo que quería discutir con ella.

Sabiendo que no debía negarse a Mary, Eoin apretó la mano de Bri, animándola a que lo dejara solo. Mientras las dos mujeres entraban al castillo, la preocupación empezó a crecer en él. Fuera lo que fuera lo que Mary le iba a decir a Bri, tenía el presentimiento de que no significaría nada bueno para él.

CAPÍTULO 30



Sin duda estaba a punto de meterme en problemas. Por qué, no tenía idea. Pero por la expresión en el rostro de Mary, me daba cuenta de que no estaba nada feliz de vernos de vuelta en el castillo.

No me soltó la mano, ni dejó de moverse hasta que llegamos a la sala de hechizos de Morna, en las profundidades del castillo. Una vez dentro, me soltó y señaló el taburete de madera que estaba en la esquina.

—Siéntate.

Finalmente comprendí cómo se sentían mis alumnos de jardín de infantes cuando tenían que quedarse sentados durante el recreo. —¿Está todo bien, Mary?

—No, muchacha. ¿Qué crees que estás haciendo exactamente, tú?

Por más que lo intentaba, no lograba descifrar de qué estaba hablando. —No creo que esté haciendo nada. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa a mí, muchacha? ¿Qué te pasa a ti? Tú y Eoin andaban en malos pasos mientras estaban fuera, y no hagas el intento de decirme que no fue así.

No pude reprimir una sonrisa. —Define «malos pasos».

—¡Ach! Pues que han estado encamándose y disfrutando cada momento, ¿no es cierto?

No había razón para que me sintiera culpable por mis recientes actividades con mi especie de esposo, pero Mary estaba logrando rápidamente que me sintiera así. Al instante, me puse a la defensiva. —No creo que eso sea asunto tuyo, Mary.

—Oh, ¿no crees que lo sea? Bueno, perdóname, pero mientras tú estabas fuera, todo el castillo se ha estado desviviendo tratando de encontrar el anillo para el hechizo para que puedas volver a casa, y tú vas por ahí actuando como si no quisieras irte.

—Sí quiero ir a casa —hice una pausa, insegura de si creía mis propias palabras—. Creo.

—Sí, ahí lo tienes, muchacha. Esa es la primera verdad que has dicho. No sabes si quieres volver a casa. ¿Y te gustaría que te dijera por qué es eso, muchacha?

—Estoy bastante segura de que me lo vas a decir de todos modos —sonreí, pero ella no parecía divertida.

—Sí, eso haré, muchacha. No sabes si quieres volver a casa porque te has permitido enamorarte de Eoin. ¿Cómo pudiste ser tan tonta? Sabes que no puede ser así.

Me puse de pie, sintiéndome enojada e inexplicablemente al borde de las lágrimas. —No es como si hubiera tenido la intención de enamorarme de él, Mary. ¿Lo has visto? No creo que haya tenido mucho que decir al respecto. ¿Y por qué no puede ser así? Si luzco exactamente como Blaire, ¿cuál es el problema de que me quede?

—¡Ach, muchacha! No conozco bien a la chica, pero supongo que Blaire está lista para volver a su casa. Estoy segura de que debe estar muerta de miedo al estar atrapada en tu extraño tiempo, ¡donde lo más probable es que la hayan obligado a vestirse con telas que se le suben entre las piernas! ¡Sin mencionar que tu propia madre está desesperada por tenerte de vuelta!

Sentí que el corazón casi se me detuvo ante la mención de mi madre. —¡Espera! ¿Por qué dices eso de mi madre?

Mary tomó el libro de hechizos, que aún yacía abierto sobre la mesa, y me lo puso enfrente.

—Ella te escribió. Mira alrededor de los bordes del hechizo. Lo noté cuando estaba aquí abajo buscando el maldito anillo. Una caligrafía que no reconocí me llamó la atención. No podía leerla, por

supuesto, pero hice que Arran viniera a ver, y él me dijo lo que ella decía. Ella también está trabajando en el hechizo, Bri. Y ella también necesita el anillo. Está muerta de preocupación pensando que podrías no estar a salvo.

Sostuve el libro ante mí, leyendo las palabras de mi madre una y otra vez, con una mezcla de emociones inundándome. Me electrizaba saber que estaba a salvo y que había descubierto que el hechizo era la clave para intercambiarnos a Blaire y a mí de regreso. También me horrorizaba saber lo preocupada que debía estar por mí, y estaba segura de que habría pasado cada segundo buscando la forma de recuperarme.

—¿Cómo crees que pudo hacer esto, Mary?

—No lo sé, muchacha. Quizás la magia del libro permitió que la escritura apareciera.

—¿Crees que funcione en ambos sentidos? Necesito dejarle saber que estoy a salvo y que también estoy buscando el anillo —abracé el libro con fuerza contra mi pecho, como si al acunarlo estuviera aferrándome a un pedazo de mi madre.

—No veo por qué no. No te costará nada intentarlo. Pero, ¿lo dices en serio, muchacha? ¿De verdad estás buscando el anillo?

Entendí bien lo que quería decir. Ella parecía comprender mis sentimientos mejor que yo misma, y sabía que una parte de mí no quería volver a casa.

—Sí, Mary. Estoy buscando. Sé que tenemos que encontrar el anillo. No puedo negar lo que siento por Eoin, pero no se lo diré. Es demasiado egoísta de mi parte quedarme aquí. Mi mamá merece tenerme de vuelta. Blaire merece la oportunidad de poder regresar a su hogar. Y además, dudo que Eoin sienta lo mismo.

Mary se acercó y me acarició la mejilla con el pulgar de manera maternal. —Ach, muchacha. Creo que él sí te quiere como tú a él. Por eso me angustió tanto verlos caminando hacia el castillo tan felices el uno con el otro. No quiero que esto los lastime a ambos.

—Ya es demasiado tarde para eso, Mary. Me duele ahora con solo pensarlo.

Mary sonrió mientras se daba la vuelta para dejarme sola en la sala de hechizos. —Lo sé, muchacha. A mí también me duele pensar

que te vas. He llegado a quererte como si fueras una hija. Escríbele a tu madre. Le hará bien saber que estás a salvo.

—Lo haré. Gracias, Mary.

Una vez que se hubo ido y ya no pude oír sus pasos en la escalera que salía del sótano, volví a colocar el libro de hechizos sobre el escritorio y me subí al taburete, encogiéndome con las rodillas contra el pecho mientras escondía la cabeza y lloraba.

No estaba acostumbrada a permitir que mis emociones me afectaran de forma tan drástica. Al haber vivido sola durante tanto tiempo, me había habituado a alejar a cualquiera que se atreviera a interrumpir mis rutinas establecidas y la vida cómoda, aunque solitaria, que me había creado. Si me permitía sentir demasiado, me volvía vulnerable, y ese era un sentimiento contra el que mi personalidad controladora se rebelaba por completo. De ahí que ninguno de los innumerables hombres con los que Mitsy me había concertado citas pasara de la tercera salida.

Entonces, ¿cómo es que Eoin había logrado colarse en los confines de mi corazón tan fácilmente? No lo sabía, pero lo amaba. Lo sabía sin ninguna duda. Pero también sabía que no importaba. Esta decisión afectaba las vidas de demasiadas personas, y yo no podía ser tan egoísta como para considerar solo mi propio corazón.

Si no hubiera nadie más involucrado —ni mi madre, ni Blaire, ni Arran y su amor por Blaire—, dejaría de buscar el anillo con gusto y me quedaría aquí para siempre. Pero ese no era el caso, y ninguna cantidad de lágrimas iba a cambiar eso.

Secándome los ojos con la manga del vestido, estiré las piernas y me puse de pie para ir a buscar una pluma y un tintero con los cuales escribir un mensaje de respuesta a mi madre.

Los encontré rápidamente y, dejando todo el espacio que pude alrededor de los bordes del hechizo para que pudiéramos seguir comunicándonos si el mensaje funcionaba, escribí simplemente: *«Estoy a salvo, mamá. Aún no hemos encontrado el anillo, pero estamos buscando. Cuida a Blaire. Sé que debe estar lista para volver a casa. Te amo. Escríbeme de vuelta si recibes esto».*

Inhalando profundamente para contener los restos de las lágrimas que aún querían salir, me di la vuelta y salí de la habitación,

dejando el mensaje para que mi madre lo viera.

Era hora de encontrar ese maldito anillo. O, al parecer, todos moriríamos en el intento.

CAPÍTULO 31



—Adelante. —El golpe lo sobresaltó. Había esperado que lo dejaran solo hasta la mañana. Cuando Arran entró por el umbral, Eoin estuvo seguro de que su rostro reflejó su decepción. Una parte de él había esperado que Bri lo buscara antes de dormir.

—¿Puedo hablar contigo un momento, hermano? —Arran cruzó la habitación y se detuvo para sentarse en una de las dos sillas situadas frente a la chimenea del cuarto.

Eoin se le unió, sentándose enfrente. —Por supuesto. ¿Cómo fueron las reuniones y el entrenamiento mientras estábamos fuera?

—Todo salió bien. Todos en la aldea han sido informados y están trabajando juntos para reforzar las defensas. Toda la gente que vive fuera de los terrenos del castillo vendrá a quedarse en el castillo la misma noche que los hombres de Kinnaird y MacChristy. Dejaremos la aldea vacía para que no tengan a nadie a quien atacar allí.

—Bien. Con ambos clanes viniendo, no estoy tan preocupado por el ataque inminente. ¿Cómo ha estado el fugitivo? ¿Está trabajando bien para Kip? —Eoin se inclinó sobre el costado de la silla y, agarrando un atizador, avivó el fuego que se apagaba.

—Sí. Kip dijo que no le ha dado problemas, pero hay poco para mantenerlos ocupados a ambos. Se lo pedí prestado para una tarea una vez mientras tú estabas fuera. En realidad, por eso vine a hablar contigo.

Con el fuego ardiendo de nuevo a plena llama, Eoin devolvió el atizador a su sitio y se recostó en su asiento para mirar a su hermano a los ojos. —¿Ah, sí?

—Pasé algún tiempo buscando el anillo que necesitas para el hechizo. Lo encontré. Estaba enterrado con nuestro padre. —Arran estiró la mano y lo puso en la mano de Eoin.

—Arran... dime que no lo hiciste.

Arran se puso a la defensiva. —Bueno, yo no fui capaz de hacerlo, así que hice que el muchacho recuperara el anillo una vez que desenterramos a Padre. Tenías que saber que ahí era donde estaba el anillo. Era el único lugar donde aún no habíamos buscado.

—Sí, no mentiré diciendo que no sabía que era una posibilidad. Pero creo que ya no lo necesitamos.

—¿No lo necesitamos? ¡Cristo, Eoin!, ¿te has vuelto loco? La muchacha no puede quedarse aquí.

Eoin hizo una mueca cuando el pensamiento de que ella se marchara le provocó un dolor incómodo justo debajo de las costillas. —Sí, puede. Es mi esposa, Arran, supiera yo que era con ella con quien me casaba o no. Si no hubieras ido a arrancar el anillo del dedo muerto de nuestro padre, entonces ella no habría tenido opción. No puedo perderla, Arran. No voy a darle el anillo.

Arran caminó por la habitación como si estuviera escandalizado por las palabras de Eoin. —¡No tienes opción, Eoin! Sé que te importa la muchacha, pero no es justo dejar a Blaire allá. No te dejaré hacerlo.

—Tú no tienes voz ni voto en esto, Arran. ¿Y por qué te importa dejar a Blaire donde está? Es una muchacha despreciable. —Eoin observó a Arran merodear por la habitación, luchando por contener su rabia. La pasión de Arran sobre el tema lo confundía enormemente.

—Blaire no es tan mala, Eoin. ¿Qué te hace pensar que Bri ya no quiere volver a casa? ¿Te ha dicho eso?

La pregunta lo desconcertó. Hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza que ella no quisiera quedarse. Sabía que había intentado que sonara como si supiera que ella planeaba irse una vez

que encontraran el anillo, pero en el fondo pensaba que ella elegiría no irse.

Pero Arran tenía razón. Ella nunca le había dicho nada sobre quedarse aquí. Aun así, le había demostrado con su afecto cuánto le importaba él.

—No, pero no creo que esté muy preocupada por encontrar el anillo ahora. No le importará tener que quedarse.

—¿De verdad lo crees? Ve a ver dónde está ahora mismo, Eoin. La encontrarás en la sala de hechizos, buscando desesperadamente el anillo que tienes en la mano. Nunca te perdonará si se lo ocultas. Al menos se le debe dar la opción.

Eoin se quedó mirando el anillo, sin levantar la vista mientras la puerta de su alcoba se cerraba de un golpe ante la abrupta partida de Arran.

Seguramente Arran se equivocaba. Después del largo viaje de regreso desde el castillo Kinnaird, la muchacha estaría demasiado cansada para buscar el anillo esta noche. Y después de la forma en que había gritado en sus brazos, dejando que él la sostuviera durante la noche, ¿acaso querría hacerlo siquiera?

No importaba realmente. Incluso si todavía deseaba volver a casa, sabía que no podría obligarse a dejarla ir. Ella había capturado su corazón por completo y él no quería pasar su vida con ninguna otra. Si ella no lo amaba ya, podría hacer que lo amara con el tiempo.

Solo tenía que asegurarse de que ella no se enterara de que Arran había encontrado el anillo.

Con la tarea de volver a esconder el anillo en mente, salió de su alcoba para dirigirse al muro exterior del castillo, con la intención de arrojarlo al océano. Se detuvo brevemente ante la puerta de la alcoba de Bri, esperando captar algún sonido de ella moviéndose por la habitación.

Al no oír nada, levantó silenciosamente el picaporte para echar un vistazo al interior, esperando verla durmiendo profundamente en la gran cama. No estaba allí. Se le hundió el corazón al ver la habitación vacía. Cambiando de dirección, se dio la vuelta para dirigirse a la sala de hechizos en su búsqueda.

Mientras descendía al sótano del castillo, se encontró deseando que ella no estuviera allí tampoco. Deseaba desesperadamente que Arran estuviera equivocado.

La oyó moverse por la habitación antes de verla. Levantando libros frenéticamente y rebuscando entre los estantes, ella dio un salto cuando él le habló. —Deberías estar en la cama durmiendo, muchacha. Ha sido un día largo.

—Eoin. Cielos, me asustaste muchísimo. ¿Qué haces aquí abajo?

—Fui a verte a tu alcoba, pero no estabas allí.

—Oh. Sí. Estoy a punto de irme a dormir. Espera y subo contigo. —Ella sopló la vela y buscó su mano en la oscuridad.

Él la tomó mientras caminaba hacia la escalera al otro lado del sótano. —¿Qué estabas haciendo, muchacha?

—Solo revisando las cosas en la sala de hechizos, buscando el anillo.

Las palabras lo atravesaron, como si ella le hubiera clavado una daga directamente en el corazón. No podía mantener a la muchacha aquí contra su voluntad. Arran tenía razón. Sabía que tenía que darle una opción.

Se detuvo y la atrajo hacia sí justo antes de entrar en la escalera. La rodeó con sus brazos, besando la coronilla de su cabeza mientras ella murmuraba contra su pecho.

—¿Está todo bien, Eoin?

—Sí, muchacha, todo está bien. Mañana por la tarde, ¿me acompañarías a algún lado? Me gustaría sorprenderte con algo.

Sintió la sonrisa de ella contra su pecho. —Por supuesto. Me encantan las sorpresas.

Mañana se lo contaría todo; le diría que encontró el anillo, le diría que la amaba, le diría que no quería que se fuera. Pondría su corazón en sus manos. Y la elección sería de ella.

CAPÍTULO 32



Me desperté temprano a la mañana siguiente, ansiosa por ir a la sala de hechizos para ver si el mensaje había funcionado y si mamá había respondido. Hice todo lo posible por no hacerme ilusiones, pero no sirvió de mucho mientras me ponía el vestido más sencillo que tenía y me apresuraba a bajar al sótano.

Llevando la linterna de mi habitación, encendí con la llama las velas esparcidas sobre la mesa de trabajo y esperé a que la habitación se iluminara mientras echaba un vistazo nervioso al pergamino.

Había funcionado; sonreí y deslicé mi dedo sobre sus trazos mientras leía las palabras en voz alta para mí misma:

—Dulce Madre de Dios, me alegra saber que estás a salvo, mi niña. Estoy segura de que uno de nosotros encontrará el anillo, y lograremos que los dos estén intercambiados de nuevo pronto. Ahora que sé que estás bien, puedo decirte lo celosa que estoy de que estés allí, conociendo y viviendo con las mismas personas sobre las que he pasado mi vida intentando aprender. No puedo esperar a escuchar todas las

historias maravillosas que debes tener. Te extraño, cariño, y te amo más de lo que jamás sabrás.

Sin duda era mamá. Escribía tal como hablaba, y me alivió un poco la ansiedad saber que ella ya no estaría tan preocupada por mi seguridad. Estaba estirando la mano para agarrar la tinta y la pluma para responder cuando una caligrafía diferente a las demás en la página me llamó la atención.

Garabateadas en letras finas junto a mi primer mensaje para mamá, las palabras eran tan diminutas que casi las pasé por alto. Estaba segura de que Blaire las había escrito, y las palabras hicieron que se me cortara la respiración.

Justo al lado de mi propia mención sobre cuánto sabía que Blaire debía de estar lista para volver a casa, ella había escrito:

—No puedo volver. Quiero quedarme aquí.

Me senté en el banco frente a la mesa y leí sus palabras una vez más para estar segura. Una emoción incontrolable se extendió por todo mi ser mientras asimilaba sus palabras por cuarta y quinta vez. Si Blaire no quería regresar aquí, ¿había realmente alguna razón por la que yo tuviera que irme?

Ya sabía en el fondo de mi corazón que no quería volver a casa. Por extraño que pareciera, yo encajaba aquí en este tiempo, con estas personas, con Eoin. Pero no podía obligarme a tomar esa decisión por los demás involucrados. No podía negarle a Blaire el derecho de volver a su hogar, no podía negarle a Arran la oportunidad de ver a la mujer que amaba de nuevo, y no podía negarle a mi madre saber que yo estaba bien.

Ahora que podía comunicarme con mamá, sin importar lo limitada que fuera la forma, ella al menos sabría que yo estaba a salvo y feliz. Eso era todo lo que quería para mí de todos modos, y si sabía que había encontrado la felicidad aquí, podría hacer las paces con eso con el tiempo.

Sería difícil para Arran aceptar la ausencia de Blaire, pero si su escritura servía de indicio, no me parecía que ella correspondiera sus sentimientos. Quizás sería más fácil para él seguir adelante creyendo que ella todavía lo amaba pero que no podía volver a casa, en lugar de tenerla de vuelta y descubrir que no era deseado.

Había salido de la sala de hechizos la noche anterior con el corazón dolido, sabiendo que cada vez que me durmiera, despertaría con un día menos para pasar aquí. Hoy, la posibilidad de poder pasar todos mis días aquí me tenía al borde de la más pura euforia.

Pero todavía había un factor que no estaba teniendo en cuenta. Estaba asumiendo, muy probablemente de forma tonta, que Eoin quería que me quedara. Él era amable, atento, cariñoso y aparentemente se entristecía cuando el tema de mi partida surgía en la conversación. Dicho esto, sabía que el hecho de que él fuera a extrañarme y el hecho de que quisiera que me quedara a su lado para siempre eran dos cosas muy diferentes.

Yo no era la mujer que él había aceptado o con la que pensaba que se había casado. Y aún no había expresado verbalmente sus sentimientos por mí. ¿Estaba dispuesta a volverme tan vulnerable ante él diciéndole cuánto lo amaba, qué desesperadamente deseaba no dejarlo, con la esperanza de que correspondiera a mis sentimientos?

La idea me aterraba, pero no veía que tuviera otra opción. Me conocía lo suficiente como para saber que el arrepentimiento que sentiría por no correr el riesgo sería mucho más doloroso que el desamor que sentiría si él no me quisiera en su vida.

Lo amaba demasiado como para dejarlo. Ya fuera que tuviéramos años para amarnos o solo unos días, atesoraría mi tiempo con él para siempre.

No estaba segura de a dónde me llevaría esta noche, pero me daría la oportunidad perfecta para decirle que ya no quería volver a casa.

Con mi decisión tomada, salí nerviosa de la sala de hechizos y fui en busca de Mary. Iba a ser un manojo de nervios todo el día, y sabía que ella me mantendría ocupada. Además, tal vez podría

ayudarme a encontrar un vestido más sexy. Iba a necesitar toda la ayuda posible para mantener la compostura.

* * *

ARRAN YA HABÍA SUPERADO su punto de ebullición, y su furia por el egoísmo de Eoin lo tenía listo para saltar sobre el primer bastardo que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino. Desafortunadamente para él, fue Kip sobre quien decidió descargar su ira. No podría haber tomado una decisión peor.

Era temprano por la tarde cuando Arran salió furioso del castillo, planeando tomar un poco de aire fresco. Mientras caminaba hacia los establos, vio al fugitivo de Kip caminando tranquilamente en dirección a la aldea. Era la única excusa que necesitaba.

Haciendo tanto ruido como pudo, entró por la puerta lateral de los establos, sabiendo que eso atraería la atención de Kip. Kip sostenía una horca y estaba maniobrando el heno hacia los diferentes establos.

—¿A dónde diablos dejaste que se fuera, Kip?

Fue recompensado con un golpe justo en medio de la frente cuando Kip adelantó el extremo del palo de madera, estrellándolo contra su cara.

—A ver, ¿qué dijiste, Arran? Creo que por un momento pensaste que estabas hablando con alguien más.

Frotándose el lugar ahora rojo y dolorido entre las cejas, Arran se sonrojó de vergüenza por su comportamiento. —Lo siento, Kip. No estoy del mejor humor. Ahora bien, ¿a dónde se ha ido el muchacho? ¿No lo necesitas hoy?

—Dijo que tenía algunos recados que atender en la aldea y no vi ningún daño en dejarlo ir. No lo necesito nunca, hago un buen trabajo dirigiendo el establo yo solo.

Arran asomó la cabeza por la puerta del establo para asegurarse de que todavía podía verlo a lo lejos. —¿Confías en él, Kip?

El anciano dejó de juguetear con el heno y se apoyó contra la puerta del establo mientras hablaba con Arran. —El muchacho no

me ha dado motivos para no hacerlo, y creo que es mejor dejar que la gente te demuestre que estás equivocado antes de andar desconfiando de todo el mundo.

—¿Ah, sí? Bueno, yo no soy tan buen hombre como tú, Kip. — Arran dio media vuelta y siguió el sendero que llevaba a la aldea. El fugitivo no tramaba nada bueno. Arran podía sentirlo e intentaba averiguar de qué se trataba.

CAPÍTULO 33



—No voy a bajar más el escote. ¿Es que no quieres que se queden dentro del vestido?

Puse los ojos en blanco mientras miraba el modesto corte en V que me había tomado casi toda la tarde convencer a Mary de que le hiciera al vestido. —Ni siquiera está tan bajo, Mary, pero para responder a tu pregunta, no me preocupa mucho que se queden dentro del vestido por mucho tiempo.

—Oh, calla, muchacha. Harás que una vieja se sonroje con esa charla. Me alegra que hayas decidido quedarte, pero no necesitas estos arreglos para atraer a Eoin y que quiera tenerte cerca.

—No estoy intentando atraerlo. Estoy intentando sentirme lo más linda posible para tener confianza antes de decirle lo que tengo que decirle. Sin maquillaje ni plancha para el pelo, una chica tiene que hacer lo que una chica tiene que hacer por aquí.

—Está bien, muchacha, pero por favor dime que decidiste no usar ese extraño objeto que traes bajo la camisa cuando estás en la sala de hechizos.

Sonreí y estiré la mano para agarrar mi sostén de encima de la cama. —No, Mary. Definitivamente voy a seguir usando mi sostén. Él ya sabe que no soy de aquí, así que no será una gran sorpresa para él ver algo raro en mí. Además, las levanta, y se verán mejor en el vestido. Mira.

Me giré para quedar de espaldas a Mary, bajándome discretamente el vestido de los hombros para que mis pechos quedaran libres y pudiera acomodarlos en su lugar con el sostén. A regañadientes, Mary me había lavado toda mi ropa moderna. Habían empezado a oler bastante mal después de semanas de no ver una lavadora.

Poniéndome el vestido de nuevo, la enfrenté triunfante. Mis pechos llenaban perfectamente el nuevo corte en V del vestido, y el escote era justo lo suficiente para llamar la atención, sin revelarlo todo por completo. —¿Qué te parece?

Incluso Mary no pudo ocultar su asombro ante la diferencia que hacía. —Vaya, muchacha. Me arrepiento de lo que dije antes. ¿Crees que podríamos hacerme uno? Creo que subestimé el tamaño de tus pechos, muchacha. Están bastante más altos ahora.

—Te lo dije. Y apuesto a que podrías diseñar algo que funcionara de la misma manera. ¡Mira nomás lo que has hecho con este vestido! —Di una vuelta, sintiéndome delicada y hermosa, y mis nervios disminuyeron un poco hasta que escuché un golpe en la puerta.

—Ay, muchacha, ahí está él. —Hizo una pausa y se acercó para poner una mano en cada uno de mis hombros—. No te preocupes, muchacha. Si te dice algo distinto a lo que quieres oír, entonces no conozco al muchacho tan bien como creo. —Me dio un breve abrazo y me sorprendió dándome una palmadita rápida en el trasero—. Y te ves hermosa. Que te diviertas.

Con eso, le abrí la puerta y, mientras él tomaba mi mano, lo seguí afuera.

* * *

¡Vaya, la muchacha se veía hermosa! ¿Pero qué le había hecho a la parte superior de su vestido? ¿Acaso quería que la tomara ahí mismo, a mitad del pasillo? No, no se permitiría poseerla hasta que le hubiera dicho todo lo que necesitaba, y ella lo hubiera elegido como suyo.

Si ella lo rechazaba, la llevaría a hacer el hechizo esta misma noche. No creía que pudiera soportar que se quedara aquí ni un momento más si sabía que ella no lo deseaba de la misma forma en que él anhelaba tenerla.

Era una caminata larga hasta la cueva en la base de la orilla, y estaba ansioso por llevarla allí rápidamente. Cada segundo de incertidumbre era más tortuoso que el anterior. Era una tarde fría, pero la pequeña cueva bloqueaba el viento y ofrecía un lugar perfecto desde el cual observar las olas mientras subía la marea.

Mientras la guiaba sobre la arena, sonrió cuando ella se detuvo para levantarse el vestido, recogiéndolo en sus brazos y revelando la piel pálida de sus piernas. No conocía a otra muchacha que expusiera sus piernas al caminar sin ninguna vergüenza, pero no esperaba menos de su extraña muchacha, y amaba cada cosa rara de ella.

Solo podía esperar que ella lo amara a cambio. Mientras la guiaba al interior de la cueva iluminada por velas, respiró profundamente el aire salado del océano para cobrar valor. Era hora de que la verdad se supiera.

* * *

Eoin no dijo nada mientras nos alejábamos del castillo, y aunque yo sabía que nos dirigíamos a la orilla, no dio pistas de a dónde me llevaba.

Parecía nervioso, y eso no ayudaba en nada con mis propios nervios. Una parte de mí se preguntaba si me estaba llevando a rastras para decirme en privado lo listo que estaba para que yo regresara a casa. Era fácil para mi mente derivar siempre hacia el peor escenario.

Cuando llegamos a la arena, me solté de su agarre, disculpándome mientras me quitaba los zapatos y recogía la parte inferior de mi vestido. No me importaba lo ridícula que me viera caminando por la arena con la tela amontonada en mis brazos; no

iba a ensuciar este vestido después de todo el trabajo que Mary le había dedicado. Me habría matado, sin duda.

Estaba oscureciendo en la playa, y me encontré esperando que llegáramos pronto a nuestro destino. En una película de terror, este era exactamente el punto en el que el hombre se daría la vuelta y me mataría, arrojando mi cuerpo a las olas que se acercaban.

Finalmente, entramos en una estrecha cueva escondida a lo largo de la costa rocosa al fondo de la playa. Estaba llena de velas, que iluminaban el refugio circular. Y con una variedad de cojines y mantas sobre una repisa de roca cerca de la parte trasera, la mayoría de mis miedos se disiparon. Era un entorno romántico, no el tipo de lugar al que llevarías a alguien antes de echarlo, ni el tipo de lugar al que llevarías a alguien antes de tirar su cuerpo sin vida al océano.

Dentro de la cueva, el suelo era rocoso, y sin el temor de que la arena se quedara atrapada en el vestido, relajé los brazos y dejé que cayera hasta mis pies una vez más. Eoin sonrió y tomó mi mano mientras me guiaba hacia las mantas al fondo de la cueva. Una vez que me hube acomodado encima y me situé junto a él, se volvió hacia mí para hablar.

—Muchacha, necesito confesarte algo, pero no estoy muy seguro de poder animarme a decírtelo.

Tal vez me equivoqué sobre lo de que esto fuera romántico. Tal vez estaba a punto de decirme que amaba a alguien más y que estaba listo para que yo me fuera a casa para poder seguir con su vida. Un millón de pensamientos pasaron por mi mente mientras todo el miedo de antes regresaba de golpe, y de repente me sentí tonta por pensar que sería lo suficientemente valiente como para decirle que lo amaba.

En cambio, le apreté la mano, animándolo a que lo soltara de una vez. —Está bien. Tienes que decírmelo ahora. Solo suéltalo.

Él pudo ver que yo estaba temblando, más por los nervios que por el frío, pero no pudo notar la diferencia. Educadamente, me envolvió los hombros con una de las mantas.

—Muchacha, sé que has estado buscando el anillo para poder irte a casa. Mientras estábamos fuera, Arran lo encontró.

—¿Lo hizo? —Conmocionada, traté de normalizar mi expresión mientras él continuaba.

—Sí —hizo una pausa para sacarlo y me lo tendió, terminando por dejarlo entre nosotros cuando no estiré la mano para tomarlo—. Casi lo tiro al océano.

—¿Qué hiciste qué? —El tono de mi voz fue extrañamente alto y chillón, haciéndome sonar enojada en lugar de sorprendida.

—Sí, muchacha. Lo siento mucho, pero no quería darte el anillo. Sé que no puedo ocultártelo, pero me gustaría preguntarte algo antes de dejar que te lo lleves.

—Por supuesto. —Mi corazón volvió a latir cuando la esperanza comenzó a trepar a través del miedo enraizado en mi estómago.

—No te vayas, muchacha. —Apretó mis manos con fuerza entre las suyas, y yo estaba segura de que mi corazón iba a estallar de felicidad—. Me he enamorado de ti, Bri, y no deseo separarme de ti. Si no me amas, te daré el anillo, pero no podía dejar que te fueras sin decírtelo.

Mi voz se quebró mientras le hablaba, y una lágrima se escapó de mi ojo izquierdo. —No.

Él no me dio oportunidad de terminar. —Siento muchísimo haberte ocultado el anillo, muchacha. Es que no estaba listo para dejarte ir.

Liberé mis manos y alcancé a tomarlo por la cara. —No, escucha. Déjame terminar.

Él dejó de hablar, apretando los labios de forma extraña como un pez, y no pude evitar reír.

—No es tan gracioso, muchacha. Me estás rompiendo el corazón. Solo te pido que lo hagas rápido.

—Cállate. Es gracioso. Tu cara se ve ridícula. Quise decir «no», no estoy enojada contigo. Yo también tenía algo que decirte esta noche.

—¿Ah, sí?

—Iba a decirte que quería dejar de buscar el anillo. No puedo irme de aquí. Este es mi hogar ahora y me he enamorado de todos. De Mary, de Kip, de Arran, de Griffin, incluso de ti. —Le guiñé un ojo antes de continuar—: Antes, solo pensaba que tenía que volver por

mi madre y por Blaire. Ella merecía la oportunidad de regresar a su hogar, pero no la quiere.

—¿Cómo lo sabes, muchacha?

—Es el libro de hechizos. Podemos escribirnos mensajes que cruzan a través del tiempo. Mi madre sabe que estoy a salvo aquí, y mientras lo sepa, estará bien con mi decisión. Y Blaire dijo que quiere quedarse. Eso significa que soy libre, Eoin. Soy libre para quedarme contigo. ¿Si tú me aceptas?

—¿Si te acepto, muchacha? ¿Acaso no acabas de oír lo que te dije? Te aceptaré a ti y solo a ti.

Entonces nos fundimos el uno en el otro, nuestros labios encontrándose con ese tipo de júbilo que surge al saber que tus sentimientos son correspondidos por quien amas.

Me desvistió lentamente, maravillándose con mi sostén mientras contemplaba el encaje azul.

—¡Vaya, muchacha! No pensé que fuera posible que el pecho de una muchacha se viera tan maravilloso estando cubierto. ¿Se acostumbra usar tal material en tu tiempo?

—Sí, pero por el amor de Dios, quítamelo de una vez.

—Como desees, amor.

Y mientras me tomaba en sus brazos, mecimos nuestros cuerpos juntos contra las piedras en un movimiento que imitaba el chocar del agua contra la arena, expresando nuestro amor el uno por el otro durante la noche.

CAPÍTULO 34



Arran se acuclilló detrás del primer edificio en las afueras de la aldea, asomándose por la esquina mientras observaba al fugitivo esperar a que alguien se le uniera afuera de la taberna. El muchacho metió la mano en un pequeño bolso que llevaba colgado al hombro y sacó un objeto que había envuelto en una tela.

Arran sabía que había tenido razón al seguirlo. El joven no había tenido oportunidad de adquirir nada para comerciar, a menos que se lo hubiera robado a Kip o de alguna otra zona del castillo.

Solo pasaron unos momentos antes de que un hombre al que Arran nunca había visto saliera de la taberna y extendiera una mano en dirección al fugitivo. Observó cómo hablaban en voz baja durante unos instantes, terminando su conversación cuando el fugitivo le dio una palmada al extraño y le entregó el objeto desconocido.

Arran no lograba encontrarle sentido a la extraña transacción, pero sabía que acababa de presenciar cómo el fugitivo los traicionaba.

Mientras veía al fugitivo darse la vuelta para regresar hacia el castillo, Arran retiró la cabeza de la esquina, ocultándose de la vista de cualquiera que pasara. Esperó hasta que el muchacho pasó junto a él, luego corrió rápidamente por detrás y le propinó un golpe con el puño en la nuca. Arran sujetó al hombre por la cintura, cargando su cuerpo inconsciente sobre el hombro.

Llevaría al traidor a la mazmorra y le sacaría la verdad a ese bastardo mentiroso por cualquier medio necesario.

* * *

Me movía por la sala de hechizos, guardando libros y materiales por lo que esperaba que fuera la última vez. Con la decisión tomada de que me quedaría, y conociendo ahora la ubicación del anillo, no veía razón alguna para dejar la habitación en semejante estado de desorden.

Con cada libro que levantaba, recordaba mis actividades de la noche anterior. Sabía que mi espalda estaba cubierta de moretones por haber sido golpeada contra la superficie rocosa de la cueva, y cada músculo de mi cuerpo me dolía por nuestras acrobacias nocturnas. Nunca había estado tan feliz de sentirme tan incómoda.

Mientras seguía reacomodando libros por la habitación, me di cuenta de que la verdadera razón por la que parecía tan absorta en reorganizar el espacio era que estaba haciendo todo lo posible por posponer lo inevitable. Tenía que escribirle a mamá y dejarle saber que no regresaría a casa.

Estaba completamente segura de mi decisión. Independientemente de las inusuales circunstancias que me habían traído a esta época, me habían dejado exactamente donde debía estar. Dicho esto, no me resultaba nada fácil disponerme a despedirme de mi madre por lo que, con toda seguridad, sería para siempre.

El pensamiento trajo consigo un nudo familiar a mi garganta. El mismo nudo que se había instalado allí cuando asistí al funeral de mi padre, el mismo nudo que me vi obligada a tragar tras poner los ojos en Donal MacChristy.

Sabía que mi madre no se estaba muriendo. Ella sin duda seguiría viviendo una vida feliz, saliendo interminablemente con hombres demasiado jóvenes o demasiado viejos para ella, y viajando por el mundo en cualquier excavación que se le antojara. Pero ella no solo había sido mi madre, sino mi mejor amiga durante toda mi

vida. Y aunque sabía que lo entendería, también sabía que le dolería saber que había elegido no regresar para ser su cómplice.

Una vez que hube reorganizado cada libro de la habitación al menos dos veces, supe que era hora de sentarme y terminar con esto de una vez.

Arranqué un pedazo de pergamino en blanco de uno de los viejos diarios de Morna y ensayé lo que le diría.

Veinticinco borradores después, supe que la realidad era que no importaba lo que escribiera. Iba a dolerle de todos modos. Lo mejor era mantenerlo simple y solo mencionar lo más importante: que estaba a salvo, que era feliz y que esperaba que ella lo comprendiera.

Al final, escribí solo cuatro frases, asegurándome de dejar espacio por si ella quería escribir una respuesta.

—No quiero que dudes nunca de cuánto te amo, mamá, pero lo encontré. ¿Ese amor del que me hablaste en la posada? Él está aquí, y tengo que quedarme con él. Estoy a salvo y soy feliz, y sé que eso es todo lo que siempre has querido para mí—.

Estaba hecho. Y aunque sabía que había tomado la decisión correcta, me había costado la mejor mamá del mundo.

No estoy segura de cuánto tiempo me quedé allí sentada, mirando fijamente a la pared, sintiéndome extrañamente fría y vacía. Me había sentido destrozada cuando mi padre murió en un accidente de bote. Perder a alguien tan de repente te envuelve en una especie de choque negro que tarda años en desaparecer.

De alguna manera, esto parecía más difícil. Era una ruptura igual de repentina, y saber que ella estaba viva y bien, y que seguiría viviendo y compartiendo su ser divertido, ingenioso y salvaje con el mundo, pero no para que yo pudiera presenciarlo, me hacía sentir completamente perdida.

La mano que tocó mi hombro fue mi ancla, y con gusto me volví hacia su abrazo. Él también entendía el dolor de la pérdida, ya que

la muerte de su padre ocurrió poco antes de mi llegada. No me preguntó qué había estado haciendo. Miró alrededor de la habitación ordenada y las palabras en la página, y en silencio se sentó a mi lado, envolviéndome en sus brazos.

Me sostuvo sin decir una palabra, acariciando silenciosamente mi espalda, inclinándose de vez en cuando para plantar un suave beso en la coronilla, haciéndome saber que estaba allí para lo que yo necesitara.

Finalmente, me separé y logré una sonrisa para asegurarle que no estaba reconsiderando mi decisión. Él me devolvió la sonrisa y buscó mi mano.

—Sé que tal vez no sea lo habitual. Mis padres mantuvieron alcobas separadas durante todo su matrimonio, pero ¿qué te parecería mudarte a mi alcoba? No me gusta la idea de que estés tan lejos. Quiero dormirme cada noche contigo a mi lado, envuelta en mis brazos—.

Me puse de pie y lo atraje hacia la puerta. —Me encantaría. Ya le había preguntado a Mary esta mañana si podría pedirle a alguien que moviera mis pertenencias al otro lado del pasillo. En mi época, sería inusual que no compartiéramos una habitación. Además, no quiero estar sola esta noche—.

CAPÍTULO 35



Castillo Kinnaird

—¿Qué es lo que quiere el muchacho conmigo? —Ramsay salió marchando de su alcoba, furioso de que alguien se atreviera a tener el descaro de presentarse sin previo aviso.

—No lo sé, señor. Todo lo que dijo fue que debía verlo de inmediato. Tenía un objeto para entregarle.

—Más vale que ese maldito estúpido me traiga la cabeza de Eoin Conall en una pica si va a despertarme a estas horas. —Ramsay entró de golpe en el estudio, donde el padre de sus dos mozos de cuadra aguardaba incómodo al fondo de la habitación—. Bueno, ¿qué es lo que posiblemente tienes que consideras justificado para molestarme?

—Yo... me reuní con el hombre que envió al castillo de Conall. Me dio el anillo para que se lo entregara a usted. Dijo que es el sello del difunto Alasdair Conall, y creía que podría serle de alguna utilidad dado que Eoin ha pedido que el clan MacChristy se reúna también en el castillo.

—Dámelo. —Ramsay extendió la mano con avidez hacia el hombre. Sabía que había hecho bien en enviar a aquel hombre. El muchacho era astuto, y acababa de demostrar que valía más de lo que Ramsay había esperado anteriormente. Estudió el anillo,

reconociendo el sello de Alasdair de inmediato—. Gracias, muchacho. Ahora, lárgate.

El rostro del hombre decayó, visiblemente decepcionado por la falta de recompensa, pero se retiró rápidamente, dejando a Ramsay a solas con uno de sus mensajeros en el estudio.

—Vístete con los colores de los Conalls y lleva este anillo al castillo de MacChristy de inmediato. No le des el anillo a nadie más que a Donal, ¿comprendes? No tendrás problemas para conseguir una audiencia; Donal recibirá bien a cualquier Conall. Una vez que le hayas entregado el anillo, dile que Eoin ya no requiere a sus hombres ni su presencia para la batalla. La situación ha sido resuelta y no va a haber un ataque.

—Sí. Por supuesto, señor.

Con un clan menos del cual preocuparse, Ramsay estaba seguro de que su plan para aniquilar a los Conalls tendría éxito. En tres días, reuniría a sus hombres y a todos en el castillo. Juntos marcharían para socorrer a los Conalls, ayudándolos con gusto en sus sangrientas muertes.

* * *

Castillo de Conall

—Te aseguro, muchacho, que no tengo prisa. Con gusto pasaré aquí abajo contigo tantas noches como desees. Pero no nos iremos de aquí hasta que me digas qué fue lo que le diste al forastero en el pueblo y de dónde lo sacaste. —Arran lanzó un puñetazo al estómago del hombre que ahora estaba colgado de ambas muñecas en el centro de la mazmorra.

El fugitivo gimió de dolor cuando una de sus costillas se quebró ante el impacto del puño de Arran—. Ya le dije. El hombre era mi tío, y solo le estaba devolviendo un objeto que él me prestó.

—Mientes. El hombre no era lo bastante viejo para ser tu tío, y no tenías tal objeto cuando llegaste aquí.

—Sí que lo tenía. Lo guardo en mi bolsa. Usted no me registró cuando llegué. Lo he tenido conmigo todo este tiempo.

Arran lanzó otro puñetazo, esta vez golpeando el otro costado del hombre—. ¿Qué era el objeto que te prestó?

—Solo... —el hombre hizo una pausa mientras una tos sacudía su pecho, haciendo que escupiera sangre sobre el suelo de la mazmorra —. Solo era una moneda.

Arran sacudió la cabeza ante el patético intento de mentira del fugitivo, esta vez dirigiendo su puño hacia la mandíbula del hombre. Se frotó la mano mientras el fugitivo escupía algunos de sus dientes —. Como dije. No esperes ver la luz del día hasta que me digas la verdad.

CAPÍTULO 36



Los días posteriores a mi decisión de quedarme aquí transcurrieron en una ráfaga de actividad apresurada, con todos en el castillo y la aldea apurándose para hacer los preparativos para la llegada de los MacChristys y los Kinnairds, así como para prepararse para la inminente batalla.

Era la noche anterior al esperado ataque y, aunque tanto Eoin como Arran parecían seguros de que todo saldría bien, sentí que mi ansiedad aumentaba. Ellos no habían visto las devastadoras ruinas de nuestro hogar, como yo. Y aunque sabía que el hecho de que dos clanes se unieran a nosotros para la lucha aumentaba nuestras posibilidades, saber lo que ocurrió antes me inquietaba y me hacía preguntarme por qué todavía había ruinas en la época de mi mamá, si íbamos a tener éxito en la batalla.

Mamá había respondido a mi mensaje a la mañana siguiente, mostrándose animada como siempre, pero pude ver las manchas de lágrimas en el pergamino donde había llorado. Estaba feliz de que yo fuera feliz, pero estaba tan desconsolada como yo por nuestra separación. Nos escribimos de ida y vuelta durante los días previos a la batalla mientras yo hacía lo posible por asegurarle que el destino de los Conalls ya no sería el mismo ahora que teníamos refuerzos en camino.

Me preguntaba cómo afectaría todo al otro lado de la historia si lográbamos vencer. Esperaba que aún pudiera usar el libro para

comunicarme con mi madre si el castillo nunca terminaba siendo destruido. Si éramos derrotados, en realidad no importaba.

El crepúsculo se había arrastrado sobre el castillo hacía rato y, con cada hora que pasaba, la tensión en todo el recinto aumentaba. Tanto los MacChristys como los Kinnairds ya deberían haber llegado al castillo y, aunque Eoin se esforzaba al máximo por mantener la calma, me daba cuenta de que mi nerviosismo y mi constante deambular no ayudaba en nada a la situación.

Caminé hacia él y puse una mano en su hombro mientras él estaba sentado en uno de los estudios de la planta principal, mirando por la ventana en busca de cualquier señal de la llegada de los clanes. —¿Te gustaría que te dejara solo un rato?

Él estiró la mano, agarró la mía y me jaló para que me sentara en su regazo. —Sí, muchacha. No es que no quiera que estés aquí. Pero no hay necesidad de que te quedes despierta hasta tan tarde preocupándote conmigo. Estoy seguro de que solo se retrasaron y llegarán en algún momento de la noche. Ve arriba a la cama, muchacha, y me uniré a ti una vez que ambos clanes se hayan instalado alrededor del castillo. Me calmará saber que estás profundamente dormida.

Sabía que no dormiría hasta que él subiera a la alcoba, pero estaba haciendo lo posible por decirme cortésmente que me marchara, y no lo culpaba. Inclinándome para darle un beso rápido, me di la vuelta y subí las escaleras.

* * *

Ya era entrada la parte más profunda de la noche cuando Arran le avisó que los hombres de Ramsay estaban casi en el castillo. Eoin se levantó del asiento en su estudio y fue a la entrada del castillo para recibirlos.

Esperaba que Ramsay irrumpiera por las puertas con algún relato elaborado que explicara su llegada tardía y que los tuviera a todos riendo y bebiendo cerveza en cuestión de minutos. En cambio, cuando Ramsay Kinnaird se abrió paso en el vestíbulo principal del

castillo, Eoin supo al instante que algo había salido terriblemente mal.

Ramsay y sus hombres, con la ropa empapada por la lluvia y salpicada de lodo, parecían haber cabalgado duro durante toda la noche. Sus rostros reflejaban pánico y miedo.

Eoin no se molestó en saludar mientras corría a sostener al Laird Kinnaird, quien parecía a punto de desplomarse por el agotamiento.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Qué ha sucedido?

—¡Ay, Eoin! Temo que todos hemos subestimado las fuerzas del Laird MacLyrron. Apenas escapamos a tiempo. Y me vi obligado a traer no solo a mis hombres, sino también a mi hija y a todas las mujeres y niños.

Eoin palideció y de repente se sintió inestable sobre sus pies al asimilar la noticia. —¿Así que no solo planean atacarnos a nosotros? ¿Intentaron atacar tu territorio también?

Ramsay habló entre respiraciones jadeantes y exageradas. —Sí. Creo que dividió a sus hombres y envió la mitad a mi torreón y la otra mitad al de los MacChristy. Porque cuando pasamos por el territorio de Donal... —Ramsay hizo una pausa como si fuera incapaz de terminar.

Una aterradora sensación de pavor se apoderó del corazón de Eoin.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Qué encontraste en lo de Donal? —Eoin condujo a Ramsay hacia la escalera en el centro de la habitación, y ambos colapsaron sobre los escalones de piedra uno junto al otro.

—Los MacChristys no vendrán en nuestra ayuda. Todos han muerto, Eoin. El clan MacChristy ha sido completamente aniquilado. Mujeres, niños, ganado, todo. El Laird MacLyrron no dejó nada vivo. Y ahora se dirige hacia nosotros.

La bilis subió por la garganta de Eoin. Si lo que Ramsay decía era cierto, sus esperanzas de sobrevivir al ataque se reducían enormemente. —¿Crees que con nuestros hombres combinados podamos resistir contra ellos?

Eoin observó la expresión de dolor de Ramsay y supo su respuesta antes de que hablara.

—No. No creo que podamos. Tiene tres veces el número de hombres que nosotros. Lo mejor que podemos esperar es esconder a nuestras mujeres y niños tanto como podamos, y no dejar que nos tomen sin luchar.

—¿A qué distancia están? ¿Tenemos tiempo para prepararnos siquiera?

—Sí. Un grupo de mis hombres estaba explorando su ubicación. Así fue como nos advirtieron que se dirigían hacia nosotros. Se están reagrupando tras haberse dividido. Han acampado por la noche entre mi castillo y lo que era el torreón de los MacChristy. No podrán llegar aquí antes de mañana por la noche.

—Una pequeña misericordia, pero al menos tus hombres podrán descansar un corto tiempo antes de que nos preparemos para la batalla y escondamos a las mujeres mañana. Todos necesitaremos nuestras fuerzas. Aunque sé que es probable que el sueño se nos escape a todos esta noche, creo que deberíamos intentarlo. Dile a tus hombres que son bienvenidos a montar campamento en cualquier lugar de los terrenos del castillo. Te mostraré tu alcoba. Tu hija puede quedarse en la antigua habitación de mi madre. Blaire reside conmigo.

—Gracias, Eoin. Calma el corazón de un anciano saber que morirá al lado de tan buen laird y aliado. Reunámonos de nuevo por la mañana.

* * *

Eoin abrió la puerta de su alcoba lo más silenciosamente que pudo, aunque sabía que Bri seguiría despierta esperándolo. Se mantuvo de espaldas a ella mientras apagaba las velas junto a la cama. Luego se desvistió y se metió en la cama junto a ella.

Si dejaba que le viera la cara, ella sabría que algo andaba mal, y no podía soportar que lo supiera todavía. Quería una última noche, por muy desvelada que fuera para él, para tenerla en sus brazos y agradecer a los cielos por haber enviado a la muchacha a través del tiempo para encontrarlo.

Finalmente conocía el amor que su propio padre había compartido con su madre. Cuando su madre murió, le había costado cada fibra de fuerza que su padre poseía para seguir viviendo. Su amor por ella nunca cesó, y Eoin sabía que era el nombre de ella el que estaba en la mente y el corazón de su padre mientras lo veía dar su último suspiro.

Nunca había entendido cómo una muchacha podía tener tal dominio sobre el corazón de alguien. Eoin creció preguntándose por qué su padre nunca volvió a casarse; él lo habría hecho si hubiera sido él quien hubiera perdido a su esposa. Era antinatural para un hombre vivir solo durante tanto tiempo, y ¿cuántos años tardaba un corazón en sanar de todos modos? Seguramente no toda una vida.

Pero todo eso fue antes de Bri. Y ahora, mientras la sostenía en sus brazos, sintiendo el calor de su piel tan vibrante y viva contra él, sabía exactamente el poder que una mujer podía ejercer sobre el alma de un hombre.

La amaba más allá de la razón, más allá de la esperanza, más allá del tiempo.

La voz de ella en la oscuridad lo sacó de sus pensamientos y la atrajo hacia él con fuerza, besando su cabello.

—¿Finalmente llegaron? ¿Qué los detuvo tanto tiempo?

—Sí, muchacha. Solo un mal clima los retrasó. Todo está bien.

Era la única mentira que le diría, pero se permitiría ser egoísta, solo por esta noche. Porque Eoin amaba demasiado a la muchacha para verla morir. Y tras el amanecer, aunque le doliera más que la idea de su propia muerte, llevaría a la muchacha abajo, a la sala de hechizos, por última vez. Y, quisiera ella o no, haría el hechizo y regresaría a casa.

CAPÍTULO 37



Castillo MacChristy

DONAL MACCHRISTY se sentía incapaz de quedarse quieto. Sentía una inexplicable sensación de inquietud mientras caminaba de un lado a otro por los pasillos de su castillo. Sospechaba que así debía de ser la vida para los muchos fantasmas que deambulaban por los corredores de la antigua fortaleza, y cuando chocó inesperadamente con una figura al doblar la esquina, pensó por un momento que tal vez se había topado con uno de verdad.

Se sobresaltó al ver a su ama de llaves más fiel, la antigua criada y tutora de Blaire, retrocediendo por el impacto. —¿Qué haces despierta a esta hora de la noche, muchacha? Deberías haberte retirado hace mucho tiempo.

La anciana asintió y extendió un trozo de tela de cuadros hacia él, casi gritando para compensar el mal oído del laird. —Sí, tal vez. No he estado segura de si debía mostrarle algo, pero he decidido que es mejor que lo haga.

Donal tomó en sus manos la tira arrancada de la parte inferior de un kilt y le dio la vuelta mientras la sensación de inquietud volvía a invadirlo. —¿Dónde encontraste esto?

—Estaba en la alcoba del muchacho que vino del castillo de Conall.

—¿Sí? —Los colores del tartán no eran los mismos que los colores de los Conall.

—Sí, señor. Y hay algo más también, señor.

—Continúa entonces. Cuéntame, por favor.

—Cuando el muchacho partió esta tarde, no cabalgó en dirección al castillo de Conall. Cabalgó en la dirección opuesta. Me pareció extraño en ese momento, pero cuando encontré esto en la habitación, mis sospechas crecieron. ¿No son estos los colores de Ramsay Kinnaird?

Donal lo comprendió al instante, y su corazón casi se detuvo por el temor por su hija y sus aliados. —¡Cristo, ese bastardo nos ha engañado! ¡Hagan sonar la alarma y reúnan a todos los hombres de inmediato! ¡Debemos cabalgar hacia el castillo de Conall de inmediato y esperar que no estén todos muertos ya!

* * *

Castillo de Conall

Una vez que Arran estuvo seguro de que Eoin se había retirado por la noche y que Kinnaird y sus hombres habían montado el campamento, se escabulló silenciosamente hacia la mazmorra para continuar su interrogatorio del fugitivo.

Arran había permanecido en silencio en la entrada principal del castillo, escuchando la historia de Kinnaird, y aunque era preocupante, había una falsedad entretejida en las tristes palabras y el rostro sombrío del hombre que Arran podía ver; incluso si Eoin estaba demasiado obnubilado con su esposa como para ver cualquier otra cosa con claridad.

Su hermano era un buen hombre, mejor que él mismo, pero al menos Arran sabía que a veces los ojos de una persona dicen más verdades que su boca. Eoin confiaba demasiado en el hombre al que su padre había llamado amigo, pero Arran podía ver la expresión casi complacida en los ojos de Kinnaird mientras le contaba a Eoin su relato de desdicha.

Y ahora estaba más seguro que nunca de que el muchacho que mantenía en la mazmorra sabía algo sobre lo que estaba ocurriendo.

—Parece que tu amo ya ha atacado a uno de nuestros aliados. ¿Por qué no nos dijiste que también atacaría otros territorios? —Arran giró el artilugio de cuero y madera que había atado alrededor del brazo del fugitivo, dislocándole el hombro al muchacho.

El fugitivo gritó de agonía antes de balbucear una respuesta. —Él no es mi amo.

Arran sonrió ante el pequeño avance. —¿No? Bueno, eso es un comienzo hacia la verdad. Te daré un incentivo para que me cuentes el resto. —Arran envolvió el cuero alrededor del otro brazo del hombre y rápidamente giró el mango de madera hasta que un sonido de crujido hizo que el hombre casi se desmayara del dolor.

—Te visitaré por la mañana, y si no estás listo para decir la verdad, espera perder algunas de tus partes menos necesarias, pieza por pieza.

Incluso si tenía que matar al bastardo, la verdad de lo que el muchacho sabía saldría a la luz mañana.

CAPÍTULO 38



Hice todo lo posible por fingir que dormía, y aunque por momentos me quedaba traspuesta, los tensos brazos de Eoin envueltos a mi alrededor me decían todo lo que sus palabras tranquilizadoras no habían expresado. Definitivamente algo andaba mal, y sospechaba que solo estaba esperando a la luz del día para decírmelo.

Ansiosa por escuchar lo que fuera que no quería confiarme, me agité en sus brazos con la primera luz del alba, intentando que pareciera que acababa de despertar.

—¿Dormiste bien, muchacha? —No me soltó, y me vi obligada a mirarlo con incomodidad, con la cabeza presionada contra su pecho, para responder.

—Mejor que tú, creo. Pasa algo. Solo dímelo.

Se puso de pie entonces, y pude ver lo oscuras que eran las ojeras bajo sus ojos. No solo no había dormido nada, sino que algo lo atormentaba terriblemente.

—Sí, muchacha. Necesito llevarte a un lugar. Ponte tu ropa y alcánzame. Te esperaré afuera en el pasillo.

En cuanto se fue, salté de la cama y me puse la ropa tan rápido como pude, desesperada por poner fin a mis dudas. Sabía que habían llegado hombres tarde por la noche; había escuchado el alboroto desde el alféizar de la ventana y los había visto montar el

campamento. Con refuerzos aquí, no podía imaginar qué tenía a Eoin tan alterado.

Me llevó por el pasillo rápidamente mientras me jalaba hacia la escalera que conducía a la sala de hechizos, y sentí como si un cuchillo imaginario se me clavara en el costado. No podía ser que estuviera a punto de hacer lo que yo pensaba. De ninguna manera iba a enviarme a casa después de todo. Era un maldito tonto si creía que yo me iría a alguna parte.

Me solté de su agarre mientras él se disponía a encender las velas en la habitación oscura. —¿Qué demonios crees que estás haciendo, Eoin? No tenemos nada que hacer aquí abajo. Deberíamos estar arriba, preparándonos para la batalla.

Observé cómo sacaba el anillo de Morna y lo colocaba encima del libro de hechizos abierto. —No va a haber una batalla, muchacha. Todo lo que queda es una masacre, y no permitiré que te quedes aquí a morir.

La conmoción recorrió mi sistema, dificultándome entender sus palabras. —¿De qué estás hablando? Todos han llegado. Lo más probable es que aparezcan aquí, vean cuántos son, y ni siquiera haya una pelea. Sé que estás preocupado, pero no seas tan dramático.

Sacudió la cabeza sombríamente. —No, amor. No todos llegaron. Los MacChristys fueron masacrados, muchacha. Todos. Los Kinnairds apenas escaparon antes de que tomaran su propio castillo. Incluso con los hombres de Ramsay, seremos superados en número. Todos los que están dentro de los muros de este castillo encontrarán la muerte hoy, y no puedo permitir que te unas a nosotros. Tenías una vida en tu propio tiempo. Regresa a ella. Vete, para que pueda morir sabiendo que al menos te salvé de mi propio destino.

Corrí hacia él entonces, el impacto y la desesperación me daban frío mientras lo rodeaba con mis brazos, buscando su calor. —No. No me iré, Eoin.

—Debes hacerlo, muchacha. No soy un hombre controlador, pero no puedo darte a elegir. Harás el hechizo.

Las lágrimas estallaron y sollocé incontrolablemente contra él; el miedo a perderlo borraba cualquier vergüenza por mi

comportamiento. —No puedo... No puedo volver a mi vida de antes. —Los sollozos sacudían mi pecho y la cabeza me latía como si fuera a explotar—. ¡No después de ti! Antes no lo sabía. No entendía lo poco que tenía. Nunca sería capaz de sobrevivir allí ahora.

Me soltó los brazos de la cintura para poder mirarme. Me sacudió con brusquedad. —Ahora, escúchame. No me digas que no sobrevivirás. Debes hacerlo. Saber que te he puesto a salvo es lo único que me permitirá luchar y morir con mis hombres y no huir de aquí como un cobarde. Si me amas, Bri, te irás. Y vivirás una vida larga y feliz en tu propio tiempo.

Sacudí la cabeza mientras sollozaba, gimiendo sin control, perdida toda racionalidad. —Éste es mi tiempo ahora. No me obligues a hacerlo, Eoin. Por favor. No me envíes lejos. Si me amaras, no me lo pedirías.

Me dio una bofetada, aturdiéndome lo suficiente como para que mis sollozos cesaran brevemente.

—No digas nunca que no te amo. ¿Acaso no entiendes lo que me cuesta enviarte de vuelta?

—¡No! Porque yo jamás te pediría algo así. —Había aflojado el agarre en mis brazos, y me estreché contra él una vez más, aferrándome con menos fuerza, rindiéndome lentamente. Sabía que su decisión estaba tomada.

—Sí, supongo que lo harías, amor, pero sé que te resulta difícil verlo ahora.

—Tengo miedo, Eoin. No puedo soportar la idea de dejarte. Prefiero morir aquí.

—No, muchacha. No sería de ayuda para mis hombres si tuviera que preocuparme por ti. Debes irte ahora para que podamos prepararnos lo mejor posible. Si por algún milagro nos salvamos, te lo juro, encontraré el camino de regreso a ti. Aunque tenga que ponerme esos horribles jirones de ropa como los que tanto te gustan y viajar a ese lugar extraño para buscarte.

Me reí contra su pecho. —Me encantaría ver eso, Eoin.

—¿Sí, muchacha?

—Te necesito una vez más. Sentirte dentro de mí para poder aferrarme a ese recuerdo y saber siempre que fuiste real. —A pesar

de mis lágrimas, podía oír lo cursi que sonaba. No me importaba.

Él respondió simplemente levantando mi vestido y alzándome del suelo para poder hundirse en mí. Caímos al suelo con una pasión desesperada que nos hizo movernos uno contra otro hasta que ambos alcanzamos el clímax casi al instante. Terminó demasiado rápido, pero en lugar de ponerse de pie, me quitó el vestido para que yo yaciera desnuda ante él. En silencio, dejó un rastro de besos cálidos por mi cuerpo.

—Me alegra morir esta noche, muchacha. Porque no creo que pudiera vivir un solo día sin ti a mi lado. Con cada beso me llevo un pedazo de ti para guardarlo conmigo, y cuando dé mi último suspiro, sea como sea que me encuentre, será tu rostro el que vea cuando mis ojos se cierren por última vez.

—Eoin —bajé la mano para acariciar su cabello, instándolo a subir hacia mí para poder besarlo una vez más.

—Es hora, amor. No puedo quedarme a verte hacer el hechizo. Me temo que te impediría hacerlo. Pero debes hacerlo, así como yo ahora debo ir a preparar a los hombres. Cuando me vaya, cámbiate a tu ropa extraña y haz el hechizo tan rápido como puedas.

Nos pusimos de pie y me rodeó con sus brazos una última vez. —Siempre te amaré más allá del tiempo mismo. Incluso después de que esté muerto y enterrado, sentirás mi amor por ti dondequiera que vayas.

Me soltó y, para cuando levanté la vista, se había ido. Resignada, me dispuse a seguir sus últimas instrucciones.

CAPÍTULO 39



Ya debería haberme ido. Habían pasado horas desde que él me dejó desnuda en la sala de hechizos. Y aunque me desmoroné y lloré durante casi una hora después de que se fuera, ahora estaba extrañamente calmada y serena.

Realmente había tenido toda la intención de hacer lo que me pidió. Me había puesto mis jeans, el sostén, la camiseta y los tenis. Había reunido todos los materiales para el hechizo e incluso había comenzado a quemar las hierbas. Pero cuando me senté para leer el hechizo en voz alta, me di cuenta de que las palabras simplemente no iban a salir de mi boca.

Ni loca iba a seguir adelante con el hechizo. No me importaba que Eoin quisiera morir sabiendo que yo estaba a salvo. Eso no me serviría de consuelo mientras avanzara miserablemente por la vida sin él, limpiando mocos de los respaldos de las sillas escolares. Había pronunciado votos, aunque fuera mientras creía estar en coma. Pero ahora los sentía de verdad, y no iba a complacerlo. Al diablo con el sentido del deber que sentía por mantenerme a salvo. En el fondo, él no quería que me fuera, aunque fuera demasiado noble para permitirse admitirlo.

Apagando las hierbas que ardían, me quité rápidamente mi ropa moderna y volví a ponerme el vestido que había usado esta mañana. No sabía a qué hora comenzaría la batalla, pero quería estar segura de ver a Eoin antes de que los hombres tomaran sus posiciones. Si

quería que me escondiera con las otras mujeres durante la pelea, bien, pero necesitaba saber que yo no había completado el hechizo.

* * *

Subía las escaleras a toda prisa para salir del sótano y encontrar a Eoin cuando unas voces al doblar la esquina me hicieron aminorar el paso. Deteniéndome a solo unos pasos del ruido, escuché para intentar distinguir lo que decían.

Después de un momento reconocí la primera como la voz siempre arrastrada de Ramsay Kinnaird. La segunda, solo podía suponer, era la hija que extrañamente no habíamos visto durante nuestra estancia en Kinnaird Castle.

—A menos que quieras que te muela a golpes, no hagas que te encuentre hablando con alguien del castillo de Conall otra vez. ¿Entiendes? —dijo él.

—No les iba a decir nada, padre. Solo estaba de visita.

La voz apocada sonaba baja, asustada, y de inmediato me sentí incómoda con la situación. Escuché su mano cuando le dio una bofetada, sin duda dejándole un moretón, y salí de detrás de la esquina para que ambos pudieran verme.

Ramsay se alejó instantáneamente de la joven, y me sorprendió lo rápido que fue capaz de cambiar su rostro de malicia por uno de pura dulzura. —Ah, Lady Blaire, mi hija solo se alejó de la multitud un momento para tener una conversación privada. Si hubiera sabido que estaba usted aquí abajo, no la habríamos molestado.

—Sí, ya lo veo —me volví hacia la muchacha, cuyo rostro ya estaba rojo e inflamado, sin intentar fingir ningún tipo de acento escocés—. ¿Cómo te llamas? No nos conocemos.

La muchacha vaciló, con la mirada saltando entre la mía y la de su padre. Cuando Ramsay se mantuvo en silencio, ella habló: —Edana. Es un placer conocerla.

Le sonreí. —El placer es mío. ¿Estás bien? ¿Te gustaría acompañarme a caminar?

Ramsay extendió la mano y agarró a Edana por el brazo. —Sí, está bien, por supuesto. Solo está preocupada por la batalla, eso es todo. Y me temo que ha estado un poco enferma. Es mejor que no salga del castillo.

—Gracias, Ramsay, pero no le pregunté a usted si quería caminar. Edana parece tener edad suficiente para responder por sí misma.

Ramsay volvió sus ojos fríos hacia mí, perdiendo todo rastro de amabilidad. —Se extralimita, Lady Blaire. No le corresponde decirme cuándo puede mi hija hablar por sí misma. Y si me permite decirlo, creo que usted misma está demasiado cansada. Está hablando de forma muy extraña, muchacha.

Ramsay estaba acostumbrado a la obediencia de las mujeres y esperaba que yo me disculpara de inmediato. No me conocía en absoluto. —No, Laird Kinnaird. Usted se extralimita al poner sus manos inmundas sobre su hija. Si veo otro moretón o marca roja en ella mientras se hospeden aquí, le aseguro que Eoin ya no requerirá su ayuda, con batalla o sin ella. Le convendría recordar en casa de quién está. ¿He sido clara?

El rostro de Ramsay se puso rojo de rabia, pero logró mantener su ira bajo control mientras respondía cortante: —Sí. Ahora, si me disculpa. —Soltó el brazo de Edana y, tras lanzarle una mirada de advertencia indiscutible, se dio la vuelta y salió furioso de la escalera.

Me acerqué para tocar el hombro de Edana. —¿Estás bien de verdad? Él no debería haberte tocado así.

—Sí, señora. No debería haberle hablado como lo hizo. No traerá nada bueno para usted.

Su miedo por mí era evidente en sus ojos, y yo estaba segura de que lo que había presenciado era poco comparado con lo que solía ocurrir entre ellos. —No le tengo miedo a tu padre. Aunque parece un completo bastardo. Escucha, si necesitas algo mientras estás aquí, solo ven a buscarme. No tienes que volver con él después de la batalla si no quieres.

—Gracias, señora. Es mejor que me vaya ahora.

Con la cabeza baja, siguió en la dirección de su padre, y me pregunté brevemente si quizás le había empeorado las cosas.

Esperaba que no, pero no podía permitirme pensar mucho en eso ahora mismo.

Tenía que encontrar a Eoin.

CAPÍTULO 40



Arran salió de la alcoba de su hermano con el corazón apesadumbrado. Nunca había visto a Eoin tan devastado, y aquello le hizo darse cuenta de lo equivocado que había estado respecto a Bri. Eoin la amaba tanto como amaba a Blaire, y ver aquello le hizo sentir culpable por lo fervientemente que había intentado enviarla lejos.

Había sido una conducta egoísta, y ahora que Bri se había ido, se encontró deseando poder hacer algo para traerla de vuelta. Aunque Eoin tuviera razón y todos estuvieran muertos al caer la tarde, Arran sabía que Eoin era más débil sin Bri a su lado.

Casi saltó de su propia piel, entonces, cuando se cruzó con Bri de camino a la mazmorra. Ella no le dijo nada; solo le sonrió brevemente antes de seguir apresurada su camino. Fue una interacción tan normal que a Arran le tomó un momento darse cuenta de que ella no debería estar allí. Se dio la vuelta rápidamente para llamar su atención antes de que se alejara demasiado. —¡Bri! Ven aquí, muchacha.

Se movió hacia ella, encontrándola a mitad de camino en el centro de la habitación.

—Lo siento, Arran. No tengo tiempo. Tengo que encontrar a Eoin.

Arran estiró la mano para agarrarla del brazo. —¿Qué diablos sigues haciendo aquí? Ya deberías haberte ido.

—No me voy a ir, Arran. Sé que él quiere mantenerme a salvo. Pero no puedo hacerlo.

Arran sonrió y le hizo un gesto con la mano, despidiéndola. —Sigue adelante, muchacha. Lo encontrarás en sus aposentos. Me alegra que no lo hayas escuchado. Él te necesita aquí.

Con Bri quedándose aquí durante la batalla, era aún más importante que le sacara la verdad al fugitivo.

El muchacho estaba a punto de quebrarse, y al entrar en la mazmorra y poner los ojos en el hombre que colgaba inconsciente de sus muñecas, agarró el balde con la orina del hombre y se la arrojó a la cara al fugitivo.

—Es hora de despertar. No tengo más paciencia contigo, muchacho. Es hora de que elijas. O me dices quién es tu verdadero amo y la verdadera razón por la que estás aquí, o voy a cortarte lentamente cada uno de tus dedos de los pies, y te los servirán de cena esta noche.

El fugitivo gimió, incapaz de levantar la cabeza para mirar a Arran a los ojos. —No creo que seas capaz.

Arran agarró el cuchillo que había dejado cerca de la entrada de la mazmorra. Moviéndose con rapidez, antes de que pudiera arrepentirse, agarró el dedo gordo del pie derecho del fugitivo, lo rebanó con presteza y lo arrojó al suelo.

Los gritos del hombre rebotaron en las paredes de la mazmorra. —Nadie te oirá, muchacho. Solo estamos tú y yo. Ahora, ¿quieres perder los demás o estás dispuesto a hablar?

—Sí. Sí. No cortes otro. Trabajo para Laird Kinnaird. Él es quien planea atacarlos, no Laird MacLyrron. —El fugitivo vomitó en el suelo; el dolor que irradiaba de su pie lo hacía sentir enfermo.

—¿Es verdad lo que dices, muchacho?

—Sí, lo juro por la tumba de mi padre.

—¿Ah, sí? Pues te reunirás con él ahora mismo. —Arran pasó su hoja rápidamente por el cuello del fugitivo, saltando hacia atrás para evitar el chorro de sangre mientras el hombre daba su último suspiro.

Bri no era la única que necesitaba encontrar a Eoin. Quizás ahora que Arran conocía la verdad, tendrían tiempo de detener el

traicionero plan de Ramsay.

CAPÍTULO 41



Época actual

—¿Qué dijiste, Blaire? ¡No puedo oírte desde aquí arriba! —Adelle continuó cavando en la tierra suave y húmeda, con la intención de desenterrar a Alasdair Conall para poder obtener el anillo. Era el último día que el hechizo funcionaría y la luz del día se desvanecía rápidamente. Se había resignado al hecho de que Bri se iba a quedar, pero maldita fuera si permitía que Blaire también se quedara separada de su hogar para siempre.

De repente, la voz de Blaire se escuchó con más claridad, y Adelle asomó la cabeza por el hoyo de la excavación para ver a Blaire de pie en la entrada del sótano.

—Dije que dejes de cavar. No sé cómo, pero el anillo está aquí. Justo sobre el libro de hechizos. Ven a ver.

Era imposible. Debía de haber dejado su propio anillo en la habitación, pero no, miró su propia mano para ver todos sus anillos firmemente en su lugar.

—¿Estás segura, Blaire? —Adelle siguió a Blaire hacia la sala de hechizos, casi tragándose su propia lengua cuando vio el anillo descansando justo encima del hechizo de intercambio.

—Te lo dije. Quizás funciona de la misma manera que la escritura. No sé qué me hizo bajar aquí, pero lo vi de inmediato —

Blaire le sonrió y Adelle corrió a envolverla en un gran abrazo.

—¡Estoy tan feliz por ti, Blaire! Esto significa que puedes volver a casa. Deberíamos empezar el hechizo de inmediato —se apartó cuando sintió que Blaire se ponía rígida en sus brazos—. ¿Qué pasa, Blaire?

—Sí, deberíamos empezar el hechizo, pero no voy a volver.

La voz de Adelle salió incluso más aguda de lo habitual—. ¿Qué? Blaire, si no vas ahora, quedarás atrapada aquí; el hechizo no funcionará después de esta noche.

—Sí. Lo sé. No puedo volver, pero tú sí. Vamos a hacer el hechizo para ti. No sé si funcionará, pero debemos intentarlo.

—¿Yo? Nunca se me pasó por la cabeza. El retrato es de Bri y de ti. No funcionará, estoy segura.

—Quizás si sostienes un pedazo de mí. Ten —Adelle observó cómo Blaire buscaba un cuchillo pequeño, cortaba rápidamente un mechón de su cabello y se lo extendía.

Adelle lo tomó, acunando el regalo mientras se permitía considerar la posibilidad de que pudiera reunirse con su hija. No solo eso, podría vivir en la misma época y con las personas que había dedicado su vida a estudiar. Era el sueño de una arqueóloga hecho realidad.

—Adelle, si quieres intentarlo, debemos hacerlo ahora. La luz del día casi se ha ido.

—¿Segura que no volverás, Blaire?

—Sí. Ya no me queda nada allá. Empezaré de nuevo aquí.

Adelle sonrió, mientras la esperanza y el miedo a la decepción crecían mientras reunían rápidamente los materiales para el hechizo. Cuando todo estuvo en su lugar, Blaire se dio la vuelta para irse.

—Creo que es mejor que me vaya. No quiero arriesgarme a que el hechizo me lleve de vuelta. Esperaré en el auto. Si no funciona, reúnete conmigo allí. Gracias por tu amabilidad. Jamás te olvidaré.

Se abrazaron brevemente, y una vez que Blaire se hubo ido y se oyó el portazo del auto a lo lejos, Adelle se puso el anillo en el dedo y pronunció lentamente cada palabra del libro.

* * *

1645

MARY CORRIÓ por el castillo tan rápido como sus cortas piernas se lo permitieron. En el momento en que Kip le informó de la decisión de Eoin de enviar a Bri de vuelta, había huido de sus propios aposentos en el límite de los terrenos del castillo y corrió para detener a la muchacha.

Cómo podía Eoin ser tan tonto, no alcanzaba a comprenderlo. ¿Acaso el muchacho no entendía que su amor los hacía a ambos más fuertes? La pasión se desperdiciaba en la juventud, de eso estaba segura.

Casi se resbaló por la escalera en su prisa por llegar antes de que la muchacha comenzara el hechizo, y al cruzar la puerta de la sala de hechizos, temió haber llegado apenas unos momentos tarde. La habitación vibraba con una energía invisible, tal como lo había hecho el día en que vio llegar a Bri.

De repente, la habitación tembló y Mary se encontró mirando a la segunda muchacha de aspecto más extraño que jamás hubiera visto, después de Bri. La mujer miraba a su alrededor con una expresión de asombro, asustando a Mary casi de muerte mientras soltaba una carcajada jubilosa y saltaba por la habitación.

Al notar la extraña vestimenta de la muchacha, Mary solo pudo llegar a una conclusión.

—Tú debes ser su madre, ¿no es así?

CAPÍTULO 42



Eoin se tomó su tiempo para vestirse para la batalla en la soledad de su alcoba. Todos sus hombres estaban tan preparados para el combate como era posible. De todos modos, no importaba; sus hombres lucharían valientemente a su lado. Les había fallado a todos, y sabía que el suelo se teñiría de rojo con la sangre de todos sus miembros del clan en unas pocas horas.

Ya no tenía miedo de morir. Había enviado su corazón a vivir a cientos de años de distancia. Eoin recibiría gustoso la muerte en el campo de batalla. Miró por la ventana, observando a sus hombres prepararse para la inminente contienda. Un reflejo en el cristal captó su atención, pero cerró los ojos rápidamente ante la visión. Era bueno que no le quedara mucho tiempo en este mundo; había perdido la razón y estaba viendo a su extraña y encantadora muchacha en lugares donde ella no estaba.

Una mano en la mitad de su espalda hizo que sus ojos se abrieran de golpe mientras giraba para ver la visión más real que jamás había presenciado ante él. Sus pies se volvieron repentinamente inestables y su garganta se secó mientras se esforzaba por reprimir las lágrimas. —Muchacha, si no eres real, déjame en paz y no me tortures así. Mi corazón no puede soportarlo.

Los delgados brazos de ella lo rodearon, y las lágrimas de él corrieron libremente mientras la estrechaba con fuerza.

—No pude hacerlo, Eoin. Sé que me dijiste que lo hiciera y que vas a estar enojado. Pero simplemente no me importa. Mi lugar es aquí.

—No, amor. No estoy enojado contigo. Vaya, creo que nunca he estado tan complacido en toda mi vida —. Él presionó sus labios contra los de ella, buscando entrada con su lengua, desesperado por reclamar la mayor parte posible de su cuerpo.

Un chillido en el umbral hizo que interrumpiera el beso mientras ambos se giraban para ver a la hija de Ramsay Kinnaird parada incómodamente en la puerta.

* * *

GRACIAS A DIOS NO ESTABA ENOJADO. Sabía que con el tiempo se alegraría de que hubiera decidido quedarme, pero me preocupaba que su miedo por mi seguridad fuera suficiente para hacerlo reaccionar negativamente ante mi inesperada reaparición.

Cuando interrumpimos el beso, me sobresalté al ver a Edana Kinnaird observándonos desde la puerta. Me separé de Eoin y fui a saludarla.

—¿Qué pasa, Edana? ¿Está todo bien? ¿Tu padre te hizo daño?

Eoin intervino y se acercó a nosotras. —¿Hacerle daño? ¿Por qué haría tal cosa?

—Me los encontré por accidente en la escalera. Él la golpeó fuerte en la cara, Eoin. Mira la marca.

Edana giró obedientemente la cabeza hacia un lado para mostrársela a Eoin, y el gruñido furioso que salió de la garganta de Eoin fue una señal clara de que estaba indignado. —¿Tienes algo que decirnos, muchacha? No voy a tolerar que tu padre te esté lastimando.

Edana se miró las manos, jugueteando nerviosa. —Sí. Sé que me matará si se entera, pero no podría vivir conmigo misma si dejara que hiciera lo que planea.

—¿De qué se trata, muchacha?

—No hay...

Fue interrumpida por la presencia de Arran en la puerta, quien gritaba el nombre de Eoin, ¡Eoin! ¡Debo hablar contigo! —Se detuvo cuando vio a Edana y a mí de pie junto a Eoin.

Eoin levantó la palma de la mano hacia Arran como para detenerlo. —Espera un momento, Arran. La muchacha tiene algo que decirnos.

Arran sacudió la cabeza, acercándose para unirse al círculo. —No puede esperar, Eoin. El Laird MacLyrron no es quien nos ataca. Es Ramsay.

Inmediatamente miré en dirección a Edana buscando una confirmación o una negación de las palabras de Arran.

Vacilante, ella habló. —Sí, dice la verdad. A eso vine, a decírtelo a ti. El Laird MacLyrron descansa cómodamente en su casa, y los MacChristys no están muertos. Mi padre planea atacarte esta noche.

Estiré los brazos para estrechar a Edana, que ahora lloraba libremente, aterrorizada por la ira de su padre.

Eoin tocó brevemente a Edana en el hombro. —No te preocupes, muchacha. No dejaremos que te lastime de nuevo. No negaré que estoy aliviado, a pesar de la traición. Ahora que sabemos que planea traicionarnos, deberíamos tener una oportunidad mucho mejor en la batalla.

Arran asintió. —Sí. ¿Quieres que vaya a matar al bastardo ahora mismo? No creo que sus hombres peleen contra nosotros, a menos que sea bajo su mando. Todos saben lo despreciable que es en realidad.

Eoin le lanzó a Arran una mirada de desaprobación antes de mirar hacia Edana. —No, primero debemos discutir un plan de ataque.

Antes de que alguien más pudiera responder, otro visitante entró apresuradamente en la habitación, y estuve a punto de caer al suelo cuando Mary me rodeó con sus brazos.

—Oh, Dios mío, muchacha. Pensé con seguridad que te habría perdido. Me alegra tanto que fueras lo suficientemente lista como para no escuchar al muchacho tonto —. Ella estiró la mano desde mi lado y le dio un golpe a Eoin en el costado del brazo—. ¿Qué te pasa? ¡Eres un muchacho tonto! —Volvió a prestarme atención—.

Bajé a la sala de hechizos para impedir que hicieras el hechizo, pero ya no estabas. Encontré a alguien más en tu lugar.

Fue solo entonces cuando otra figura en la puerta captó mi atención.

—¿Mamá? —Me solté del abrazo de Mary mientras corría en su dirección. Podía sentir los ojos de todos puestos en nosotras mientras nos aferrábamos con fuerza, ambas llorando sobre el hombro de la otra.

Después de lo que pareció una eternidad, me apartó y sonrió. —Si tú no ibas a volver a mí, decidí que simplemente tendría que venir yo hacia ti.

—Oh, estoy tan feliz. ¿Blaire también está contigo? —No me pasó desapercibido que los ojos de Arran se abrieron de par en par al mencionar a mi doble—. Puse el anillo sobre el libro de hechizos, con la esperanza de que tal vez se transfiriera a ella.

Mamá sacudió la cabeza, y Arran enmascaró rápidamente su expresión, haciendo lo posible por ocultar el dolor que solo yo podía ver. —Ella no quiso venir. Permitió que yo viniera en su lugar.

—Vaya —. No estaba segura de qué decir y me alegré cuando mi madre me interrumpió, aliviando la tensión en la habitación.

—Bri, cariño. Ciertamente puedo ver qué fue lo que te hizo decidir quedarte. ¿Cuál es el tuyo, y está bien si los toco a ambos?

CAPÍTULO 43



Después de tomarme unos breves momentos para presentarle a mi madre a todos los presentes, Eoin nos pidió silencio a todos, asumiendo su lugar como líder entre nosotros para que pudiéramos trazar un plan de ataque.

—Está casi oscuro, y debemos decidir cómo actuar rápidamente.

Arran le dio pocas oportunidades de continuar antes de interrumpirlo. —No veo por qué necesitamos decidir nada. Lo mejor sería liquidar al bastardo, de inmediato.

—No. Quiero darle la oportunidad de cambiar de parecer. Quizás la tome y no se derrame sangre.

Fue el turno de Edana para hablar, aunque con nerviosismo. —Él no lo hará. Una vez que se propone una tarea, no esperes que se eche atrás solo porque lo han descubierto.

—Puede que tengas razón, muchacha, pero no mataré a un hombre por algo que aún no ha hecho. Mary, ¿crees que es muy tarde para preparar una comida? —Eoin miró en dirección a Mary, sonriendo ante la expresión de irritación en su rostro.

—¿De verdad crees que de eso deberíamos estar hablando ahora, muchacho? Sé que no soy una guerrera, pero ese parece un plan de batalla mediocre.

—Sí, Mary. Tienes mucha razón en eso. Pero si Ramsay no cambia de parecer, llamará a sus hombres a la batalla cuando lo confronte. Si estamos sentados para una comida, al menos les

tomará un momento reunirse para pelear. Nos dará una ventaja. Ramsay se preguntará por qué nos haría sentar a comer cuando deberíamos estar preparándonos para la batalla. Lo pondrá nervioso, y me gustaría que lo estuviera.

Mary se cruzó de brazos y lo miró con exasperación. —Sí. Supongo que pensará que has perdido la cabeza, y no es probable que yo esté en desacuerdo con él. Pero si quieres comida, la tendrás. Sé que es inútil intentar que cambies de parecer, tonto testarudo.

Eoin sonrió. —Te pediría algo más, Mary, también. No podemos dejar que Ramsay vea a Edana de nuevo. Dale instrucciones a tu ayudante de cocina sobre la comida, y luego dirígete a la torre más alta para esconderte con Adelle y Edana.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde esperas que esté Bri? —Mary miró en mi dirección como si pensara que él se había olvidado de mí.

—Ramsay esperará ver a Bri en la mesa. Él sabe que en el castillo de Conall, el laird cena con su esposa. Piensa que es una locura, pero sabe que es nuestra costumbre. Despertará sospechas si ella no está allí. —Eoin hizo una pausa y dirigió su mirada a Arran. —Si comienza la lucha, debes llevarte a Bri de inmediato. No dejes que nadie la lastime. Yo mismo debo encargarme de Ramsay.

Arran asintió. —Sí, ella no sufrirá daño, Eoin.

Una vez que todos conocimos nuestro plan de acción, nos dispersamos a nuestras posiciones. Mary se encargó rápidamente de la cena y luego escoltó a mi madre y a Edana hasta la torre más alta del castillo. Era un lugar de difícil acceso y, sin duda, el sitio más seguro para que se quedaran.

Arran se fue para asegurarse de que hubiera hombres esperando fuera de cada puerta del comedor, listos para entrar en combate si se llegaba a eso.

Me senté nerviosa en nuestra alcoba, esperando que Eoin regresara de su charla con Ramsay. Se había ido poco después de hacer los planes para invitar a Ramsay a cenar. Levanté la vista cuando Eoin entró en la habitación.

—¿Qué dijo?

—Bueno, no creo que crea que sospecho de él. Solo dijo que era un tonto por preocuparme por mi estómago en un momento como este, pero que si quería pasar los últimos momentos comiendo antes de que llegaran los hombres del Laird MacLyrron, entonces no me detendría.

—¿Entonces va a venir?

—Sí. No le importa cuándo deberían llegar los hombres del Laird MacLyrron, ya que es él quien iniciará el derramamiento de sangre.

Caminé hacia él y me apoyé suavemente en su costado—. ¿Cuándo empieza?

Él tomó mi mano y se dirigió a la puerta. —Ahora, muchacha. Estoy ansioso por terminar con esto; no me gusta esperar lo desconocido. Y cuanto antes estés verdaderamente a salvo, mejor.

CAPÍTULO 44



La tensión impregnaba cada rincón del comedor mientras Ramsay se abría paso para sentarse a la derecha de Eoin. Yo me senté a la izquierda de este y, mientras nos acomodábamos a la mesa, pude ver en los ojos de Ramsay que quizás sospechaba de esta comida improvisada e inoportuna más de lo que Eoin había pensado.

Los ojos oscuros e inyectados en sangre de Ramsay, constantemente vidriosos por el exceso de bebida, hicieron que se me erizara la piel mientras me fulminaba con la mirada desde el otro lado de la mesa. Lo había enfurecido antes, y él no era de los que olvidaban a quien se le enfrentaba.

Le sostuve la mirada, decidida a no dejar que me amedrentara. Finalmente, apartó sus ojos de los míos y se giró para hablar con Eoin.

—Veo que no ha cambiado mucho bajo el mando del nuevo laird del castillo de Conall. Aún no has aprendido que las comidas deben compartirse en compañía de hombres.

El rostro de Eoin estaba endurecido, ya no le preocupaba apaciguarlo en pos de mantenerlo como aliado. —Eres tú, Ramsay, quien aún no ha aprendido que la compañía de las mujeres hace que todo sea más placentero.

Estiró la mano para apretar la mía, e inmediatamente liberó parte de mi tensión, aunque solo fuera momentáneamente.

—¿Ah, sí? Si ese es el caso, ¿por qué no haces que mi hija nos acompañe también? —Ramsay señaló con la mano las otras sillas vacías de la mesa.

Pude ver por la forma en que miraba alrededor de la habitación que Ramsay sabía que algo no andaba bien. Su mano descansaba inquieta a su costado, dándose acceso rápido a algún tipo de arma oculta a mi vista.

—No se sentía bien. Le pedí a Mary que le llevara comida a su alcoba.

Ramsay me ignoró, ofendido de que una mujer se atreviera a hablar en su presencia. —Tu esposa habla muy extraño, Eoin. No lo noté antes cuando fuiste a visitarme.

Eoin había terminado de postergar el enfrentamiento; me di cuenta por la forma en que se movió en su asiento, inclinándose hacia adelante para poder saltar a la acción en cualquier momento. —Ramsay, antes de decirte lo que tengo que decir, me gustaría recordarte que nuestros dos clanes han sido aliados por generaciones, mucho antes que nosotros. Ambos hemos acudido en ayuda del otro, y sé que mi padre te consideraba un amigo. Sería una lástima que esa alianza llegara a su fin, ¿no crees?

Ramsay tenía una habilidad inquietante que hacía que las palabras que salían de su boca chorrearan sinceridad mientras sus ojos destilaban veneno. —Sí, muchacho, eso sería. Menos mal que nos hemos unido para luchar contra nuestro enemigo común.

—No sé si eso sea cierto, Ramsay. Tengo razones para creer que eres tú quien planea atacarnos y que tal vez el laird MacLyrron no viene para acá, después de todo.

Ramsay se puso de pie súbitamente, golpeando la mesa violentamente con el puño. Pude oír un barullo fuera de las puertas del comedor, y supe que la acción había sido la señal para sus hombres. Fuera de estas puertas, el sonido de la batalla ya estaba comenzando.

—¿Eso crees? ¿Y por qué haría yo algo así?

Cada puerta del comedor se abrió de golpe mientras nuestros propios hombres chocaban con los hombres de Ramsay en una horrorosa danza de muerte. El metal chocaba a nuestro alrededor

mientras yo permanecía observando la interacción entre Ramsay y Eoin, ninguno de los cuales había desenvainado aún su espada.

—No lo sé, Ramsay. Quizás tú podrías explicármelo. Seguramente no hay razón para el derramamiento de sangre.

—Te equivocas, Eoin. Es necesario derramar sangre, y esta noche se derramará mucha. Eres un maldito necio, al igual que tu padre. Él sabía que se esperaba que te casaras con Edana. ¡En cambio, te casó con esta puta ignorante! Nuestros clanes se habrían fortalecido con tal acuerdo. Sin él, no tengo deseos de seguir siendo aliado. En su lugar, reclamaré el clan y el castillo de Conall como míos.

Eoin no tuvo oportunidad de responder; grité al ver una espada que se abalanzaba en su dirección. Eoin desenvainó la suya justo a tiempo y, mientras cortaba al hombre por la mitad, no quedó duda de que la batalla había comenzado.

Sabía que mi vida corría peligro, pero cada golpe de espada y cada sonido horroroso de un hombre gimiendo al encontrar la muerte parecían ralentizarse en mi mente mientras mantenía una vigilancia cuidadosa sobre Ramsay.

Por el rabillo del ojo pude ver a Arran abriéndose paso hacia mí, pero se retrasó mientras se esforzaba por abatir a dos de los hombres de Ramsay. Había esperado que el Laird Kinnaird se dirigiera directamente hacia Eoin, pero en lugar de eso vi cómo se escabullía entre la multitud.

Sabía que solo podía dirigirse en una dirección.

CAPÍTULO 45



Corrí tan rápido como pude, maldiciendo los vestidos largos con cada paso. No estaba segura de si él sabía que estarían en la torre, pero por Eoin sabía que Ramsay conocía el castillo lo suficiente como para que no le tomara mucho tiempo descubrirlo.

Me preocupaba Eoin, pero al menos él tenía los medios y la habilidad para defenderse. Edana, Mary y mi madre estaban indefensas, y yo no iba a permitir que él lastimara a ninguna de ellas. Con cada paso temía llegar demasiado tarde. Todavía estaba a una buena distancia de la torre, pero cuando pasé por la pequeña puerta oculta al final del corredor, supe que podía tomar el atajo que Eoin me había mostrado en aquella noche de tormenta.

Tropecé subiendo las escaleras en la oscuridad, arrancando la puerta de madera que ocultaba la entrada de la ventana, cortándome los dedos al lanzarla a un lado. Aunque estaba oscuro, todavía podía distinguir el muro del castillo, y era lo suficientemente grueso como para saber que me dejaba espacio de sobra para caminar por él.

Mientras me deslizaba por el perímetro exterior del castillo, conté las ventanas hasta que estuve casi segura de que me encontraba frente a la que me dejaría en la escalera de la torre. No tenía tiempo para dudar de mí misma. Incapaz de abrir la ventana, me impulsé hacia atrás y destrocé el vidrio con el talón, sufriendo profundos

cortes en la pierna mientras la sangre se extendía sobre el extremo de mi vestido.

Era la ventana correcta, y mientras subía por la escalera de caracol pude oír a Ramsay forcejeando con la cerradura.

—¡Edana, será mucho peor para ti si no me dejas entrar! ¡Abre esta puerta ahora mismo, pequeña perra!

Pude oír a las tres mujeres gritando al otro lado de la puerta mientras Ramsay lograba abrirla apenas un centímetro con el impacto de su hombro. Le grité tan fuerte como pude para desviar su atención de la entrada.

—¡Detente! ¡Déjala en paz!

Él giró hacia mí, apuntándome con un dedo. —No me digas qué hacer con mi hija. ¡Te cortaré la garganta después de que termine con la de ella!

Corrí, interponiéndome entre su hombro que avanzaba y la puerta.

Su hombro me golpeó de lleno entre los pechos. Grité mientras todo el aire de mis pulmones salía disparado de mi cuerpo. Jadeando por aire, luché por hablar. —No... ¡tómame a mí! ¡Eoin se rendirá si me tienes a mí! Habrás ganado la batalla si me tomas cautiva —rogaba a Dios estar equivocada, pero no se me ocurría nada más que pudiera tentarlo a dejar en paz a Edana, Mary y mi madre.

—Sí, muchacha. Tienes razón.

No luché contra sus brazos mientras me atraía hacia él. Sosteniendo el filo de una daga contra mi cuello con tanta fuerza que cortó la superficie de la piel, me arrastró de vuelta escaleras abajo, hacia el fragor de la batalla.

* * *

Arran escaneó la habitación entre cada estocada de su espada. Había perdido de vista a Bri entre la multitud y estaba seguro de que su hermano nunca lo perdonaría. No es que importara. No podía encontrar a su hermano ni a Ramsay entre la masa de hombres en combate.

Estaban perdiendo a demasiados. Miró a su alrededor para ver a hombres que había conocido toda su vida abiertos y desangrándose sobre el suelo de piedra, con sus ojos sin vida fijos en el techo. Con cada muchacho que veía caer, su esperanza de éxito disminuía.

Justo cuando uno de los hombres de Ramsay por poco no le atravesó el estómago con una espada, una oleada de hombres proveniente de todas las puertas circundantes sorprendió a Arran, haciendo que soltara su propia espada.

De repente, la sala se llenó de hombres que él sabía que no eran de Ramsay ni de los suyos, y sonrió al ver a Donal MacChristy caminar hacia el centro de la estancia; su voz estruendosa logró frenar el ritmo de los hombres que chocaban sus espadas entre sí.

—Clan Kinnaird, si no desean morir, deben deponer sus espadas de inmediato. Porque nosotros luchamos por los Conalls, y ahora ustedes están en gran desventaja numérica —Donal hizo una pausa para recorrer la habitación con la mirada, y Arran supo que buscaba a Ramsay—. Miren a su alrededor, su laird ni siquiera está luchando con ustedes. No pierdan la vida por un líder tan cobarde.

Solo tomó unos momentos para que los hombres de Ramsay vieran la sabiduría en las palabras de Donal MacChristy. Habían vivido bajo el miedo a Ramsay por demasiado tiempo, y no eran muchos los dispuestos a dar la vida por él.

Arran sonrió al permitir que la idea de que la batalla había terminado calara en él. El Laird Kinnaird debía de haber huido en un acto de cobardía, pero eso no importaba. No era una amenaza sin un ejército de hombres a su lado.

El alivio de Arran por su supervivencia fue breve, ya que escaneó la habitación dos veces más, aún incapaz de localizar a su hermano o a Bri.

Un silencio extraño se apoderó de la sala mientras los hombres que acababan de estar en combate permanecían de pie, sin saber cómo actuar ahora.

Justo cuando Arran estaba a punto de abandonar el comedor para ir en busca de Bri y Eoin, una figura gritó desde un rincón sombrío del salón. Ramsay entró en la luz de la habitación, con sus brazos rodeando a Bri y su cuchillo listo para cortarle la garganta.

* * *

SOLO LE HABÍA TOMADO unos cortos instantes a Eoin, tras el estallido de la batalla, registrar la ausencia de Ramsay y de Bri. No había dudado en salir en su búsqueda. Arran podía liderar a los hombres. Él no volvería a perderla.

Acababa de llegar al pie de la escalera que conducía a la torre trasera cuando oyó a alguien bajar por los escalones. Se deslizó silenciosamente por una esquina, sin ser visto, mientras veía a Ramsay arrastrar a su hermosa esposa fuera de la escalera con un cuchillo en su cuello.

Había sido todo lo que pudo hacer para evitar lanzarse sobre Ramsay en ese instante, pero sabía que una vez que el demonio entrara en el comedor, Ramsay esperaría verlo luchando en la batalla. Cuando Ramsay se diera cuenta de que Eoin no estaba en la habitación, sería cuando estaría más vulnerable.

Eoin permaneció oculto en la oscuridad mientras Ramsay salía a la luz ante la silenciosa multitud. Estaba a solo unos pasos de Bri, y su mano se crispaba en la empuñadura de su espada, desesperado por atravesar con ella el corazón de Ramsay.

Ramsay gritó llamándolo mientras se revelaba ante los presentes, pero Eoin no se movió de su posición detrás de Ramsay.

—¡Eoin! Rinde tu castillo y a tus hombres, o mira a tu esposa morir desangrada en mis brazos.

Eoin observó cómo Arran daba un paso cauteloso en dirección a Ramsay. —Él no está aquí, Ramsay. Y seguramente ves que estás superado en número. Esto ha terminado. No derrames sangre cuando ya has perdido.

Eoin se dio cuenta de que Ramsay estaba al borde del pánico. Temía que Ramsay deslizara el cuchillo por la garganta de Bri en un ataque de locura. Lentamente se acercó sigilosamente hasta quedar directamente detrás de Ramsay. Eoin cruzó su mirada con la de Arran, sacudiendo rápidamente la cabeza para que no alertara a su enemigo de su posición.

—¿Dónde está? ¡Que alguien lo encuentre de inmediato! —gritó Ramsay a todo pulmón.

Eoin pudo ver las manos del hombre temblando sobre el mango de su hoja. El momento de actuar era ahora. Asintió a Arran, quien se apresuró a arrebatar a Bri del agarre de Ramsay.

Eoin atravesó con su espada la espalda de Ramsay hasta llegar a su corazón. —No hay necesidad de buscarme, Ramsay. Ya estoy aquí.

EPÍLOGO



FEBRERO

Me escabullí de debajo del pesado brazo de Eoin con tanta elegancia como pude. Él gruñó cuando la cama se movió y estiró la mano para atraerme hacia sí. Salí gateando de la cama, pero me incliné hacia adelante para darle un beso suave en la frente.

—Volveré en un rato. Hay algo en lo que necesito trabajar.

Tomando una de las velas de mi lado de la cama, me puse un camisón fino y me envolví en una manta mientras me deslizaba por los pasillos del castillo, sumidos en la noche. Me sorprendió un poco ver el castillo tan silencioso y sin vida; estaba segura de que habíamos despertado a todos con el sonido de nuestro encuentro amoroso.

Habían pasado varios meses desde la derrota de Ramsay y, aunque las relaciones pacíficas reinaban en los clanes una vez más, los hombres de Ramsay todavía permanecían acampados en los terrenos del castillo mientras intentaban decidir quién sería su nuevo laird.

A pesar del ajetreo de gente entrando y saliendo del castillo cada día, las cosas habían vuelto a la normalidad, y todos estaban a salvo y felices de nuevo; todos excepto Arran. Lo había observado mientras ponía valientemente buena cara frente a su hermano, pero se desmoronaba en silencio en privado. Cada día vaciaba más copas

de cerveza que el día anterior. No podía soportar verlo tan infeliz ni un momento más.

Fue por esta razón que me colé en la sala de hechizos en las primeras horas de la mañana una vez más.

Me había topado con un libro de hechizos prometedor esta tarde, pero había huido de la habitación tras escuchar un ruido en lo alto de la escalera. No quería decirle a nadie lo que había encontrado hasta estar segura.

Ubicándome en el banco, sostuve mi vela con cuidado sobre la página amarillenta, leyendo las palabras mientras sonreía de par en par.

Había otros hechizos que podían reabrir el portal. Quizás Arran podría encontrar el camino hacia Blaire después de todo.

FIN

* * *

Gracias por leer *Amor más allá del tiempo*. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

Continúa leyendo para ver un adelanto de:

Amor más allá de la razón


AMOR MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN
AUTOR SUPERVENTAS DE USA TODAY
BETHANY CLAIRE
EL LEGADO DE MORNA LIBRO DOS
UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJES EN EL TIEMPO

ADELANTO DE AMOR MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN (LIBRO 2)



¡CÓMPRALO AQUÍ!

A las afueras de las ruinas del castillo de Conall — Escocia — Época actual

DURANTE TRES DÍAS me quedé sentada en la pequeña habitación de la posada, a poca distancia de las ruinas del castillo. Rodeada de lo que ahora se consideraban artefactos del castillo, me tomé mi tiempo, pasando los días fingiendo estar enferma para decidir qué debía hacer a continuación.

Gwendolyn, la amable posadera, y su esposo, Jerry, se estaban impacientando. Sabía que no me permitirían quedarme en la habitación mucho más tiempo sin una explicación, pero ¿qué iba a decirles? Apenas podía creer la verdad yo misma.

Con la ayuda de Adelle, había podido engañar a los posaderos para que creyeran que yo era Bri, la hija de Adelle, permaneciendo en su mayor parte en silencio al interactuar con ellos. Sin Adelle aquí para hablar por mí, sabía que notarían mi falta de acento estadounidense.

Un golpe en la puerta significaba que era de noche y Gwendolyn traía mi cena. Ella había traído cada comida con gracia y sin cuestionamientos y la había dejado fuera de la puerta desde que regresé a la posada alegando estar bastante mal. Me había dado la

privacidad que tan claramente deseaba, por lo que me sorprendió oírla hablar desde el otro lado de la puerta.

—Siento perturbar tu descanso, pero Jerry y yo estamos preocupados por ti, querida. Has pasado demasiado tiempo dentro de la habitación, así que me has dejado sin opciones, me temo. O te aseas y nos acompañas a cenar abajo, o llamaré a un médico para que venga a verte de inmediato.

Gwendolyn hizo una pausa, esperando mi respuesta. No estaba enferma, sino preocupada, y no permitiría que enviaran a buscar a un médico por una enfermedad inexistente.

—Sí..., bajaré en un momento —. Una respuesta corta era lo mejor. Tal vez mi acento no sería tan notorio con solo unas pocas palabras breves. No es que importara. Iba a tener que contarles todo lo que sabía, aunque no me creyeran.

A estas alturas, no tenía nada más que perder.

* * *

Bajé las escaleras y entré en la pequeña cocina para encontrarme con las amables sonrisas de Gwendolyn y Jerry. El anciano me miró de arriba abajo antes de hablar con franqueza, fiel a su estilo.

—Debes de sentirte mucho mejor, muchacha. No pareces enferma para nada. Ahora siéntate aquí y dinos dónde está tu madre. Sabemos que algo ha pasado y es hora de que nos digas qué es. Gwendolyn es demasiado educada para preguntarte, pero no tengo ningún problema en decirte que tu comportamiento ha sido bastante extraño.

El anciano se levantó para escoltarme a una silla frente a ellos dos. Una vez que me senté, retomó su lugar junto a su esposa. Me quedé sentada en silencio por un momento, sin estar muy segura de por dónde empezar. Sabía que mi acento les generaría preguntas de inmediato. —Sí, ya no me siento enferma, pero necesito decirles algo a los dos.

Gwendolyn frunció el ceño de forma extraña hacia mí. —Vaya, por Dios, Bri. Sé que es tentador después de estar aquí un tiempo

tratar de hablar como todos los que te rodean, pero yo nunca he tenido mucho éxito en eso. Suenas como si hubieras vivido aquí siempre.

Jerry se rió en respuesta mientras le daba una palmadita en el hombro a Gwendolyn. —Sí, la voz de mi muchacha no tiene nada de escocés, aunque lleva cuarenta años viviendo aquí. Sigue hablando como si hubiera llegado al país ayer mismo.

Gwendolyn se inclinó con dulzura hacia Jerry antes de mirar de nuevo en mi dirección y continuar: —El acento es realmente estupendo, pero ¿por qué lo haces?

Miré mi plato de comida intacta, no muy lista para que ninguno de los dos pensara que había perdido la razón.

Jerry estiró el brazo sobre la mesa para apretar suavemente mi mano y, al mirarlo, pude ver la preocupación en su rostro. —¿Dónde está tu madre, muchacha?

—Ella no es mi madre. Y yo no soy Bri. No creo que me crean lo que debo decirles, ¿pero me escucharán hasta el final antes de decidir que estoy loca? —Levanté la cabeza para mirarlos a los ojos mientras esperaba su respuesta.

Jerry y Gwendolyn intercambiaron una mirada lateral indescifrable antes de que Jerry hablara primero. —Sí, muchacha. Por supuesto que te escucharemos. Pero pasemos junto al fuego. Las sillas de allí son mucho más cómodas.

Gwendolyn simplemente asintió antes de que ambos se levantaran y me dejaran seguirlos a la habitación de al lado.

Una vez sentada, busqué las palabras con torpeza, sin saber cómo empezar. Una pregunta había estado en primer plano en mi mente desde la primera noche que dejé a Adelle en las ruinas del castillo. Había tenido demasiado miedo de preguntar, porque si la respuesta no era la que esperaba, significaba que todas las personas que había conocido y amado habían muerto hacía solo unos días, incapaces de cambiar la historia. Sabía que debía conocer la verdad antes de explicarle nada más a Jerry y Gwendolyn.

—¿Podría hacerles una pregunta primero? —No esperé a su respuesta—. Las ruinas del castillo, supongo que todavía son ruinas, ¿no es así?

La esperanza palpitó en mi pecho ante las miradas inquisitivas de Jerry y Gwendolyn.

Jerry señaló en dirección al castillo. —¿Te refieres al castillo de Conall, muchacha? Si es así, yo no iría por ahí llamando ruina a ese lugar. Todavía está hermosamente intacto; una estructura magnífica y una visita muy popular para los turistas.

No estaba segura de qué era un "turista", pero si lo que él decía era verdad, significaba que habían tenido éxito en detener el ataque. Adelle, Bri, Eoin, Mary, Arran, muy probablemente todos habían seguido viviendo durante muchos años más. Ese conocimiento fue suficiente para librarme de cualquier otro temor que tuviera sobre seguir adelante en este tiempo sola.

—¿Lo dice de verdad? ¿El castillo no es solo un montón de rocas? ¿No fue destruido hace mucho tiempo? —Necesitaba solo una confirmación más para permitirme creerle por completo.

Gwendolyn asintió y habló esta vez. —Sí, querida. Los Conalls han sido uno de los clanes más poderosos y amados de Escocia durante siglos. Sus descendientes aún poseen el castillo, pero se han asociado con la sociedad histórica para abrirlo a los visitantes. ¿Segura de que no estás enferma?

Asentí, aliviada más allá de toda explicación. Era hora de explicarles lo que había sucedido. Luego, sin importar su reacción, llegaría el momento de marcharme de este lugar y comenzar una nueva vida aquí por mi cuenta.

—Sí, me siento bien. Pero necesito contarles lo que ha pasado, y es una historia larga. Dudo que me crean.

Jerry sonrió y se recostó en su silla, acomodándose. —¿Por qué no empiezas de una vez, muchacha? Luego decidiremos qué creer.

—Sí. No estoy segura de por dónde empezar. Lo primero que debo decirles es que no soy Bri. Mi nombre es Blaire MacChristy. Mi padre era laird del castillo de MacChristy durante el siglo diecisiete. Estaba prometida al hijo mayor de Alasdair Conall, Eoin, pero el día de nuestra boda en el año mil seiscientos cuarenta y cinco, me vi envuelta en un hechizo lanzado por la difunta hermana de Alasdair, Morna Conall, una bruja que murió cuando yo era muy joven. Como pueden ver, Bri y yo nos parecemos mucho con nuestro cabello

oscuro y nuestros ojos azules, y Morna sabía que así sería. Ella lanzó el hechizo para que si Bri y yo alguna vez poníamos los ojos en la misma placa embrujada en una sala de hechizos debajo del castillo, cambiaríamos de lugar en el tiempo. Hace casi dos meses, su hechizo funcionó. Bri fue enviada al pasado y yo fui traída al futuro. —Hice una pausa para mirarlos y me sorprendió ver que ambos parecían bastante imperturbables ante mis palabras.

En cambio, Jerry hizo una pregunta como si estuviéramos teniendo la conversación más normal del mundo. —Muchacha, ¿por qué quería Morna que cambiaran de lugar? ¿Y dónde está Adelle?

Me tomó un momento hablar. ¿Era posible que él creyera lo que yo decía? —Verán, por eso les pregunté si el castillo estaba en ruinas. Cuando llegué aquí, lo estaba. Cuando Adelle y Bri vinieron aquí, estaba en ruinas. Solo unos pocos meses después de mi boda, los Conalls fueron asesinados y el castillo destruido. Nadie descubrió jamás quién los asesinó y fue por eso que Bri y Adelle vinieron a Escocia, para buscar algo que pudiera revelar quién había asesinado a los Conalls. Es por la misma razón que Morna lanzó el hechizo. Ella esperaba que si Bri y yo cambiábamos de lugar, el conocimiento de Bri sobre lo que iba a ocurrir le permitiría detenerlo. Y lo hizo. Si no, el castillo todavía estaría en ruinas ahora.

—¿Y Adelle? —Jerry continuó mirándome como si no le sorprendiera mi relato.

—Una vez que Adelle se dio cuenta de que nos habían intercambiado, pasamos semanas buscando un hechizo que pudiera devolvernos. Encontramos uno, pero Bri no quería regresar. Se casó con Eoin y se enamoraron. Yo tampoco quería volver, no me queda mucho allá. —Hice una pausa cuando un nudo incómodo se alojó en mi pecho. Tragué saliva con dificultad, reprimiéndolo, y continué—. Adelle quería estar con Bri. Así que ella hizo el hechizo en su lugar y funcionó. Ahora está con Bri. Fue hace tres días cuando llegué aquí sola diciéndoles que estaba enferma. No sabía qué hacer. —Me eché hacia atrás en mi propia silla y crucé las manos en el regazo.

Gwendolyn había permanecido en silencio mientras Jerry hablaba, y yo no podía descifrar nada por su expresión.

Los tres nos quedamos sentados en silencio por lo que pareció mucho más tiempo del que seguramente fue. Finalmente, Gwendolyn se levantó y caminó hacia el otro lado de la habitación, detrás de mí, y alcanzó la parte superior de la estantería que cubría la pared para sacar una pequeña caja.

Regresó a su asiento junto a Jerry y le sonrió brevemente antes de extenderme la caja. —Me gustaría contarte una historia yo misma si no te importa, querida.

Confundida, solo asentí y tomé la caja para ponerla en mi regazo.

Gwendolyn señaló la caja. —Ábrela y saca las fotografías.

Obedecí, levantando el pequeño pestillo de metal que mantenía la tapa cerrada, y miré el interior. Recordaba la primera vez que había visto una fotografía, el primer día que llegué a esta época. Adelle me había enseñado una de Bri para enfatizar cuánto nos parecíamos. A pesar de todas las cosas extrañas y maravillosas que había visto, me seguía pareciendo milagroso que los momentos pudieran capturarse para siempre en un pequeño trozo de papel.

Solo había tres fotografías dentro, todas boca abajo, y las saqué y cerré la tapa antes de darles la vuelta. Al hacerlo, el aire a mi alrededor se enfrió de repente mientras contemplaba las imágenes.

La primera era del castillo de Conall, pero no como yo lo recordaba. Era el castillo en ruinas tal como estaba cuando llegué a este tiempo.

La segunda era de la placa embrujada, todavía pintada con mi retrato devolviéndome la mirada. Un recordatorio del día en que mi vida cambió para siempre.

Las dos primeras imágenes eran impactantes, pero fue la tercera la que hizo que me temblaran las manos y que mi respiración se volviera inestable mientras miraba a Gwendolyn. Ella solo sonrió suavemente, esperando a que yo hablara.

La tercera fotografía era menos una foto y más el retrato de una pintura que representaba a personas que había conocido en mi antigua vida. Alasdair, joven y vibrante, sosteniendo a un bebé Arran en sus brazos, mientras Eoin, de no más de cinco años, estaba de pie junto a su padre, llegándole apenas a la rodilla. El otro brazo de Alasdair rodeaba el hombro de una mujer, apretándola con afecto.

La mujer no era la difunta esposa de Alasdair. Ella había muerto al dar a luz a Arran, y yo sabía que solo había otra persona que la mujer podía ser. La bruja, Morna.

Aunque su rostro en el retrato era más joven, coincidía exactamente con el de Gwendolyn.

* * *

GWENDOLYN finalmente se dio por vencida de esperar a que yo respondiera. Riendo de buena gana, estiró el brazo y me apretó la mano. —Vamos, querida. Seguramente después de todo por lo que has pasado, nada puede sorprenderte demasiado.

Miré a Jerry, quien solo asintió en confirmación. —¿Quiere decir que...? ¿Cómo puede ser ella? Murió cuando yo era una niña muy pequeña.

—Hay muchísimas cosas, querida, que parecen imposibles. Seguramente esto no es más imposible que tú sentada aquí en este siglo habiendo nacido en otro, ¿no?

Gwendolyn fue perdiendo lentamente el acento estadounidense que había estado usando todo el tiempo que la conocía. Tenía razón. Después de todo lo que había pasado, no tenía problemas para creerle, pero no entendía por qué.

—Si pudo terminar aquí después de su propia muerte, ¿entonces por qué se molestó con el hechizo para mí y para Bri? ¿No podría haber detenido la masacre usted misma?

Gwendolyn, o Morna, pues ya no estaba segura de qué nombre era el apropiado, sonrió como si esperara mi pregunta.

—Porque, muchacha, hay cosas más importantes que la vida y la muerte. Mi hechizo puso en movimiento otras cosas tan importantes como salvar las vidas de los miembros de mi familia. Las almas necesitaban encontrarse. Almas que se pertenecían, a pesar de haber nacido con siglos de diferencia. Sin mi hechizo, eso nunca habría podido ser.

—¿Se refiere a Eoin y Bri? —Al mirarla más de cerca, noté un parecido con Alasdair, Eoin y Arran que nunca antes había visto. La

forma de sus ojos, la inclinación de sus sonrisas; todos eran rasgos fuertes de los Conall que me hicieron confiar aún más en su historia.

—Sí. Eoin y Bri. Sin mencionar que estaba mi propio muchacho, que no existía en mi propio tiempo. En lugar de salvar a mi familia yo misma, elegí sentarme y vigilar a quienes los salvarían, mientras al mismo tiempo encontraba al hombre a quien estaba destinada a amar.

—Quiere decir que Jerry ¿no es como usted?

Jerry soltó una carcajada y tosió antes de hablar. —¡Oh, no, muchacha! Yo nací justo aquí, en este tiempo, y si tuviera el don de la magia como ella, habría hecho que mis rodillas dejaran de crujir hace mucho tiempo.

Morna frunció el ceño hacia Jerry. —Ya te lo he dicho antes, podría detenerlo yo misma por ti, pero no me dejas. —Se volvió hacia mí una vez más—. Él acepta la verdad, pero todo esto todavía lo pone un poco incómodo. No deja que use magia con él.

—¿Entonces quiere decir que sabía que yo no era Bri?

—Sí, muchacha. Pero te diré que no esperaba que tú te quedaras aquí y que Adelle regresara. Mis visiones no me mostraron eso. Quizás no querían que intentara evitar que sucediera. ¿Estás segura de que deseas quedarte aquí?

El pánico me recorrió ante la idea de regresar. Respondí demasiado rápido, sobresaltando tanto a Morna como a Jerry. —¡Sí! No puedo volver.

El rostro de Morna se suavizó, y sus ojos mostraron que comprendía. —Está bien, muchacha. Bueno, ¿qué es lo que quieres hacer ahora? Te ayudaremos a establecerte donde quieras ir. ¿Deseas quedarte en Escocia?

No lo había pensado. Había estado demasiado preocupada con lo que iba a decirles y por si Adelle y Bri habían podido detener la masacre como para pensar mucho más allá en mi futuro que unos pocos instantes. —No estoy segura. No sé qué hacer.

Jerry se inclinó y apretó mi mano, y no tuve ninguna duda de que Morna había elegido bien. Su esposo era el mejor de los hombres, amable hasta la médula.

Morna agitó una mano en el aire como descartando mi preocupación. —No te preocupes. ¿Por qué no te ayudamos a establecerte en Edimburgo? Podríamos conseguirte un trabajo y un lugar donde quedarte, y puedes ver qué tal te parece por un tiempo. Si decides más tarde que te gustaría ir a otro lugar, estaremos más que encantados de ayudarte.

—Sí, eso estará bien. Gracias. Supongo que se alegrará de tener otra habitación vacía para los huéspedes, ¿no?

Morna se levantó y me indicó que hiciera lo mismo mientras nos dirigíamos a las escaleras. Claramente, todos estábamos a punto de retirarnos por la noche.

—Muchacha, no permitimos otros huéspedes. Tú eres la única que sabe que esta casa está aquí. Solo tú y aquellos a quienes deseo que la vean pueden ver esta casa al lado del camino. De lo contrario, estaríamos invadidos por turistas.

* * *

Lee el resto de la historia ahora.

Amor más allá de la razón


AMOR MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN
AUTOR SUPERVENTAS DE USA TODAY
BETHANY CLAIRE
EL LEGADO DE MORNA LIBRO DOS
UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJES EN EL TIEMPO